

The background of the cover is a soft-focus photograph of autumn leaves in shades of orange, red, and brown, scattered on a dark green surface. On the left side, the back of a person's head with long, dark hair is visible, partially framing the scene.

RAQUEL ARIAS

*La lluvia
contigo*

La lluvia contigo

Raquel Arias

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Diseño de portada: Raquel Arias.
Imagen de la portada: StockSnap.

Para Álvaro, mi pequeñín.

"Amo tus pies porque anduvieron sobre la tierra y sobre el viento y sobre el agua, hasta que me encontraron".

Pablo Neruda

Prefacio.

12 de abril de 2016. 2:04 am. Norte de Mosul, Irak.

—Doce días para regresar a casa. ¡Doce! —murmuró Joey con una sonrisa mientras le propinaba una palmada en la espalda a su hermano, que se movía con sigilo delante de él—. No veo el momento de abrazar de nuevo a Megan.

Algún pequeño animal pasó cerca de ellos y pudieron escuchar sus pasos solapados al sonido de sus respiraciones entrecortadas. La adrenalina circulaba a borbotones por sus cuerpos, que, aunque estaban acostumbrados a esa clase de misiones, todavía se estremecían en un lugar hostil como aquel.

—Muy pronto lo harás —respondió Connor entre susurros, con su fusil de asalto sujeto con firmeza entre las manos. Aquella operación, la última para su equipo, solo les acercaba un poco más a casa.

La fila, formada por siete hombres pertrechados con sus uniformes de camuflaje, se deslizó en silencio arropada por la oscuridad nocturna. El primero, equipado con gafas de visión nocturna, hizo una señal con la mano y se esfumó en una callejuela. El segundo se apostó delante de la puerta de la casa y movió la cabeza en señal afirmativa. En ese momento la luna salió de detrás de las nubes como jirones que la cubrían, iluminando con su luz cenicienta los rostros de los Navy SEALs. Un silencio tenso y espeso los cubrió como un velo. Demasiada calma para una noche como aquella.

Un repentino estallido desintegró la puerta e hizo volar por los aires al hombre apostado junto a ella. Joey y Connor dispararon de forma instintiva contra los enemigos que parecieron surgir de la nada y se refugiaron tras un muro en su frenética carrera, jadeantes. De repente, la paz se había vuelto caos.

—¡Sterling, recuento de daños! —pidió el oficial al mando muy cerca de allí, bajo la nube provocada por los escombros.

—¡No tengo visual, señor!

Connor rodó por el suelo y asomó la cabeza por encima de la pared tras una lluvia de disparos enemigos. Se refugió de nuevo tras el parapeto y miró hacia su hermano con el ceño fruncido.

—Es una emboscada. Nos esperaban —gruñó.

—Eso parece —afirmó Joey con cara de pocos amigos.

—Pues habrá que salir cagando leches de aquí.

Joey abandonó su cobijo y avanzó disparando contra los enemigos, que parecían salir de todos lados como si se hubiesen abierto las mismísimas puertas del infierno. Connor corrió tras él por la estrecha callejuela abatiendo con su rifle cuantos hombres se cruzaron en su camino. Podía escuchar al oficial tras ellos, ordenándoles detenerse para aguardar la llegada de refuerzos. Las balas silbaban sobre sus cabezas, ávidas de chocar contra sus blancos. Su corazón le golpeaba salvajemente en el pecho, como un tambor que le recordaba el peligro que entrañaba aquella huida.

Los dos hermanos se refugiaron más adelante tras una montaña de escombros, sin aliento, y pronto su oficial se reunió con ellos, respirando pesadamente.

—¡Hay que esperar aquí! La ayuda llegará pronto —advirtió con el rostro desencajado a causa de la preocupación por sus hombres. La pernera de su pantalón estaba empapada de un líquido oscuro.

—¡Señor, está herido! —exclamó Connor, mientras comprobaba su arma. Revisó sus municiones y miró hacia su hermano, que jadeaba apostado contra los cascotes. El fuego enemigo caía sobre

ellos como una lluvia mortífera, con un ruido ensordecedor. La niebla creada por el repentino ataque desdibujaba toda la escena y por el momento los cubría del ojo enemigo.

—Solo es un rasguño —repuso el oficial. Levantó la cabeza para acomodarse mejor, con la mano sobre su herida, y un tiro penetró limpiamente a través de su oreja derecha. Se desplomó sin vida junto a los pies de los dos Sterling.

—¡Mierda! ¡Señor! —exclamó Joey, descompuesto. Miró hacia su hermano, sabiendo que no había escapatoria. Los tenían rodeados—. ¡Joder! ¡No hay salida!

La siguiente detonación tuvo lugar muy cerca de ellos. Les cubrió un espeso polvo, que les impedía ver y respirar. Todo el decorado pareció desaparecer engullido por la nube gris.

Connor se arrastró por el suelo con un agudo pitido en los oídos. No lograba ver nada. No lograba oír nada. Otro disparo. Otro más.

Un dolor agudo en el costado.

El regusto metálico de la sangre en la boca.

Más dolor.

Confusión.

Oscuridad.

1.

Bar Harbor. Condado de Maine. Dos años después.

—¡Mallory! —exclamó Jack, con los brazos en jarras sobre su delantal negro con el logotipo del restaurante bordado en letras azules. El ceño fruncido no auguraba nada bueno—. Aún no ha llegado el pedido de langostas.

—Nicholas me va a oír —respondió ella, disgustada—. Es la tercera vez en el último mes.

—Claro, porque a mí no me hace ningún caso —se quejó el jefe de camareros con su amaneramiento habitual. Atusó sus rizos pelirrojos con los dedos y recobró su postura con las manos en la cintura—. No sé por qué, pero creo que nunca me toma en serio el muy bruto.

Mallory torció el gesto. El capitán la iba a oír. ¡Oh, sí! Ya estaba bien de tanta irresponsabilidad por su parte.

Salió del restaurante y echó a andar hacia el puerto. El sol le calentó el rostro y coloreó sus mejillas, de por sí encendidas a causa del pequeño disgusto. En pocos minutos pisaba el muelle con sus zapatillas de deporte, mientras se hacía sombra con la mano para poder divisar el barco de Nicholas. Lo halló sin esfuerzo en su lugar habitual y recorrió el último trecho con decisión, embriagándose con el olor a mar que entraba a raudales a través de sus fosas nasales.

—¡Eh, capitán! —le increpó airada con los brazos en jarras—. ¿Qué demonios ha ocurrido con mi pedido?

El hombre, que se afanaba con la limpieza del barco, se giró y la miró con una graciosa mueca. Ajustó los tirantes de su peto impermeable naranja como si estuviera rebuscando en su cabeza las palabras adecuadas, resopló y dijo:

—Buenos días, Mallory. Lo siento, pero con tanto trabajo no tengo tiempo para los repartos. Pensaba enviarte ahora tus langostas.

Se mesó la barba canosa a la vez que apretaba los labios y esperó una reacción por parte de la joven.

—Me prometiste que no volvería a ocurrir. Y es la tercera vez en lo que va de mes —protestó mientras metía las manos en los bolsillos de sus vaqueros—. Necesito mis pedidos a tiempo. Esto no puede continuar así.

Mallory apretó los labios y esperó algún tipo de disculpa añadida, pero Nicholas se limitó a mirarla, embutido en una camiseta demasiado ajustada a su prominente barriga. Ajustó su gorra y carraspeó.

—Si no te gusta mi modo de trabajar puedes buscarte otro proveedor. O mejor aún, ir a la lonja y comprar lo que te interese —y acto seguido continuó con su labor, como si acabase de dar por zanjada la conversación.

Mallory levantó los hombros y se armó de paciencia, dejando escapar con lentitud el aire de sus pulmones. Aquel hombre era imposible.

—Demonios, Nicholas, no quiero buscar otro proveedor. Lo que quiero es que mis pedidos lleguen a tiempo, que *tus* langostas lleguen a tiempo —recalcó ella, harta de repetir siempre lo mismo.

—Es posible que no vuelva a haber retrasos en los repartos. Acabo de contratar un ayudante.

Mallory le miró con los ojos muy abiertos, sorprendida por aquel comentario. Nicholas no había

querido aprovecharse del turismo, tal y como habían hecho muchos otros pescadores de la zona, que hacían rutas con los turistas para mostrarles su actividad, ni tampoco ampliar su negocio con el transcurrir de los años. Continuaba tal y como había comenzado cuando apenas tenía veinte años recién cumplidos y una joven y embarazada esposa, decía que ganaba lo suficiente para vivir y con eso le bastaba. Además, no le gustaba tener que tratar con la gente, por lo que llenar su barco de extraños cada día le parecía una aberración. Menos mal que el resto no pensaba así.

—¡Alabado sea Dios! —dramatizó ella con los ojos en blanco—. Hace siglos que deberías haberlo hecho, maldito tacaño.

En ese momento alguien surgió de la parte inferior del barco langostero. Un hombre de cabellos oscuros y tupida barba negra, nariz recta y ojos azules como el mar sobre el que flotaba el barco langostero.

—Capitán, esto ya está —dijo mientras abandonaba los útiles de limpieza a un lado de la cubierta. Miró hacia la recién llegada y observó su cómica expresión. No obstante, no se inmiscuyó en lo que no le interesaba y se mantuvo en silencio después de sus palabras.

—Acompaña a la joven con esas langostas de ahí —pidió Nicholas mientras señalaba las cajas sobre el muelle—. Puedes cambiarte abajo —señaló, puesto que el chico todavía llevaba puestos los pantalones amarillos con peto fabricados en tejido impermeable.

Él asintió solícito y cargó los crustáceos en el carrito bajo la atenta mirada de Mallory, que tuvo que pestañear varias veces bajo el intenso sol.

—No será necesario, a no ser que después tenga que volver.

—No hace falta que vuelvas, chico. Por hoy es suficiente —gruñó Nicholas mientras retomaba su trabajo colocando las nasas en su lugar—. Descansa. Ha sido un buen día.

Mallory siguió al joven hasta la camioneta de Nicholas y esperó a que este cargase las cajas en la parte trasera. Las gaviotas pasaron sobre ellos con gran escándalo.

—¿Vienes? —preguntó él cuando terminó de disponer la carga.

Ella asintió y subió en el asiento del copiloto. El desconocido se puso el cinturón de seguridad y arrancó el motor sin siquiera mirarla, abandonando el puerto.

—¿Adónde? —preguntó solamente, sin variar un ápice su expresión taciturna.

—Es ahí, aquel restaurante de fachada blanca y azul —señaló Mallory con el dedo índice.

—Bien.

La camioneta se deslizó con suavidad cubriendo el pequeño trecho que les separaba del establecimiento.

—Por cierto, me llamo Mallory Mills. Ese desabrido de Nicholas ni siquiera nos ha presentado. Propio de él —murmuró casi para sus adentros.

—Connor Sterling —respondió él—. ¿El restaurante es tuyo? —preguntó al observar el cartel que rezaba *Mills*.

—Sí, lo es.

Connor asintió, pero no dijo nada más.

—Nicholas me proporciona langostas tres veces por semana. Hace tiempo que le venía diciendo que necesitaba un ayudante, pues no era capaz de atender todos los encargos. Y más aún en esta época del año, con tantos turistas —aclaró. Esperaba alguna respuesta por su parte, pero no la obtuvo—. ¿De dónde eres? Porque de aquí, desde luego, no. ¿Me equivoco?

Connor comenzó a descargar las cajas y las colocó en el carrito para introducirlas en el restaurante.

—No, no soy de aquí. Llegué hace una semana a Bar Harbor.

Mallory le abrió la puerta trasera y él entró directamente al almacén. Jack tomaba algunas notas en su libreta cuando la puerta se abrió.

—¡Oh, al fin! —exclamó el jefe de camareros mientras ponía los ojos en blanco—. Cariño, me estaba consumiendo la preocupación.

Jack enmudeció al comprobar que Mallory venía muy bien acompañada.

—¿Y tú quién eres, hombretón? —preguntó con coquetería mientras lo recorría con descaro.

—Es Connor Sterling, trabaja para Nicholas —aclaró Mallory tras cerrar la puerta—. Creo que no volveremos a tener problemas con las entregas. Por cierto, Connor, este es Jack Woods, jefe de camareros del restaurante.

—Es un verdadero placer, vaya si lo es —opinó Jack, reparando en los fuertes brazos llenos de tatuajes del recién llegado. Incluso con aquel peto impermeable se podía adivinar que era dueño de un cuerpo atlético. Y qué decir de aquella poblada barba color azabache y esa expresión indescifrable que le confería aspecto de hombre rudo. Como el gladiador de una nueva película de romanos de esas en las que les pintaban de negro las rayitas entre los abdominales, solo que sospechó que a él no le haría falta y eso le hizo sonreír con picardía—. Por cierto, ya era hora de que ese capitán decidiera contratar un ayudante.

—Encantado de conocerte, Jack —dijo Connor con sequedad, dándose la vuelta con su carrito y dirigiéndose de nuevo a la puerta—. Buenos días.

Mallory le sujetó la puerta, divertida tras la escena que acababa de presenciar.

—Adiós, Connor. Y gracias.

—Adiós, Mallory.

Jack dio un gritito cuando los dos se quedaron al fin a solas.

—¡Mallory, por el amor de Dios, menudo hombre! ¡Todo un dios griego! ¿Has visto cómo le sentaba esa camiseta de algodón, marcando sus bíceps, sus tríceps, su deltoides...? Bueno, toda su espléndida anatomía —opinó Jack con una graciosa mueca en la cara—. ¡Uf, qué calor tengo de repente! —se quejó mientras se abanicaba con la libreta y mordía el lápiz con ansia.

—Eres incorregible, Jack —protestó Mallory agitando una mano mientras echaba a andar en dirección a la cocina, de donde emanaba un delicioso aroma a caldo de pescado.

—No me negarás que es muy atractivo, es uno de los hombres más apetecibles que he conocido. ¿Qué está haciendo en Bar Harbor? Porque ese supermodelo no es de aquí, estoy seguro. Me habría fijado —repuso con un guiño.

—Sí, Jack, lo es. Es atractivo —reconoció con hastío—. Y no, no es de los alrededores, se lo he preguntado. Por lo demás, casi ni me he fijado.

—¡Niña, entonces ya estoy convencido de que estás ciega! —dijo Jack mientras estallaba en risas—. Alguien así es justo lo que necesitas. Alguien que te dé unos buenos meneos y te haga olvidar todo el mundo a tu alrededor. Tu sequía sexual ya empieza a ser preocupante y...

—¡Jack! —le reprendió Mallory, ya desde la cocina—. ¡Ya es suficiente!

—¿Qué ha ocurrido? ¿Me he perdido algo? —intervino Rosie mientras retiraba la pesada cazuela de caldo de pescado del fuego. Después cogió un cuchillo y empezó a picar la cebolla sobre la tabla, con la eficacia que le caracterizaba—. ¿Le he oído decir algo de alguien muy atractivo?

—Ya lo conoces, es un exagerado. Y está empeñado en emparejarme, el muy...

—Entonces veo que sí me he perdido algo. Cuenta, cuenta.

—De veras, Rosie, no hay nada que contar. He ido al puerto en busca del pedido de langostas que, una vez más, se había retrasado, y resulta que Nicholas ha contratado a un ayudante. Ese tío me ha traído en su camioneta y ha dejado la carga en el almacén. Fin de la historia —relató mientras se

colocaba el delantal y se lavaba las manos en el enorme fregadero bajo el ventanal que dejaba entrar la luz a raudales en la estancia.

—¡De eso nada! —intervino Jack, que se dirigía en ese momento al comedor con un cargamento de servilletas limpias—. Tenías que haberlo visto, Rosie. ¡Madre, qué hombre! Con sus tatuajes, esos ojos azules como el mar, el pelo con largos mechones oscuros casualmente despeinados y esa barba negra como la noche... ¡Puf! No sigo, o de lo contrario tendré que encerrarme en la cámara frigorífica para refrescar mis ideas. Se lo estaba recomendando a la jefa, pero creo que voy a ser un poco más egoísta y me lo guardaré para mí.

Rosie no pudo evitar echarse a reír mientras Mallory casi lloraba de risa. Jack era incorregible.

El servicio de cenas terminó muy tarde aquella noche. Cuando Mallory hizo caja y al fin puso el cartel de cerrado eran más de las once, y eso que el horario de cenas estaba comprendido entre las cuatro y las nueve. Con tantos turistas, el restaurante iba viento en popa.

Jack, Russell y Candy recogían las mesas y barrían el comedor cuando Rosie y Zachary, su ayudante, se despidieron de ellos.

—Estoy agotada —reconoció Mallory, desplomándose sobre uno de los taburetes de la barra.

—Te dije que lo dejaras todo en mis manos —le advirtió Jack, con la escoba en la mano—. Necesitas tomarte un descanso de vez en cuando.

—Pero Jack, si descansé un día hace dos semanas —protestó ella.

—Por eso mismo, Mallory, cabezota. Rosie conoce tus recetas a la perfección, y sabes que los platos saldrían puntuales gracias a Zachary. Por lo demás, Russell, Candy y yo atenderíamos las mesas y la barra. Y listo.

Los demás asintieron.

—Tal vez la semana próxima —accedió finalmente Mallory. Se puso de pie y se dirigió a la salida—. Buenas noches, chicos.

—Buenas noches —respondieron todos a coro, mientras retomaban los últimos quehaceres de la jornada.

Mallory bajó caminando a paso lento hasta el puerto y respiró hondo la brisa cargada de esencias marinas. Aquel perfume le hacía sentirse en casa.

Observó a las gaviotas sobrevolando los barcos atracados sobre el mar plateado, cuajado de brillos de las edificaciones y las farolas colindantes y escuchó las risas de unos turistas que caminaban no muy lejos de allí. Se arrebujó en su chaqueta y la imagen de Harry se coló entre sus pensamientos con la ligereza de un recuerdo gastado, rememorado demasiadas veces. Sonrió levemente mientras recordaba algunos de los momentos más felices de su vida y después echó a andar hacia casa con la misma melancolía que le invadía cada noche.

Lo extrañaba tanto.

—¿Katie? —preguntó entre susurros desde el vestíbulo. Dejó las llaves sobre el mueble y colgó su chaqueta en el perchero.

—Buenas noches, Mallory —saludó la canguro con una amplia sonrisa en los labios. Colocó un mechón de pelo rubio tras la oreja y se cruzó de brazos sobre la camiseta de uno de sus grupos preferidos—. ¿Cómo ha ido el servicio de cenas?

—Bien, aunque estoy agotada.

—He preparado té. ¿Te apetece un poco? —dijo la chica señalando hacia la cocina.

Mallory asintió.

—Me encantaría —repuso siguiéndola.

—Erin duerme desde hace rato. Quería esperarte para darte tu beso de buenas noches, pero al final pude convencerla para que se fuese a la cama. Le prometí que tú entrarías a darle su beso cuando llegaras del restaurante —aclaró la niñera mientras le acercaba a Mallory una taza de té bien caliente.

—Mi niña. A veces creo que crece demasiado deprisa —reveló con aire soñador—. Parece que fue ayer cuando vi su carita por primera vez, y dentro de unas pocas semanas cumplirá cinco años.

—Es un verdadero cielo, eres afortunada. Ya sabes que mi amiga Rachel cuida de los dos gemelos de los O'Neill, que son dos dolores de cabeza —apostilló con una mueca.

Mallory sonrió.

—Cada vez que me cuentas una de tus historias me paso días recordándolas y riéndome yo sola. Cualquiera que me vea pensará que estoy loca.

—Son dos auténticos terremotos —reconoció Katie mientras apuraba su taza de té—. He podido estudiar un montón, de modo que no tengo prisa. Pero ya sabes que a mi madre no le gusta que llegue a casa más tarde de las doce, así que me voy.

—Bien. Gracias, Katie —despidió Mallory—. Buenas noches.

Observó a la joven estudiante salir por la puerta trasera cargada con su mochila y terminó su té. Dejó la taza en el fregadero y apagó la luz de la cocina mientras se deshacía de las zapatillas. Entró de puntillas en la habitación de Erin y la observó dormir con una sonrisa bobalicona en los labios. Apartó con cuidado un mechón de cabello claro de su frente y depositó un suave beso sobre el nacimiento de su pelo, a la tenue luz que entraba desde el pasillo.

—Buenas noches, mi cielo —susurró, mientras la tristeza invadía de nuevo su corazón al constatar el gran parecido que guardaba con Harry—. Dulces sueños.

2.

Mallory dejó temprano a Erin en el colegio y se dirigió al mercado para hacer la compra diaria para el restaurante. Le gustaba preparar todos los platos con ingredientes frescos, de modo que nunca se saltaba la norma de acudir a sus proveedores de confianza para los pescados, mariscos, carnes, frutas y verduras. Después, siempre iba directa al restaurante en su pequeña pick up.

—Buenos días —saludó sujetando la puerta del almacén con el trasero a la vez que sostenía una caja de verduras en los brazos.

Jack acudió como siempre en su ayuda, armado con su libreta y lapicero. Tomó la caja y la depositó en la estantería, mientras Mallory colocaba la cuña para que no se cerrara la puerta y de ese modo poder introducir toda la carga con comodidad. Rosie entró también en el almacén.

—Buenos días, jefa —saludó con su característica sonrisa.

Aquella mujer era un auténtico encanto. Mallory no recordaba ni un solo día en que la hubiera visto malhumorada, y siempre tenía unas palabras de aliento cuando los demás lo necesitaban. Continuamente preocupada por su sobrepeso, no había dieta que no hubiese probado, siempre sin éxito debido a su escasa perseverancia. Se conformaba con decir que era igualita que su abuela, con sus redondas caderas y su prominente trasero, sus mejillas llenas y sonrosadas y su generoso busto. También era dueña de unos preciosos ojos castaños y una perenne sonrisa.

—Buenos días, Rosie. Hoy me gustaría que cocinásemos una nueva salsa para los mejillones —reveló Mallory con una graciosa mueca en el rostro.

—Pues id a la cocina para hacerla, que yo me encargo de la compra —repuso Jack, asomando la cara entre un manojo de puerros.

—Gracias, Jack. Empezaremos ahora mismo.

Las dos mujeres comenzaron con la nueva preparación, y rato después se les unió Zachary. Probaron con los ingredientes y los tiempos de cocción hasta que la receta quedó en su punto, al gusto de la dueña del restaurante.

—¡Oh, cariño! Esto está delicioso —exclamó Jack tras introducir una cucharadita de la preparación en la boca—. Me pregunto si a ese hombretón que ha contratado Nicholas le gustarán los mejillones. Si es así, desde luego yo le invitaría a una cena privada, ya sabes, solo para él. Y después podría darle un meneíto, si surge la ocasión.

—¡Jack! —le reprendió Mallory mientras Rosie se desternillaba de risa y Zachary aguantaba a duras penas las carcajadas—. ¿Ya estás otra vez? Deja en paz a ese hombre, te lo ruego —le reprendió con los ojos en blanco.

—Huy, disculpa, querida. Olvidaba que ayer dije que era el hombre ideal para ti. ¡Es que creo que también lo es para mí! —soltó cubriendo sus labios con la mano, en una actitud de lo más cómica.

—Eso mismo dijiste la semana pasada con ese turista sueco que conociste en el pub de Edward —recordó Rosie.

—Ya estamos con esas pequeñeces. Que si dije, que si no...

—Eres un picaruelo, Jack —repuso Candy con una sonrisa, mientras preparaba las cestas del pan.

—¿Picaruelo? Es un auténtico golfo —apostilló Russell, divertido. El experto en vino del local era el más crítico con la actitud de Jack porque era un romántico empedernido, enamorado hasta la médula de su novia.

—En fin, dejaremos que sea el destino el que decida. Porque ya veo que vosotros no me entendéis. Esto es muy triste, soy un incomprendido —remató Jack en una dramática actuación.

—Anda, ve y prepara las mesas, que en breve abriremos las puertas para el servicio de comidas —ordenó Mallory mientras miraba hacia su empleado con satisfacción. Aquellos hombres y mujeres eran como su familia. Todo habría sido muy diferente si al perder a Harry ellos no hubieran estado allí, a su lado.

—Voy a atender la barra —advirtió Mallory, consciente de que el servicio de cenas transcurría con normalidad. Relevó a Candy y ella se unió a Russell para atender las mesas.

Jack le guiñó un ojo a su jefa y esta no supo por qué. Se preguntó si estaría pensando de nuevo en su conversación de aquella misma mañana. Se había compadecido de sí mismo por la escasa duración de sus conquistas amorosas, y al final Rosie y ella habían terminado consolándolo. Sonrió y se agachó para colocar los vasos que había bajo la barra, sumida en sus propios pensamientos.

—Buenas noches.

Mallory se levantó tan rápido que no giró a tiempo y se golpeó la cabeza con la gruesa madera de la barra.

—¡Ay! —se quejó, mientras de forma automática acariciaba su cráneo dolorido. Se incorporó de la manera más elegante posible dadas las circunstancias y sus mejillas enrojecieron al instante. A quien menos esperaba ver allí, y en aquel preciso instante, era a él—. Buenas noches, Connor —saludó de forma atropellada.

—¿Te has hecho daño? —preguntó él, divertido, aguantando la risa—. Ha sonado como si...

—¡Oh, estoy perfectamente! —repuso ella con rapidez, mientras dejaba de tocar la zona golpeada. Se puso tiesa y le observó. Hacía verdaderos esfuerzos para contener las carcajadas—. Puedes reírte si quieres. No voy a enfadarme por ello —mintió, con el cosquilleo de la rabia contenida.

Entonces él se inclinó hacia atrás y dio rienda suelta a su risa. Tembló en el taburete y después se dio cuenta de que la mujer le observaba con los brazos cruzados. Incluso algunos clientes se habían vuelto hacia la barra para mirar hacia el hombre que reía con fuerza.

—Dijiste que no te enfadarías —le recordó Connor.

—Pues lo he hecho.

—Está bien. Discúlpame. Es que ha sido... ha sido...

—¿Cómico? ¿Gracioso? Me parece bastante desconsiderado por tu parte —se quejó Mallory, con un mohín.

—Reitero mis disculpas —repuso él con la mano levantada. El tatuaje que recorría su brazo cubría también buena parte del dorso de su mano, hasta sus nudillos—. Aunque has dicho que no te habías hecho daño. De no haber sido así, yo...

—Dejémoslo. Está claro que eres un maleducado.

—¡Vaya! Está bien. Me iré por donde he venido. Solo quería darte esto. Nicholas me lo entregó para ti —aclaró mientras extraía un papel doblado del bolsillo de su pantalón.

—Gracias —respondió Mallory mientras lo desdoblaba y fingía leerlo con atención. Eran los albaranes de los pedidos de las últimas dos semanas.

—Adiós.

Mallory ni siquiera contestó. Le observó mientras salía del local y se alejaba calle abajo, con una extraña sensación en la boca del estómago. Quizás se hubiese propasado. Aunque desde luego

aquel tipo era un maleducado de primera categoría. Todavía le quemaba el cráneo en el lugar del golpe, y lo que menos necesitaba era que alguien se regodeara en su torpeza.

Apenas tuvo tiempo de reflexionar, pues Jack se acercó con disimulo y le preguntó junto a su oreja:

—¿Qué quería el hombretón? No habrá preguntado por mí, ¿verdad? —siseó entre risas—. Porque tal vez quisiera verme de nuevo y haya venido con disimulo para tomar algo y de ese modo verme, y...

—Ha venido para traerme esto —soltó ella mientras arrojaba con fuerza el papel sobre la madera lustrosa de la barra. Dicho eso, giró sobre sus talones y se marchó a la cocina, dejando a su jefe de camareros con la boca abierta.

—¿Qué mosca le ha picado ahora? —musitó Jack con asombro, mientras abría los ojos de forma cómica—. En fin. Mujeres. Jamás las he entendido, y dudo que pueda hacerlo en algún momento de mi vida.

Jack regresó a las mesas y no volvió a decirle nada a Mallory en un buen rato. No quería despertar a la fiera. Se dedicó a hacer como si nada hubiera ocurrido.

—¿Y bien? preguntó Jack una vez el último cliente se hubo marchado tras el servicio de cenas. Mallory levantó la vista detrás de la barra y le miró, perpleja.

—Y bien, ¿qué?

—Si me lo vas a contar —repuso el jefe de camareros con los brazos en jarras y su característico gesto con las cejas levantadas y los ojos muy abiertos. Uno de sus rebeldes rizos rojos le caía sobre la frente en una pose muy propia de él.

—No sé de qué me hablas —soltó Mallory mientras volvía a la labor de hacer caja.

Jack colocó su cuerpo sobre la barra y quedó literalmente con los pies colgando, a escasa distancia de su jefa.

—¿Qué le has hecho a ese bombón de Connor?

Ella apretó los papelitos entre sus dedos y le clavó los ojos a su empleado.

—No sé de qué me hablas —repitió, recalcando cada sílaba—. Connor solo vino a traerme eso —y movió la cabeza de forma despectiva mientras señalaba hacia su izquierda.

—Ya. Ví como se reía, no me hagas creer que estoy loco. Y después le vi marcharse. Y también vi tu cara de ogro verde, gigante y peludo. Un terrible y amargado ogro que se come a las personas que osan acercarse a su decadente, sucia y oscura guarida en el bosque —recitó con convicción, levantando los brazos para darle más énfasis a sus palabras.

Mallory interrumpió su labor y se cruzó de brazos. Sintió que su zona magullada volvía a escocer, y la sangre se agolpó de nuevo en sus mejillas.

—Jack Woods, estás chalado. Te ordeno que vuelvas a tus quehaceres para que de ese modo yo también pueda terminar los míos y regresar a casa con Erin. No ocurrió nada entre Connor y yo —ni, por supuesto, ocurrirá nunca— y punto final.

—Conozco esa mirada —continuó él, entre risas—. Sé que me ocultas algo. Pero escúchame, Mallory Mills, lo averiguaré tarde o temprano. ¡Vaya si lo haré! Puedes intentar ocultarlo cuanto quieras.

—¡Jack! —protestó ella, dando un pisotón en el suelo como en una rabieta infantil—. Me golpeé la cabeza contra la barra y él se rio. Sí. Se rio mucho, muchísimo, el muy cretino. Creí que se le iba a desencajar la mandíbula de tanto reír, por el amor de Dios. ¿Estás satisfecho? Ahora tú también

puedes reírte de mi torpeza.

Jack la miraba sin pestañear. Hasta que estalló en carcajadas. Se deslizó por la barra hasta quedar de nuevo en posición vertical, tembló, se sacudió y dobló el cuerpo sobre sí mismo.

—¿Por eso se fue? ¿Lo echaste porque careces del más mínimo sentido del humor? —dijo entre lágrimas.

—Sí. Me pareció insultante y grosero —admitió ella con decisión, aunque ya no estaba segura de que la cosa hubiera sido para tanto—. Y espero que no se le ocurra volver.

—Bueno, yo espero que vuelva. Más que nada para disponer de las hermosas langostas que captura —apostilló Jack con sorna—. Ya sabes, son unos ejemplares realmente hermosos. ¡Vaya si lo son!

Mallory no pudo evitar esbozar una leve sonrisa ante su ocurrencia. ¿Tendría razón y se habría sobrepasado?

—Me voy a casa —gruñó la joven con el ceño fruncido. Se puso su chaqueta, anotó algo en el libro de reservas y suspiró largamente antes de decir—: Buenas noches.

Avanzó calle abajo en dirección al mar.

Caminó con lentitud junto al muelle, como tantas veces. La brisa empañó sus ojos y una lágrima se deslizó silenciosa por su mejilla. La limpió con rapidez con el dorso de la mano y observó el oscilante reflejo de las luces sobre el agua, en una bella e hipnótica danza. Si cerraba los ojos en ese instante estaba segura de que podría sentir el brazo de Harry sobre sus hombros cansados, sus palabras de aliento cuando habían decidido hacerse cargo del restaurante y las deudas los ahogaban. Su ilusión había sido el motor que había puesto en marcha de nuevo aquel viejo negocio durante los primeros meses, justo antes de que se fuese.

Mallory emitió un gritito cuando su esposo la atrapó tras recorrer el pasillo de la casa en pos de ella. Le hizo cosquillas y besó su cuello mientras ella se retorció entre risas.

—¡Para, Harry! Despertaremos a Erin.

—Tiene un sueño muy profundo —repuso él, recorriendo la suave piel del cuello de su mujer con los labios. Después la estrechó entre sus brazos mientras entre susurros le decía que la amaba.

La luz del sol, a punto de desaparecer al atardecer, se colaba a través del ventanal del dormitorio y hacía que los cabellos de Mallory pareciesen oro líquido. Harry la miró como quien observa un precioso tesoro y dijo:

—Jamás pensé que encontraría a alguien como tú.

Mallory dejó de reír y le miró también. Se recreó en sus ojos, del color del océano en invierno, en su expresión afable. Le amaba tanto que en ocasiones su vida le parecía un cuento de hadas. Tras el divorcio de sus padres cuando ella tenía tan solo diez años había dejado de creer en el amor. Pero años después había conocido a aquel hombre maravilloso y todo había cambiado.

Ahora sí creía en el amor verdadero.

Él le había hecho creer.

El ruido del agua golpeando uno de los botes amarrados junto a ella devolvió a Mallory a la realidad. Suspiró, y con el aire tibio de sus pulmones se evaporó también el nombre de su marido y algunos de sus gastados recuerdos. Echó a andar y enfiló la calle que desembocaba en su casa, con el suelo desdibujado por las lágrimas que se agolpaban tontamente junto a sus pestañas.

3.

Mallory intentó abrir el portón trasero de su pick up mientras hacía verdaderos malabarismos con la caja de verduras cargada hasta los topes. Se tambaleó y a punto estuvo de verse obligada a soltar su carga, justo cuando unas manos la sostuvieron con firmeza. Después se hicieron con la pesada cesta como si de una pluma se tratase.

—Gracias. Estaba a punto de... —dijo ella con alivio mientras giraba el rostro para dedicarle una sonrisa de agradecimiento a la persona que le había echado una mano cuando más lo necesitaba.

Su corazón dejó de latir durante unos instantes. Instantes en los que Mallory se recreó en los ojos azules que la observaban sin pestañear. Estaba tan cerca de él que podía oler su perfume y sentir su respiración cálida. Tan cerca que su cuerpo le pareció más tentador y apetecible que nunca. E, inmediatamente, se detestó por ello.

—No hay de qué —respondió Connor, sosteniendo la caja mientras ella abría la puerta para cargarla en la camioneta—. Tal vez debieses venir al mercado con un carrito. Cargar tanto peso no es bueno para la espalda.

—¿Así que además de pescador también eres fisioterapeuta? —soltó ella con ironía.

—Discúlpame. Olvidaba que cualquier cosa que yo diga o haga te irrita con facilidad —apostilló él enarcando una ceja.

Mallory se infló como un pavo y le miró con enojo. Aquel hombre era un verdadero fastidio. Se arrepentía de haberle recomendado a Nicholas contratar un ayudante, había sido una idea pésima.

—¡No es cierto! —protestó, y después apretó los labios como cuando era niña. Solo le faltó cruzarse de brazos.

—¿Lo ves? —repuso Connor encogiéndose de hombros y metiendo las manos en los bolsillos de sus vaqueros.—. Adiós, Mallory. Que tengas un buen día.

—No es verdad —repitió ella, algo más calmada. En realidad sabía que él tenía razón, había sido de lo más desagradable. No entendía por qué, pero le incomodaba sobremanera tenerlo cerca—. No me irrita cualquier cosa que digas o hagas —puntualizó, ruborizada—. Y quería decirte que siento haberme enfadado la otra noche —Acarició su cabeza, recordando el golpe que se había dado, y dijo—: Lo siento, de veras. Tal vez no fuera para tanto. —Y acto seguido corrigió:—No fue para tanto.

Connor acarició su espesa barba con los dedos y esbozó una triste sonrisa.

Aquella era en verdad la sonrisa más triste que Mallory había visto en mucho tiempo, si excluía la que veía cada mañana en el espejo. Alargó una mano y añadió:

—¿Amigos?

Él asintió mientras le ofrecía su mano con lentitud.

Mallory sostuvo con fuerza aquella mano áspera y fuerte, que momentos antes casi había tocado su costado al sujetar la caja, y un estremecimiento recorrió su espalda. Miró aquellos hipnóticos ojos azules y tragó saliva, intentando ignorar los latidos apresurados de su tonto corazón.

—¡Mami!

La vocecita hizo que sus manos se separasen y los dos volvieron la cara hacia un lado.

—Mike me ha regalado esta manzana. Dice que es igualita que la que Blancanieves mordió, aunque yo no estoy tan segura. Le he dado un buen mordisco y no ha pasado nada. ¿Crees que la magia de la malvada madrastra no funciona conmigo?

La niña de ojos claros, cabellos rubios y rizados y cara salpicada de pecas miró hacia el

desconocido con curiosidad.

—¿Eres amigo de mami? —preguntó con la boca llena de jugosa manzana, a pesar de la mirada de desaprobación de Mallory.

Él asintió y le estrechó la mano también a ella, inclinándose hasta llegar a su altura.

—Me llamo Connor, ¿y tú?

—Yo me llamo Erin, y casi tengo cinco años —respondió ella, orgullosa—. Hace una semana se me cayó un diente —explicó, a la vez que abría mucho la boca para que él pudiera ver el huequecito—. El hada de los dientes dejó en mi almohada una varita mágica. Bueno, el paquete ponía que era mágica, aunque la verdad es que aún no he conseguido hacer nada con ella. ¿Tú entiendes de magia, Connor?

—Bueno, sé hacer un par de trucos con cartas —respondió él con una sonrisa. Miró de reojo hacia Mallory y constató que también sonreía.

—¡Hala! ¡Qué dibujo tan raro llevas en la mano! —exclamó Erin, con los ojos bien abiertos.

—Es un tatuaje —dijo él—. ¿Te gusta?

La pequeña asintió.

—¿Hasta dónde llega? —interrogó inocente—. Se pierde en tu camiseta.

Mallory la tomó de la mano y tiró de ella.

—Deja a Connor, Erin. Tiene cosas que hacer.

—Empieza en la mano, sube por el brazo y ocupa toda la espalda —reveló él.

—¡Guau! Eso sí que es un verdadero tatuaje, y no lo que mamá tiene en el hombro.

—¡Erin! —la regañó Mallory—. Nos vamos al restaurante —y tiró de ella hasta que se subió al coche.

—Adiós, Connor —dijo la niña sacando la cabeza por la ventanilla y dedicándole la mejor de sus sonrisas desdentadas.

—Adiós, Erin.

—¿Algún día podrías enseñarme tus trucos de magia?

Connor asintió.

—¡Genial! —exclamó Erin, alborozada.

Mallory le observó y después subió a la camioneta. Arrancó y se alejó de allí sin ni siquiera mirar por el retrovisor.

—¿De modo que un amigo de mamá sabe hacer trucos de magia? —preguntó Rosie, divertida.

—Ajá —respondió Erin mientras observaba con atención cómo Zachary troceaba las verduras para después cocinarlas—. Y va a venir un día a casa para mostrármelos.

Mallory resopló en el rincón, junto a los mejillones que aguardaban en la caja sobre la encimera de acero inoxidable.

—Eso es estupendo, Erin —continuó Rosie con una sonrisa—, tal vez después tú puedas enseñarme a hacerlos también.

—¡Y a mí! —intervino Zachary, maravillado por la afición de la pequeña.

—¡Claro que sí! ¡Voy a ser una gran maga! —exclamó la niña, agitando en el aire su varita imaginaria—. Voy a contárselo a Jack.

Erin abandonó la cocina a toda prisa.

—Así que Connor Sterling estaba en el mercado —comentó Rosie, mientras removía la salsa que tenía al fuego.

—Sí —dijo Mallory con desgana. Lavó un escurridor y lo dejó junto a la pila, intentando apartar de su mente los ojos azules que se habían clavado en los suyos.

—Qué coincidencia.

—Me ayudó con la compra —añadió Mallory, intentando que sus palabras sonaran convincentes.

—Oh —soltó Rosie—, qué amable.

—Lo fue.

—¿Te ocurre algo con ese hombre, Mallory?

—Pero bueno, ¿ya estamos otra vez con lo mismo? ¿Es que Jack te ha estado sorbiendo el seso?

Empiezo a estar un poco harta de este juegucito. No tengo ningún interés en él, ni en ningún hombre, a decir verdad. Tú lo sabes mejor que nadie.

—Nada de eso. Jack no ha hecho nada con mi cerebro. Es que te comportas de un modo extrañísimo cada vez que lo ves, nada más —se excusó la cocinera a la vez que se encogía de hombros. Probó la salsa y la apartó del fuego—. Tu nueva receta es una delicia, a los clientes les gusta mucho.

—Vaya, menos mal que me hablas de trabajo.

—¿Lo ves? No quieres ni nombrarlo —señaló Rosie—. Pues me parece que a Erin le ha caído muy bien.

—¿Necesitas algo de la cámara? —preguntó Mallory con los brazos en jarras—. Voy a hacer la lista de lo que necesitamos.

Rosie negó con la cabeza.

—Bien —gruñó Mallory mientras se dirigía con paso decidido hacia la cámara frigorífica.

Rosie comenzó a canturrear una canción mientras Mallory cerraba los ojos y respiraba hondo. El encuentro con Connor la había descolocado por completo. Ya apenas podía recordar lo que era tener tan cerca a un hombre, a una distancia tan corta que el corazón se te acelera y todo tu cuerpo vibra con solo imaginar el más ínfimo contacto. Y de nuevo se recreó en los ojos tristes de Connor, que se habían clavado en los suyos durante unas milésimas de segundo. Unos ojos tristes, cargados con un peso que apenas podían sostener, casi como los suyos.

—¿Mami?

—¡Voy! —respondió azorada Mallory, regresando de golpe a la realidad. Guardó la libreta en el bolsillo trasero de sus vaqueros y volvió a la cocina sin ni siquiera anotar lo que necesitaban para el día siguiente. Había olvidado que se disponía a hacerlo.

Jack asomó la cabeza por la cocina al día siguiente, poco después de llegar al restaurante.

—¿Mallory? —preguntó, oteando en su busca.

Candy le miró y señaló hacia el comedor, ataviada ya con el delantal negro con el logotipo de *Mills*—. Está fuera con Zachary.

Jack entró en el comedor y al instante localizó a la jefa, que se encontraba detrás de la barra disponiendo todo para la apertura.

—Mallory, acaba de llegar el pedido de langostas. Connor está atrás, pensé que te gustaría saberlo —dijo entre risitas, pero ella ni se inmutó.

Erin apareció de repente tras la barra y echó a correr hacia la parte trasera del local.

—¡Connor! ¡Genial! Tenía ganas de volver a verle —exclamó dando saltitos.

Mallory apretó los labios en señal de fastidio y respiró hondo antes de seguirla bajo la atenta mirada de Jack, que no podía evitar sonreír con picardía.

«Alcahueta de pacotilla», pensó Mallory mientras escuchaba a Erin saludando al recién llegado.

—Buenos días, Erin —decía Connor justo cuando la mujer llegó al almacén.

—Connor, he pensado una cosa. Ya que mañana es el día de descanso de mami, podrías cenar con nosotras en casa. De ese modo podrías enseñarme tus trucos —soltó la pequeña de forma atropellada—. ¿Qué te parece, mamá?

Mallory palideció. Miró hacia su hija sin saber si castigarla o directamente estrangularla por su ocurrencia. ¿Connor en su casa? Era lo que le faltaba.

—No creo que pueda, Erin —intervino Connor con una sonrisa—. Tal vez otro día.

—*Porfa, porfa, porfa, porfa*, Connor. Me haría tanta ilusión que vinieras —rogó, con un puchero. Eso siempre funcionaba con Katie, y casi siempre con Rosie.

—Sí, Connor. Vente a casa a cenar. Erin disfrutará mucho, estoy segura —pidió Mallory haciendo de tripas corazón.

Connor inclinó la cabeza a un lado, se mesó la barba como si estuviera sopesando la idea e hizo una mueca.

—De acuerdo.

—¡Bien! —exclamó Erin dando palmaditas y bailando alrededor de los dos—. Voy a contárselo a Jack, seguro que le daré envidia cuando sepa hacer esos trucos tan chulos.

—Gracias por traer el pedido tan pronto —musitó Mallory mientras observaba a Erin abandonar el almacén a toda velocidad.

—No hay de qué. Nicholas me dijo que te gustaba disponer todo con antelación.

—Es cierto —reconoció, mirándolo de frente y sintiendo el calor en sus mejillas.

Connor asintió.

—Hasta mañana, Mallory —dijo dándose la vuelta.

—Adiós.

Le vio desaparecer por la puerta trasera, todavía con una extraña sensación acomodada en su cuerpo. Y, sobre todas las cosas, le irritó darse cuenta de que no solo a Erin le apetecía cenar con él.

La casa estaba iluminada cuando Connor cruzó la calle. El sol aún no se había ocultado por completo, aunque no tardaría en hacerlo.

Constató que el pintoresco edificio de madera pintado de blanco hacía juego con la propietaria. Al menos así había imaginado él el hogar de Mallory cuando Nicholas le había escrito la dirección en un pedazo de papel antes de explicarle cómo llegar. Así, acogedora y luminosa.

Una pequeña punzada en el corazón se encargó de recordarle la casa de Joey, muy parecida a esa, con macetas con flores en las ventanas y el tejado oscuro a dos aguas en contraste con los listones de madera clara. Su hermano la había comprado poco después de enterarse de que su mujer estaba embarazada. Decía que necesitaban más espacio para todos los hijos que pensaban tener.

Una manita le saludó con energía a través de una de las ventanas de la planta baja y le devolvió a la realidad. Respiró hondo y subió las escaleras de la entrada con decisión. No tuvo que llamar al timbre, pues antes de que llegara al felpudo la puerta se abrió.

—¡Hola, Connor! Te estaba esperando —dijo con voz musical mientras le guiñaba un ojo. Llevaba un vestido con un lazo de lentejuelas rosas, a juego con sus zapatillas rosas, parecía una pequeña hada—. Pasa, por favor. Mami está en la cocina.

Un delicioso aroma llegaba desde donde la pequeña había señalado, al otro lado del acogedor salón.

—Hola, Erin. ¿Cómo estás? —respondió Connor con una sonrisa.

—Muy bien. Deseando que me muestres tus trucos.

—¡Pero eso será después de la cena! —advirtió Mallory, sacando la cabeza a través del pasaplato de la cocina—. Ya casi está lista. Ve a lavarte las manos, por favor.

Connor la miró. Llevaba el pelo en un gracioso recogido en la nuca, y no lucía el habitual delantal de *Mills*, sino uno de color granate.

—Hola, Mallory —saludó él aguantando una risita al observar la mueca de aburrimiento de Erin tras la petición de su madre.

—Buenas noches, Connor. ¿Te apetece vino? —preguntó ella mientras servía el marisco humeante en una fuente.

—Sí, gracias. Hace tiempo que no ceno con vino. Ya sabes lo que dicen sobre lo de beber solo —respondió él, a la vez que se acercaba hasta la cocina.

Mallory chasqueó la lengua.

—Sí, lo sé. A mí me sucede algo parecido —añadió con expresión cómica—. He preparado langosta, espero que te guste.

Él asintió.

—Además las langostas que Nicholas pesca son las mejores de Maine, al menos eso dice ese cascarrabias —dijo Connor, que había tomado asiento en uno de los taburetes de la barra de desayunos.

—Claro. ¿Por qué crees que es uno de mis proveedores? —bromeó ella—. Yo solo quiero lo mejor.

Mallory estaba de buen humor. Se había prometido a sí misma —y también a Rosie, que se lo había pedido con su cara más persuasiva— que intentaría disfrutar de la velada. Aquello no tenía nada de malo, tan solo era una cena con un conocido que le iba a enseñar magia a su hija.

Y sin embargo estaba nerviosa. Se había cambiado de camiseta dos veces porque no quería mostrar demasiado. En el fondo se sentía como si fuese a ser infiel a Harry. ¡Demonios! Qué difícil era todo.

No. Debía dejar de pensar estupideces. Tan solo era un amigo de Erin, alguien con quien posiblemente no volvería a compartir mesa, y mucho menos allí. Una cena y listo.

Connor le dijo algo a Erin cuando esta regresó del aseo y Mallory volvió al presente. Sirvió vino blanco en dos copas y le acercó una.

—Por la magia —dijo él antes de que ella pudiera abrir la boca.

Mallory sintió que su corazón se aceleraba y sin querer clavó los ojos en aquel azul hipnótico.

—Que a Erin tanto le gusta —continuó Connor levantando su copa.

—¡Por la magia! —exclamó la niña, dando palmas alborozada.

—Por la magia —repitió Mallory, dejando que el líquido amarillo pajizo se deslizase por su garganta—. Erin, coloca las servilletas, por favor.

Erin asintió, solícita, y las colocó sobre la mesa. Se sentó y señaló a su lado.

—Tú aquí conmigo, Connor. Mami se sienta al otro lado.

Connor tomó asiento, convencido de que Erin protagonizaría toda la cena. No le faltó razón, la pequeña se encargó de explicarle con pelos y señales todo lo que sabía de trucos y hechizos. Le dijo que tenía una colección entera de libros de magia en su dormitorio, y le prometió que se los enseñaría más tarde.

Ya tras los postres la niña le dejó espacio a su madre para hablar, cuando ella se fue a su habitación a por su varita.

—Es un encanto —reconoció Connor, ayudando a Mallory a recoger los platos de la mesa.

—Sí que lo es. Sin ella creo que no habría podido sobrevivir a los obstáculos que la vida ha colocado en mi camino. Hace que cada día sea especial —reconoció ella, respirando hondo para impedir que los recuerdos cayesen sobre ella como un pesado velo—. A su lado no hay espacio para la tristeza. Ella convierte la oscuridad en luz.

Él asintió, comprendiéndola mejor de lo que ella siquiera habría podido imaginar.

—Lo comprendo. Está tan llena de vida que todo a su lado se vuelve de colores.

Mallory depositó los platos en el fregadero y se volvió justo cuando él llegaba con las dos copas y la botella vacía. Le miró y se recreó en aquellos ojos tristes, que sin embargo aquella noche parecían tener una chispa de luz.

—Tal vez yo también necesite una Erin en mi vida —bromeó él, consciente del turbador efecto que el cuerpo femenino ejercía sobre sus facultades.

—Puedo prestártela cuando quieras.

Connor sonrió y a punto estaba de contestar cuando una vocecita dijo:

—¡Aquí está! Mi varita mágica. ¿Crees que podrás arreglarla, Connor? No he sido capaz de hacer magia ni una sola vez desde que el hada de los dientes me la regaló. Creo que no funciona —explicó con pesar.

Él cabeceó con lentitud.

—No lo creo, pequeña, no sé gran cosa de varitas. Pero he traído esto —respondió, a la vez que sacaba una baraja del bolsillo trasero de sus vaqueros.

La mirada de Erin se iluminó. Tomó su mano y le arrastró hasta el sofá bajo la mirada divertida de Mallory.

—Empecemos —pidió con solemnidad.

4.

El reparto se hizo puntualmente durante las siguientes dos semanas, y Mallory se acostumbró a ver a Connor casi a diario en su restaurante, con su peto amarillo y su carrito. Su relación se había vuelto más fluida, aunque en ocasiones solo intercambiaban unas cuantas palabras a la entrega. Erin sí que aprovechaba para charlar con él durante largo rato en las ocasiones en que se encontraba en el local cuando él llegaba, y después le contaba a su madre con todo lujo de detalles lo maravilloso que era Connor. Por eso cuando un día el ayudante de Nicholas no apareció y el pedido tampoco, Mallory se alarmó.

Se descubrió a sí misma disgustada al final de la tarde, pensando que tal vez Connor se hubiese marchado. Él mismo había comentado que solo estaba de paso en Bar Harbor.

—Jack, me voy al puerto. Quiero saber qué ha pasado con nuestro pedido —dijo mientras se quitaba el delantal y cogía su mochila—. Nos veremos más tarde.

El jefe de camareros asintió y se despidió de ella, no sin antes enviarle entre risas un beso al machote de su parte, palabras textuales.

Mallory bajó caminando hasta el puerto bajo el agradable sol de la tarde y buscó con la mirada el barco de Nicholas. Pronto lo halló. Parecía que el capitán estaba efectuando alguna reparación en la cubierta, y levantó la cabeza en cuanto la oyó llegar.

—Hola, Nicholas —dijo ella, acercándose hasta el borde del agua.

—Pensaba llevarte más tarde tu pedido —advirtió con su acostumbrada parsimonia al hablar. Parecía tomarse todo con una tranquilidad pasmosa.

Mallory buscó a Connor con la mirada dentro del barco, pero no observó movimiento alguno.

—¿Ha ocurrido algo con Connor? —preguntó ella, temerosa.

—¿Algo? —repitió Nicholas con las manos apoyadas en las caderas—. ¿Qué podría ocurrir?

—No lo sé. Es solo que me pareció extraño que no llevara hoy el pedido al restaurante. —Se rascó la cabeza. De repente se sintió ridícula por haber ido allí en busca de información—. En fin, da igual. Yo misma llevaré el pedido —resolvió con decisión. Sin duda había sido estúpido ir allí.

—¿Has traído tu furgoneta?

Mallory le miró desconcertada.

—Pues no —balbuceó.

—Yo mismo te llevaré tu pedido más tarde, Mallory, no te preocupes —dijo Nicholas mientras retomaba su labor.

—Gracias.

La joven se dio la vuelta, y ya se iba cuando escuchó:

—Ese muchacho no ha venido hoy a trabajar. Al parecer ha tenido un problema familiar. Me pidió un par de días libres, y no tuve inconveniente en dárselos. Es un gran trabajador.

—Entiendo. Adiós, Nicholas —murmuró Mallory, justo antes de darse la vuelta para preguntarle —: ¿Sabes dónde vive?

Él dejó su faena de nuevo, visiblemente molesto, y señaló con la cabeza.

—Justo al lado del pub de Edward, en el edificio rojo. Apartamento 2-C.

Mallory asintió por todo agradecimiento y se alejó de allí, con el golpeteo del agua sobre los costados de los barcos y el sonido de las aves por todo acompañamiento.

El servicio de cenas terminó inusualmente pronto aquella noche. Mallory se acercó caminando hasta el muelle, como tantas otras veces, aunque ese día no podía dejar de darle vueltas al problema de Connor.

Respiró el aire saturado de esencias marinas y se apoyó sobre la barandilla mientras se recreaba en los reflejos de las luces sobre el espejo oscuro que era la superficie. Los barcos se movían con suavidad, mecidos por la corriente.

—Maldita sea —musitó, contrariada y confusa. Estaba preocupada por él, no podía evitarlo.

Nicholas había ido las últimas dos veces a llevarle su pedido, y esa misma tarde le había dicho que Connor acababa de regresar al pueblo. Al parecer el problema había sido más grave de lo que esperaba en un principio.

Mallory no le dio más vueltas y se dirigió hacia la calle donde se ubicaba el pub de Edward. En pocos minutos entraba en el edificio pintado de rojo y se situaba frente al apartamento 2-C.

Algo le decía que se estaba comportando de forma irracional. Pero la realidad era que Connor no tenía a nadie en aquel lugar, a nadie a quien recurrir en caso de necesidad, y le parecía inhumano no preguntarle ni siquiera cómo se encontraba.

Así que llamó y aguardó con el corazón palpitante.

Lo que Mallory menos esperaba era que al abrir la puerta una cosa negra y peluda se abalanzase sobre ella y empezase a lamerle la cara.

—¡Max, no!

El perro lamió la cara de Mallory un poco más y al fin se bajó y comenzó a dar vueltas a su alrededor sin dejar de mover la cola.

—Ya vale, Max. Aquí, quieto. Siéntate —dijo Connor, mientras el animal se sentaba a su lado—. Hola, Mallory. Discúlpale, es muy efusivo —le explicó con una sonrisa.

—¿Es... tuyo? —balbuceó la joven, sorprendida.

—Sí —respondió él, mientras acariciaba la cabeza del perro—. Es mi compañero de apartamento.

—Es precioso.

Mallory miró a Connor por primera vez desde su llegada y se le secó la boca. Vestía únicamente un pantalón corto de *running*, mostrando su torso desnudo en todo su esplendor. Ni siquiera llevaba zapatillas, y la miraba divertido desde su posición.

—Estaba a punto de salir a correr. Lo hago cada día, acompañado por Max —explicó, dándose la vuelta para coger su camiseta—. Pasa, por favor.

El tatuaje que comenzaba en el dorso de su mano izquierda y subía por su brazo hasta cubrir la espalda era una verdadera obra de arte, y Mallory se quedó sin habla.

—¿Te gusta? —preguntó Connor al darse la vuelta mientras se enfundaba su camiseta de correr—. No a todo el mundo le agrada.

—Me encanta. Es un trabajo espectacular —admitió ella, fascinada. Entró en el apartamento y cerró la puerta.

—Es un dibujo de mi hermano Joey —repuso él, con los recuerdos sobrevolando su cabeza como flechas envenenadas.

—Pues desde luego es un gran dibujante.

Connor asintió. Lo era.

—El mío, como bien te dijo Erin, es mucho más pequeño. —Y descubrió su hombro para mostrarle su faro particular.

—Es muy bonito. ¿Te apetece un café?

—Oh, no, no, gracias. No quisiera molestarte. Estabas a punto de salir.

—No me molestas. Y me gusta mucho tu tatuaje, que lo sepas —le dijo con un guiño.

—Gracias. Es el faro de Frenchman's Bay.

—Lo he visto desde el barco de Nicholas, aunque me gustaría poder visitarlo. Podría acompañarme Erin y tú el próximo lunes. ¿Qué te parece?

Mallory le miró sin pestañear.

—Es tu día de descanso, ¿no?

Ella asintió.

—A Erin le va a encantar el plan. Es una forma perfecta de comenzar sus vacaciones de verano —dijo al fin con una sonrisa—. Por cierto, venía a preguntarte si todo estaba bien. Nicholas me dijo que habías tenido una emergencia familiar —añadió Mallory mientras paseaba la vista por el sencillo apartamento. La mejor parte era la cristalera con maravillosas vistas al mar.

—No ha sido nada —repuso Connor restando importancia al asunto con un gesto de la mano.

—Oh, me alegro. Además ahora ya sé que tienes compañía —bromeó ella.

—Sí. Max a veces ronca por las noches, así que estoy muy bien acompañado.

Los dos se echaron a reír. Bajaron a la calle acompañados de Max, y después Mallory los vio marcharse corriendo en dirección al muelle. Iría a contarle a Erin lo de la excursión. Le iba a encantar la idea.

—Jack, ¿ha llegado el pan? —preguntó Mallory desde el almacén, con su libreta en la mano.

—¡Sí! —contestó desde el comedor el jefe de camareros. Se encontraba disponiendo todo para el servicio de comidas de ese día.

—Vale —musitó Mallory, tomando notas.

En ese momento Rosie entró en el almacén.

—Necesito las cebollas que te encargué —advirtió con los brazos en jarras y su característica energía.

—Están ahí —señaló Mallory con el bolígrafo.

—¿Cómo está Connor? Tu mensaje no fue muy ilustrativo que digamos.

La dueña del restaurante la miró.

—Bien. Me dijo que no había sido nada importante. Y lo que quiera que fuese ya está arreglado —repuso ella encogiéndose de hombros.

—Me alegra oír eso. Parecías preocupada —añadió Rosie mientras cargaba con las cebollas.

—Lo estaba. Espera, te ayudo con eso —dijo Mallory haciéndose cargo de una de las asas de la pesada caja—. Pensé que él estaría solo con sus problemas, pero me equivoqué.

—¿Estaba con alguien? —preguntó Rosie con los ojos abiertos como platos en una cómica expresión.

—Ajá —asintió ella—. Estaba con Max, su perro.

Rosie se echó a reír.

—Pensaba que...

—Ya imagino lo que pensabas en esa retorcida cabecita tuya —dijo Mallory entre risas—. Vamos a ir a ver el faro, Connor, Erin y yo.

—¿Y eso? ¿Ahora os ha dado por hacer turismo?

—¿Qué boba eres! Simplemente le apetece visitar el faro. Le enseñé mi tatuaje, me dijo que había visto el faro desde el barco de Nicholas y quedamos para visitarlo juntos. Eso es todo —se excusó,

mientras las dos dejaban la caja en la cocina.

—Y dime, Mallory, ¿qué más le enseñaste?

A punto estaba de lanzarle a Rosie una cebolla a la cabeza cuando Jack gritó:

—¡Mallory, cariño, tienes visita!

Rosie la miró.

—Tal vez sea Connor que viene a que le vuelvas a enseñar tu tatuaje —soltó entre carcajadas.

—¡Serás bicho! —se quejó Mallory, dirigiéndose ya al comedor.

Una mujer vestida con un elegante traje de chaqueta de impecable corte así como un bolso y zapatos de firma aguardaba junto a la puerta de entrada. El cabello teñido de rubio recogido en un moño perfecto y las grandes gafas oscuras le proporcionaban cierto aire decadente de actriz de Hollywood de los años setenta.

Mallory la observó con los labios apretados.

—Hola, mamá.

—Mallory, qué alegría volver a verte después de tantos meses —dijo la mujer—. Ven y abrázame, te he echado de menos.

Mallory atravesó la estancia y dejó que su madre la rodease con los brazos sin demasiada efusividad. Estaba acostumbrada a sus largas ausencias, ya desde su adolescencia. Nunca se había preocupado demasiado por ella, ni siquiera tras la muerte de Harry.

—¿Qué te trae por aquí? —le preguntó, por cortesía más que por cualquier otra cosa. No era buen momento para recibirla, ni ese ni cualquier otro. Con ella nunca era buen momento.

—Ay, hija mía. Esta vida que es tremendamente cruel conmigo. He roto con Michael —suspiró en una pose teatral, con el dorso de la mano en la frente.

—Señora Cooper, siento escuchar eso —intervino Jack, consternado—. El señor Cooper era realmente encantador. —Y le acercó una silla a la dama, que parecía al borde del colapso.

—Mamá, no exageres. Eso dijiste la última vez, y después Michael te envió mil dólares de rosas, vino a buscarte y se arregló todo —opinó Mallory, cansada de las continuas crisis de Sharon. Se cruzó de brazos, sin saber muy bien qué más añadir.

—Esta vez no tiene solución, cariño. Le he pillado en la cama con nuestra profesora de pádel. ¡Horrible! ¡Un escándalo! Mis amigas están consternadas. Creo que medio Los Ángeles se ha enterado.

Sharon sacó un pañuelo del bolso y enjugó una lágrima imaginaria en el ángulo de su ojo derecho. Después suspiró con fuerza y dijo:

—Quiero el divorcio. Ya he hablado con mi abogado.

—Mamá, Michael es tu abogado —resopló Mallory con los ojos en blanco. Aquello era el colmo.

—Lo era mientras arreglaba mis dos anteriores divorcios. Pero ya no lo es. Fue un error mudarnos a Los Ángeles. Se ha trastornado desde que nos mudamos, desde que trabaja para esos actores y directores tan importantes, y ya no lo reconozco. No es el hombre del que me enamoré.

Candy llegó en ese momento con un vaso de agua para la invitada.

—Querida, ¿no podrías traerme mejor un *gin tonic*? —pidió, y Jack no pudo evitar sonreír.

—¡Mamá! Son las diez de la mañana —le reprendió Mallory, con los ojos en blanco.

—¿Y qué? Este sufrimiento va a acabar conmigo. Voy a desistir, no buscaré más el amor.

Jack le envió una mirada de complicidad a su jefa, que esta agradeció. Todos ellos habían presenciado muchos numeritos como aquel.

—Ningún hombre me ha apreciado de verdad —continuó con sus quejas.

—Eso no es cierto. Papá te quería y lo sabes —saltó Mallory bajo la atenta mirada de Rosie, que había abandonado sus quehaceres en la cocina al escuchar los lamentos. Saludó a Sharon con la mano y aguardó.

—Tu padre era un egoísta que no podía ver más allá de su ombligo —dijo asqueada Sharon.

—Por eso te liaste con su socio —escupió Mallory. Estaba harta de que solo apareciera cuando necesitaba consuelo—. Y por eso también dejaste al socio de papá por su hijo. ¡Su propio hijo, por el amor de Dios!

Mallory cubrió su rostro con las manos, recordando todas las locuras que su madre había hecho con el amor como bandera. Rosie sonrió a hurtadillas.

—¿Lo ves, Mallory? Ya me estás juzgando. Todo eso no fueron más que errores, pero Michael era el amor de mi vida, estoy segura —reflexionó Sharon tras darle un buen sorbo al delicioso *gin tonic* que Zachary le había preparado.

—Encontrarás otro amor de tu vida pronto, mamá. Mañana o pasado mañana, no te preocupes —bromeó Mallory, cogiendo una silla para sentarse a su lado.

—Dios te oiga, hija mía. Un amor que recomponga los pedazos de mi corazón destrozado.

Erin pronunció las palabras mágicas y sacó la carta que Sharon había escogido momentos antes. Mallory miró hacia allí mientras terminaba de recoger los platos de la cena.

—¡Madre mía, Erin! No puedo creer que hayas adivinado mi carta —exclamó Sharon mostrando su sorpresa—. ¿Cómo lo has hecho?

Erin bailó dando saltitos y vueltas sobre sí misma.

—Secreto de maga, abuela. No puedo decírtelo —respondió la pequeña con la mano levantada—. Connor me hizo prometer que guardaría el secreto.

—¿Connor? ¿Quién es Connor? —soltó Sharon, girando el rostro hasta que su hija entró en su campo de visión. Sus pendientes largos de brillantes vibraron con el movimiento.

—Es un amigo. ¿Verdad, Erin? —aclaró Mallory.

—Ajá. Es muy simpático, y tiene un tatuaje gigante en la espalda. Él mismo me lo dijo —continuó Erin, entusiasmada—. Hace unos trucos que te dejan con la boca abierta así. —Y abrió la suya todo lo que pudo para escenificarlo lo mejor posible delante de su abuela.

—¿Tatuajes? ¿Con qué clase de gente te relacionas, Mallory? Te recuerdo que tienes una hija —la reprendió Sharon, cruzando las piernas en el sofá.

—Yo podría decirte lo mismo, mamá —gruñó ella, contrariada—. Por cierto, Michael me ha llamado. Dice que está muy arrepentido de lo que ha hecho. Que te quiere y que siente haberte hecho daño.

—¿Por qué le has cogido el teléfono? Te prohíbo que vuelvas a hacerlo. No quiero absolutamente nada que provenga de él —escupió Sharon, a la vez que se acomodaba el recogido con coquetería.

—¿Nada? ¿Estás segura? Tal vez entonces debieras devolverle también sus tarjetas de crédito —propuso Mallory antes de apagar la luz de la cocina para sentarse con ellas en el salón. Miró hacia Sharon con los labios apretados, como si esperase que sucediera un milagro que la hiciera recapacitar.

—No veo la necesidad de hacer tal cosa. A Michael no le importará que yo gaste unos cuantos miles de dólares durante mi estancia aquí.

—Pero si vas a pedirle el divorcio...

—¡Basta! Deja de machacarme sobre lo que voy a hacer o a deshacer. Las tarjetas se quedan conmigo y punto final.

Mallory suspiró. Su madre no tenía arreglo. A su padre lo había dejado por su socio, veinticinco años mayor y con un considerable patrimonio. Luego se había encaprichado del hijo de ese hombre, que también era un empresario de éxito. ¿Y Michael? Quizás fuese el mejor posicionado de todos ellos. Con él a su lado, Sharon se había acostumbrado a una vida llena de lujos. Y ella sabía muy bien que su madre no abandonaría esa vida para ayudarla en su restaurante y ganarse la vida de forma honrada. Antes muerta que ponerse a trabajar.

5.

El sol calentaba con fuerza cuando el barco de Nicholas dejó atrás el puerto de Bar Harbor con la pequeña tripulación a bordo.

—Veo que el capitán confía mucho en ti —dijo Mallory, entornando los párpados bajo la intensa luz. La suave brisa jugueteaba con su pelo y con la fina tela de su blusa, haciéndole cosquillas—. Que yo sepa jamás le había dejado su preciado barco a nadie.

—¡Mira, mamá! Los cormoranes —señaló Erin, emocionada al ver pescar a las aves—. La abuela se está perdiendo una excursión fantástica.

«A Dios gracias», pensó Mallory. Solo le faltaba haber tenido que aguantar también sus quejas allí. Los últimos días habían consistido en una sucesión uniforme de suspiros y lamentaciones. Al menos no había querido alojarse en su casa sino en un lujoso hotel con vistas a la bahía, y eso había supuesto un verdadero alivio.

—Es precioso. Nunca me cansaré de contemplarlo —reconoció Mallory, dejando la vista perdida en la superficie marina.

Recordó la cantidad de veces que había visto a su madre derrotada a causa de sus alocadas acciones, y no pudo evitar sentirse culpable. Su madre era así y no iba a cambiar, por lo que quizás fuese la hora de intentar comprenderla y dejar de juzgarla. Estaba segura de que aumentaría su lista de matrimonios sin esperar demasiado tiempo, y nada ni nadie podría cambiar eso.

Y sin embargo le enervaban sus comentarios egoístas. ¿Cómo podía decir que su padre no la había valorado? Era Sharon quien no había sabido valorarle a él. Jonathan se conformaba con una vida tranquila: un trabajo del que vivir, una familia y un lugar apacible desde el que ver pasar los años. Por ello era feliz en el pueblecito del estado de Vermont en el que había nacido. Pero Sharon no era así. Ella era ambiciosa, y no dudaba en abandonarlo todo si era preciso para conseguir la vida que creía merecer.

Recordó el día en el que su padre les presentó a aquel hombre. Les dijo que era su socio, que con su dinero llevaría a cabo la ampliación del taller mecánico que Sharon tanto le había repetido que necesitaban. Ella quería que el negocio fuese más lucrativo, convertirse en la esposa de alguien con un patrimonio mayor.

Aquel hombre, Frank Montgomery, era la clásica persona que sabía ver las oportunidades. Y también lo supo ver Sharon. A los seis meses, el nuevo taller estaba listo, y también el divorcio de sus padres.

—Nicholas es un buen hombre —repuso Connor—, de áspero carácter pero buen corazón. Y supongo que ha comprobado que soy un hombre de palabra.

—Desde que su hijo se marchó no volvió a ser el mismo. Y tampoco quiso abrirse a nadie, supongo que vive con la amargura de haber alejado a su único hijo de su lado —explicó Mallory.

Connor se volvió hacia ella.

—No sabía que Nicholas tenía un hijo.

—Se llama Paul. Perdió a su madre siendo tan solo un niño, y Nicholas no supo manejar bien la situación. Bebía mucho y el poco tiempo que pasaba con su hijo era para lamentarse por lo injusta que había sido la vida con él —continuó con expresión triste—. Cuando Paul creció se volvió un chico difícil, que se rodeó de las personas equivocadas. Supongo que buscaba un lugar en el que encajar.

—Ahora entiendo por qué Nicholas parece estar siempre sumergido en su propio mundo —

repuso Connor, mientras observaba al viento jugar con los cabellos de Mallory.

—Paul se fue de casa tras una discusión en la que los dos se dijeron cosas muy feas y jamás regresó. Tenía diecisiete años.

—¿Y Nicholas no lo buscó?

—Desde luego que sí. Removió cielo y tierra tratando de dar con su paradero, pero todo fue en vano. Su última pista se perdía en Augusta.

—¿Cómo sabes todo eso? Yo nunca he conseguido entablar con Nicholas una conversación que se prolongue más de dos minutos —añadió Connor con una mueca.

—Paul estudió con mi marido. Fueron buenos amigos durante años, hasta que decidió tomar un camino peligroso. Ya sabes —explicó Mallory mordiéndose el labio. Harry se lo había contado muchas veces.

—Entiendo. ¿Hace mucho que os divorciasteis?

Erin se acercó a ellos dando saltitos, con su muñeca en la mano. Max la siguió con su gran lengua rosada colgando.

—¡Mami, mira! Charlie está tomando el sol. Le he puesto su bikini. ¿A que está preciosa? Está deseando ver el faro.

—No nos divorciamos, Connor —respondió Mallory, justo antes de dedicarle una sonrisa triste a Erin—. Papá se fue al cielo, ¿verdad, cariño?

—Ajá. Papi me cuida desde allí —respondió ella, orgullosa, señalando hacia arriba con la muñeca.

Connor apretó los labios, molesto por haber sacado aquel delicado tema. Observó a la niña, que se alejó junto con Max para jugar.

—Erin tenía solo un año cuando sucedió.

—Lo siento —musitó él, con la mirada fija en el horizonte.

—Gracias, Connor.

Un pesado silencio los envolvió.

Mallory se arrepintió por un instante de haber aceptado hacer aquella excursión. No quería hablar de Harry con nadie, era como si al hacerlo él se escapara un poco más de su vida. Prefería concentrarse en sus recuerdos, tratando de convencerse a sí misma de que permanecían igual de nítidos en su cabeza tras el paso de los años.

El faro de Frenchman's Bay apareció ante sus ojos rato después. Connor y Mallory disfrutaban del sol en la cubierta del barco mientras Erin canturreaba en su juego imaginario con Max muy cerca de ella.

—Ahí está Egg Rock. El edificio original del faro se construyó en 1875. Su arquitectura era única, por la torre cuadrada que sobresalía a través de la casa del encargado—dijo Mallory—. La luz roja parpadea cada cuarenta segundos como ayuda a la navegación.

Connor observó el edificio, con tejado rojo a cuatro aguas atravesado por buhardillas en los cuatro costados.

—Es un edificio curioso para ser un faro —opinó Connor.

—Lo es. Supongo que eso es parte de su encanto —dijo Mallory sin dejar de observar la pequeña isla.

—¡A mí me encantaría vivir en un faro! —intervino Erin con energía—. Igual que a papá, ¿verdad, mami?

Mallory asintió, recordando la hazaña de Harry.

—Cuando tenía doce años logró llegar hasta aquí en una pequeña barca y consiguió colarse en la

isla. Quería ver el mecanismo con sus propios ojos —explicó divertida—. El acceso está prohibido, pues la isla y el conjunto de los edificios es propiedad del *United States Fish and Wildlife Service*.

—¿Lograron atraparlo? —preguntó Connor con admiración.

—Claro que sí. Y te aseguro que le cayó una buena reprimenda —repuso Mallory entre risas—.

Creo que se le quitaron las ganas de emprender más excursiones por su cuenta.

Erin también rio.

—Mi padre era muy valiente, ¿sabes, Connor? Por eso sé que cuida de mami y de mí desde el cielo. Y como también os quiero mucho a Max y a ti sé que él también cuidará de vosotros.

Mallory sintió la emoción a flor de piel y respiró hondo para alejar las lágrimas que pugnaban por asomar a sus ojos.

—¡Hagámonos un *selfie* para immortalizar el momento! —pidió la mujer para cambiar radicalmente de tema.

Connor asintió y sacó su teléfono móvil del bolsillo. Se acercó a Mallory y aguardó a que Erin llamase a Max para la fotografía.

¡Qué bien olía siempre aquella mujer! Connor aspiró el perfume de su pelo y se recreó en la suavidad de su mejilla en contraste con su barba. Miró hacia la pantalla del dispositivo y sonrió.

—¡*Cheese!* —exclamó Erin con una sonrisa de oreja a oreja, bajo su madre y Connor.

Max se movió justo cuando sonó el clic, y quedó retratado como una fantasmagórica mancha negra.

—¡Max! —le reprendió la niña, con los brazos en jarras—. No se puede mover uno hasta que se acaba la foto.

Connor rio ante la ocurrencia.

—Creo que no le gusta demasiado hacerse fotografías, Erin. Le resulta difícil estarse quieto.

—A mí también me pasa —reconoció ella con una mueca, solidarizándose con el perro—. Y mami se enfada cuando me levanto de la mesa antes de tiempo.

—¿Tenéis hambre? —intervino Mallory tratando de aguantar la risa.

—Ajá —respondió Erin de inmediato, pensando en los deliciosos emparedados de carne que Rosie había preparado para la ocasión—. Me voy a comer por lo menos veinte sándwiches.

—Eres una glotona —soltó Mallory entre risas.

—Estoy creciendo, mami. Katie dice que esta es la etapa más importante de la vida en cuanto a *nutición*.

—¿Qué es esto? ¿Un complot de Katie y tuyo contra mí? —continuó bromeando.

—Katie tiene razón, Rosie también me lo dijo. Y también que había preparado más emparedados exclusivamente para mí. Bueno, tal vez comparta alguno con Max —añadió con una cómica expresión.

Un barco que pasaba a corta distancia hizo sonar su sirena a modo de saludo, interrumpiendo la conversación. Connor se estremeció y hubo de sujetarse al pasamanos. Cerró los ojos con fuerza y apretó la mandíbula esbozando una mueca de dolor. De repente, miles de imágenes regresaron a su cabeza, ametrallándole con sus destellos.

Disparos.

El polvo cubriéndolo todo.

El aire que no llega a los pulmones.

Connor hizo un esfuerzo sobrehumano y aspiró con fuerza, tratando de alejar aquellas sensaciones que habían invadido su cuerpo. Logró, al menos, regresar a la realidad, aunque con el corazón a punto de escapársele del pecho. Tragó saliva y apretó la mandíbula con fuerza.

Mallory levantó la mano para responder al saludo y al darse la vuelta descubrió al hombre pálido como la cera.

—Connor, ¿te encuentras bien?

Él no reaccionó. Sostuvo con las dos manos su frente perlada de sudor mientras respiraba de forma entrecortada.

—Connor —repitió Mallory a la vez que daba unos pasos hacia él y colocaba una mano sobre su hombro.

Él se apartó con brusquedad ante el súbito contacto y la miró con los ojos desencajados mientras regresaba poco a poco a la realidad.

—Disculpa —musitó ella, avergonzada y sin saber muy bien qué hacer—. No... no pretendía incomodarte.

Connor la miró en silencio, sintiéndose como un completo estúpido.

—No, Mallory, discúlpame tú a mí. Me he sentido indispuerto de repente, no sé qué me ha ocurrido. Quizás haya sido el sol —mintió, girándose para sacar las bebidas y de ese modo quitarle hierro al asunto. Cerró los ojos inclinado junto a la nevera, luchando todavía contra sus demonios. Sus manos todavía temblaban como si se hubieran vuelto de gelatina—. Ya estoy bien. ¿Qué te apetece beber?

—Una cerveza sin, por favor —respondió ella, comenzando a disponer la comida sobre la mesa improvisada.

Connor se volvió hacia ella con la mejor de las sonrisas haciendo de tripas corazón.

—Brindemos por la agradable compañía —dijo con solemnidad, y chocó su botellín contra el de Mallory. Después respiró hondo y bebió, rogando para que la escena no se repitiera.

Mallory dejó el paquete con los rollos de papel de cocina en el almacén con aire pensativo. De repente el contacto de Connor al acercarse a ella para hacerse la fotografía volvió a su cabeza. Si se esforzaba un poco podía incluso sentir el roce de su barba sobre la mejilla. Y su olor...

—¡Demonios! —exclamó contrariada, y resopló para intentar diluir los recuerdos de la excursión.

Miró hacia el techo y se lamentó por haber permitido que Erin lo invitara a cenar a casa, por haber ido a buscarlo para interesarse por su problema familiar. Debería haber continuado como al principio, con su precioso e infranqueable muro que solo podían atravesar sus escasos amigos.

Apretó los labios e intentó ignorar lo que quiera que fuese que le estaba afectando. Parecía que le quitaba hasta el aliento, comprimiéndole el pecho al respirar.

Llevaba mucho tiempo cómodamente instalada en su guarida, lejos de cualquier amenaza que le hiciera sentir, solamente acompañada por Erin y su trabajo. Y ahora...

Ahora todo había cambiado, como si la llegada de Connor a su vida hubiera sido una ráfaga de viento.

Sí. Eso era. Una ráfaga de viento que había abierto las ventanas de par en par y se lo estaba llevando todo. Estaba barriendo el pesar, la desesperación y la melancolía, dando paso a sensaciones lejanas, casi olvidadas.

Quizás todavía estuviese a punto de detenerlo.

Quizás aún pudiera cerrar las ventanas.

—¡Mallory!

El grito proveniente del comedor la devolvió de golpe a la realidad.

—¡Voy!

Recorrió la corta distancia y se encontró con Jack, que sostenía en la mano el teléfono del restaurante.

—Es tu padre.

—¡Oh! Dame —le pidió a Jack, que enseguida se ocupó de nuevo de sus labores—. Hola, papá. ¿Cómo estás?

—Bien, hija. Estoy bien. Pero dime, ¿cómo has estado tú?

Mallory suspiró y recordó el lío que tenía en la cabeza. Tamborileó con la punta de los dedos sobre la barra y miró al techo.

—No sé, papá. Bien, mal, regular. Fatal algún rato también. Y muy bien en algún momento —respondió encogiéndose de hombros. Con él, al contrario que con Sharon, siempre resultaba fácil abrirse.

—Es un avance, cariño. Hace mucho que no me hablas de ningún rato muy bueno.

—Pues ahora puedo hacerlo —reconoció, recordando la risa musical de Erin al descubrir asombrada los trucos de Connor.

—Me alegro mucho, de veras.

—¿Cómo está Cindy, papá?

—Oh, bien, sufriendo como puede las trastadas de tu hermano. No hay quién consiga enderezarlo —dijo Jonathan entre risas.

—Solo tiene doce años, dadle una tregua. Debéis tener paciencia —repuso Mallory, apoyándose sobre la barra.

—Estoy mayor para estas cosas, creo. Y además el taller absorbe casi todo mi tiempo. A veces Cindy me dice que se siente sola. No sabe muy bien cómo manejar a Justin.

—Bueno, paciencia. Es la mejor consejera en estos casos. Estoy segura de que todo se asentará con el tiempo.

Y recordó la alegría que había sentido al conocer la noticia de que iba a tener un medio hermano tras tantos años como hija única.

—Lo último que se le ha ocurrido al mendrugo de tu hermano —continuó Jonathan— es salir a dar un paseo en la camioneta de los Wilkins. La cogió del taller cuando yo aún no había terminado de ponerla a punto.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Mallory, horrorizada—. ¿Ahora también conduce?

—Eso parece. Tras cuatro horas buscándolo desesperados, a punto de llamar a la policía para denunciar su desaparición, apareció tan tranquilo con la camioneta. En su defensa puedo decir que no le hizo ni un arañazo —añadió Jonathan, tras resoplar con fuerza.

—Menudo susto. ¿Cómo no me dijiste nada?

—No quería preocuparte. Por cierto, ¿cómo está mi princesa?

—Erin está muy bien, papá —respondió Mallory mientras recordaba su carita de felicidad en el faro.

—Me alegro. No te imaginas las ganas que tengo de ver esa sonrisa suya —reconoció él con nostalgia—. ¿Cuándo nos harás una visita, cariño? Cindy también tiene ganas de veros.

Mallory se puso una mano en la cadera.

—No lo sé, papá. Ahora hay mucho trabajo, tal vez me decida a viajar cuando disminuya la afluencia de turistas. Ya sabes, en invierno, o...

—De acuerdo, tendré paciencia aunque sea complicado. Cindy te manda un beso, y otro para Erin.

—Besos para vosotros también.

Jonathan colgó y Mallory se quedó ensimismada pensando en lo afortunado que había sido al terminar con Cindy. Ella era la camarera del café del pueblo, y se conocían de toda la vida. Sin duda ella podría hacerle infinitamente más feliz que Sharon.

La luz del sol entraba en el dormitorio y se vertía sobre la cama hasta casi alcanzar la puerta, donde Mallory aguardaba observando pensativa aquella estancia. Le llegaban unas risas lejanas, unas voces familiares que poco a poco se alejaban de su memoria como en un sueño.

Tenía mucho miedo de perder también aquello, lo poco que le quedaba de Harry. No podía permitírselo.

—El restaurante ha quedado precioso —dijo Mallory, mirándose en el espejo bajo la atenta mirada de Harry—. ¿Te gusta este vestido para la inauguración?

Él asintió con una pícaro sonrisa en los labios.

—Si tengo que ser sincero, debo decir que me gustas más sin nada —bromeó, arrugando la nariz llena de pecas como un niño pequeño a punto de cometer una travesura.

—Tonto. Lo digo en serio —protestó ella, mientras giraba el cuello para verse el trasero en una postura imposible—. ¿No será demasiado corto?

Harry se acercó a ella y la besó en los labios.

—Estás preciosa. Y no, no es demasiado corto. Tienes unas piernas estupendas y vas a ser la envidia de la fiesta. Todo Bar Harbor se fijará en mi mujer y alabará mi buen gusto.

Mallory sonrió y le besó, rodeando su cuello.

—Te quiero, Harry.

—Yyo a ti.

—Soy muy feliz porque sé que tu gran sueño está a punto de hacerse realidad —susurró Mallory, con el corazón rebotante de dicha.

Él asintió sin dejar de mirarla a los ojos. Sostuvo su cintura con firmeza mientras agradecía tener a su lado a aquella mujer.

—Tú eres mi sueño, Mallory. El restaurante no sería nada para mí si tú no estuvieras aquí. Gracias por apoyarme siempre y por trabajar tanto para que Mills sea una realidad —repuso Harry.

La besó y tiró del vestido hasta que este se deslizó con suavidad para caer junto a sus pies descalzos. La tendió sobre la cama, cubriendo con su cuerpo los rayos del sol que lamían la colcha, y la hizo suya con desesperación, como si aquella pudiera ser la última vez.

Mallory enjugó con los dedos las lágrimas que rodaban por sus mejillas y respiró hondo, maldiciendo la hora en que Harry se había ido de su lado. Sorbió con fuerza por la nariz y colocó la caja de cartón sobre la cama. Los rayos del sol ya solo iluminaban su lado, mientras que la almohada de Harry permanecía en la sombra. Curiosa representación de la realidad.

Abrió el armario y aspiró por enésima vez las camisas y aquella chaqueta que a él tanto le gustaba y que ella odiaba. Ahora le gustaba también, y sonreía entre lágrimas al recordarle con

aquella pesada prenda de grueso punto verde con coderas marrones de pana.

La guardó en la caja con cuidado, como si pudiera romperse, tras abrazarla durante largo rato. Sobre ella colocó una a una las camisas.

Sacó todas las cosas que le habían pertenecido y las empaquetó con esmero, casi como si quisiera tenerlas a punto por si un día decidiera regresar. Después las llevó al garaje una a una, especificó su contenido con rotulador y las colocó en una de las estanterías.

Cuando terminó se sentó en el porche trasero y se tomó una cerveza a la salud de Harry. Allí donde estuviera, estaba segura de que brindaría con ella.

6.

Connor dio la vuelta a las hamburguesas y se volvió hacia el lugar de donde provenían las risas. Joey le hacía cosquillas a Megan, mientras ella intentaba zafarse de sus brazos. Su padre le acercó una cerveza mientras sonreía frunciendo los ojos bajo el intenso sol de aquel día en el que no había una sola nube en el cielo.

—Me hace muy feliz ver así a Joey —afirmó tras dar un trago a la bebida fresca—. Eso significa que pronto tendré nietos. —Y rio como un niño.

—Y yo seré tío —añadió Connor sin dejar de observar a la pareja—. Será estupendo ver aumentar la familia. Más Sterling correteando por aquí, estropeando las preciosas flores de mamá y volviéndola loca con sus travesuras...

—Prométeme que tendréis cuidado en Irak. Prométeme que te cuidarás y que cuidarás de tu hermano.

—Te lo prometo, papá. Volveremos los dos de una pieza, te lo aseguro —respondió Connor con orgullo—. Por algo somos dos de los mejores tiradores de la unidad.

—Estoy orgulloso de vosotros —dijo Sean con ojos soñadores—. Este país necesita más personas como vosotros, hijo.

Sean se sentó y pronto su esposa se unió a él, tras depositar el cuenco con ensalada sobre la mesa.

—Mamá, ¿podrías acercarme esa bandeja de ahí? —pidió Connor, dejando la cerveza sobre la repisa. Momentos como ese, con toda la familia reunida alrededor de la mesa, eran cuanto necesitaba para prepararse para la próxima misión. Aquella era la mejor forma de cargar pilas.

Ella asintió y enseguida se la acercó para susurrarle:

—Creo que Joey y Megan tienen algo que decirnos. Antes he escuchado cosas cuando salía del baño.

Connor la miró con curiosidad.

—¿Seguro? —musitó él, emocionado.

Jane asintió alborozada, y a punto estaba de responderle cuando Joey les interrumpió.

—Megan y yo queremos hacer un brindis —anunció, con su esposa muy cerca de él—. Muy pronto va a aumentar la familia. Pronto habrá un pequeño Sterling por aquí.

Sean y Jane estallaron en aplausos, y corrieron para abrazar a la pareja. Connor levantó su cerveza y le hizo un guiño a su hermano. Se sentía completa y absolutamente lleno de dicha.

De repente, la camiseta blanca que llevaba Joey comenzó a mostrar una mancha púrpura cada vez más grande. Pronto se convirtió en un pedazo de tela roja, empapada de sangre. Y todos se volvieron a mirar a Connor, reprochándole su comportamiento, culpándole de su desgracia.

Sean le miró con la mirada cargada de reproches.

—Has sido tú, Connor. Tú eres el culpable de que la desgracia haya caído sobre nuestra familia.

Jane asintió y le señaló con un dedo largo y huesudo hacia la puerta del jardín, que de repente se había convertido en un descampado lleno de escombros, regado de sangre mezclada con polvo, sembrado de cadáveres con espantosas expresiones en sus rostros desfigurados.

—¡Vete! ¡Vete! ¡Mira cuánto dolor has causado! ¡No quiero volver a verte más! ¡¡Vete!!

—¡Dios, no! —gritó Connor, mientras se incorporaba en la cama y metía una bocanada de aire en los pulmones. El alarido de su madre se le había clavado en las entrañas como si se tratase de un estilete ponzoñoso.

Apoyó las manos sobre el colchón y respiró profundamente hasta comenzar a recobrar el aliento. Cubrió su rostro con las manos y el dolor de aquella aciaga noche cayó de nuevo sobre él.

Estaba sentenciado. No había escapatoria posible. Uno no podía huir de su culpa por muchas millas que se alejase. Aunque se marchase al otro lado del mundo.

No.

No se podía escapar de uno mismo.

Mallory había salido pronto del restaurante. El servicio de cenas hacía apenas media hora que había terminado, y se había marchado mientras los demás recogían porque estaba deseando caminar.

Caminó despacio hasta el muelle, envuelta en aquel olor tan familiar de salitre y algas y en los sonidos de las aves que sobrevolaban los barcos, concentrada en todo y en nada a la vez. Recordaba el día en que Harry se había cruzado en su camino, durante una escapada a Bar Harbor con sus compañeras del último año de instituto. Había sido en el pub de Edward. Él le había pedido bailar y después la había invitado a una cerveza.

Aquella noche habían hablado durante horas, hasta que el local se había vaciado y Edward los había invitado a irse al encender todas las luces. Volvieron a verse al día siguiente, y al siguiente, y se despidieron con la promesa de mantener el contacto. Así fue, y un año y medio después Mallory se instalaba en Bar Harbor, en un pequeño piso compartido. Pronto Harry y ella decidieron irse a vivir juntos, y se casaron cuatro años después. Su historia había sido un verdadero cuento de hadas, sin apenas sobresaltos. Los únicos altibajos en su apacible vida los había proporcionado Sharon durante sus visitas, por fortuna para ellos, escasas.

—¿Tomando el aire?

Mallory se volvió hacia el recién llegado.

—Hola, Connor —saludó, con una sonrisa—. Sí, me apetecía caminar. El restaurante no me deja demasiado tiempo libre últimamente.

—Lo comprendo. La ciudad está repleta de turistas —reconoció él, con las manos en los bolsillos de sus vaqueros—. ¿En invierno también es así?

—Oh, no. El invierno es mucho más tranquilo aquí.

Max se acercó corriendo y saludó a la mujer de forma efusiva.

—¡Hola, Max! —le dijo Mallory. Lo acarició y observó a su dueño, que parecía cansado. Tal vez Nicholas le estuviera exigiendo demasiado—. La bahía está preciosa bajo las estrellas, ¿verdad? —musitó con la vista puesta sobre el agua repleta de destellos plateados.

—Sí, lo está. Cuando necesito relajarme vengo aquí de madrugada, en ocasiones antes de salir a faenar con Nicholas, y siempre consigo olvidarme de todo. Es como si me recordase lo pequeño que soy en el medio del universo, y los problemas disminuyen también.

—También en mí produce ese efecto. Aunque algunas veces me recuerda los solos que estamos en el universo, como bien dices —repuso ella sin pestañear.

—A veces es mejor estar solo, al menos hasta poner en orden las cosas con uno mismo.

La reflexión de Connor sorprendió a Mallory, que se apoyó sobre la barandilla mientras le miraba de reojo.

—Supongo que tienes razón, aunque hay heridas que tardan mucho tiempo en sanar —opinó ella.

—Pero al final lo hacen. Al menos eso dicen —añadió Connor, encogiéndose de hombros.

Mallory cabeceó sin convencerse del todo.

—Aun así, creo que es mejor contemplar la bahía en compañía —añadió él.

Connor se volvió hacia ella y se miró en sus ojos, cargados con tanta tristeza como los suyos. Por un momento le pareció estar observándose a sí mismo en un espejo. Pesar contra pesar. Remordimientos enfrentados también.

—Estoy de acuerdo —respondió Mallory, cuyo pulso se había acelerado.

Y en ese momento los labios de Connor se posaron sobre los de Mallory, buscando el contacto. Sus dedos se enredaron en la melena oscura y la atrajeron hacia su cuerpo, ávidos por tocar aquella piel desconocida, con la que tanto había fantaseado muy a su pesar. No quería sentir, y mucho menos enamorarse de nadie.

Pero allí estaban.

Connor saboreó aquella boca, húmeda, caliente y aterciopelada, mientras sujetaba con firmeza su nuca para estrechar aún más el contacto.

Cuando se separaron, tras un momento de cordura que les hizo regresar de golpe a la realidad, sus labios enrojecidos les mostraron la urgencia de aquel beso. Los dos se miraron sin aliento durante unos segundos y se marcharon casi sin despedirse, cada uno por su lado.

En sus conciencias se había desatado un huracán.

Rosie apartó la cazuela del fuego y se dispuso a preparar la salsa para las almejas. Las voces de Mallory y Sharon le llegaban amortiguadas desde el comedor. Poco después las oyó acercarse, y la puerta de la cocina se abrió.

—Buenos días, Rosie —saludó la mujer, ataviada con un traje de chaqueta blanco más propio de la Primera Dama. Sin duda desentonaba en una cocina vestida de aquella manera.

—Buenos días, Sharon. ¿Cómo estás? —respondió Rosie, expectante. Las conversaciones entre madre e hija solían terminar frecuentemente en discusión.

—Fatal, Rosie. Estoy mal, mal de verdad —reveló Sharon con dramatismo, dejándose caer en uno de los taburetes que había junto a la puerta—. El desgraciado de Michael va a terminar con mi salud, lo confieso. Y por añadidura, Jack me ha contado que ese tal Connor anda por aquí rondando a mi pequeña—. Arrugó el gesto e hizo un movimiento despectivo con la mano—. Ese hombre tatuado que, quién sabe, tal vez sea un ex presidiario, o algo aún peor.

Mallory la miró fijamente y después resopló con fuerza, harta de tanto teatro.

—Mamá, ya basta. Soy mayorcita y sé cuidarme sola, hace años que lo hago. Te recuerdo que tú te fuiste y no te importó lo más mínimo abandonarnos a papá y a mí a causa de tu ambición desmedida. Y sí, mal que te pese, los dos salimos adelante.

Sharon se removió escandalizada en el asiento y emitió un grito.

—¿Cómo te atreves a decir semejante cosa? Yo siempre me he preocupado por ti, cariño. Todo lo que he hecho ha sido también por tu bien, para sacarte de ese agujero inmundo en el que Jonathan vive —se excusó, cruzando las piernas con elegancia y mostrando sus carísimos stiletos de firma.

—Ya. Por mí. Seguro. Mamá, que ya somos viejas conocidas —protestó Mallory—. A mí me gusta la casa de papá, su forma de vida y todo lo relacionado con él. Nunca necesité nada más que su cariño, y el tuyo.

Sharon encajó la acusación lo mejor que pudo. Atusó su pelo, perfectamente peinado en un recogido, y dijo:

—Bueno, todo eso es agua pasada. Pero ahora estoy preocupada por Erin y por ti. ¿Acaso tal cosa es un delito? Os quiero con todo mi corazón.

Mallory observó hastiada a Sharon. Su comportamiento siempre era excesivo, como si precisara dramatizar las situaciones para compensar sus ausencias. Porque ella sabía muy bien lo que iba a ocurrir: Michael volvería cargado de regalos y ella le perdonaría su falta. La vida que le ofrecía bien compensaba una infidelidad, estaba segura de que eso era lo que ella pensaba.

O también podía suceder que Sharon diera con un sustituto de Michael en Bar Harbor, tan rico o más que este, y olvidara su vida en Los Ángeles. Con aquella mujer todo era posible.

—Pues no te preocupes más, mamá. Connor es un buen hombre, ¿verdad, Rosie?

La cocinera asomó la cara tras la nube de delicioso aroma que ascendía desde la cacerola y asintió.

—Desde luego que lo es. Y Erin le ha tomado especial cariño. Yo no le daría más importancia de la que en realidad tiene. Connor es un conocido y poco más, ¿no es así, Mallory?

Rosie la miró con ironía, pues la había notado extraña desde la llegada de Connor al pueblo.

—Exactamente así —dijo Mallory con rotundidad, mientras las mariposas de su estómago se agitaban al recordar el beso. No había pasado un solo segundo en el que no se arrepintiese de lo sucedido. No era propio de ella dejarse llevar de aquella manera, desde luego.

—Mallory, el pedido de langostas acaba de llegar. Connor está en el almacén —intervino Jack, con el bolígrafo colocado tras la oreja, bajo sus rizos pelirrojos. Sonrió y esperó alguna reacción por parte de la jefa, pero esta no se produjo.

—Jack, por favor, preséntale a mi madre. Al parecer alguien le ha estado hablando de él y tiene ganas de conocerle.

—¡Y quién no! —repuso Jack con un grito y poniendo los ojos en blanco—. Es un verdadero bombón, con un cuerpo esculpido por los mismos dioses. Venga conmigo, señora Cooper. Verá cómo tengo razón al pensar que puede ser el hombre ideal para mí.

Le ofreció su brazo a la mujer y la condujo hasta el almacén, charlando acerca de las bondades de aquel supermodelo, como él mismo le llamaba.

Mallory caminó tras ellos con el corazón acelerado. ¿Qué podía decirle tras lo sucedido en el muelle?

—Connor, esta es Sharon Cooper, la madre de Mallory —recitó Jack.

Mallory le miró. Connor estaba inclinado sobre las cajas que portaban los deliciosos frutos del mar. Ataviado con su peto amarillo y con el pelo oscuro alborotado, los ojos azules e insondables, atractivo a más no poder. Se volvió y les miró.

—Un placer, señora Cooper. Soy Connor Sterling —dijo él, ofreciéndole su mano.

Sharon observó el tatuaje que cubría el musculado brazo del joven y sonrió. Era cierto que tenía un aspecto rudo y algo desharrapado, pero ciertamente no parecía peligroso.

—Un placer, joven. Así que tú eres el profesor de magia de mi nieta —dijo Sharon con una sonrisa.

—Eso creo —repuso él, sin ni siquiera mirar a Mallory—. Lo siento pero debo irme, tengo varios repartos por hacer. Un placer, señora Cooper.

Jack miró de reojo hacia Mallory, que no había abierto la boca. Y Connor, si no se equivocaba, ni la había mirado. Ambos se habían comportado de un modo distante, por lo que se preguntó si habría sucedido algo que a él le hubiera pasado desapercibido.

—¿A que es un supermodelo, señora Cooper? Alguien propio de una portada de Men's Health. El hombre ideal para alguien como yo, con unos pectorales bien desarrollados donde apoyar mi

delicada cara cada mañana al despertar —bromeó el jefe de camareros. Le ofreció de nuevo su brazo a la mujer y caminó con ella hacia el comedor.

Sharon cabeceó.

—Es atractivo, Jack, no te lo voy a negar. Aunque no parece muy simpático, no comprendo qué ha podido ver Erin en él.

Mallory observó la puerta cerrada del almacén y deseó con todas sus fuerzas evaporarse de la faz de la Tierra en ese instante. ¿Cómo podría volver a mirarlo a la cara después del beso? No podría.

Suspiró y regresó a sus quehaceres en la cocina. Al menos conversando con Rosie olvidaría lo ocurrido durante un rato.

—¡Mami, mira esas langostas! —exclamó Erin en medio del mercado—. Son más grandes que las que captura Nicholas para ti.

Mallory la instó a hablar más bajo con un gesto.

—Que no te escuche Nicholas, Erin. O no nos servirá más langostas. Él dice que las suyas son las mejores, y no seré yo quien le lleve la contraria.

—Vale, vale, mami. Guardaré el secreto entonces. ¡Soy una tumba! —exclamó con la mano en alto—. ¡Connor, hola!

Mallory se volvió y se encontró cara a cara con él. Sin escapatoria posible. También él parecía incómodo.

—Hola, Erin. Mallory, ¿cómo estás? —dijo él con expresión seria.

—Hola, Connor. Bien, ¿y tú? —respondió la mujer, mientras le quitaba a Erin una pelusa imaginaria de la camiseta de tirantes.

—Connor, ¿por qué no vienes de nuevo a cenar a casa el próximo día de descanso de mami? El otro día intenté hacerle tus trucos a Candy y no conseguí hacerlos bien. ¿Podrías volver a enseñármelos? Por favor —pidió con voz suplicante.

Mallory sintió ganas de estrangularla. Apretó los labios y rogó para que él no aceptase.

—No puedo, Erin —dijo Connor con una sonrisa.

«A Dios gracias», pensó Mallory.

—Por favor... Si no me ayudas nunca podré hacerlos bien —añadió la pequeña como si estuviera a punto de echarse a llorar.

Connor miró hacia Mallory y después otra vez a Erin.

—Está bien, iré. Pero no podré quedarme a cenar, tengo planes.

—¡Bien! —gritó la niña, dando palmas emocionada—. Hasta el lunes entonces, Connor. Y lleva también a Max, tengo ganas de verlo.

—Adiós, Erin —dijo él justo antes de darse la vuelta—. Adiós, Mallory.

—Adiós —musitó Mallory mientras le veía alejarse entre los puestos.

Bueno, era sencillo. Solo tenía que mantenerse alejada de ellos mientras practicaban los trucos en el salón. Tampoco tenía por qué ser un momento violento. Después ella misma le acompañaría hasta la puerta y listo.

Fácil.

Suspiró y agarró a Erin para que la acompañase al puesto de Mike, intentando convencerse a sí misma de que sus reflexiones eran acertadas. Lo último que necesitaba en su vida eran complicaciones innecesarias.

El día de descanso había sido muy agradable. Mallory había aprovechado para ir de compras con Rosie. Eran pocas las ocasiones en que podían pasar un rato juntas sin encontrarse bajo la presión de Mills, de modo que disfrutaron mucho. Se compraron algo de ropa, comieron juntas y hasta hablaron del beso.

Rosie se alegró de que algo así hubiera sucedido, aunque Mallory no estuvo de acuerdo. Estaba convencida de que Connor no se sentía en absoluto atraído por ella, y aquel beso no había sido más que el fruto de un impulso sin más. Tampoco ella quería complicaciones en su vida, de modo que lo mejor era olvidarlo y continuar como si nada. Esperaba que la tirantez que se había instalado entre ellos desde el suceso desapareciera con el transcurso de los días.

Ya bien avanzada la tarde, Mallory puso rumbo a casa, satisfecha tras la conversación con Rosie. Una vez allí introdujo la camioneta en el garaje, cerró la puerta y se dirigió al buzón. Hacía días que no lo miraba.

Echó a andar mientras revisaba los remitentes sin hallar ninguna novedad, y se quedó petrificada al encontrar a Connor sentado en uno de los escalones del porche. Max se abalanzó sobre ella e intentó lamerle la cara.

—Connor... ¿Qué...? Yo... te dejé un mensaje en el contestador y... —balbuceó confundida, acariciando al perro con la mano libre—. Erin se ha ido a pasar unos días con sus abuelos paternos.

Él se levantó, y la camiseta se adhirió a sus firmes abdominales.

—No pasa nada —repuso, encogiéndose de hombros—. Ese maldito aparato se come la mitad de mis mensajes. Avísame cuando Erin vuelva y me pasaré por aquí para practicar los trucos.

—De acuerdo —respondió ella, con el corazón acelerado.

Connor bajó la escalera y se acercó a ella, haciéndole llegar el perfume que siempre utilizaba.

—Adiós, Mallory.

—He comprado sushi. ¿Te apetece quedarte a cenar?

No había terminado de formular su pregunta y ya se estaba arrepintiéndolo de sus palabras. ¿Qué esperaba? ¿Que él aceptase su oferta olvidando los problemas que le había causado su insensatez y...?

—De acuerdo.

Ella le miró asombrada, sin saber qué decir.

—Me gusta el sushi —repuso él.

—Bien.

Mallory dejó las bolsas en el vestíbulo y la cena sobre la encimera, sin poder ocultar su incomodidad.

—¿Siempre te ha gustado cocinar?

—¿Eh? —balbuceó ella desde la cocina.

Connor se asomó por el hueco que había entre la cocina y el salón y apoyó los codos sobre la barra de desayunos.

—Lo digo por la idea de montar Mills.

—La verdad es que cuando me instalé en Bar Harbor no sabía ni preparar unos huevos revueltos —repuso ella con una mueca—. Aunque suene fatal debo decir que vivía de platos precocinados. Mi padre, con quien vivía hasta entonces, no es lo que se pueda denominar un gran chef.

Connor la miró sin comprender nada.

—Mi marido me enseñó. Harry había tenido la suerte de aprender con su tía, que durante muchos años regentó un restaurante en el pueblo. A ella le apasionaba la cocina, y supongo que le transmitió toda esa pasión, y Harry me la transmitió a mí —recordó con nostalgia—. Trabajamos muy duro para

ahorrar lo suficiente y así embarcarnos en el proyecto de Mills. Y lo arriesgamos todo, también. Invertimos hasta el último centavo de nuestros ahorros.

—Y la cosa fue muy bien.

—Sí, lo fue. Nuestros mariscos son una delicia, si me permites decirlo —añadió Mallory con satisfacción.

—Gracias, en parte, a mi trabajo —bromeó él.

—Pues sí. Tú también aportas tu granito de arena para el buen funcionamiento de Mills. Y Nicholas lleva años siendo nuestro proveedor, desde la apertura del restaurante. Le agradezco mucho su dedicación, y más cuando estaba sufriendo por lo de su hijo. En alguna ocasión le llegaron pistas sobre su paradero que finalmente resultaron ser falsas. Como puedes comprender, esas cosas le dejaban devastado durante meses. Y sin embargo ha continuado trabajando de igual modo.

—Eso le honra —opinó Connor.

—Desde luego. No merecía pasar por tanta preocupación, por tanto dolor. Es un buen hombre. Espero que Paul recapacite un día y decida regresar, aunque sea solo para que su padre pueda descansar —añadió Mallory, abriendo un par de cervezas y ofreciéndole una a su invitado.

—Por que tu deseo se haga realidad —propuso él, chocando su botellín contra el de ella—. La vida es realmente complicada a veces.

—Lo es —admitió Mallory con un suspiro—. En ocasiones nos arrastra hacia caminos que jamás pensamos recorrer.

Connor asintió.

—Solo nos queda recorrer esas sendas de la mejor manera.

Ahora fue ella quien asintió, pensativa.

—¿Por eso viniste a Bar Harbor?

—Algo así.

7.

La cena resultó mucho más agradable de lo que Mallory podía haber imaginado, pues la conversación fluyó con facilidad hasta después del postre. Parecían dos viejos amigos charlando sobre un montón de temas.

—Estaba todo delicioso. Y tengo que confesarte que nunca había comido un brownie tan bueno como este —dijo Connor.

—La receta es de Cindy, la mujer de mi padre. Lo deja jugoso como nadie —repuso Mallory mientras daba cuenta de lo que quedaba de su pedazo—. ¿Quieres un poco más?

Connor sacudió la mano e hizo una graciosa mueca.

—No, por favor. Ya no puedo comer nada más. Creo que con lo que he comido tendría para sobrevivir como mínimo un mes. Con el sushi habría sido suficiente, de veras. No hacía falta que preparases nada más.

—Salgamos al porche. Hace una noche preciosa.

Connor asintió y la siguió. Se sentaron en la parte trasera de la casa y Mallory encendió la vieja radio en un programa de música country.

—Me encanta —reconoció ella, acomodada en el balancín de madera pintado de azul—. Es muy relajante.

—Lo es —repuso él, sentado a su lado. El perfume que usaba se introducía en sus fosas nasales provocándole un cosquilleo. Cerró los ojos y disfrutó de *Mine would be you*, de Blake Shelton, hasta que la canción terminó.

—A Erin le da miedo quedarse sola en el porche cuando está oscuro —recordó de repente Mallory—. Quién fuera niña de nuevo para temer a los monstruos y a la oscuridad. Cuando creces descubres que hay cosas mucho más aterradoras, ¿no crees?

Connor la miró, deseando abrazarla para alejar cualquier pesar que pudiera estar acechándola. Le invadió la misma necesidad, urgente y dolorosa, que le había hecho besarla en el muelle. Tragó saliva y luchó contra aquellas fuerzas que lo empujaban hacia ella de forma irresistible. No debería haberse quedado.

—¿A ti qué te asusta, Mallory? —preguntó, sin poder apartar sus ojos de ella.

Mallory sintió que le faltaba el aire. De repente el mundo se reducía a ellos dos, y todo lo demás a su alrededor se esfumó. Recordó el momento en que había pensado que él se había ido y el temor descarnado que le hizo buscarle.

—Me asustan muchas cosas —musitó, con todo girando muy deprisa a su alrededor—. Me da miedo que mi memoria falle y me haga olvidar a Harry. Me da miedo darme cuenta de que he vuelto a sentir cosas que creía muertas. Y me da miedo que un día decidas marcharte.

Los dos se miraron durante unos instantes, tratando de descifrar algo en sus miradas.

Connor la besó, y ella recibió aquellos labios como si se estuviera ahogando y solo en ellos estuviera su salvación. Se enlazó a su cuello y él la atrajo más hacia sí, acortando la escasa distancia que suponía una terrible barrera entre los dos.

Mallory se concentró en su sabor, en su olor, en el tacto de su barba contra su mejilla. Parecía que sus cinco sentidos estaban más alerta que nunca, atentos a cualquier sensación que él le pudiera causar. La besaba con tanta ternura que sintió ganas de llorar, como si aquel contacto fuese el único lazo que podía atarla a la vida.

A la vida. A la muerte. A todo lo que merecía la pena. A todo por lo que merecía la pena luchar.

Y de repente aquella acuciante necesidad surgió en el centro mismo de su ser. Jadeó mientras él recorría su cuello con los labios ardientes y le incitó a seguir, explorando su cuerpo bajo la camiseta. Su cuerpo parecía estar renaciendo, regresando de su largo letargo.

Cuando Connor la aupó para entrar en la casa ella se aferró a él con brazos y piernas, como si todo su mundo se hubiera reducido a aquel cuerpo, a aquella alma atormentada. Lo necesitaba tanto que la urgencia misma le asustaba, aunque no titubeó cuando la depositó sobre la cama y se colocó sobre ella para besarla una y otra vez, para desnudarla hasta fundir piel con piel. Parecían encajar a la perfección, como si el caprichoso destino se hubiera divertido a su costa, alejándolos primero miles de millas y rompiéndolos por dentro para después colocarlos uno frente al otro hechos pedazos, casi sin esperanza.

Connor se sentía en un torbellino del que no podía escapar por mucho que lo intentase. Acariciaba aquella piel suave con la que tanto había fantaseado, se hundía en el perfume que le robaba el sueño y bebía del aire de Mallory, emborrachándose de ella. Nunca se había sentido de aquel modo, como si nada más le importase, solo aquel instante perfecto. Y cuando al fin se hundió profundamente en su interior y sintió que ella se aferraba a su cuerpo con todo su ser, se dio cuenta de que solo ella podía perseguir y expulsar a sus demonios. Solo ella podía hacerle regresar a la vida.

Mallory, por su parte, se sintió viva. Tremendamente viva. La sangre había vuelto a circular por sus venas. Su cuerpo había vuelto a vibrar ante el contacto de aquellas caricias. Su corazón latía de nuevo con fuerza. Y cuando al fin llegó la calma, él la estrechó entre sus brazos infundiéndole tanto amor y tanta ternura que le hizo degustar de nuevo el sabor de sus lágrimas.

Pero a la misma velocidad que regresaba la vida, también lo hizo el temor.

Connor pegó la espalda al muro y miró hacia arriba, hacia el cielo negro y en calma. Podía percibir bajo su espalda la superficie firme y arenosa de la pared, por detrás del grueso chaleco.

Joey estaba tras él, podía escuchar su respiración agitada, alerta ante cualquier sonido extraño.

Había silencio. Demasiado silencio. Parecía como si en el barrio entero no hubiese una sola alma, nadie a quien capturar. Pero las órdenes de arriba indicaban que la pista era fiable. Su objetivo se ocultaba muy cerca de ellos.

Turner les hizo una señal con la mano, con su arma preparada, y los Sterling y otros dos SEALs de la unidad se desplazaron con sigilo envueltos en las sombras. Estaban muy cerca. Pero todo aquel silencio, viscoso y aterrador, se vertía sobre ellos como una muda amenaza.

—Doce días para regresar a casa. ¡Doce! —susurró Joey con una sonrisa.

Connor le miró con una sonrisa e hizo un gesto, como si su vientre estuviera abultado. Joey le hizo un guiño.

Una misión más y estarían en casa. Solo una más. Joey dejaría el servicio en activo, Connor seguiría embarcándose en las más peligrosas misiones. Lo llevaba en la sangre, era un hombre de acción. Le encantaba aquel trabajo, se había vuelto dependiente de esas descargas de adrenalina que solo sucedían en situaciones extremas como aquella. Cuando observaba a través de la mira de su arma todo lo demás desaparecía. Solo estaban su objetivo y él. Y no solía fallar.

El estallido les pilló desprevenidos. Dispararon contra el enemigo y emprendieron una frenética huida hasta el parapeto más cercano. Allí, quietos contra la pared, intentaron ordenar las ideas dentro de su cabeza en medio de aquel caos.

—¡Sterling, recuento de daños! —gritó el oficial.

—¡No tengo visual, señor!

El polvo lo cubría todo, y era imposible vislumbrar si disparaban al enemigo, a una sombra o a un miembro de la unidad. Una ráfaga de proyectiles enemigos cayó sobre ellos justo cuando el oficial al mando llegó buscando refugio. Estaba herido.

—Es una emboscada. Sabían que veníamos —gruñó Connor, buscando una posible vía de escape. Si no salían cagando leches de allí, estarían muertos mucho antes de la salida del sol.

El oficial se incorporó restándole importancia a su herida, y cayó fulminado por el fuego que no cesaba de caer sobre ellos.

Joey gritó.

Algo estalló muy cerca, y de repente Connor dejó de pensar. No podía respirar, no podía escuchar nada, no podía ver. Se arrastró por el suelo polvoriento como un gusano al que estaban a punto de exterminar, y casi no sintió la bala que penetró por su costado, desgarrándole también el alma.

—¡Hijos de puta! —gritó Connor, completamente fuera de sí. Intentó incorporarse y de repente la noche se volvió día.

Alguien había encendido la luz.

—Connor, ¿te encuentras bien?

Mallory le observó descompuesta, sin cubrir su desnudez, sentada en la cama. Su cara era un poema.

—Mallory, yo... ¿te he hecho daño?

Ella negó con la cabeza, todavía asustada por su extraño comportamiento.

—Gracias a Dios —dijo él, levantándose a toda prisa de la cama y enfundándose en sus pantalones. Después de hacer el amor de forma apasionada los dos se habían acostado en la cama, y se habían quedado dormidos poco después. Tenía tanta prisa por marcharse que a punto estuvo de caerse.

—¿Te marchas? —preguntó ella en voz baja. Comprobó la hora y observó que aún era temprano para salir a faenar con Nicholas. Le miró con el cabello alborotado y las huellas de sus besos aún en los labios.

Él asintió.

—No debí haberme quedado. No es seguro —repuso él, abrochándose los botones de la bragueta. Después buscó su camiseta con la mirada.

Mallory se fijó por segunda vez en el tatuaje de su espalda.

—Es precioso. No lo había visto tan bien hasta ahora.

Connor se dio la vuelta y la miró sin comprender.

—El tatuaje —señaló ella—. ¿Es tu hogar?

El dibujo mostraba un espectacular valle, flanqueado por majestuosas montañas que se reflejaban en un lago. Desde lejos, dos jinetes observaban el panorama. En un lateral, una cicatriz mostraba una vieja herida.

—Lo era —respondió él con la mandíbula contraída.

—¿Qué ocurrió? —dijo Mallory mientras señalaba la cicatriz.

Él se dejó caer hasta quedar sentado sobre la cama y cubrió su rostro con las manos. Después

negó con la cabeza como si los recuerdos le torturasen.

—Lo estropeé todo. Yo debía cuidar de él. Es lo que hacen los hermanos mayores —musitó. Descubrió su rostro pero se quedó dándole la espalda a la mujer—. Se lo prometí. Les prometí a mis padres y a mi cuñada que cuidaría de Joey.

Mallory alargó la mano y tocó la herida con la punta de los dedos hasta hacerle estremecer.

—Ven.

Connor la miró y se encerró en sus brazos sin pestañear, como si supiera que solo ella podía comprender su dolor. Ella le abrazó en silencio y aguardó a que su corazón recuperase su ritmo normal.

También él estaba roto por dentro. Quizás los pedazos de los dos tuvieran más posibilidades de recomponerse si estaban juntos.

Mallory se puso la chaqueta, se despidió de Jack y salió del restaurante. Connor la esperaba al otro lado de la calle.

Caminaron lentamente hasta el muelle, respirando la suave brisa y disfrutando de su compañía en silencio. La noche anterior habían compartido mucho más que una cama.

—¿Cómo ha ido el servicio de cenas? —preguntó él, ya junto a los barcos que eran mecidos con suavidad por el agua del puerto.

—Bien, aunque estoy agotada —respondió Mallory con una sonrisa.

—Siento haberte despertado anoche.

—No pasa nada. Erin también tiene pesadillas a veces —dijo ella, tratando de restarle importancia al asunto.

—Hace tiempo que tengo esos sueños —reveló endureciendo las facciones—. Desde que regresé de aquel infierno.

—¿Estabas en el ejército?

—Navy SEALs —dijo él por toda respuesta, contrayendo la musculatura de la mandíbula—. Irak.

—Entiendo.

Continuaron caminando en silencio durante unos minutos, en los que Connor repasó por enésima vez los hechos de aquella jornada en su cabeza.

—Mi hermano Joey murió durante la última misión de la unidad, junto a cinco compañeros y el oficial al mando. Yo sobreviví, gracias a que quedé inconsciente tras recibir el disparo en el costado —relató, tocándose el lugar por donde había penetrado el proyectil en su cuerpo—. Eso me salvó la vida, porque me dieron por muerto. La ayuda me recogió poco después. Cuando desperté deseé que hubieran terminado conmigo también.

Mallory buscó su mano y la sostuvo con fuerza para obligarlo a regresar junto a ella.

—De vuelta en casa no fui capaz de soportar la culpa. No he podido volver a mirar a mi padre a la cara —dijo tras respirar con fuerza—. No dejo de culparme. Joey debía haber sobrevivido, no yo. Iba a ser padre. Yo debí ser el jodido muerto aquel día, no él.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y miró hacia el agua, avergonzado.

—Después llegaron las alucinaciones, los sueños y todo lo demás. Los exámenes psicológicos me declararon no apto para el servicio —recordó con angustia.

—Y te fuiste.

Connor asintió.

—Era lo mejor. No quería ver a mis padres. No quería ver a la mujer de Joey ni a su hijo. No

podía.

Mallory le miró con ternura.

—Lo siento mucho. Pero no es culpa tuya. Supongo que los dos sabíais a lo que os exponíais yendo allí.

—Nos entrenan para afrontar situaciones extremas. Pero no nos preparan para superar la pérdida de parte de ti. Ni tampoco para soportar todo lo que te ves obligado a ver. Todo eso regresa contigo como parte de tu equipaje —repuso con amargura—. Recuerdo una aldea a cien millas de Mosul. Nos habían dado instrucciones precisas: irrumpir en el punto indicado, capturar a dos hombres acusados de tortura y asesinato de varios soldados británicos y salir limpiamente. Nadie nos avisó de que habría civiles en el lugar. Abrieron fuego contra nosotros y nos vimos obligados a repeler el ataque. Cuando todo terminó descubrimos que aquel lugar estaba repleto de mujeres y niños desarmados. Yacían por todas partes.

Connor cubrió sus ojos con la palma de la mano y respiró hondo antes de continuar.

—No he podido olvidar el llanto desesperado de una mujer que abrazaba el cuerpo sin vida de una niña. Nos increpaba con el deseo de enviarnos directos al infierno. No la culpo. Jamás pensé que yo sería capaz de cometer semejante atrocidad.

Mallory le apretó la mano para infundirle su apoyo. Era consciente del valor que tenían aquellas palabras: él le estaba abriendo su corazón.

—Ahora estás aquí, conmigo —le susurró con suavidad.

Él asintió.

—Sí. Pero allá donde vaya todo aquello viaja conmigo. Y creo que jamás podré desprenderme de ello.

Los dos emprendieron en silencio el camino de vuelta a la casa de Mallory.

—Esta mañana he hablado con Erin —dijo ella mientras introducía la llave en la cerradura de la puerta—. Me ha dicho que está deseando veros a ti y a Max.

El solo comentario le arrancó una sonrisa a Connor.

—También yo tengo ganas de verla.

—Todavía se quedará unos días más con sus abuelos. Si quieres podemos ir a verla juntos, Ed y Sylvia son encantadores —repuso ella, dejando las llaves sobre el mueble de la entrada.

—Estaría bien —dijo Connor mientras tomaba a Mallory por la cintura para besarla—. Aunque ahora se me ocurren otras cosas que podrían estar incluso mejor.

A ella se le escapó una risita nerviosa.

—¿Ah, sí? —preguntó, dejándose hacer.

Él la llenó de besos y la arrastró hasta el dormitorio, donde solo la luna fue testigo de su locura.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó Connor, besando el pelo de Mallory. Observó su desnudez y la acercó más a él, su pecho contra la espalda de ella.

—¿Qué?

—Lo de tu marido.

Ella suspiró con fuerza, y por un momento sintió ganas de decirle que no quería hablar de ello.

—Fue una noche. Habíamos cerrado tarde el restaurante, y él me dijo que volviera a casa. Él se quedaría para ayudar a recoger y así yo podría quedarme con Erin. Terminaron de limpiar y todos se fueron a casa. Harry se sentó en el despacho que hay en la parte trasera, junto al almacén, y repasó la contabilidad. Supongo que se quedó dormido mientras lo hacía.

Se calló durante unos instantes y después musitó:

—Nunca se despertó. Cuando yo misma desperté por la mañana y vi que no había llegado llamé a Jack, y él me dijo que Harry se había quedado trabajando. Así que vestí a Erin y me fui a *Mills*. Le encontré allí, con la cabeza apoyada sobre la mesa. Parecía dormir —añadió con la voz temblorosa.

—Dios mío —repuso Connor, abrazándola aún más fuerte.

—Llamé a emergencias, aunque sabía que no podrían hacer nada por él. Me pasé meses viviendo en una nube. Era como si mi vida se hubiera terminado, y sin embargo continuaba respirando. Decidí cerrar el restaurante y pasar una temporada en casa de mi padre, en que siempre ha sido mi punto de apoyo.

—¿Y tu madre?

—Sharon nunca ha estado, ni cuando la necesitaba ni tampoco en los buenos momentos. Ella hace mucho que decidió hacer su vida muy aparte. A veces pasan meses y no recibo ni una sola llamada suya.

—Una madre un tanto atípica —opinó Connor, acariciando el muslo de la mujer.

—Creo que siempre supo que no pasaría su vida en el pueblo donde ella y mi padre nacieron. Su ambición era más grande. Mucho más grande.

—¿Ah, sí? —dijo él, deslizando su mano hasta el centro de su anatomía.

—Ajá —gruñó Mallory. Gimió y se deshizo alrededor de sus dedos juguetones.

—Yo compensaré esa falta de cariño materno —bromeó Connor, presionando las teclas exactas para que ella se abriera para él como una flor.

Mallory se arqueó y gimió con la respiración acelerada, y poco después se dejaba llevar por las oleadas que sacudían su cuerpo. Sintió como él entraba y poco después se movía en su interior, y arañó la almohada.

Connor besó su cuello y se meció con suavidad, primero, y más rápido después. Se acoplaban perfectamente, como mitades de un mismo molde. Y también se estremecieron a la vez cuando alcanzaron el clímax, exhaustos y saciados.

8.

El sol estaba alto cuando la camioneta de Mallory puso rumbo a casa de sus suegros. Había recogido a Connor en su apartamento tras terminar este su trabajo.

—¿Harry era el único hijo de Ed y Sylvia?

Mallory bajó un poco el volumen de la radio y negó con la cabeza.

—Tienen otra hija, Maya. Vive con su pareja en un pueblecito a unas treinta millas de Bar Harbor. No tienen hijos, por lo que Erin es su única nieta. Siempre dicen que Erin nació para colmarles de felicidad, porque es un pedacito de Harry. Se parece mucho a él: su pelo rubio, sus mismos ojos claros, las pecas y esa naricita respingona —recitó ella con nostalgia.

—Lo comprendo. Para ellos también ha debido ser duro —dijo Connor mirando por la ventanilla.

—Mucho. Y han sufrido más, si cabe, viéndome a mí destruida. Han sido un gran apoyo. Son realmente estupendos.

Mallory tomó el desvío y circuló a través de un hermoso camino flanqueado por árboles centenarios. Pronto la casita junto al mar apareció ante sus ojos.

—Es aquí —dijo Mallory, que aparcó junto a la cerca y detuvo el motor.

—El lugar es espectacular —reconoció Connor a la vez que cerraba la portezuela, maravillado por el paisaje.

La casa era una edificación de madera pintada de azul, con una planta más un abuhardillado. Estaba rodeada por una valla blanca y flanqueada por tupida hierba verde y fresca. Las macetas de las ventanas estaban repletas de flores.

Pero lo mejor eran las vistas. La vivienda estaba construida al borde mismo de un pequeño acantilado, como si se tratase de un mirador improvisado.

Connor se acercó y observó las olas rompiendo con fuerza contra las rocas, con los ojos fruncidos bajo el intenso sol. Max correteó a su alrededor sin dejar de mover la cola.

—Es muy bonito —dijo Mallory, colocándose junto a él con la mirada perdida en el inmenso azul. Había contemplado aquel espectáculo infinidad de veces junto a Harry—. Invita a soñar, ¿verdad?

Él asintió.

—¡Mami! —gritó Erin, que corría hacia ellos con una gran sonrisa. Abrazó a Mallory y después acarició a Max, que jugueteó con ella—. ¡Hola, Connor! Bienvenido a *Lighthouse Hill*.

—Hola, Erin —saludó él—. ¿*Lighthouse Hill*? No veo ningún faro —repuso, oteando a su alrededor.

—Así lo llamaba papi, ¿verdad, mamá? Siempre soñó con que la casa de los abuelos fuera un faro que auxiliase a los barcos. Ese era su juego preferido.

Mallory asintió y saludó con la mano a Ed, que aguardaba junto a la puerta. Sylvia no tardó en reunirse con él, y dejó que su marido la rodease con el brazo.

Connor y Mallory se acercaron caminando y Erin no tardó en hacer lo mismo acompañada por Max.

—Abuelo, abuela, este es mi amigo Connor, el mago de quien os he hablado —presentó con solemnidad—. Y este peludín es Max.

—Un placer, muchacho —dijo Ed con una sonrisa. Le ofreció su mano y añadió con un guiño—: Los amigos de mi nieta también lo son míos. Esta es mi esposa, Sylvia.

—Es un placer también para mí, señor —añadió Connor—. Tienen una casa espléndida.

—Gracias —intervino Sylvia—. Y, por favor, tutéanos.

Connor asintió y observó a Sylvia dándole un beso a su nuera.

—Os quedaréis a cenar, ¿verdad? —preguntó la mujer, de quien Erin parecía haber heredado su pelo y ojos claros.

—¡Sí, por favor! —pidió Erin, echando a correr de nuevo detrás de Max—. ¿Has traído las cartas, Connor?

—Claro que sí —respondió este entre risas al observar las cabriolas del perro alrededor de la niña.

—¡Ahora vuelvo! —exclamó la pequeña—. ¡Voy a enseñarle el jardín a Max!

—Por favor, entrad —invitó Ed, a la vez que se daba la vuelta y abría la puerta para dejar entrar primero a su esposa—. ¿De dónde eres, Connor?

Tomaron asiento en el luminoso salón de la casa, plagado de fotografías familiares y recuerdos. Connor imaginó que aquel sería Harry, que posaba junto a ellos, al lado de Mallory, con un bebé en los brazos o con otra joven en el porche delantero.

—De Montana. Nací en un pueblecito llamado Darby. Mi padre es ganadero, por lo que mi hermano y yo nos criamos entre vacas y caballos, perros y gatos —repuso él con aire pensativo.

—Ese es un buen lugar para crecer —opinó Ed con una sonrisa—. Los chicos de ahora no saben ni de dónde se saca la leche, creen que la hacen en algún tipo de fábrica.

Sylvia rio con ganas.

—El otro día Meg me contó que la nieta de una amiga suya le había preguntado cómo se fabricaban los huevos.

—Así que haber nacido en un entorno rural es mucho más enriquecedor —apostilló Ed—. Un lugar en el que los niños pueden salir a jugar sin peligro, eso es importante.

—Harry podía salir a jugar sin peligro y sin embargo se embarcaba en sus propias y fascinantes aventuras —bromeó Mallory.

—Desde luego —reconoció Sylvia—. Cuántos quebraderos de cabeza nos causó nuestro pequeño Harry —recordó con nostalgia—. Maya es la pequeña y aun así siempre ha sido mucho más responsable que su hermano.

—Harry era responsable, pero le ganaba la curiosidad —apuntó Ed—. Siempre fue un muchacho muy observador.

—Y emprendedor —añadió Connor—. *Mills* es un lugar de postal, y todo el mundo habla maravillas de su cocina.

Mallory sonrió con timidez.

—Supongo que fui una buena alumna.

Ed miró hacia la fotografía en que Harry posaba junto a su esposa y Erin recién nacida.

—En este caso la alumna ha superado al profesor, y me enorgullece poder decirlo. Para Sylvia y para mí poder ver el sueño de nuestro hijo hecho realidad es algo muy bonito.

—Pero cambiemos de tema —añadió Sylvia tras un largo suspiro—. De modo que tú eres el famoso mago que Erin adora.

Connor ladeó la cabeza e hizo una mueca.

—Supongo que sí. Nunca pensé que los trucos que mi padre me enseñó cuando era niño pudieran gustarle tanto a alguien.

El tomó la mano de su mujer entre las suyas y dijo:

—Pues Erin está fascinada. Y no solo por eso. Dice que Nicholas nunca ha tenido un mejor

ayudante. —Y añadió, bajando la voz—: La has conquistado.

Mallory sonrió.

—Es cierto. Max y tú le gustáis mucho.

En ese momento la niña irrumpió en el salón acompañada por el perro. Se dejó caer sobre el sofá y resopló.

—¡Cómo corre Max! No puedo alcanzarlo cuando se aleja.

—Ni siquiera yo puedo hacerlo —reconoció Connor encogiéndose de hombros—. Es un buen corredor.

—¿Tú tampoco puedes alcanzarlo?—repitió Erin con el semblante iluminado—. Entonces quizás yo no sea tan lenta como pensaba.

Todos rieron su ocurrencia, y poco después disfrutaban de una deliciosa cena.

—Me ha gustado conocer a los Mills. La verdad es que me han parecido encantadores —dijo Connor cuando Mallory paró el motor de la camioneta en el camino frente a la casa, ante la puerta del garaje.

—Sí que lo son —repuso ella con una sonrisa—. Erin disfruta mucho con ellos.

—Hay alguien sentado en la escalera de tu porche.

Mallory miró de inmediato hacia allí y divisó a un hombre que los observaba con expresión atribulada.

—¿Michael? —dijo Mallory sin disimular su estupor. Acarició la manilla de la portezuela con la yema de los dedos y frunció el ceño.

—¿Quién es Michael? —preguntó Connor, con todos sus sentidos en alerta.

Ella percibió su intranquilidad y susurró:

—Es el último marido de mi madre, no te preocupes. Es un buen hombre.

—Disculpa. Deformación profesional, supongo —se excusó él, a la vez que se encogía de hombros. Salió del coche y caminó junto a Mallory hasta el porche mientras Michael se ponía de pie.

No era muy alto, pero su porte regio compensaba con creces su baja estatura. Vestía vaqueros oscuros, americana rosa y un pañuelo al cuello. El pelo y la barba, cuidadosamente recortados, eran del mismo color plateado, y sus ojos claros le aportaban una expresión afable.

—Hola, Michael —saludó Mallory con una sonrisa—. Qué sorpresa.

—Buenas noches, Mallory —respondió él justo antes de darle un beso en la mejilla—. ¿Cómo estás? Espero no molestar.

—Claro que no. Sabes que en mi casa siempre eres bienvenido —repuso ella con un suspiro—. Por cierto, te presento a Connor Sterling. Connor, este es Michael Cooper, el marido de mi madre.

Los dos se estrecharon la mano y se observaron sin disimulo. El tatuaje de Connor había causado sensación, como siempre.

—Sharon se niega a hablar conmigo —se lamentó Michael tras las presentaciones.

—Entremos —invitó Mallory con un gesto—. Prepararé café.

—Yo debo irme, es tarde —intervino Connor.

—¿Quieres que te lleve? —preguntó Mallory con un gesto de complicidad.

Él negó con la cabeza.

—Iremos caminando —respondió él mirando hacia Max—. Buenas noches.

—De acuerdo. Buenas noches.

Connor se marchó y Mallory le miró con pesar. Le habría gustado recibir un beso de despedida.

—Vayamos dentro.

Michael se sentó en el sofá mientras el delicioso aroma del café lo invadía todo. Poco después, se lamentaba de la situación.

—De modo que mi madre no quiere hablarte.

Él negó con la cabeza y tomó un sorbo de su taza.

—¿Has estado en su hotel? —añadió ella, dando vueltas con la cucharilla con aire ausente.

—Sí. La llamaron desde recepción para informarle de mi llegada y les prohibió expresamente que me dejaran subir. Como si yo fuera un delincuente. ¡Qué bochorno!

Michael depositó la taza sobre la mesita y cubrió su cara con las manos.

—Por el amor de Dios, solo fue un desliz. Un escarceo sin importancia. No sé por qué se lo ha tomado así, también ella ha coqueteado en alguna ocasión con nuestro jardinero y yo no le he dicho nada al respecto.

Mallory se atragantó. Tosió y cogió una servilleta para estrujar algo tras recuperarse.

—¿Sharon ha estado coqueteando con vuestro jardinero? —repitió escandalizada.

Él asintió.

—Yo lo comprendo, es un joven encantador. Además sé que trabaja como modelo en sus ratos libres, y te aseguro que podrías partir nueces en sus abdominales —añadió Michael de forma cómica.

—Pero eso no es excusa para...

—¡No, no, claro! No digo que lo sea. Pero lo mío no deja de ser un error pasajero, algo sin importancia. ¿Comprendes?

Mallory asintió, aunque en realidad no entendía nada.

Absolutamente nada.

¿Coquetear con otra persona teniendo pareja? Entonces es que no estaban muy enamorados. O por lo menos ella lo veía de ese modo.

—¿Qué puedo hacer, Mallory? Sharon me ha echado de su vida —repuso Michael, desolado. Ni siquiera había vuelto a tocar el café, y permanecía sentado con los hombros caídos y la cabeza baja.

—Alguna forma habrá de que te perdone, digo yo. Solo tenemos que encontrarla —dijo Mallory, apiadándose de aquel hombre que parecía hundido—. No permitiré que te vayas de aquí sin ella.

Michael levantó la mirada.

—¿Crees que te escuchará? —musitó, esperanzado.

—Bueno, lo intentaré. Es todo cuanto puedo decir —respondió ella con un cabeceo.

—De acuerdo. Y gracias.

Mallory le observó a través de la ventana. Vio cómo se subía al taxi momentos después y se alejaba calle abajo. Suspiró cruzada de brazos y se preguntó qué clase de amor sentía Sharon.

A la mañana siguiente Mallory llamó a la puerta de la suite donde su madre se alojaba. Respiró hondo y alisó su camiseta con aire pensativo mientras aguardaba.

—Buenos días, hija mía. Pasa —invitó Sharon con un gesto.

—Buenos días, mamá —respondió ella con una sonrisa forzada. Cuando más conocía a aquella mujer, menos la comprendía—. ¿Cómo estás?

—De pésimo humor, la verdad. Michael vino ayer a importunar mi merecido descanso en este lugar encantador —repuso la mujer a la vez que se sentaba en el tocador para ahuecar las ondas de su pelo con estudiada elegancia. Después aplicó un poco más de carmín en los labios.

Todo en ella era sofisticado, incluso con aquella bata de seda rosa se veía como una actriz de Hollywood.

—Lo sé, Michael estuvo en mi casa. Está hecho polvo.

Mallory aguardó a que se desatara el huracán, que no tardó en caer con fuerza sobre ella. Se dedicó a recorrer los rincones de la lujosa habitación con la mirada, mientras Sharon la reñía por haberlo recibido en su propia casa. Observó la enorme cama con su cobertor floreado, los regios muebles cargados de florituras y las lámparas de cristal italiano. Resopló y esperó a que la mujer enmudeciera para espetar:

—De modo que has tenido un lío con el jardinero.

Sharon volvió el rostro hacia ella y la fulminó con los ojos centelleantes.

—¡Eso no es asunto tuyo, jovencita!

—Ah, ¿no lo es? Pero sí debo consolarte cuando llegas aquí como un alma en pena. ¡Estupendo!

—se quejó Mallory, con los brazos cruzados frente al pecho—. Sin duda eres la persona más egoísta que he conocido.

Sharon abrió la boca pero no emitió sonido alguno. Sus mejillas se habían vuelto del color de la grana.

—Sí, mamá, no me mires de ese modo. Culpas a Michael por su infidelidad mientras tú metes en tu cama a ese hombre. ¡Es el colmo! —exclamó Mallory mientras gesticulaba como una desequilibrada.

—¿Cómo...? ¿Cómo sabes que he tenido un lío con Brad? ¿Michael te lo dijo? ¿Él...? ¿Él lo sabe?

Mallory abrió la boca con asombro y por unos instantes fue incapaz de decir nada.

—¿De modo que es cierto? ¿Has metido en tu cama a un veinteañero?

Sharon asintió molesta.

—Tiene diecinueve. Y sí, lo hice. Aunque solo fue para llamar la atención de Michael. Últimamente nunca tiene tiempo para mí.

—Tal vez porque está ocupado ganando el dinero que tú te gastas tan alegremente —soltó Mallory.

—No te permito...

—Bonito pretexto, mamá. Estarás orgullosa.

Sharon se puso de pie y se estiró como un pavo ante ella.

—¡Claro! A ti no te pasan estas cosas. ¡Mi perfecta hija Mallory, que nunca se equivoca en nada! La que siempre sabe qué hacer, la que nunca tiene miedo, la que no duda qué camino seguir. ¡Un auténtico modelo de mujer!

Mallory curvó los labios en un rictus de desencanto y se revolvió incómoda en el asiento. Se arrepentía de haber ido en su busca. ¿Qué pretendía arreglar? Si en la vida de esa mujer nada tenía arreglo.

—Claro que tengo dudas, mamá, millones de ellas. Y por supuesto que me equivoco. Si hay alguien imperfecto, esa soy yo. Tengo miedo de no saberlo hacer bien con Erin. Y estoy aterrada porque creo que me estoy enamorando y me asusta olvidar a Harry.

Se rompió su voz, y tuvo que detenerse para respirar hondo. Las lágrimas traicioneras asomaron a sus ojos, como tantas veces.

Sharon la miró con tristeza, arrepentida por haber cargado contra ella de aquel modo.

—Pero tranquila, mamá, tu asunto con Michael es más importante que cualquier otra cosa que nos ataña a los demás. Sigue con tu vida y olvida que existo, eres una experta en hacerlo.

Mallory se puso de pie con las lágrimas corriendo por sus mejillas y se abalanzó sobre la puerta, pero su madre le cortó el paso. Abrazó su cuerpo maltrecho y se limitó a sentirla como hacía años que no la sentía.

—Perdóname, Mallory —musitó—. Perdona mis ausencias. Perdona mis silencios.

La joven sollozó de forma queda sobre el hombro de su madre hasta que desahogó parte de sus inquietudes. Después la miró mientras ella seguía disculpando sus actos de tantos años.

—Perdona mi inmadurez. Me quedó grande lo de ser madre, lo reconozco. Y tampoco Jonathan ayudó demasiado en ese tema.

Mallory estaba a punto de contestarle algo, pero la mujer le hizo callar.

—¡Chsst! Calla. No digas nada. No creas que no sé que tu padre es un buen hombre. Lo sé. —Se dio la vuelta y caminó con lentitud hasta detenerse frente al ventanal—. Sí. Yo soy quien falló en nuestro matrimonio. Él puso todo de su parte y yo nada, pero quiero que sepas que a mi manera te quiero, cariño, y siempre te he querido. Si algo me dolió cuando me marché fue dejarte.

Sharon se abrazó a sí misma con la mirada perdida.

—No estaba preparada para ser madre, aunque dudo que ahora lo esté. Pero para tu padre, tenerte fue como un regalo del cielo, y me alegra saber que es feliz junto a Cindy y a su hijo. Se lo merece. Yo no estoy hecha para esa clase de vida. En realidad ni yo misma me comprendo en ocasiones, créeme.

Mallory la miró sin pestañear.

—Sí. Hay días que me levanto y me embargan unas ganas terribles de veros a ti y a Erin. Incluso desearía poder regresar atrás en el tiempo y volver con Jonathan; también le quise a mi manera, aunque puedas no comprenderlo. Y otros días soy feliz en Los Ángeles y detesto profundamente aquel pueblucho que me vio nacer. Mi terapeuta dice que es parte de mi carácter inestable —añadió encogiéndose de hombros mientras se daba la vuelta—. Supongo que soy voluble e insatisfecha por naturaleza. Pero nunca, escúchame bien, nunca dudes que te quiero. Os quiero, a ti y a tu pequeña, y nada ni nadie podrá cambiar eso.

—Nunca me lo habías dicho. Siempre he pensado que solo fui un estorbo en tus planes, en tu vida.

—Siento haberte causado daño, y también a tu padre. No lo merecíais —repuso Sharon acercándose de nuevo a su hija—. Perdóname por no haber estado a tu lado cuando Harry se fue. No sabía cómo manejar la situación y me resultó más fácil apartarme que enfrentar el problema de cara.

Mallory asintió, pero no dijo nada.

—No puedo ni siquiera imaginar lo que habrás sufrido —añadió Sharon con lágrimas en los ojos—. Ojala todo hubiera sido distinto. Te merecíais ser feliz, los dos lo merecíais.

—Gracias, mamá —dijo al fin Mallory con la voz rota.

Sharon suspiró y la miró con atención.

—¿En algún momento has dicho que te estabas enamorando?

Su hija asintió con los labios apretados.

—Yo también he creído estar enamorándome de Brad. Ya sabes, me moría de ganas de encerrarme entre sus desarrollados bíceps, apoyar la cara en sus abdominales de acero y dejar que me...

Sharon enmudeció al ver el reproche reflejado en la cara de la joven.

—Es ese Connor Sterling, ¿no es así?

—Sí.

—Me lo imaginaba. Vi la forma en la que lo mirabas.

—Y tengo miedo, mamá. Mucho miedo —susurró Mallory a la vez que desviaba la mirada hacia la ventana.

—Pues no lo tengas. Solo sigue a tu corazón, como siempre has hecho. —Sharon la tomó por los brazos y la obligó a mirarla—. Yo nunca actúo así, suelo seguir más bien a mi cabeza. Pero ya sabes lo que dicen: el corazón es el mejor consejero.

—Tengo miedo de perder a Harry para siempre. Sus recuerdos comienzan a desdibujarse en mi memoria. Y no quiero... no puedo perderlo.

—Y no lo perderás, cariño. Él siempre vivirá aquí —dijo tocando su pecho—, y también dentro de Erin. Pero no es justo que te condenes a la soledad. Él querría que rehicieras tu vida, que fueras feliz. Por no hablar de Erin, ella lo adora. El otro día no hacía otra cosa que hablar de él.

—Gracias, mamá —repuso Mallory tras un suspiro—. Todavía estoy confusa, pero trataré de dejar que las cosas fluyan.

Sharon asintió.

—Y dime, ¿qué vas a hacer con Michael? —añadió Mallory, haciendo que su madre se diera la vuelta con un bufido.

—¡Tendrá que esforzarse si quiere recuperarme! Yo valgo mucho, no me doblegaré ante nadie —dramatizó con el dorso de la mano sobre su frente.

Mallory sonrió. Aquella mujer era imposible.

9.

Un sudor frío recorrió la espalda de Connor y le arrancó un estremecimiento. Empuñó con más fuerza su arma y acertó a ver a su hermano, que se perdió tras la esquina. Miró hacia atrás y descubrió que los demás también habían ocupado sus posiciones. Estaba solo.

Una ráfaga de viento le arrojó arena en los ojos. Parpadeó cuanto pudo para recobrar la nitidez, pero la arena flotaba a su alrededor como si pretendiera engullirle. Ni siquiera podía ver la casa tras la que se encontraba Joey, e incluso el suelo polvoriento parecía haber desaparecido bajo sus pies.

Estaba paralizado. Intentó dar un paso a ciegas, después otro. La esquina tenía que estar cerca. Aquella maldita tormenta acabaría con todos ellos si no salían pronto de allí.

Escuchó un alarido que le puso los pelos de punta. A continuación el silencio volvió a caer sobre él, asfixiándole, aplastándole con su contundencia.

¿Por qué nadie abría fuego?

No podía ver nada, y por un instante olvidó la misión y todo lo demás. Tenían que salir como fuese de allí, algo le decía que aquella ratonera se convertiría en su tumba.

Otro alarido. Palabras en un idioma desconocido. Connor apuntó con su arma frente a él, con el corazón a punto de salirse por la garganta.

—¡Dios! —exclamó cuando la arena comenzó a dispersarse ante sus ojos. Los cuerpos degollados de sus compañeros yacían en el suelo sobre charcos oscuros que parecían expandirse hasta su posición.

Alguien colocó una afilada hoja de acero sobre su gáznate, y Connor se quedó inmóvil escuchando las palabras de aquel hombre. No comprendió su significado, aunque tampoco le importó. Supuso que lo estaba enviando al infierno.

Se concentró en la rápida sucesión de los latidos de su corazón, que bombeaban sangre a plena potencia, y se juró que aquel no iba a ser su fin.

Connor se revolvió y la hoja atravesó una pequeña porción de la piel de su cuello. No sintió dolor alguno ni tampoco se percató de la sangre que comenzaba a escapar de su cuerpo a través de la herida. Estaba ciego de ira. Gritó mientras se abalanzaba sobre su enemigo dejando caer su arma al suelo y agarrando su cuchillo con la fuerza de un huracán. Lo derribó, golpeándole con saña en la cabeza. Después hundió el puñal en su abdomen una y otra vez, una y otra vez, hasta empaparse las manos del líquido caliente y viscoso, hasta que el cuerpo de aquel hombre se convirtió en un amasijo de carne cercenada.

Gritó, completamente fuera de sí, justo antes de desplomarse sobre su víctima.

—¡Connor, para!

La voz familiar repitió la súplica, arrojándole de nuevo al mundo real. Él abrió bien los ojos, jadeante, con el corazón a punto de salirse por la boca.

—¿Mallory? —musitó, desorientado, justo antes de mirar a su alrededor sin parpadear. Ya no estaba en Irak.

Estaba a cuatro patas sobre la cama, sobre lo que hasta hace unos segundos era el cuerpo de su agresor. Pero era Mallory quien se retorció de dolor bajo sus manos hasta hace un instante manchadas de sangre. Max ladraba junto a la cama, como si le reclamase por su comportamiento.

—¡Dios, Mallory! ¿Qué he hecho? —exclamó, horrorizado, apartándose de ella—. ¿Te he...

hecho daño?

Ella le miró con el temor reflejado en el rostro. No reconocía a aquel hombre que la había atacado en plena noche.

—Dime que no te he herido. ¡Joder! —dijo descargando un golpe con impotencia sobre la almohada mientras ella asentía y le mostraba las zonas enrojecidas bajo la camiseta. Abandonó la cama a toda prisa y sujetó su cabeza con las manos, odiándose más que nunca—. ¡Maldita sea! Perdóname, Mallory, no pretendía... ¡Joder! —exclamó con los ojos vidriosos, tirándose del pelo oscuro con desesperación y recorriendo la estancia como un animal enjaulado.

Ella le miró con pesar. Estaba aún más roto de lo que podía haber imaginado. Sus pedazos eran aún más pequeños que los de su pobre corazón.

—Será mejor que te vayas —pidió Connor con la mirada oscurecida. ¡La había emprendido a golpes con ella! ¿En qué clase de bestia se había convertido?

Mallory asintió y abandonó la cama en silencio. Se vistió con rapidez, cogió su bolso y se acercó a la puerta junto a Max, que no se separaba de su lado. Era como si comprendiera en parte lo que acababa de suceder.

—Adiós, Max —le dijo con tristeza mientras acariciaba su cabezota peluda. Después miró hacia Connor, que estaba de espaldas a ella, junto a la ventana—. ¿Hablamos luego?

Connor no contestó.

—Estoy bien, de veras —mintió ella, con el cuerpo dolorido. Abrió la puerta y aguardó un poco más.

—Vete —dijo él únicamente. Y cuando escuchó que la puerta se cerraba la emprendió a golpes contra todo lo que le rodeaba. Había sido un estúpido al pensar que allí podría recuperarse.

Mallory llenó su taza de café y observó el jardín trasero a través de la ventana. Una terrible sensación de impotencia la había seguido desde anoche. Deseaba poder ayudar a Connor, aunque no sabía cómo, y, aunque encontrase la forma, dudaba que él se lo permitiera.

Le hubiera gustado que al menos Erin se hubiese encontrado en casa aquella mañana, llenando el aire con su alegre parloteo. Pero todavía pasaría unos días más con Ed y Sylvia, y la casa estaba silenciosa y vacía.

De nuevo tuvo ganas de llorar. ¿Por qué cuando parecía que su vida comenzaba a encauzarse todo se torcía de nuevo? Bebió un sorbo de café y después respiró hondo. Nada ganaba con darle vueltas a todo una y otra vez, pero no podía evitarlo. Connor se había colado más dentro de su corazón de lo que ella podría haber imaginado, y detestaba verlo hundido en el fango.

Dejó la taza sobre la encimera, marcó el teléfono de los padres de Katie con una mano en la cintura y aguardó.

—¿Katie? Hola, soy Mallory. No, hoy no necesito que cuides de Erin, es otro el tema que nos ocupa. ¿Está tu madre?

La joven le informó desde el otro lado que Abby ya se había ido a la consulta, y también la opción de dejarle algún recado.

—No —respondió Mallory con un gesto, como si la niñera pudiera verla. Se mordió el labio y reflexionó durante unos instantes—. La llamaré a la consulta. Adiós, Katie.

Pulsó el botón de colgar y buscó el número de la consulta de Abby en la agenda. No tardó en hallarlo.

—¿Abby? Buenos días, soy Mallory. ¿Tendrías un hueco para mí esta tarde? Necesito que

hablemos.

La consulta de Abby era un pequeño y luminoso local situado en el centro de Bar Harbor. Ocupaba la parte baja de una preciosa y antigua casita que concentraba todo el encanto del lugar entre sus cuatro paredes. Su dueña, la señora Porter, era una anciana con seis hijos y tantos nietos y biznietos que casi había perdido la cuenta. Era encantadora, y todavía bajaba en alguna ocasión para saludar a los pacientes de Abby. Todos terminaban encariñándose de aquella mujer de cabellos plateados y sonrisa afable que les obsequiaba con galletas de jengibre y vainilla.

Mallory conocía muy bien a Amanda Porter. La había visto en numerosas ocasiones durante el tratamiento recibido tras la muerte de Harry, y había degustado también muchas veces sus deliciosas pastas. Empujó la puerta recordando aquellos instantes y accedió a la estancia pintada en relajante verde agua y amueblada en tonos blancos. Cogió una revista de la mesita de la esquina y la ojeó con aire distraído, consultó su reloj de pulsera y respiró hondo.

Tenía que reconocer que Abby era toda una experta en sacar todo lo malo del interior de las personas para convertirlo en algo llevadero y asumible para ellas. Las penas no se iban, por supuesto, pero se volvían soportables, como si pesaran menos tras atravesar el tamiz de las manos expertas de la psicóloga.

La puerta de la consulta se abrió y la propia Abby salió junto a un hombre. Le acompañó hasta la puerta y le recordó que se verían el jueves siguiente. Después se volvió hacia Mallory.

—Buenas tardes —le dijo con cierto matiz de intranquilidad en la voz. Ajustó sus gafas de pasta sobre la nariz respingona y jugueteó con el lapicero sobre la agenda que llevaba en la mano—. Tu llamada de esta mañana me dejó francamente preocupada.

Mallory suspiró por enésima vez desde la noche anterior.

—No soy yo quien precisa de tu ayuda profesional esta vez. Es alguien a quien he conocido, Connor Sterling —respondió con pesadumbre a la vez que se ponía en pie.

—¿Connor Sterling? ¿El profesor de magia de Erin?

—El mismo —repuso Mallory con una sonrisa al escuchar aquellas palabras. Un poco de magia no le vendría mal en aquellos momentos.

—Katie me dijo que Erin estaba encantada con él. ¿Qué le ocurre?

—Está tan roto que dudo que sus pedazos se puedan recomponer de algún modo —musitó Mallory.

—Ven conmigo. Cuéntame.

Mallory comenzó contándole la forma en la que casualmente se habían conocido, sus conversaciones, lo poco que sabía de su vida como soldado.

—No sabía a quién recurrir, Abby. Perdona si te he abrumado con tantas tristezas —balbuceó Mallory al final a la vez que se ponía de pie. Ya no estaba segura de haber acudido al lugar adecuado, si Connor se enteraba quizás se disgustara con ella.

—Tranquila, has venido al lugar adecuado. He tratado numerosos casos de síndrome de estrés postraumático, solo que en el caso de los soldados es algo más específico. En ocasiones los pacientes presentan tendencias suicidas —repuso la doctora con una mueca—. A menudo los declaran incapacitados para desarrollar su actividad laboral pero no reciben el tratamiento adecuado.

—Está mal... Anoche me atacó mientras dormía —musitó Mallory con el dorso de la mano cubriendo sus labios temblorosos.

Y de nuevo las ganas de llorar. Quemándole la garganta. Amenazando con desbordar sus ojos cansados.

—¿Qué? —exclamó Abby, casi de forma automática.

—Creo que soñaba con una misión en Irak. Dijo cosas... dijo cosas horribles. Está mal. Y tenemos que ayudarle.

Abby asintió y cruzó las piernas en la silla.

—Por supuesto que sí. Le recibiré con gusto. Hablaré con un par de colegas que se han convertido en verdaderos expertos en el tema. Uno de ellos ha publicado un libro recientemente recopilando casos reales.

—El problema es que no quiere hablar conmigo. Lo he intentado pero tiene el teléfono apagado.

—Puedo ir a verle, si te parece bien —ofreció la doctora.

—De acuerdo.

—Bien, mañana me acercaré a su casa. No olvides anotar su dirección antes de irte. O podría pasarme por el puerto —añadió Abby—. Y dime, ¿cómo estás tú? Hace tiempo que no hablamos.

Mallory deslizó la vista por las orquídeas que alegraban la estancia, colocadas sobre la mesa de la psicóloga.

—He pasado de fase. Hace unos días recogí la ropa de Harry —respondió con un suspiro más.

—Me alegra oír eso. Te mereces ser feliz. Harry también lo querría, estoy segura.

Ella asintió.

—Lo sé.

Connor terminó su labor y salió a cubierta, donde Nicholas silbaba una vieja canción. Revisó las nasas y se aseguró de que todo estuviera en orden para el día siguiente. Era meticuloso, y no le gustaba dejar nada a la improvisación.

—¡Eh, Connor! —le llamó el capitán—. Tienes visita.

Él volvió la cara y observó a la mujer que aguardaba frente al barco. Era menuda y tenía el pelo castaño y muy corto. Sus gafas de pasta le proporcionaban cierto aire intelectual.

—Hola, Connor. Soy Abby Geller. Me gustaría hablar contigo. Ya has terminado tu jornada, ¿no es así?

Él asintió.

—¿De qué quiere hablarme? Le aseguro que no pienso comprar nada, contratar ninguna tarjeta de crédito ni otro paquete de tele por cable —gruñó con desgan.

—Abby es psicóloga —intervino Nicholas con el ceño fruncido. Aquella mujer había intentado ayudarle cuando su hijo se había esfumado.

Connor contrajo la mandíbula y miró hacia otro lado, fingiendo efectuar una labor en cubierta.

—No me interesa.

Pero la doctora parecía clavada sobre el muelle, resuelta a convencerle.

—Mallory está preocupada por ti.

—¿La envía ella? —musitó Connor, cada vez más molesto. No comprendía cómo había podido contarle sus intimidades a una desconocida como aquella.

—Está preocupada —repitió ella únicamente—. Solo quiero que hablemos.

—Váyase. Está perdiendo su tiempo —escupió, justo antes de perderse en el interior de la nave.

Abby le miró y constató que Mallory tenía razón. Connor no se lo pondría fácil.

Mallory se pasó por las mesas para saludar a la gente y de ese modo conocer sus impresiones sobre la cena de aquella noche. Apenas logró entenderse con algunos de sus clientes, aunque por sus gestos adivinó que los platos les habían gustado.

No se percató de que la campanilla tintineó cuando una persona entró en el local y se fue directa a uno de los taburetes de la barra con aire circunspecto.

—Mallory, Abby Geller quiere hablar contigo —le dijo Jack mientras señalaba hacia la recién llegada con su lapicero.

Ella se volvió y asintió. Por el rostro de la doctora pudo adivinar que las noticias no eran precisamente las mejores.

—Buenas noches, Abby. ¿Qué quieres tomar? Y me serviré lo mismo para mí, supongo que me hará falta —dijo Mallory mientras se encogía de hombros.

—Hola. No quiero nada, gracias. Siento decirte que Connor no ha aceptado mi ayuda, tal y como imaginabas —contestó la doctora con el ceño fruncido.

—Ya te dije que era un cabezota —respondió Mallory a la vez que se desplomaba sobre un taburete. Suspiró y dejó que la preocupación fluyera por todo su cuerpo, regodeándose en aquella sensación familiar—. ¿Qué puedo hacer?

Abby apretó los labios y observó a los clientes, que ya disfrutaban de los deliciosos postres. Desde allí solo podía adivinarse la actividad frenética que habría tras las puertas basculantes de la cocina.

—Supongo que tendrás que utilizar la artillería pesada, que para eso estamos hablando de un soldado —apostilló la psicóloga con una sonrisa pícaro.

Mallory le dedicó una sonrisa triste sin comprender.

—Erin —añadió Abby—. No hay nada que tu pequeña y su maravillosa forma de ser no sean capaces de conseguir. ¿No dicen que en el amor y en la guerra todo vale? Pues eso, pídele al soldado unas clasecitas particulares de magia. O mejor aún, que sea Erin quien se las pida. No hay mejor terapia que la que esa ricura de hija tuya le pueda brindar: gratuita, cien por cien natural y libre de efectos secundarios.

Mallory sonrió y se cruzó de brazos.

—De acuerdo. Lo intentaré.

Mallory inspiró con la mirada perdida en el inmenso azul que se abría ante ella y dejó salir el aire de sus pulmones con lentitud. Su pelo revoloteó alrededor de su rostro, pensativo y desprovisto de alegría.

—¿Qué ocurre, Mallory?

La joven giró la cara y observó a su suegro, que estaba de pie tras ella con las manos en los bolsillos del pantalón. Escuchó los cantos de Erin, que recogía flores no muy lejos de allí. Se encogió de hombros y devolvió la mirada al punto de partida, sobre el agua. Abajo, las olas chocaron con fuerza contra las rocas, deshaciéndose en espuma.

—Me pregunto cómo las rocas pueden aguantar tantas embestidas sin pestañear siquiera —susurró.

—Igual que las personas —repuso Ed desde su posición—. Nunca somos capaces de imaginar los obstáculos que nos va a ofrecer la vida, pero luego debemos sortearlos uno por uno. O al menos sobrevivir a su impacto.

Los dos se quedaron en silencio durante unos minutos.

—Tus ojos habían recuperado parte del brillo que tenían antes de que Harry nos dejara —advirtió Ed con una triste sonrisa en los labios. Se acercó a ella y finalmente se sentó a su lado, sobre la hierba. Apoyó sus manos tras la espalda y dejó que su mirada se perdiera en la inmensidad, entornando los ojos.

—Creo que todo ha sido un espejismo —respondió Mallory con amargura, mientras sentía el peso de la preocupación y la tristeza sobre sus hombros.

—¿Por qué crees eso?

—Connor tiene problemas. Está roto, completamente. Más de lo que imaginé.

—Nadie mejor que tú para comprender heridas profundas, ¿no crees? —añadió Ed.

Ella cabeceó.

—Pero él no quiere que le ayuden a solucionarlas.

—Quizás solo necesite tiempo para cambiar de opinión. En ocasiones nos empeñamos en encerrarnos en nuestro dolor, cuando hay un mundo fuera para vivir plenamente. ¿Crees que yo no he querido terminar con todo y reunirme con Harry allá donde se encuentre? Miles de veces. Millones. Pero Sylvia se ha encargado de sujetarme bien fuerte. Al fin, Harry también querría que todos continuásemos con nuestras vidas.

Una lágrima se deslizó silenciosa a través de la mejilla de la mujer, que sin embargo continuó inmóvil.

—Harry dejó esto para ti, para cuando llegara este momento —añadió Ed a la vez que sacaba un sobre de su bolsillo.

La mujer se volvió hacia él sin ocultar su sorpresa. Alargó los dedos temblorosos hacia el papel y se detuvo justo antes de llegar, como si estuviera a punto de quemarse. Ed se encargó de depositar la misiva sobre ellos.

—No te condenes a una existencia gris, Mallory. Píntala de mil colores. Y vive tu vida, tal y como mi hijo hubiera querido.

Ed tragó saliva e intentó recomponerse. Sus ojos brillaban cuando se levantó y se alejó en dirección a su nieta con la mejor de sus sonrisas.

Mallory abrió el sobre y titubeó al sacar el papel que había en su interior. Lo desdobló y apretó

los labios en un intento de dominar su emoción al descubrir la letra menuda de Harry.

Mi querida Mallory,

¿Cómo estás? Si mi padre te ha entregado esta carta es que al fin ha sucedido lo que yo tanto deseaba y has conocido a alguien. ¿Cómo es? ¿A Erin le gusta? Hay docenas de preguntas que me gustaría hacerte en estos momentos.

Por supuesto, tú también te estarás preguntando cómo es que he escrito estas letras. El doctor Linus me entregó hace unos días los resultados de mis pruebas. Al parecer han detectado una anomalía en mi corazón que sin duda me traerá problemas. Necesito un corazón nuevo, y eso es difícil de conseguir.

Supongo que ahora me odiarás por no habértelo dicho, pero, ¿cómo podía hacerlo? Si somos tan felices junto a nuestra pequeña. Jamás empañaría esta felicidad que nos envuelve a los tres, es algo tan valioso y tan mágico que si pudiera lo guardaría para llevármelo conmigo allá donde quiera que vaya a ir.

Limpia esa lágrima que está cayendo por tu mejilla y respira hondo. Tienes una poderosa razón de pelo rubio y ojos claros que debe impulsarte a seguir, nuestro pedacito de vida. Debes hacerlo por ella, por ti y por mí. Permíteme que sea egoísta esta vez y así te lo pida.

¿Es él un buen hombre? Espero que lo sea, y que cuide de mis dos mujeres favoritas como yo cuidaría de vosotras si pudiera.

Siento que el tiempo se me escapa entre los dedos, y esta vez no hay nada que pueda hacer para arreglarlo. Solo me queda utilizar mi último deseo: que seas muy feliz. Lucha por *Mills* si eso te llena, o cierra el local y márchate a cualquier otro sitio que te apetezca, norte, sur, este u oeste. No quiero que te sientas atada a este lugar de ningún modo, pues allá donde vayas yo también iré.

Quédate con aquel hombre que quiera hacerte reír cada mañana. Quédate con aquel que se lleve la lluvia cada vez que aparece, que tenga el poder de apartar las nubes grises que se atrevan a flotar sobre tu cabeza. Que convierta tu cama en un lecho de rosas solo para ti.

Persigue tus sueños.

Y no olvides que te quiero.

Siempre tuyo,

Harry.

Mallory arrugó sin querer el papel entre los dedos y dejó que las lágrimas fluyeran libres por sus mejillas. Y en aquel momento sintió que todo comenzaba a tener sentido, como si de algún modo necesitase la bendición de aquel hombre maravilloso al que tanto había querido para continuar. El destino había colocado a Harry en su destino para llenarla de felicidad durante el tiempo del que había dispuesto, al igual que ahora había colocado a Connor. Y debía seguir el dictado de su corazón.

—Estás muy callada esta noche —dijo Mallory, mientras escrutaba el rostro de su hija a través del espejo retrovisor de la camioneta. Bajó el volumen de la radio y aguardó alguna respuesta por su parte.

—Es por el truco que le he hecho al abuelo antes de irme. ¡Me ha salido fatal! Creo que no soy una buena maga —respondió la pequeña con un mohín. Se cruzó de brazos con fuerza y se revolvió en el asiento, incómoda—. ¡Qué fastidio! Y yo que ya me imaginaba recorriendo mundo como la

fantástica maga Erin.

Mallory sonrió.

—Quizás necesites que tu profesor te refresque la memoria. Tal vez hayas olvidado algún detalle importante del truco —repuso la mujer con un nudo en la garganta, preguntándose si Connor querría ver a Erin.

La niña cabeceó poco convencida.

—No sé, mami. Ese truco era el que mejor me salía de todos. Y ahora mira, es un completo desastre.

—¿Quieres que llame a Connor?

—Yo lo haré —apostilló la niña con decisión—. Es mi problema, soy yo quien debe arreglarlo.

Mallory no pudo evitar sonreír de nuevo ante tal demostración de madurez y responsabilidad, y por un instante sus pesares fueron menores.

Una vez en el garaje de la casa, marcó el número de Connor y esperó a que este descolgara para pasarle el dispositivo a su hija. No lo hizo, tal y como Mallory imaginaba que ocurriría, y le pasó el terminal a Erin en cuanto sonó la señal para dejar su mensaje.

—Hola, Connor. Soy Erin. Estoy en un apuro. No soy capaz de hacer el truco de las tres cartas y necesito tu ayuda. Es cuestión de vida o muerte, no puedo empezar el nuevo curso sin saber hacerlo, o mi amiga Rory se sentirá defraudada. Le dije por teléfono que le enseñaría todos los trucos que había aprendido del mejor profesor de magia del mundo entero, y yo nunca miento. Todavía tengo unos días hasta que Rory regrese de la casa que su familia tiene en Nueva Escocia, pero, por favor, Connor, no me falles.

La señal acústica indicó que no había espacio para más, y Erin miró hacia su madre con una cómica expresión.

—¿Crees que me ayudará?

—Estoy segura, cariño. Y ahora entremos, es tarde.

Jack colocaba las servilletas limpias en montones perfectamente alineados aquella tarde cuando la puerta de *Mills* se abrió, haciendo tintinear la campanilla. Apretó los labios en una graciosa mueca y dijo con voz musical:

—¡Mallory! ¡Jefa! Connor Sterling acaba de llegar —canturreó a la vez que saludaba con la mano al recién llegado.

—No vengo a ver a Mallory —gruñó Connor con desgana, inmóvil junto a la puerta. Metió las manos en los bolsillos de los viejos vaqueros y arrugó el entrecejo, esperando que aquel empleado no volviera a gritar con voz de pito—. He venido a ver a Erin. He ido a verla a casa de sus abuelos y ellos me han dicho que ya había vuelto.

—Sí —respondió Jack, sin comprender nada—. Enseguida vuelvo.

El jefe de camareros se dirigió hacia la cocina, donde Rosie cocinaba para la cena con la música a todo volumen. Erin ayudaba a Zachary a decorar los deliciosos postres que se servirían esa noche.

—Estáis sordas. Del todo —se quejó Jack a viva voz, mientras Rosie cantaba con la espumadera a modo de micrófono. Sus redondas mejillas estaban coloradas a causa del calor y de la representación, a partes iguales.

—Cuando canta Freddie Mercury el mundo entero desaparece —se defendió con energía Rosie.

—¡Claro que sí! —añadió Erin, que no paraba de mover el trasero al ritmo de la música, entre los deliciosos aromas de las cazuelas. Su madre hacía lo mismo en el fregadero.

—Pues tienes una visita, jovencita. Así que deja aquí a Freddie con Rosie, con Zachary y con tu madre. Ellos cuidarán de él en tu ausencia —dijo Jack entre risas—. Y rectifico —añadió mientras Erin salía disparada hacia el comedor—, no solo estáis sordas vosotras dos, también algo desequilibradas.

Jack se agachó para esquivar ágilmente el paño que Mallory le lanzó con no muy buenas intenciones. Zachary se rio al ver la jugada, y se marchó a la cámara cargado con los postres.

—¿Quién ha venido buscando a Erin? ¿Es Sharon? —preguntó Mallory.

Jack negó con la cabeza y se dio la vuelta para continuar con sus quehaceres.

—Es el profesor de magia.

El corazón de Mallory dio un vuelco, y sus manos dejaron de moverse. ¿Connor, allí? ¿Querría hablar con ella también?

—¿Ocurre algo, Mallory? ¿Ese corta rollos de Jack te ha fastidiado el numerito musical? —preguntó Rosie entre risas, que no había dejado de bailar ni un momento.

—Es solo que...

Rosie la miró de frente.

—Estás pálida. ¿Quieres contarme algo? ¿Es por Connor? —dijo con los brazos en jarras.

Mallory asintió.

—Hemos tenido algunos problemas. Pensé que se solucionaría, pero me equivocaba —reveló, apoyándose sobre el fregadero—. Incluso llegué a pedirle ayuda a Abby, pero Connor la rechazó.

Rosie apartó la cazuela del fuego y se acercó a su jefa.

—¿Por qué no me lo habías contado? Creí que estabais bien. Estaba convencida de que todo estaba cambiando para ti.

—No lo sé. No quería preocuparte. Supongo que tampoco me apetecía hablar de ello —añadió Mallory con expresión sombría—. Todo iba bien y de repente... De repente Connor se rompió en mil pedazos. Sus viejas heridas se reabrieron destruyendo lo que había surgido entre nosotros, destruyéndonos a los dos.

Rosie acarició con afecto el hombro de Mallory y la miró con los labios apretados. La dueña de *Mills* sorbió los mocos y miró hacia el techo.

—Connor me agredió. Soñó con una de sus antiguas misiones y me atacó en plena noche. Sé que no fue consciente de ello hasta que mis gritos le hicieron despertar, pero aun así me aterró lo que vi. No parecía él, parecía un monstruo.

Mallory se detuvo y respiró hondo.

—Sus pesadillas deben ser terribles. Perdió a su hermano en Irak. Debió ver cosas imposibles de olvidar, imposibles de asimilar para un ser humano —relató con tristeza, colocando el dorso de la mano sobre la frente—. Cosas que ningún ser humano debería tener que presenciar.

—Lo siento mucho. Sé lo que significa Connor para ti —dijo Rosie—. Pero debemos tener fe. Tal vez si Abby...

—Connor no quiere la ayuda de nadie. Ni siquiera ha querido volver a hablar conmigo desde aquella noche. Han pasado semanas.

—¿Y qué tal si sales ahí y lo intentas de nuevo? Quizás te escuche —propuso Jack, a la vez que irrumpía de repente en la cocina.

—¡Dios, Jack! —se quejó Rosie, con una mano sobre su abundante pecho—. Cualquiera día vas a matarnos de un susto. ¿No puedes entrar como las personas normales?

—No te quejes tanto, Rosie. No es sexy. Y además, aquí no sabemos lo que es eso de personas normales —la reprendió Jack entre risas, mientras avanzaba hacia ellas con su característico

contoneo—. Y en cuanto a ti, cariño, deberías intentar recuperar a ese bombón. No todos los días aparecen hombres como él en Bar Harbor.

—¡Y un cuerno! —protestó Rosie chasqueando la lengua—. Que sea él quien lo arregle. Mallory ya lo ha intentado. Allá él si echa a perder la relación con una mujer maravillosa.

Mallory no pudo evitar sonreír ante aquel enfrentamiento. Cuánto quería a aquellos dos.

—¿Mallory? —preguntó de repente una cabecita que acababa de asomarse por las puertas de la cocina.

—¿Mamá? —balbuceó Mallory, desconcertada—. Pasa, por favor.

—Oh, no. No quiero que mi Chanel huela a fritanga —repuso Sharon sacudiendo la mano.

Jack y Rosie se miraron con complicidad. Aquella mujer y sus manías.

—En este restaurante no servimos fritanga —protestó Mallory, dándose la vuelta para asimilar tan feo comentario—. Si quieres hablar conmigo, entra. De lo contrario, puedes irte por donde has venido.

Sharon arrugó la frente, titubeó unos segundos y entró subida en sus zapatos de dos mil dólares, luciendo un maravilloso vestido azul cielo que resaltaba su cuidada figura. Se contoneó hasta llegar junto a su hija, que había retomado su labor en el fregadero.

—Lo sé, lo sé. Perdona —soltó agitando la mano con desgana—. Quería comentarte algo.

—Tú dirás.

El seco comentario de Mallory se produjo justo cuando la puerta de la cocina se volvió a abrir para dejar paso a dos hombres. Jack carraspeó nervioso para llamar la atención de las mujeres y Rosie abrió la boca y esperó a que se desatara la tormenta.

—¿Michael? —musitó Sharon con la sorpresa pintada en el rostro. Él no pareció menos sorprendido, desde luego no esperaba encontrársela allí.

Hacía meses que no se veían, y eso a pesar de la insistencia del abogado, que parecía no rendirse ante las negativas de su esposa.

El asistente de Michael, un joven de la edad de la propia Mallory, saludó a los presentes con un movimiento de cabeza y dejó que fluyeran las acusaciones entre los dos. Los conocía demasiado bien tras casi tres años trabajando para el prestigioso abogado y sabía cómo podía terminar aquel tipo de encononazos para el matrimonio.

Mallory cerró el grifo y se secó con lentitud las manos con un trozo de papel. Hizo un gesto a sus empleados y ella misma se dirigió hacia el comedor.

—No, hija mía —dijo Sharon, sujetándola por el brazo—. Lo que sea que Michael y yo vayamos a decirnos, tú también debes oírlo.

Mallory expresó su desacuerdo tensando la mandíbula pero no le contestó, y se limitó a quedarse inmóvil sobre el pavimento lustroso de la cocina. Estupendo, nada mejor que encontrarse desprotegida en el medio de un campo de tiro.

—Estoy de acuerdo —añadió Michael con cierto aire de superioridad—. Que escuche lo que tengo que decirte.

—Connor —comenzó Erin con expresión pensativa tras repasar el truco. Apoyó los antebrazos sobre la una de las mesas del comedor y suspiró—. ¿Tú crees que soy un bicho raro?

Los ojitos claros de la pequeña se clavaron en los del hombre, que por un momento se quedó sin palabras. Barajó con lentitud las cartas que tenía entre los dedos y dijo:

—¿Por qué iba a creer yo algo así?

Ella se encogió de hombros e hizo una graciosa mueca inflando los carrillos.

—No lo sé. Stacy Morris dijo que mami era un bicho raro, y que eso me convertía a mí también en uno. Por suerte mi amiga Rory no la creyó.

Erin cogió el montón de cartas que todavía estaba sobre la mesa y observó los corazones con tristeza.

—Yo no creo que tu madre sea un bicho raro.

—Brittany Morris, la madre de Stacy, dice que es raro que mami no haya buscado un buen hombre que cuide de nosotras y que le permita no tener que trabajar, y dice también que se ha encerrado aquí para echar a perder sus mejores años —explicó Erin, contrariada—. ¿Qué son los mejores años, Connor? ¿Y por qué la madre de Stacy dice que mami tiene que buscar a un hombre? No entiendo nada. Si Rosie y Jack la ayudan a cuidar de mí, y también Katie y los abuelos. ¿Por qué tendría que buscar a otra persona? Si yo lo que desearía es que papi volviera para que mami no volviera a llorar. Ella cree que no la oigo, pero hay noches en las que mami llora y sé que es porque echa de menos a papi.

Erin miró a Connor sin pestañear tras su diatriba, y él le sonrió con infinita ternura. Tuvo que tragar saliva para poder hablar.

—Verás, Erin, algunas personas tienen vidas muy aburridas, en las que nunca ocurre nada interesante.

—¿No saben ni hacer un truco de magia para sorprenderse?

—No saben. Sus vidas no tienen ni pizca de magia. Y entonces se ven obligados a fijarse en las vidas de los demás para tener algo de lo que hablar o de lo que preocuparse. Tu madre no es un bicho raro —continuó Connor, dolido por las palabras que esa mujer le había dirigido a su hija de cuatro años—. Mallory es una súper heroína, como las de los cómics que vi en tu casa.

—Es que a papi le gustaban los cómics —aclaró ella con voz solemne. Casi había olvidado que su abuela había entrado en la cocina, y poco después su marido y su secretario, como ella le llamaba, que siempre le regalaba chokolatinas y gominolas de fresa.

—Pues mami es como uno de esos personajes que pueden con todo —prosiguió Connor—, que luchan hasta el final por lo que creen justo y que nunca se rinden.

Erin le miraba boquiabierta.

—¡Se lo voy a decir a Stacy cuando empiece el cole! —exclamó alborozada, saltando en la silla. El volumen de las voces de la cocina subió ligeramente, pero ella no se percató de ello.

—Sí. Y dile también que tu madre no necesita buscar a un hombre porque sabe cuidar muy bien de sí misma y de su hija, porque es una trabajadora incansable además de una talentosa empresaria.

—Gracias, Connor.

—No hay de qué, Erin.

Jack y Rosie lo habían escuchado todo desde su posición junto a la barra. También vieron a Connor regalarle la baraja a la niña justo antes de abandonar *Mills* con una última mirada hacia la cocina. Se acercaron a la mesa donde Erin jugueteaba con las cartas y se sentaron a su lado.

—¿Puedo hacerlos un truco? No vais a creer lo que ven vuestros ojos —dijo con una sonrisa pícaro.

Ellos asintieron.

Mallory se apoyó contra la encimera de acero y se cruzó de brazos delante de su madre.

—Podéis comenzar —dijo con resignación—. Preferiría que esta conversación tuviera lugar en

mi ausencia, pero intentaré soportar el chaparrón.

—Quiero el divorcio —soltó Michael sin rodeos, haciendo a la joven enmudecer de sorpresa.

Sharon palideció. Estaba convencida de que después de sus rechazos y de rehusar docenas y docenas de rosas Michael regresaría arrastrándose hasta sus pies. Un pequeño tic en su ojo izquierdo delató su disgusto, al menos para su hija. Apretó su pequeño bolso y se mantuvo firme a pesar de la tormenta huracanada que recorría su interior.

—Mañana regresaré a Los Ángeles —continuó Michael, con asombrosa tranquilidad—, solo venía a despedirme de Mallory, que tan amablemente me abrió su corazón cuando más lo necesitaba. Sin duda no heredó la frialdad de su madre.

—¿Cómo te atreves? —exclamó Sharon, cuyas mejillas habían pasado del color cerúleo a la grana más encendida. Estaba a punto de soltar algún improperio, pero su todavía esposo la acalló con un simple gesto de la mano.

—No, Sharon, por favor. No deseo tratar nada más contigo. Mi abogado contactará con el tuyo. Creo que es el momento de poner punto y final a nuestra historia, tú así me lo has demostrado con tus actos. No merece la pena invertir un solo minuto más en esta situación absurda.

Mallory respiró hondo. Se veía venir. No había ser humano sobre la faz de la Tierra que pudiera soportar los caprichos y las rabietas de Sharon durante mucho tiempo. No lo había. Quizás fuese hora de que comenzara a comportarse de un modo menos egoísta.

—Adiós, Michael —dijo Mallory, dando unos pasos hacia su posición para abrazarle con afecto. Sentía sinceramente que su matrimonio se rompiera, aquel era sin duda un buen hombre—. Buen viaje.

—Gracias, Mallory —repuso él, sin dejar de mirarla a los ojos—. Muchas gracias por todo.

—No tienes que dárme las. Sabes que las puertas de mi casa siempre están abiertas para ti.

Sharon les observó con el ceño fruncido, y Mallory hubiera jurado que en sus ojos brillaban las lágrimas cuando Michael se marchó acompañado por su asistente.

—Bien, mamá, ya lo has conseguido. ¿Estás satisfecha? —le recriminó Mallory en cuanto las dos se quedaron a solas.

Pero Sharon, en lugar de contestar, abandonó la cocina todo lo rápido que le permitieron sus zapatos. No iba a darle el gusto de verla derrumbarse.

Connor se apostó junto al muro y sostuvo su fusil de asalto con fuerza, hasta hacerse daño en los dedos. La noche era clara, y podía observar la calle desierta hasta donde llegaba su vista.

¿Dónde estaban los demás? Parecía encontrarse solo en aquella ciudad olvidada de la mano de Dios. Escuchó con atención y hasta sus oídos llegó un murmullo. Había alguien, y no muy lejos.

Comprobó su arma y caminó tan cerca de la pared que asemejó ser parte de ella. Solo el ruido de su pesada respiración llenaba el aire caliente y espeso, como si no hubiera nada más a su alrededor.

Pero había alguien. Él lo había oído. Debía permanecer alerta.

Atravesó la calle y dobló la esquina de la última casa, accediendo a un patio iluminado por la luz de la luna. Hubiera gritado, pero su voz no llegó a salir de su garganta. Allí, atada en una silla, estaba Mallory, vestida tan solo con un camisón rasgado. Sus cabellos se le pegaban a la cara, húmeda por las lágrimas.

Le miró con ojos suplicantes, justo antes de que su verdugo seccionara su pálido cuello de lado a lado. La sangre comenzó a brotar empapando la tela blanca, que en segundos se convirtió en un sudario púrpura. El asesino soltó la cabeza de la mujer, que descendió sobre el cuerpo sin vida.

¡No!

No podía ser.

Ella no.

Connor gritó a la vez que corría para abalanzarse sobre su enemigo, que reía mostrando sus dientes roídos. Le clavó su cuchillo en el pecho y descargó toda su rabia sobre aquel cuerpo.

Connor se incorporó en la cama, empapado en sudor. Respiró una bocanada de aire y miró hacia el ventanal de su apartamento. Enterró los dedos en su pelo y tironeó tratando de recobrar la calma, todavía con la desolación que había sentido al presenciar la muerte de Mallory.

Necesitaba escapar. Huir de todo de nuevo. Pero, ¿adónde podía ir? Era demasiado tarde, estaba bien jodido.

Mallory giró la llave en la cerradura y entró en casa sin hacer ruido. Katie haría horas que habría acostado a Erin, y ella misma querría regresar a su casa para descansar. Dejó el bolso y las llaves sobre el mueble de la entrada y se deshizo de las zapatillas lo más rápidamente que pudo.

—¿Mamá? —preguntó Mallory con sorpresa al asomarse a la cocina, donde Sharon tomaba un té junto a la niñera. El vestido que esa mañana había lucido con elegancia estaba ahora arrugado, y ella misma parecía apagada, sin vida. Sus carísimos zapatos de firma reposaban junto al taburete en el que estaba sentada con un pañuelo entre las manos. Hasta la mirada que le dirigió a su hija le inspiró lástima, por primera vez en toda su vida.

—Buenas noches, hija mía —musitó Sharon, cuyo maquillaje corrido le aportaba, si cabía, un peor aspecto. Tomó un sorbo de la taza y volvió a dejarla con lentitud sobre el platillo.

—Yo me voy ya, es tarde —anunció Katie, a la vez que se despedía de Mallory con un gesto—. Buenas noches, señora Cooper.

—Adiós, Katie.

Mallory se acercó a Sharon y observó su rímel corrido y dos oscuras ojeras. Acercó un taburete y se sentó.

—¿Cómo estás?

Sharon se encogió de hombros por toda respuesta para después continuar apática frente a su taza de té caliente.

—Tienes que hablar con él —añadió Mallory, dejando una mano sobre el hombro caído de su madre.

—Creo que ya es tarde para eso.

—No tiene por qué serlo. Michael te quiere, de eso estoy segura. Si no hubieras sido tan terca y orgullosa. —Mallory se detuvo al comprobar el nefasto efecto de sus palabras sobre la mujer—. No pierdes nada por intentarlo. Tal vez te sorprenda el efecto que provoca la sinceridad.

—Hace tiempo que debí haberlo hecho, pero tengo la extraordinaria capacidad de estropearlo todo. ¡Mira mi vida! Es un completo desastre. Toda yo soy un completo desastre. Es lógico que Michael huya de mí. ¿Quién querría estar al lado de alguien como yo?

—Mamá...

—No. No sigas. Debo aprender a solucionar los problemas yo sola. Y esta vez no me refiero a huir, sino a afrontar mi derrota. Tal vez merezca estar sola después de mi comportamiento —opinó con la mirada perdida—. Un justo escarmiento a mis errores.

—Deja de auto compadecerte y ponte en marcha. No puedes dejar que Michael se vaya sin haber intentado retenerle a tu lado.

Sharon asintió.

—Lo pensaré.

Mallory dejó a Erin en el colegio y la observó mientras corría para reencontrarse con su amiga Rory. Sonrió al darse cuenta de cuánto se parecía a Harry, incluso en su manera de correr. Suspiró y se subió a su camioneta para acercarse hasta el mercado.

Hacia dos días que Michael que se había marchado y Sharon no había dejado de auto compadecerse. Incluso intentó llegar hasta su habitación de hotel para disculparse con su todavía marido antes de su partida, pero su asistente le hizo desistir de la idea. Al parecer, Michael estaba muy ocupado atendiendo diversos asuntos y no tenía tiempo para temas personales. Sharon había terminado abandonando el hotel con el rabo entre las piernas. La vida se había encargado de ponerla en su lugar.

El mercado bullía de actividad cuando Mallory llegó. Escogió verduras frescas, frutas y los pescados que servirían durante ese día, y lo cargó todo en la camioneta.

Y entonces le vio. Connor la miraba desde su posición, pertrechado como siempre con su peto amarillo. Mallory levantó la mano y él correspondió aquel gesto con un movimiento de cabeza. Montó en su pick up y arrancó el motor mientras seguía a Connor con la mirada, sin moverse del aparcamiento. Le vio descargar varias cajas de langostas y alejarse después con su carrito, perdiéndose entre la muchedumbre.

La mujer dio marcha atrás y avanzó por la calle con el corazón todavía acelerado. Tragó saliva e intentó recobrar la calma. Aquel hombre despertaba todos sus sentidos.

La melodía del teléfono móvil sonó justo cuando Mallory estaba aparcando detrás de Mills.

—¿Papá?

—Hola, hija. ¿Cómo estás?

—Bien. Acabo de llegar del mercado. Erin ha empezado hoy el curso escolar —respondió ella, mirando hacia la puerta del almacén.

—¿Entró contenta?

—Mucho. Estaba deseando ver a su amiga Rory —respondió ella con una sonrisa.

—¿Cómo está tu madre? Me quedé preocupado tras tu mensaje. No puedo creer que Michael vaya a divorciarse de ella. Pensé que sería el definitivo.

—Pero tratándose de mamá tal vez eso sea demasiado pensar.

—Sí, lo sé —admitió él.

—¿Cómo estáis vosotros?

—Oh, bien, bien. Precisamente por eso te llamaba. Vamos a tomarnos unos días de vacaciones y hemos pensado en ir a veros.

Mallory esbozó una enorme sonrisa, como si su padre pudiera verla.

—¿De veras?

—Sí. Tal vez al bruto de tu hermano le venga bien un cambio de aires. Ya no sabemos qué hacer con él.

La joven se acomodó en el asiento y suspiró.

—Me hace muy feliz saber que pronto os tendré aquí. Me muero de ganas de un abrazo de los tuyos —dijo con satisfacción, a la vez que pasaba la mano maquinalmente por el volante—. Y prometo hacer de hermana mayor con Justin, a ver si sirve de algo.

—Eso espero, Mallory. Eso espero. Por el bien de todos.

Ella saludó con la mano a Jack, que acababa de salir escoba en mano.

—Adiós, papá.

—Adiós, cariño. Dale un beso a Erin de nuestra parte.

Mallory se bajó de la camioneta.

—Estás muy hacendoso, Jack —bromeó, al verle barrer la calle.

—Siempre, jefa. Mills es lo primero —exageró Jack mientras le dedicaba la mejor de sus sonrisas y le hacía un saludo militar.

—Así me gusta.

Entre los dos introdujeron la compra en el almacén. Mallory cerró la puerta de la pick up y se disponía a entrar con Jack cuando su corazón se aceleró.

Connor acababa de llegar con su pedido. Se bajó, cogió la caja de Mills y se acercó con ella.

—Buenos días, Connor.

—Buenos días, Mallory —respondió él, sin mirarla siquiera.

Ella le abrió la puerta del almacén y él dejó el pedido sobre otras cajas para después darle la factura. Jack se había esfumado.

—¿Cómo has estado? —soltó de repente Mallory, con el corazón en la garganta. Le miró y al instante se arrepintió de habérselo preguntado. Sus ojos brillaban, y no precisamente de emoción.

—Bien, gracias.

De repente parecía haber demasiado silencio en la parte trasera del restaurante. Se podía escuchar vagamente la radio puesta en la cocina, pero eso era todo.

—Quería darte las gracias por ayudar a Erin con los trucos, y también por lo que le dijiste del tema de Stacy. La madre de esa niña es... —repuso Mallory, poniendo los ojos en blanco y chasqueando la lengua.

Connor sintió la punzada de la rabia en su pecho. Le había irritado saber que esa mujer hubiese hablado de aquella forma de Mallory. Le habría gustado poder decirle un par de cosas a esa arpía.

—No tienes por qué dárme las. Solo le dije a Erin lo que pensaba —dijo Connor, que de repente sentía unas ganas terribles de encerrarla entre sus brazos y demostrarle lo especial que era.

No.

No debía.

Tenía que mantenerse alejado de ella. De ella y de cualquiera que pretendiera acercarse demasiado. Era peligroso. Él lo sabía muy bien. Estaba enfermo, y nadie sino él debía cargar con ello.

—Debo irme —musitó, luchando contra sus instintos más primarios, que le incitaban a hacerle el amor allí mismo, sobre las cajas. Apretó los puños y dio dos pasos hacia la puerta.

—Lo sé.

Mallory le vio cerrar la puerta tras él. Se quedó inmóvil un poco más de tiempo, mientras el perfume de Connor flotaba sobre ella, como un doloroso recuerdo del efímero tiempo en el que lo había tenido en su vida. Como un recordatorio del vacío que había dejado tras su marcha.

Connor se calzó sus zapatillas de correr y salió del apartamento seguido por Max. Se dirigió a buen ritmo hacia el puerto, como cada noche, con su perro tras él como una sombra. A veces le adelantaba siguiendo algún rastro invisible a sus ojos, pero tarde o temprano regresaba a su lado.

Aquella noche Connor quería poner su cuerpo al borde del precipicio. Correría hasta llegar al límite de sus fuerzas, quizás de ese modo olvidase por un momento quién era. Tal vez de esa forma pudiese apartar también el recuerdo de Mallory de su cabeza. Cada vez le resultaba más extenuante apartarla de sus pensamientos. Ella se colaba en su cabeza a cada segundo del día, como si se resistiera a salir de su corazón.

Connor nunca había sentido nada parecido por nadie y precisamente por eso debía protegerla. Y la única forma de hacerlo era alejándose. Pero, ¿cómo podría marcharse de Bar Harbor? Si Mallory había devuelto su cuerpo yermo a la vida. Si la pequeña Erin había entrado en su monótona existencia con la fuerza de un huracán, iluminando cada uno de sus lugares sombríos con la luz de su sonrisa.

Aceleró su marcha, acercándose al puerto. Aquel lugar le desasosegaba; allí la había besado por primera vez. Aquella noche no había podido resistirse, sus labios llenos y suaves le habían llamado y él no había sabido contener sus sentimientos.

La quería. Y por un instante había llegado a pensar que sería posible.

Qué distinto podría haber sido todo si...

Corrió y corrió más rápido, solamente consciente de que Max lo seguía muy de cerca. Las piernas respondían con eficacia, como siempre. Su corazón bombeaba sangre a plena potencia a todos los músculos de su cuerpo.

Y entonces la vio.

Melancólica, con los cabellos flotando sobre su espalda. Sus ojos perdidos en el agua oscura y calmada, repleta de barcos, los brazos colgando inermes a ambos lados del cuerpo. Con ese vestido de rayas que tanto le gustaba y sus inseparables zapatillas.

Era tan bonita. De una belleza serena y resplandeciente, como si la vida nunca la hubiese golpeado con dureza. Solo su sonrisa triste delataba su soledad, sus amargos recuerdos. A Connor le gustaba pensar que aquella tristeza se había esfumado poco a poco a causa de sus besos, aunque ahora ya no importaba.

Nada importaba ya.

Debía alejarse. Escapar lo más lejos posible de allí.
De ella.

—Erin, abre la puerta, por favor —pidió Mallory desde la cocina, a la vez que sacaba del horno una bandeja repleta de galletas de mantequilla, las preferidas de su padre.

—¡Ya están aquí! —exclamó Erin, bajando las escaleras a toda prisa para abalanzarse sobre la puerta. La abrió y se encerró en los brazos de su abuelo, que aguardaba en el porche con una enorme sonrisa.

—¡Hola, pequeña! —dijo Jonathan, con su nieta bien apretada contra su pecho—. ¡Pero cómo has crecido! Si ya eres una mujercita.

—Pues claro, abuelo. Soy mayor, ya tengo cinco años —respondió la niña, orgullosa, bajo la atenta mirada de Cindy—. ¡Qué ganas tenía de veros! —añadió, abandonando los brazos de su abuelo para besar a su esposa. Después miró hacia Justin e hizo una graciosa mueca al percatarse de que no tenía intención de abrazarla. El chico miraba sin pestañear la pantalla de su tablet, ajeno a todo lo demás.

—¡Justin! Saluda a tu sobrina, por el amor de Dios —pidió Jonathan con energía—. ¿Es que acaso no tenías ganas de verla?

Justin se encogió de hombros, pero sin apartar los ojos del dichoso dispositivo electrónico.

—Hola, Justin —musitó Erin, sin comprender nada. Puso los brazos en jarras y observó a su tío, que no se inmutó.

Mallory salió en ese momento y se fundió en un abrazo con Jonathan y Cindy, y por último abrazó también a su hermano.

—Bienvenidos a Bar Harbor. Por favor, entrad.

Los recién llegados dejaron el equipaje en el vestíbulo y tomaron asiento para merendar. La mesa estaba dispuesta con café, té, chocolate y las olorosas galletas de mantequilla con pepitas de chocolate.

—Mallory, has hecho tus galletas —dijo Jonathan, emocionado. Se pasó la mano por la curva incipiente de su barriga bajo la camisa de cuadros e hizo una mueca—. Aunque será mejor que no abuse. Este cuerpo atlético debe mantenerse en buena forma.

Las mujeres rieron. Últimamente a Jonathan le había dado por salir a correr y estaba utilizando un producto para la caída del cabello, porque su mata oscura y rizada estaba empezando a disminuir.

—Y decidme, ¿hasta cuándo os quedaréis? —preguntó Mallory mientras servía las bebidas.

—Una semana, diez días tal vez —contestó Jonathan, mientras Cindy tomaba un sorbo de café.

—¡Pero eso es muy poco! —se quejó Erin, cruzada de brazos—. No es justo, hace mucho que no te veo y tampoco a Cindy y Justin.

—Yo ya se lo he dicho —intervino Cindy con cara de circunstancias—. Hacía siglos que no viajábamos juntos. Tu padre ha contratado a dos chicos que manejan perfectamente el taller en su ausencia y yo tengo casi un mes de vacaciones. Ya va siendo hora de disfrutar un poco para variar.

—¿Y la escuela de Justin? —dijo Jonathan.

—¿Te recuerdo que no está haciendo absolutamente nada allí? Le vendrá bien un cambio de aires —repuso ella mientras miraba hacia su hijo, que continuaba inmerso en lo que fuera que estuviera haciendo—. ¿Quizás un poco de trabajo duro en el restaurante?

Mallory cabeceó pensativa.

—Cuando los de asuntos sociales se nos echen encima por no llevar a Justin a la escuela no querré saber nada del tema —bromeó Jonathan.

—Solo serán unos días —agregó Cindy.

—Podemos intentarlo —repuso Mallory—. Si algo puedo ofrecerle en *Mills* es trabajo.

—El negocio va bien, ¿verdad, cariño? —dijo su padre con satisfacción, mesándose el cabello oscuro.

Mallory asintió.

—Hay muchas reservas para este mes y para el próximo. Y el verano ha sido francamente bueno. Además hemos recibido muy buenas valoraciones en distintas páginas gastronómicas de internet, de modo que no me puedo quejar.

—Me alegro.

—¿Me puedo ir a mi cuarto? —soltó de repente Justin, que al fin había apartado los ojos de la tablet.

Todos le miraron.

—Claro —respondió Mallory—. Ya sabes dónde está.

El chico subió las escaleras de dos en dos, dejando a sus padres con expresión de disgusto.

—Estupendo —se quejó Jonathan, mientras su mujer suspiraba pesadamente.

—No os preocupéis. —Mallory tomó un sorbo de café y volvió a depositar la taza sobre el platillo con suavidad—. Unos días de reconfortante trabajo en *Mills* quizás le devuelvan el sentido común.

—Buenos días, jefa —saludó Jack al ver entrar a Mallory en el restaurante al día siguiente—. Buenos días, Justin.

—Hola —dijo el chico con desgana, buscando alguna escapatoria al calvario que le esperaba. ¿Por qué no podían simplemente dejarlo en paz? Estaba harto de sus padres y del control que querían ejercer sobre él. Y por si fuera poco ahora tendría que aguantar a Mallory y a la cursi de Erin, con la que compartía habitación. Metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros caídos y observó a sus padres, que acababan de entrar en el local. Saludaron con afecto a Jack, a Rosie y a los demás y se marcharon a dar un paseo por el puerto.

Mallory les había pedido que hicieran vida de pareja, dejando a Justin en sus manos. Debían aprovechar aquellos días para descansar y olvidar sus problemas cotidianos. Así que le encargó su primera tarea a su hermano: barrer el almacén. Se disponía a salir hacia el mercado cuando Jack le informó de la llegada del pedido de langostas. De la llegada de Connor. Se dirigió a la parte trasera con el corazón acelerado y las manos temblorosas.

—Hola, Connor —saludó con un titubeo.

Connor le clavó los ojos azules bajo la atenta mirada de Jack, que jugueteaba con el lapicero entre sus rizos pelirrojos. Justin ni siquiera parecía estar escuchándolos.

—Hola, Mallory.

—Este es mi hermano, Justin —continuó Mallory, haciendo un gesto al chico para que se acercara, cosa que, inexplicablemente, hizo—. Justin, este es Connor Sterling.

—Hola, señor Sterling —musitó sin sonreír siquiera.

—Hola, Justin. Puedes llamarme Connor —respondió él. Después miró hacia Mallory y dijo:— Buenos días.

—Es el profesor de magia de Erin —intervino Mallory, en un intento de prolongar la conversación.

—¿Magia? Bah, eso es para críos —repuso Justin, chasqueando la lengua.

Connor enarcó una ceja y sonrió.

—Deberías dejar que Erin te hiciera un par de trucos. Te sorprenderías.

—No lo creo —opinó Justin, moviendo de nuevo la escoba por el suelo—. Todo eso no son más que estupideces.

Mallory y Connor se miraron con complicidad y no pudieron evitar sonreír.

—Por cierto, me gustaría recoger hoy a Erin en el colegio —pidió Connor, tras un carraspeo—. La traeré aquí, si te parece bien. Le he comprado un regalo de cumpleaños. Siento no habérselo podido traer antes.

—No hay problema —respondió Mallory con orgullo. Su pequeña le había robado el corazón.

—Adiós, entonces —se despidió Connor, justo antes de desaparecer por la puerta del almacén.

—Adiós —musitó Mallory, contando las horas que faltaban para verle otra vez. Después dejó escapar lentamente el aire de los pulmones, cogió las llaves de su camioneta y miró hacia la puerta.

—¿Es tu novio? —soltó Justin de repente.

La mujer miró hacia su hermano como si este hubiera enloquecido.

—No —dijo a toda velocidad, con las llaves entre los dedos.

—Vale.

Mallory abandonó el restaurante, se subió en su camioneta y puso rumbo al mercado. Los ojos de Connor continuaban clavados en su mente.

Connor se acercó a la puerta del colegio e hizo que Max se sentara a su lado. Observó a las demás personas que aguardaban allí mientras se preguntaba si alguna de ellas sería la famosa Brittany Morris. Sus palabras todavía le provocaban rechazo. No comprendía cómo alguien, en los tiempos que corrían, podía pensar de ese modo, y mucho menos transmitirle sus opiniones retrógradas a una niña de cinco años.

Consultó su reloj y constató que ya era la hora. Efectivamente, los pequeños no tardaron mucho en empezar a salir entre risas y carreras. Enseguida observó a Erin, que salía parlotteando con una niña de largas trenzas pelirrojas. Sus ojos claros se iluminaron al verle.

—¡Connor! —exclamó, echando a correr hasta que él la levantó con energía con sus fuertes brazos como si fuera una pluma—. ¡Qué maravillosa sorpresa! ¡Hola, Max, grandullón!

Él sonrió abiertamente al percibir su alegría. Tenía tantas ganas de verla que apenas fue consciente del murmullo que había desatado su presencia allí. Max correteó a su alrededor moviendo desafortadamente la cola.

—Connor, te presento a mi mejor amiga, Rory —dijo Erin, a la vez que él la devolvía al suelo—. Rory, este es mi profesor de magia, del que tanto te he hablado —soltó, orgullosa.

—Hola, Connor. Estoy impresionada —repuso la niñita pelirroja y de cara pecosa—. Tengo que reconocer que los trucos que ha aprendido Erin son una pasada.

Connor rio satisfecho. Nunca había pensado que aquellos viejos trucos que su padre le enseñó cuando era niño podrían gustarle tanto a alguien. Fue entonces cuando se fijó en el grupo de mujeres que cuchicheaban un poco más allá, mirándole sin ningún disimulo.

—Erin —comenzó él, mientras acariciaba pensativo su espesa barba oscura—, ¿podrías presentarme a Stacy Morris?

La niña hizo un gesto de sorpresa y asco, arrugando la nariz.

—No me apetece escuchar ninguna de sus tonterías ahora —respondió muy seria, mientras Rory asentía en señal de apoyo—. Pero si quieres conocerla, lo haré.

—Pensaba más bien en conocer a su madre. Pero tienes razón, mejor vayámonos al restaurante en lugar de quedarnos aquí perdiendo el tiempo. Tu madre nos estará esperando.

Las mujeres le observaron mientras se marchaba acompañado de las dos niñas y rieron sin disimulo mientras hablaban de Mallory.

Justin abandonó su tarea fregona en mano y levantó la mirada hacia la puerta al percatarse de que esta se abría, casi sin darle tiempo a sorprenderse al observar a una cosa negra y peluda abalanzarse sobre él. Una exclamación se ahogó en su garganta porque no pudo evitar reír ante la lluvia de lametones que recibió en la cara.

—Max, no seas bruto —le reprendió Connor, y al momento el perro se colocó a su lado con la lengua húmeda y rosada colgando fuera de su boca, claramente satisfecho.

—No pasa nada, me gustan los perros —repuso Justin, que enseguida volvió a colocarse los auriculares, que se habían deslizado con el efusivo saludo del animal.

Mallory había observado la escena desde la puerta que daba acceso a la cocina sin decir nada.

—¿A mí no piensas saludarme, Max? —preguntó la dueña de *Mills* con los brazos en jarras, divertida—. Muy mal, muy pero que muy mal. No sé si volveré a comprarte esas galletas que tanto te gustan.

El perro miró hacia Connor como si solicitase su permiso y se acercó a la mujer tras recibir su aprobación. Ella le colmó de caricias.

—Hola, mami —intervino Erin, dejando su mochila sobre una de las mesas.

—Hola, cariño —respondió Mallory, todavía con Max a su lado.

—Hemos acompañado a Rory a su casa y después hemos dado un paseo por el muelle. Connor me ha invitado a un helado y me ha dado mi regalo de cumpleaños, un libro maravilloso de magia. Aunque, como ya hace días que fue, le he dicho que este es mi regalo de no cumpleaños.

—Estupendo.

Connor se pasó la mano por los rebeldes mechones oscuros de su pelo y se giró, dispuesto a marcharse.

—Hasta mañana, Erin. ¡Vamos, Max!

—¿Mañana volverás a buscarme? —preguntó la niñita con mirada suplicante.

Él se volvió.

—Claro. Siempre y cuando a tu madre le parezca bien.

Mallory asintió.

—Claro que sí.

—¡Estupendo! —exclamó Erin haciendo palmas mientras corría hacia el hombre para estamparle un beso en la mejilla. Después se dirigió hacia la cocina para saludar a Rosie y decirle que esa tarde no hacía falta que le preparase una de sus estupendas meriendas.

—Connor, ¿tienes un minuto? Me gustaría hablar contigo —dijo Mallory mientras señalaba con disimulo hacia su hermano, que fregaba el comedor inmerso en su música, ajeno a todo lo demás.

Él asintió tras un titubeo y la siguió hasta la pequeña oficina que había junto al almacén. Saludó a Jack, que ordenaba unas cajas, y después cerró la puerta del pequeño despacho con Mallory muy cerca. Tan cerca que podía oler su perfume, que olía condenadamente bien. Respiró hondo y aguardó con Max a su lado.

—Quería comentarte algo —comenzó ella, restregando sus manos con impaciencia. Sopesó la idea de sentarse tras la mesa para poner distancia entre los dos, pero finalmente se quedó donde

estaba—. Ya te habrás dado cuenta de que mi hermano... bueno, Justin es... Está enfadado con el mundo, no sé si me entiendes.

Connor asintió.

—Mi padre y Cindy ya no saben qué hacer, es como si Justin estuviese en contra de todo cuanto le rodea. Les gustaría que fuese un poco más responsable, y creo que probar el trabajo en el barco, además del que realiza aquí en el restaurante, puede serle provechoso. El objetivo es que aprenda que todo cuesta. Ya es hora de que comprenda el esfuerzo de sus padres al acudir cada día al trabajo. Le han concedido siempre todos sus caprichos, quizás para compensar las ausencias por sus largas jornadas laborales, y lo han convertido en un pequeño monstruito —explicó con pesar—. ¿Podrías hablar con Nicholas al respecto?

—Desde luego que sí. Nos vendrá bien otro par de manos a bordo —respondió Connor, sin poder dejar de mirar los labios de Mallory, tan rosados y llenos. Si se dejaba llevar por las ganas la haría suya sobre aquella mesa. Tragó saliva e intentó desviar su mente hacia temas menos sugerentes—. Mañana hablaré con Nicholas.

—Gracias, Connor —dijo ella con el corazón acelerado, intentando convencerse de que solo estaba hablando con un amigo, tan sencillo como eso. Y tan falso.

—Debo irme —advirtió él, mientras consultaba su reloj.

—Adiós.

Connor salió por la puerta del almacén tras despedirse de Jack a toda prisa. Necesitaba salir a correr con urgencia, para de ese modo intentar alejar aquellos pensamientos turbadores de su cabeza.

Justin metió las manos en los bolsillos de su chaleco acolchado y observó al viejo capitán del barco. Nicholas, por su parte, le escrutó sin disimulo. Le recordaba vagamente a su hijo Paul, cuando con una edad similar se había enfadado con el mundo, él incluido. Aunque tal vez nadie sino él había sido el causante de todo aquel desastre. Quizás si hubiese actuado de un modo distinto...

—Capitán, este es Justin, el hermano de Mallory Mills. Le he traído para que nos eche una mano hoy, tal y como convinimos —dijo Connor, saltando sobre la cubierta con energía. Miró al muchacho, que parecía una estatua sobre el suelo mojado del muelle, y añadió—: Justin, este es Nicholas Grant.

—Hola, muchacho —gruñó el capitán con expresión de contrariedad—. ¿Piensas quedarte ahí parado? No tenemos todo el día —dijo mientras tiraba del cabo con fuerza.

—No, capitán —respondió Justin de mala gana, detestando más que nunca a sus padres, aquel lugar y por supuesto aquel barco apestoso. Entró en el camarote tras Connor y le vio desnudarse para pertrecharse con su peto impermeable. Observó las cicatrices de su costado, sobresaliendo como un cordón grueso sobre los músculos de acero y después recorrió el hermoso tatuaje con la mirada.

—Yo también tengo mi historia, Justin —musitó Connor al darse cuenta de que miraba sus cicatrices con los labios apretados.

—Ya veo —respondió Justin, avergonzado por haber examinado su cuerpo de aquella manera. Pero tenía una anatomía impresionante a pesar de sus heridas—. Siento si te he molestado al mirarte de este modo, yo...

—No pasa nada —reveló Connor encogiéndose de hombros mientras terminaba de ponerse su uniforme de trabajo—. Fue hace tiempo. Me hirieron en Irak. —Otras heridas aún no habían cicatrizado, y temía que no lo hiciesen jamás, pero las de su cuerpo sí lo habían hecho.

Justin asintió asombrado y se deshizo de su ropa sin pestañear. Después cogió el otro peto amarillo y se lo puso.

—Formaba parte de los Navy SEALs.

La mirada del chico se transformó en pura admiración. Terminó de pertrecharse y dijo:

—Te admiro, Connor. Hay que ser muy valiente para meterse en lugares como los que tú has visitado. Son los hombres como vosotros los que engrandecen este país.

Connor cabeceó con media sonrisa en los labios y se dirigió hacia cubierta recordando los años en que él también era un idealista.

—Vamos, el capitán aguarda. Y te aseguro que no le gusta esperar —le dijo con una palmada en la espalda.

Justin lucía una imagen cómica dentro de aquel peto demasiado grande y aquellas botas tres números mayores de lo necesario. Pero respiró hondo y le siguió con desgana. Después de todo, Connor no parecía ser tan desagradable como había pensado en un principio.

Nicholas se encargó de enseñarle sus tareas y le vigiló hasta que estuvo seguro de que podría realizarlas sin inconveniente alguno. Después se mantuvo hermético, como siempre hacía. A la hora de recoger las capturas del día, los tres se afanaron en hacerlo lo mejor posible. Se había levantado viento, y Justin tenía las mejillas rojas por el esfuerzo.

—Capitán, creo que el chico ha resultado ser una estupenda adquisición —opinó Connor con una sonrisa, al verlo dando lo mejor de sí. No parecía querer quedarse atrás al observar su esfuerzo y el de Nicholas, y cargaba los estupendos ejemplares en cajas apiladas tal y como le habían enseñado.

Nicholas emitió un gruñido gutural por toda respuesta.

—Gracias, Connor —dijo Justin con timidez, sintiéndose cansado pero satisfecho.

Un rato después el barco ponía rumbo a Bar Harbor con los tres ocupantes a bordo.

Justin se bajó de la camioneta de Nicholas y aguardó a que Connor cargase las cajas para *Mills*. Después le sujetó la puerta del almacén para que este pudiera introducir la carga en el restaurante. Jack los recibió con la mejor de sus sonrisas.

—Buenos días, Connor. Hola, Justin. ¿Cómo ha ido la pesca? —preguntó el jefe de camareros con su inseparable libreta entre las manos. Mordió el bolígrafo y les miró con curiosidad.

—Bien —repuso Justin con desgana.

Connor esbozó una sonrisa.

—Has trabajado duro y ahora necesitas descansar. Nos veremos mañana, si te parece bien.

Justin le miró y suspiró. Estaba agotado. Mañana seguro que tendría agujetas hasta en las orejas. Pero hizo de tripas corazón y, sin mostrar su debilidad, dijo:

—Claro que sí. Allí estaré.

Mallory llegó al almacén en ese momento con la compra del mercado y enmudeció al encontrar allí a los tres hombres.

—Hola, jefa —saludó Jack con energía, haciéndose cargo al instante de una de las cajas de verdura—. Justin, échame una mano, por favor.

Connor la miró con intensidad mientras ella se arremangaba y le dedicaba una sonrisa.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Mallory, refiriéndose a su hermano.

—Mejor de lo que esperaba.

Connor tragó saliva y observó el mechón de pelo que había escapado del sencillo recogido que Mallory se había hecho esa mañana. Deseó con todas sus fuerzas apartarlo y tomar su rostro entre las manos para morder sus labios. Era tan bonita. Tan perfecta. Trató de ralentizar los latidos desbocados de su corazón, pero fue en vano.

—Me alegro —repuso ella, mientras su hermano y Jack entraran de nuevo. ¿Por qué tardaban tanto? El aire se había vuelto espeso y caliente y le quemaba en los pulmones. Se moría de ganas de encerrarse aquellos brazos y olvidarse del mundo. Se recreó en el azul de sus ojos, que parecían más oscuros e insondables aquella mañana.

Al fin, Jack y Justin entraron con el resto de la carga.

—Adiós, Justin —dijo Connor—. Descansa.

—Adiós, Connor.

El ex soldado se despidió de los demás y enseguida escucharon a la camioneta alejarse calle abajo. Mallory colocó el rebelde mechón de su pelo tras la oreja y miró hacia su hermano con el cosquilleo todavía instalado en su vientre.

—Hay que preparar toda esta verdura, y me preguntaba si querías ayudarme.

Jack sonrió. Si seguían a ese ritmo deslomarían a Justin en una semana.

—Prefiero irme a descansar —reveló el joven, cuyo agotamiento era patente.

—Bien. Puedes coger esa bicicleta para ir a casa. Toma las llaves —respondió Mallory con fingido desinterés.

Justin pensó en el cómodo asiento de la camioneta y suspiró.

—De acuerdo —soltó cogiendo las llaves de casa y tirando de la vieja bicicleta hasta la calle—. Adiós.

—Adiós, Justin.

Jack le despidió con la mano y aguardó a que el muchacho se hubiera ido para decir:

—Yo podría haberle llevado en mi moto.

—Lo sé. Pero le vendrá bien pedalear un rato y respirar el aire fresco de la mañana —respondió Mallory con una sonrisa pícaro en los labios.

—¿Te parece poco el aire que habrá respirado en el barco del gruñón de Nicholas Grant? —preguntó Jack con los ojos en blanco.

La carcajada de Mallory resonó por todo el almacén.

Connor acarició la cabeza de Max mientras esperaba que Erin saliera del colegio y no pudo evitar recordar lo guapa que estaba Mallory esa mañana. Se recreó de nuevo en sus ojos marrones salpicados de destellos verdosos y en su forma de sonreír. Le volvía loco esa sonrisa.

—Ay, Max... —musitó casi sin darse cuenta, y un ladrido le devolvió a la realidad.

La mujer que se había acercado miró asustada al perro y de inmediato dio un paso atrás. Lucía un vestido floreado y una chaqueta oscura e iba subida en unos tacones demasiado altos. También en la cara llevaba demasiado maquillaje.

—¿Esa bestia muerde? —preguntó aterrorizada, esbozando tal mueca de asco que a Connor le dieron ganas de decirle que se largara con viento fresco si no le gustaban los perros. Pero se contuvo y negó con la cabeza.

—De momento no lo ha hecho, pero nunca se sabe —añadió burlón, mientras observaba su reacción. La mujer hizo exactamente lo que él esperaba, dio otro paso atrás y tragó saliva.

—Soy Brittany Morris —dijo al fin, acercándole la mano con una sonrisa artificial—. Y supongo que tú eres Connor Sterling. Erin Mills le ha hablado de ti a mi Stacy. —En realidad todo Bar Harbor hablaba de él. Un hombre tan atractivo como aquel no pasaba desapercibido.

Connor asintió. Debió haberlo imaginado, aquella era la arpía metomentodo que había llenado la cabeza de su hija de mierda.

—Un placer —le correspondió él, estrechando su mano con energía. Max, descontento, ladró de nuevo, y la mujer dio un respingo.

—Y dime, Connor, ¿qué te trae por Bar Harbor? —añadió ella mientras atusaba su pelo rubio con los dedos en un claro gesto de coqueteo.

Connor sonrió abiertamente, como un niño a punto de cometer una travesura.

—Pues creo que la casualidad. Pero ahora que me he convertido en el juguete sexual de Mallory Mills me temo que tendré que quedarme.

La boca de Brittany Morris se abrió con estupor a la vez que Erin saltaba al cuello de Connor y este la abrazaba con afecto. Después los dos se marcharon con Max tras sus talones, dejando escandalizada a la chismosa mujer.

Mallory probó la salsa que tenía al fuego y la retiró para añadirle las almejas.

—Ha llegado tu madre —dijo Rosie cuchillo en mano, señalando hacia un lado.

Mallory resopló.

—Hola, cariño —dijo Sharon en ese momento, y su hija se sorprendió al verla vestida con unos vaqueros, camiseta blanca y blusa rosa, además de unos zapatos bajos. Jack entró en la cocina con ella.

—Hola, mamá. ¿Cómo estás? ¿Quieres probar las almejas?

Sharon hizo un gesto con la mano.

—No, hija. Ni apetito tengo ya —se lamentó con gesto teatral.

—¿Y sed, señora Cooper? Mire que los *gin tonic* de Russell resucitan hasta a un muerto —
repuso Jack con una mueca.

—Bueno, quizás...

—¡Mamá! —la reprendió Mallory con el ceño fruncido.

Sharon asintió con la cabeza y se acercó a su hija con cara de circunstancias.

—Está bien, está bien. No me prepares nada, Jack, cielo. Además, tengo que hablar con Mallory.

—¿Ah, sí? ¿Vas a regresar a Los Ángeles, mamá?

—Pues no —respondió Sharon, mordiéndose el labio con aire pensativo—. En realidad he
venido para pedirte trabajo —soltó—. Y un alojamiento.

Mallory giró tan rápido la cabeza que pareció la niña poseída de la película de terror.

—Sí, ya sé lo que me vas a decir —añadió Sharon mientras agitaba la mano derecha—. Michael
ha cancelado todas mis tarjetas de crédito. He intentado llamarle, pero no ha habido forma de hablar
con él. Alexander me ha dicho que Michael está muy ocupado, aunque soy perfectamente consciente
de que él no quiere hablar conmigo —añadió justo antes de echarse a llorar con desconsuelo.

Mallory acarició su frente con los dedos, en un intento de asimilar lo que su madre le acababa de
decir.

—Mamá, no puedes quedarte en mi casa, al menos por el momento. Cindy, Justin y papá están
allí.

—¿Jonathan está aquí?

—Sí. Van a quedarse unos días con Erin y conmigo.

—Puede quedarse en mi casa, señora Cooper —intervino Jack—. Estaré encantado de compartir
mi apartamento.

Sharon levantó los ojos anegados de lágrimas.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí. Será un placer —añadió Jack con convicción.

—Y en cuanto al empleo —comenzó Mallory, con millones de dudas—, puedes venir a echar una
mano al restaurante. A Rosie y a mí nos vendría bien ayuda extra, ¿verdad?

Rosie asintió con una sonrisa.

—Sin duda —dijo, sin dejar de cortar las patatas en pequeños dados sobre la tabla.

—Gracias —repuso Sharon mientras limpiaba las lágrimas con el pañuelo que Jack le había
dado.

Connor observó el mar encrespado y las cambiantes cumbres de espuma que atravesaba la quilla
del barco. Nicholas llevaba el timón en silencio, como de costumbre, hermético en sus pensamientos,
mientras Justin terminaba de limpiar la cubierta.

—Te gusta mi hermana, ¿verdad?

Connor se volvió ante la pregunta de Justin. Aquel mocoso parecía percatarse de más cosas de
las que ellos creían.

—¿Por qué lo dices?

Justin se encogió de hombros e hizo una mueca.

—He visto cómo la miras y cómo te mira ella a ti. No soy tonto —se excusó.

—¿Y a ella también le has hecho preguntas?

—No. No he hablado demasiado con ella ni con Erin desde que llegué a Bar Harbor —repuso Justin, algo avergonzado—. Estoy harto de que mis padres intenten controlarme, y Mallory ha intentado ayudarles en eso.

Connor se volvió hacia el joven y le observó.

—Yo no lo creo. Tus padres simplemente están preocupados por ti. Al parecer no te tomas en serio tus estudios. Deberías ponerte en su lugar de vez en cuando.

Justin cabeceó.

—Son muy pesados. Lo que yo necesito es que me dejen en paz. Ya soy mayor para niñeras.

—Demuéstrales que puedes ser responsable y conseguirás la libertad que quieres. ¿Lo has pensado desde ese punto de vista?

—La verdad es que no —admitió Justin tras un titubeo—. Últimamente mis conversaciones con ellos se limitan a discusiones.

—¿Qué te parece si haces un pequeño esfuerzo y mejoras tus notas en este semestre? Ellos verán el cambio y todo irá mejor, estoy seguro.

Justin asintió pensativo. Quizás tuviese razón, y tampoco perdería nada por intentarlo.

Connor ató los cordones de sus zapatillas de deporte y le hizo un gesto a Max, que aguardaba impaciente junto a la puerta. Cogió las llaves y salió del apartamento con su perro haciendo cabriolas a su alrededor.

—Tú también tienes ganas de hacer ejercicio, ¿verdad, amigo? —le dijo Connor con una sonrisa.

La última semana no había sido nada fácil para él. Se había tenido que conformar con ver a Mallory cada día cuando llevaba a Erin al restaurante después de recogerla en el colegio. Cada vez le resultaba más difícil resistir la tentación de hacerle el amor sobre la mesa del pequeño despacho o contra la pared del almacén. Dios, si cada vez que miraba sus labios se moría de ganas de mordérselos; cada vez que le miraba con aquellos ojos le hervía la sangre. Sin duda quedarse había sido la decisión difícil, como difícil era contener sus instintos cuando la tenía tan cerca que podía oler su perfume. Dejó de divagar en cuanto notó que el bulto en sus pantalones comenzaba a ser visible.

Corrió a buen ritmo hasta llegar al puerto y dio la vuelta. Para entonces había anochecido y su mente se había despejado un poco, lo justo para observar algo que llamó su atención. Parecía algo sin identificar junto al agua, en el borde mismo del muelle. Max se adelantó como si hubiera leído su mente y fue corriendo a husmear. Empujó suavemente el bulto con el hocico y ladró.

—¿Qué es eso? —musitó Connor, justo antes de reconocer una figura humana entre las ropas—. ¡Mierda! —exclamó, arrodillándose junto a la mujer—. ¿Señora Cooper?

La miró con el corazón latiendo a toda velocidad. Estaba muy pálida. El contenido de su bolso se había desparramado a su alrededor.

—Señora Cooper —repitió mientras buscaba su pulso sobre la carne blanquecina del cuello. Respiró aliviado al percibirlo con claridad—. Señora Cooper, ¿puede oírme?

Sharon pareció recuperar la consciencia, al menos abrió los ojos y le miró. Max lamió su mano como si la invitara a recuperarse con su gesto.

—¿Qué...? —balbuceó, mirando a su alrededor con los ojos vidriosos—. ¿Qué... ha ocurrido?

—La he encontrado en el suelo. Imagino que se habrá mareado —respondió Connor tomando su mano con suavidad. Su corazón comenzaba a recobrar su ritmo normal, por un momento no había podido evitar pensar lo peor.

—Ayúdame, Connor, por favor. Sí... estoy aturdida —pidió Sharon tratando de levantarse. Se apoyó sobre el fuerte brazo de aquel hombre y después le miró, ya erguida.

—¿Quiere que la lleve a un médico?

Ella sacudió la cabeza.

—No es necesario. Ya me encuentro mejor, solo estoy un poco mareada.

—La llevaré a casa de Mallory —decidió Connor, observando su palidez y que apenas podía mantenerse en pie sin ayuda.

—No quiero preocuparla, lo mejor será que vaya a casa de Jack.

—Insisto.

Sharon hizo un mohín. No estaba acostumbrada a recibir órdenes.

—Bien.

Mallory arropó a Erin, le dio un beso y salió del dormitorio. Se fue directa a la cocina y preparó

una infusión con la intención de que la bebida caliente le ayudara a conciliar el sueño. Últimamente el recuerdo de Connor entre sus sábanas le perturbaba de una manera que ni siquiera el trabajo agotador del día conseguía aliviar.

Respiró hondo y tomó un sorbo del aromático líquido mientras su mente divagaba muy lejos de allí.

El sonido del timbre le hizo regresar con brusquedad a la realidad. Imaginó que serían Jonathan y Cindy que regresaban de su cena. Aunque ellos tenían un juego de llaves, no comprendía por qué no entraban sin más.

—¿Mamá? ¿Connor? —dijo sin ocultar su sorpresa al abrir la puerta. Observó la palidez del rostro de Sharon y después miró hacia él con el interrogante pintado en su cara.

—Buenas noches, Mallory. Siento molestarte a estas horas —comenzó Connor, sin saber muy bien qué decir. Estaba preciosa vestida solo con aquella camiseta varias tallas mayor y el pelo castaño recogido de cualquier manera en la coronilla. Tuvo que tragar saliva antes de continuar—. Tu madre se ha sentido indispuesta, se ha mareado en la calle. Por suerte Max y yo estábamos cerca.

Sharon asintió.

—Yo quería irme a casa de Rosie, no quería molestar. Pero este muchacho insistió —se excusó Sharon, desviando la mirada—. Espero al menos no haber despertado a Erin.

—Oh, no lo creo. Tiene un sueño profundo —repuso Mallory, haciéndoles un gesto para que entraran—. Mi padre ha salido a cenar con Cindy y Justin.

Sharon cabeceó. Todavía no había visto a su ex marido, a pesar de que había acudido cada día al restaurante a trabajar junto a su hija y los demás. Jonathan estaba disfrutando de unas verdaderas vacaciones junto a su mujer, y apenas paraban por Bar Harbor. Estaban aprovechando para conocer bien toda la región.

—¿Quieres que llame al doctor Linus? —preguntó Mallory, preocupada.

—No, no —respondió Sharon, quitándose el abrigo y sacudiendo la mano—. No hace falta. Solo necesito descansar.

Mallory le sirvió una taza de la infusión y se la acercó.

—Gracias, pero solo quiero dormir.

—¿Estás segura? Estás muy pálida, y...

—Estoy segura.

—Bien. Puedes dormir en mi cama. Yo lo haré en el sofá.

Sharon inclinó la cabeza en señal de agradecimiento y les deseó buenas noches mientras se arrastraba escaleras arriba.

—En el primer cajón de la cómoda encontrarás pijamas, mamá.

—Gracias. Buenas noches.

Mallory se volvió hacia Connor, que aguardaba en silencio con Max a su lado.

—Te agradezco que la hayas traído.

—No tienes que dárme las. Me ha dado un buen susto. Cuando la vi allí en el suelo no pude evitar ponerme en lo peor.

—Lo entiendo —musitó Mallory, sin atreverse a dar un paso que la acercara aún más a él. Restregó sus manos y respiró hondo, en un intento de alejar las ganas de arrojarse directamente en sus brazos—. Será mejor que mañana la lleve al doctor para que le haga un chequeo. De ese modo todos nos quedaremos más tranquilos. Aunque imagino que todo se deberá a la mala etapa que está atravesando, lo de Michael la ha dejado hecha polvo. Los nervios la están ahogando.

—Tal vez si hablasen podrían...

—Lo ha intentado, pero Michael se ha cerrado en banda. Es lógico, después de lo que le ha hecho pasar. En fin, por el momento creo que no se puede hacer nada más —razonó Mallory con la voz temblorosa. No sabía muy bien qué hacer.

El silencio los envolvió con su espeso manto. Y sus ojos se encontraron con la fuerza de un huracán. Connor la desnudó con la mirada, y sintió el calor quemándole la entrepierna. Daría lo que fuera por poder besarla una vez más.

—Debo irme. Dentro de unas horas tengo que ver al bueno de Nicholas —advirtió Connor, consultando su reloj en un intento de no prolongar más aquella agonía de tenerla tan cerca y no poder besarla ni rozar su piel suave.

—Sí. Gracias de nuevo.

Una vez en la puerta, Mallory le regaló la mejor de sus sonrisas. Podía oler su perfume, mezclado con el calor que emanaba su piel. Podía sentir su aliento cálido escapando entre sus labios.

Abrió la puerta para que él saliera.

Y él la cerró, con los ojos oscurecidos por el deseo.

La besó presionando sus labios contra los de ella, como si intentara fundirlos en uno solo, empapándose de aquel sabor que le enloquecía, que tanto había extrañado. La abrazó y sintió su cuerpo menudo bajo el delgado tejido de algodón que lo cubría, entregándose a él sin reservas. Temblaba, y Connor la levantó hasta colocarla a horcajadas abrazando sus caderas.

Sus lenguas enredadas continuaron degustando aquella humedad, mientras sus manos exploraban sus cuerpos tantas veces evocados. Se sumergieron en la urgencia, como si un sentimiento indescriptible los estuviese guiando hacia el abismo. Pero no les importó. Si la perdición era aquello, se entregarían gustosos a ella. Todo por un instante más respirando el mismo aire de la boca del otro.

Mallory enredó sus dedos en el pelo oscuro de Connor y tiró para acercarlo más a ella, presa de un deseo incontenible. Mordió sus labios y respiró su aliento. Después, sin poder esperar más, introdujo sus dedos entre los dos y bajó el ligero pantalón de deporte del ex soldado para liberar toda su masculinidad.

Él gruñó ante su contacto. La colocó contra la pared del vestíbulo y palpó en busca de la manilla del armario. Los dos se precipitaron hacia el ropero, contra los abrigos. Connor abarcó el trasero de la mujer con sus manos, apartando la minúscula ropa interior que les separaba y la embistió como si le estuvieran persiguiendo todos los demonios. La besó acallando sus gemidos con los labios y se movió hasta arrancarle un grito. Era suya, de un modo doloroso, de un modo que le llenaba por completo, que le mataba y a la vez le hacía sentir terriblemente vivo.

Sus embestidas se acoplaron por completo, hasta que se encontraron en un punto de no retorno y explotaron, desmadejados y sudorosos, entre los abrigos del guardarropa.

Nicholas miró hacia Connor e hizo una mueca. ¿Qué demonios le ocurría hoy? Había subido al barco y apenas le había saludado. Tampoco es que estuviera acostumbrado a tener largas conversaciones, y de hecho aquella era una de las cosas que más le gustaban de él, pero siempre hablaban del tiempo y de las capturas, y aquel día ni siquiera le había dirigido la palabra.

—¡Eh, chico! ¿Qué mosca te ha picado?

Connor se volvió hacia él. Se encogió de hombros y resopló, pero no dijo nada.

—Apostaría mi viejo barco a que es cosa de mujeres —bromeó Nicholas con la mirada clavada en la masa de agua que tenían frente a ellos.

—Podría ser —dijo Connor por toda respuesta.

—Hum, podría ser —repitió el capitán a la vez que le miraba con su pipa en los labios—. Creo que he dado en el blanco. Las mujeres son complicadas, muchacho. Mi Helen, que Dios la tenga en su Gloria, a veces era tan terca como una mula. Creo que mi hijo heredó su carácter de ella.

—A veces todo es demasiado complicado —reflexionó Connor a la vez que se acercaba hasta el timón, donde estaba Nicholas. Se cruzó de brazos y observó el océano tras el cristal.

Nicholas asintió.

—Desde luego. Aunque otras veces la vida se complica sin que nosotros tomemos partido. Y debemos tomar partido, de lo contrario corremos el riesgo de perder lo que más queremos.

Connor le miró con sorpresa. Lo que menos esperaba era tener una conversación trascendental con aquel hombre, que usualmente era hermético.

—Lo tendré en cuenta —respondió sin más, tratando de darle algún sentido a lo que había ocurrido con Mallory hacía tan solo unas horas. Cerró los ojos y se concentró en aquella sensación que le embargaba y que amenazaba con hacerle explotar el corazón. Recordó el momento en el que los dos habían alcanzado el clímax dentro del armario y el deseo afloró de nuevo.

No. Debía ser fuerte. Debía alejarse de ella. Y para ello no había más solución que la de poner dos mil millas entre los dos.

Apretó la musculatura de la mandíbula y lamentó haber ido a parar a Bar Harbor después de dar muchos tumbos por el país. Lamentó el día en que se acercó al muelle para pedir trabajo. Y, sobre todas las cosas, lamentó haber conocido a aquella maravillosa mujer y a su hija, que lo habían cambiado todo.

—Si puedo ayudarte en algo, no dudes en decírmelo —dijo Nicholas de repente—. Me alegra que escogieras mi barco el día que llegaste aquí. Me gusta compartir faena contigo. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de la compañía de nadie.

Connor asintió por toda respuesta. En realidad sentía lo mismo, pero no podía decírselo, no ahora que se había dado cuenta de que su única opción era marcharse. No podía seguir ilusionando a Mallory, seguir ilusionándose a sí mismo con una vida que jamás podría tener. Estaba condenado a estar solo. Así debía ser.

Maldito fuera. Maldita fuese también su carrera en las fuerzas especiales. Maldita la hora en la que se embarcó en aquel viaje a Irak que lo cambió todo. Respiró hondo y casi pudo escuchar los proyectiles de aquella fatídica madrugada, casi pudo degustar de nuevo el sabor metálico de la sangre, masticar el polvo, experimentar la rabia y la impotencia de saberse acorralados.

—Yo también me alegro de haberle conocido, capitán —musitó Connor, tratando de que aquello no sonara como una despedida.

Nicholas chasqueó la lengua y se concentró en llevar el barco hacia el puerto de Bar Harbor tras una jornada más de trabajo. Estaba cansado pero satisfecho.

Connor cerró la mochila y acarició pensativo la cabeza de Max. Después dejó su escaso equipaje junto a la puerta.

—¿Hacia dónde nos dirigiremos esta vez, Max? ¿Hacia el norte? ¿Hacia el sur?

El perro le miró como si de alguna forma comprendiese las dudas de su dueño. Connor asintió y se acercó a la ventana del pequeño salón. ¿Qué importaba hacia dónde se dirigiera? Su corazón se quedaría allí y no había solución para eso. Se volvió y miró de nuevo a Max.

—Iremos al sur. No me gusta demasiado el frío, ¿y a ti?

Max ladró satisfecho y se acercó a él suplicando una caricia, que rápidamente recibió.

Connor asintió.

—De nuevo tú y yo, ¿eh, amigo? Los dos solos y un largo viaje por delante.

Una punzada le atenazó el pecho.

Mallory.

Otra punzada.

Cómo le gustaría poder al menos despedirse de ella, darle un último beso. Pero debía escabullirse sin mirar atrás, como un delincuente que se aleja de la escena del crimen para no volver jamás. No podía permitirse hacerle más daño, aunque eso significara arrancarse sus propias entrañas.

Cubrió la cara con sus manos y deseó no haber comenzado algo que sabía que no podría terminar bien. Se había comportado como un estúpido. Jamás debió haber aceptado la invitación de Erin. Le había ido bien mientras no se había permitido acercarse a nadie.

Pero a quién quería engañar, claro que no le había ido bien, ni en aquellos momentos ni en otros. Desde que había regresado con su hermano dentro de aquel ataúd no le había ido bien en absoluto. Se había limitado a sobrevivir con el peso en su espalda, con la sensación de que debería haber caído él y no Joey. Él debería haber muerto en aquella emboscada.

Connor se dirigió hacia el baño y abrió el armarito. Allí estaban las pastillas que el psiquiatra le había recomendado y que ni siquiera había probado. Tal vez aquel era el momento de ponerle fin a todo, no tenía sentido seguir huyendo. ¿Huir, adónde? Estaba mejor muerto. Vació el contenido del bote en la palma de su mano y algunas píldoras cayeron sobre el lavabo y se fueron por el desagüe haciendo un curioso ruido.

Max interrumpió el momento acercándose con alegría. Le dio un golpecito con el hocico sobre el muslo y le miró con sus grandes y expresivos ojos negros.

—Déjame, Max. Estarás mejor sin mí. Nicholas o Mallory cuidarán de ti, estoy seguro —musitó con la voz quebrada, empujándolo hasta zafarse de su contacto. Tomó un puñado de pastillas y a continuación bebió agua. Una lágrima se deslizó silenciosa por su mejilla cuando se miró en el espejo. Observó sus ojos enrojecidos, su pelo revuelto, su expresión vacía.

Joey, ¿qué demonios había hecho? No se merecía morir allí. No entonces. Tenía toda una vida por delante, una mujer maravillosa, un hijo en camino. Maldito fuera el destino y sus entresijos que te lo arrebatan todo de la noche a la mañana. Él que siempre había pensado que era valiente, tan valiente tras la mira de su arma. Y una mierda. Era un cobarde de la peor calaña, un cobarde que debió haber dado su vida por la de su hermano y no lo hizo. Se odiaba por ello. Le asqueaba sentirse enamorado cuando Joey se estaba pudriendo bajo tierra. No merecía seguir respirando.

Se dejó caer resbalando lentamente sobre la pared de azulejos del baño, y la imagen de Mallory fue lo último que vio antes de cerrar los ojos.

Connor escuchó voces. Por un momento le pareció que era su madre, canturreando una canción como cuando era niño. Después pensó que parecía un programa de radio. Abrió los ojos y la luz le cegó. Todo era demasiado brillante en aquel lugar. Demasiado blanco y brillante.

—No vuelvas a hacerlo.

Enfocó la figura que había junto a él. Y entonces recordó las pastillas cayendo por el desagüe con su estúpido ruido, antes de poner fin a su patética existencia de mierda.

—Mallory —musitó. Se sentía cansado, terriblemente cansado. Harto de aquella vida de sufrimiento sin sentido.

—No vuelvas a hacerlo —repitió ella, completamente inmóvil sobre la silla de plástico. Lucía unas profundas ojeras bajo sus hermosos ojos.

Él tragó saliva y sintió la garganta dolorida. Giró el rostro para no volver a encontrarse con aquellos ojos turbadores y respiró hondo.

—Prométemelo —pidió ella con la voz temblorosa—. No soportaría volver a pasar por la pérdida del hombre al que amo.

Connor giró el rostro hacia ella. Ella tenía los ojos llenos de lágrimas. Se sintió tan despreciable que por un momento deseó haber tenido éxito en su empresa para no tener que enfrentarlos.

—Lo siento.

—¿Crees que eres el único que está mal? ¿Es que acaso piensas que para mí ha sido fácil continuar con mi vida? ¿De verdad crees que ha sido fácil comprender que me he enamorado de nuevo cuando creía que jamás volvería a sentir nada después de lo de Harry? Eres un cabrón egoísta, Connor Sterling. Debería irme con mi hija y olvidar que te he conocido.

Connor apretó la mandíbula. Jamás la había oído hablar de ese modo.

—Pues entonces hazlo. No merezco tus cuidados ni los de nadie —dijo con amargura—. Aléjate de mí, es lo mejor.

Mallory se levantó y se dirigió hacia la ventana. Observó el cuidado jardín que rodeaba el hospital y limpió con rabia una lágrima que se había escapado de sus ojos y se deslizó por su mejilla. Estaba harta. Harta de perderlo todo una y otra vez, de tener que comenzar de cero con las manos vacías y de sentir una impotencia que la llenaba por completo.

—No puedo.

Connor la miró. Parecía tan frágil frente al ventanal que deseó poder confortarla entre sus brazos, pero desechó la idea al instante. Aparte de cobarde, era estúpido. ¿De verdad creía que iba a aceptar que se acercara a ella después de lo que había hecho?

—¿Por qué no? —preguntó con temor.

—Porque cada vez que te vas siento como si me arrancaran una parte de mí. —Mallory se dio la vuelta y le miró de frente, con las mejillas encendidas—. Porque es la primera vez en años que tengo ganas de vivir. Porque te quiero, maldita sea, Connor. ¿Es que no lo ves?

Connor apretó los labios y encajó aquellas palabras sin saber qué decir.

—Yo también te quiero —musitó al fin.

—¿Y por eso habías decidido marcharte sin ni siquiera despedirte de Erin y de mí? ¿Y por eso te has tomado esas pastillas? No eres más que un cobarde.

Connor recordó la maleta junto a la puerta y suspiró. La había cagado bien. Lo había estropeado todo.

—¿Acaso crees que tu hermano querría que tiraras toda tu vida a la basura?

—Eso es un golpe bajo —musitó Connor.

—De eso nada. Es la realidad. ¿Lo crees? Él querría que tú siguieras adelante, ya que se te ha brindado la oportunidad —dijo acercándose a la cama.

—No es justo que perdiera la vida y yo continuase. Debería haber sido yo...

—¡Oh, ya basta, Connor! Estoy harta de escuchar lamentos. Eres afortunado al estar aquí, los dos lo somos. Hemos perdido a unas personas a las que queríamos con locura, pero ¿sabes qué? No podemos escoger el camino fácil.

—¿Y eso por qué?

—Porque tenemos una persona que nos adora y debemos hacerlo por ella.

Connor asintió. Erin. Ella era la luz que había alejado las oscuras nubes de su vida, y también las de Mallory. Se sintió el mayor cabrón sobre la faz de la Tierra.

—En eso tienes razón.

Mallory se inclinó sobre él y le besó con desesperación, la misma que había sentido cuando Nicholas la había llamado diciéndole que Connor iba camino del hospital. Max había aparecido de repente en el muelle y el capitán había intuido que algo malo había sucedido. No paraba de ladrarle y dar saltos delante del barco, y lo había guiado hacia el apartamento en cuanto había saltado de la embarcación.

Sus labios se separaron y los dos se miraron muy de cerca, sus mejillas húmedas por las lágrimas mezcladas de los dos.

—No vuelvas a hacerlo —pidió Mallory entre susurros a la vez que acariciaba su mejilla poblada de barba oscura—. No sabría vivir sin ti.

Rosie coló el caldo de pescado y se sorprendió al ver entrar a Mallory en la cocina.

—Deberías estar descansando ahora que Connor está fuera de peligro —le dijo con expresión preocupada.

—He dormido un par de horas. Necesitaba ocupar la mente —repuso ella con el ceño fruncido. Se dejó caer en el taburete y suspiró.

—¿Crees que intentará arreglar las cosas?

—No lo sé —musitó a la vez que encogía los hombros—. No dejo de pensar en lo mal que debía sentirse para intentar algo así. —Cubrió su rostro con las manos y de nuevo regresó aquella sensación de impotencia—. Es horrible, si hubiera tenido éxito...

Rosie colocó su mano en el brazo de la jefa y la miró con afecto.

—Pero por suerte no ha sido así. El destino está de vuestro lado, Mallory.

Mallory giró el rostro, dejó caer las manos sobre su regazo y miró hacia ninguna parte. Todavía tenía el susto en el cuerpo.

—No estoy tan segura. No sé si Connor continuará con su idea de marcharse o algo peor —respondió con lágrimas en los ojos—. Estoy muy cansada, Rosie. Ya no quiero luchar más. Estoy harta de que todo sea tan complicado. Creo que voy a tirar la toalla.

—No digas eso. Estoy segura de que esto ha sido un punto de inflexión. Connor se dará cuenta de lo afortunado que es al teneros a Erin y a ti, ten fe —reflexionó la cocinera a la vez que acariciaba el brazo de Mallory.

—Eso espero, Rosie. Eso espero.

—Y dime, ¿cómo está Sharon?

En ese momento Jack entró en la cocina y se quedó inmóvil al encontrar a las dos mujeres en aquella situación. Mallory limpiaba sus lágrimas torpemente.

—Mejor. El médico ha dicho que el desmayo fue fruto de la tensión acumulada. Tiene una ligera anemia, por lo que el descanso y la buena alimentación le harán bien para reponerse.

Jack se acercó a su jefa y la rodeó con el brazo.

—Estará bien, ya lo verás.

—Eso creo. De todas formas he llamado a Michael, creí que le gustaría saberlo —reveló ella con una mueca.

—¿Pudiste hablar con él? —preguntó Jack.

Mallory negó con la cabeza.

—No, pero le dejé el recado a su asistente. Me prometió que se lo diría a Michael en cuanto terminara la vista de ese día.

—¿Y has tenido noticias de él? —se interesó Rosie, que había sido testigo de la infelicidad de Sharon durante los días que habían compartido casa.

—No —reveló con una mueca—. Quizás sea verdad que ya no le importa lo que pueda sucederle. Sharon dice que lo suyo ya no tiene arreglo.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó Jack, visiblemente preocupado por la situación de su jefa. No merecía tener que enfrentar todas aquellas preocupaciones.

Mallory se encogió de hombros.

—No sé qué decirte, Jack. Connor ya está fuera de peligro, pero quién sabe si lo intentará de nuevo. Está destruido, es como si nada pudiera hacerle despertar de su pesadilla.

—Quizás solo debas darle tiempo.

—Quizás.

Erin se metió en la cama y abrazó su muñeca mientras Mallory la arropaba. Jonathan y Cindy le dieron un beso y después salieron de la habitación para dirigirse hacia la suya.

—Mami, ¿de verdad Connor se encuentra bien? Ese accidente que me dijiste que tuvo me tiene preocupada y...

—De verdad, cariño —respondió Mallory a la vez que se sentaba a su lado sobre el colchón. Acarició su mejilla y apartó un mechón de su cabello con una sonrisa—. Connor ya está bien. Verás como cuando menos te lo esperes aparece a la salida del colegio para recogerte.

Erin hizo un puchero.

—No quiero que le pase nada, mamá. No quiero perderle como a papi.

Los ojos de Mallory se llenaron de lágrimas sin que ella pudiera hacer nada para remediarlo. Ojalá pudiera decirle a Erin que todo iba a ir bien, que Connor estaría a su lado pasase lo que pasase. Pero no podía, quién sabe lo que ese hombre planeaba hacer con su vida. Quizás cogiera su maleta y se marchara de Bar Harbor sin ni siquiera decirles adiós.

—Y no lo perderás, te lo prometo —repuso ella, con voz temblorosa.

—Hasta mañana, mami.

—Hasta mañana, mi cielo.

Apagó la luz y salió del cuarto. No le gustaba mentirle a su hija, pero no tenía opción. Limpió sus lágrimas de forma apresurada y respiró hondo para recobrar la compostura.

—¿Mamá? —preguntó Mallory con sorpresa al encontrarse en el pasillo a Sharon, cara a cara con Jonathan y Cindy. Durante los días que había estado allí todos habían intentado no coincidir por

la casa, pero claro, al final había sido inevitable.

—Hola, Jonathan —saludó Sharon con altivez. Observó a su mujer y examinó su aspecto. Vestía de una forma muy vulgar, exactamente tal y como ella la había imaginado. Una mujer vulgar de un pueblo vulgar, con un esposo vulgar.

—Hola, Sharon. Cuánto tiempo. ¿Cómo estás? Mallory dijo que no te encontrabas muy bien —repuso Jonathan con una sonrisa.

—Estoy bien, gracias. ¿No piensas presentarme a tu mujer? —dijo poniendo los brazos en jarras.

—Por supuesto. Esta es Cindy. Cariño, esta es Sharon, mi ex mujer —recitó Jonathan con sorna.

—Es un placer conocerte, Sharon —soltó Cindy sin demasiado interés. De modo que aquella era la famosa Sharon. La miró y constató lo que había imaginado, parecía una actriz desfasada, con el pelo demasiado rígido por la laca y un exagerado maquillaje. Sin duda la imagen concordaba con lo que pensaba de ella: una mujer que solo aspiraba a pescar un marido que le pudiese dar todos sus caprichos, no importaba si le amaba o no.

—Es un placer para mí también. Eres camarera, ¿verdad? —preguntó Sharon con media sonrisa. Estaba claro que aquella mujercita le iba a Jonathan como anillo al dedo. Los imaginó en su casita de aquel pueblucho que la había visto nacer y no pudo evitar esbozar una mueca de desagrado.

—Sí. ¿Te interesa la restauración? Eso creo, por eso estás ayudando a Mallory en el restaurante —le espetó Cindy.

Sharon encajó el golpe bajo y le obsequió con la mejor de sus sonrisas.

—Estoy cansada, creo que me iré a dormir. Me alegro de haberos visto. Buenas noches.

Mallory, Jonathan y Cindy la observaron hasta que cerró la puerta del dormitorio tras de sí. Después se miraron con complicidad.

—¿Qué demonios ha sido eso? —dijo Jonathan sin poder evitar reírse ante la escena.

—Parecía la lucha de las hembras de la manada por el macho alfa —inventó Mallory aguantando una carcajada.

Cindy los miró airada.

—Sin duda hiciste bien separándote de esa mujer. Ni siquiera puedo entender qué pudiste ver en ella —soltó con energía justo antes de dirigirse a su dormitorio dejando a su marido y a su hija con los ojos abiertos como platos.

Mallory le dio una palmadita en la espalda a su padre.

—Ve con ella.

Jonathan asintió, justo antes de decir:

—Mujeres.

Mallory hizo la compra en el mercado como cada día y después se dirigió hacia *Mills*. Había dormido muy mal la noche anterior y no se encontraba con demasiadas fuerzas para encarar el día. Por añadidura, sus padres debían regresar a casa tras sus vacaciones llevándose a Justin con ellos. Después del encontronazo con Sharon habían decidido que era el momento de regresar a casa. Justin había mejorado su comportamiento y parecía que las cosas iban mejor entre ellos. Los echaría de menos, aunque intentaría escaparse unos días en Navidad para hacerles una visita.

Llegó a *Mills* y buscó a Jack para que le echara una mano con la compra.

—Buenos días, jefa —saludó Jack con su característica sonrisa. No le gustaba nada ver a Mallory tan deprimida. Una mujer tan maravillosa como ella merecía ser feliz—. He pensado que este año podrías venir a casa de mis padres a celebrar Acción de Gracias.

Mallory le miró con afecto.

—Muchas gracias, Jack. Pero creo que lo celebraré con mi madre y con Rosie. No me apetece demasiado viajar.

—Lo comprendo. Quizás para el próximo año.

Jack la observó encerrarse en su despacho con su perenne mirada triste. Suspiró y continuó con sus quehaceres. Ojala todo se arreglara para aquella estupenda mujer, que no merecía más que cosas buenas en su vida.

Abby Geller se quitó las gafas y masajéó sus ojos cansados con lentitud. Cerró el libro que había estado consultando y desvió la mirada hacia la puerta. Alguien había entrado en la sala de espera, lo cual era extraño a esa hora de la tarde en que no le quedaban más citas pendientes. Se puso de pie y salió para descubrir quién la visitaba. Apenas podía creerlo cuando descubrió a Connor Sterling de pie frente a ella. Lucía unas marcadas ojeras bajo los ojos claros, y parecía tener el cabello oscuro y espeso aún más largo que de costumbre.

—Connor, buenas tardes —dijo sin ocultar su sorpresa. Mallory la había llamado para contarle lo que había intentado hacer hacía tan solo unos días, y había sido testigo de su desolación durante un par de sesiones. Se acercó a él y le estrechó la mano con energía sin perder el contacto visual.

Él, sin embargo, desvió su mirada azul hacia el suelo. Todavía no sabía por qué había acudido a aquella consulta, simplemente los pies le habían llevado hasta allí. Tras recibir el alta médica esa misma mañana había creído enloquecer dentro de las cuatro paredes de su apartamento. Ni siquiera la agradable compañía de Max le había servido para sosegar. Y, la verdad, temía sus propias reacciones al verse tan solo y desesperado.

—Todavía no sé por qué he venido —musitó, a la vez que restregaba su frente con el dorso de la mano tatuada. Se giró y miró hacia la puerta con un titubeo. Quizás debería haber salido a correr para quemar adrenalina como de costumbre, y no proponerse visitar a una extraña para arreglar sus problemas.

—No te vayas, te lo ruego.

Abby se había acercado a él y le había colocado su mano con suavidad en el antebrazo, cosa que le arrancó un estremecimiento. Connor se volvió hacia ella con la mirada más perdida que la psicóloga había visto nunca. Parecía un abismo lleno de dudas y desesperación.

—Necesito ayuda.

Dos palabras.

Solo dos palabras, las más difíciles de toda su vida.

Ella asintió.

—Pasa, por favor.

Mallory terminó de hacer el recuento en la cámara frigorífica y salió cerrando tras de sí. Se sentó tras la mesa del pequeño despacho y anotó las últimas cifras en la libreta de suministros justo antes de sacar una pila de facturas pendientes de contabilizar. Resopló y se dispuso a comenzar un trabajo que no le gustaba nada.

La mañana era gris, y el ventanuco que daba a la parte trasera del callejón apenas arrojaba luz sobre la estancia, convirtiendo la habitación en un lugar oscuro y desangelado. El flexo que había sobre la mesa arrojaba su luz amarilla sobre los papeles, dibujando sombras sobre el rostro de Mallory.

—Jefa —dijo Jack tras llamar un par de veces a la puerta y acceder al interior—, tienes visita.

Mallory le miró con los labios apretados y el interrogante pintado en la cara.

—¿Quién es? —musitó dando vueltas al bolígrafo entre los dedos.

—Abby Geller —repuso Jack con una graciosa mueca. Atusó sus rizos pelirrojos con el lápiz y la miró esperando alguna reacción.

—Hazla pasar, por favor —indicó con un gesto. Después apoyó las manos sobre los documentos y aguardó tratando de adivinar el motivo de su visita. No habían vuelto a hablar desde hacía días. Quizás se había pasado para ver cómo evolucionaban sus pesadumbres con el paso del tiempo, y la verdad es que seguían exactamente igual que durante su última conversación. Toda su vida parecía estancada.

—Buenos días, Mallory. Siento molestarte, pero quería hablar contigo.

Mallory señaló hacia la silla y le regaló una sonrisa.

—Tú dirás, Abby.

El teléfono de la psicóloga emitió una señal acústica de llegada de mensaje y esta lo sacó del bolso para silenciarlo. Lo guardó de nuevo con un suspiro y miró hacia la mujer, que la observaba en silencio.

—Connor vino a verme hace dos días —anunció sin rodeos—. Necesitaba ayuda.

—¿Por qué has venido a contarme eso? Connor no ha intentado hablar conmigo, creo que ha dejado perfectamente clara su intención con su actitud hacia Erin y hacia mí. Ni siquiera le ha importado saber cómo estábamos. Ya no sé qué decirle a Erin, está preocupada porque teme perder a Connor como perdió a Harry, y yo... —Su voz pareció quebrarse durante un instante, pero enseguida se recompuso—. Yo ya no sé qué pensar, no entiendo por qué se dedica a castigarnos de este modo —dijo Mallory con amargura. Dejó el bolígrafo sobre la mesa y lo hizo rodar lentamente con la yema de los dedos, adelante y atrás, adelante y atrás.

—Lo sé. Quería que supieras que Connor se marcha.

Los ojos de Mallory dejaron clara su decepción. Asintió y continuó anotando las cifras como si nada de aquello le importase ya. Su pobre corazón ya no quería seguir sumando disgustos. Ya no.

—Si esa es su decisión tendré que aceptarla. Connor no es más que un cabrón egoísta —musitó entre dientes sin mirar a Abby. Su corazón latía acelerado, y por un momento deseó ser un bloque de hielo como Sharon. Sería lo ideal en ese caso, hacer borrón y cuenta nueva. Le quemaba el recuerdo del tacto de Connor en la piel, el cosquilleo de los besos en sus labios había regresado como por arte de magia para torturarla.

Tal vez nunca se había ido.

Y las lágrimas. Claro que esas tampoco se habían ido del todo, como si hubiesen estado agazapadas todo el tiempo, esperando que la vida volviese a golpearla.

—Yo se lo he pedido.

Mallory levantó la vista hacia Abby y la miró como si hubiera enloquecido. Deseó poder echarla de allí a patadas, pero se contuvo. Aquello era lo que le faltaba por oír.

—Déjame explicarte —comenzó la psicóloga, consciente del efecto que sus palabras habían causado—. Connor, como bien sabes, ha tocado fondo. Todo lo que puede hacer ahora es mejorar. Se ha dado cuenta de que debe enfrentar la situación y solucionarla él solo. Podemos ayudarle, sí, y de hecho lo estamos haciendo, pero él es quien debe actuar si quiere encauzar su vida y dejar atrás los viejos fantasmas. De lo contrario jamás dejarán de atormentarle.

—¿Te refieres a Joey? —preguntó Mallory con la voz temblorosa. Por un momento había pensado que Connor se marcharía para no volver.

Abby asintió.

—Me refiero a su hermano, sí, y también a sus padres. Creo que nadie le culpa de la muerte de Joey, salvo él mismo, y esa es una herida que debe cerrar para poder mirar hacia delante. Todo mi tratamiento sería un fracaso si no es capaz de enfrentarse a sus padres, a la viuda de su hermano y a su sobrino, y decirles lo que siente. Lo que sucedió no fue más que un desgraciado accidente, y ni

Connor ni nadie podrían haberlo evitado.

Mallory asintió esta vez.

—Lo sé.

—Aunque no lo creas, Connor se está recuperando. Después de tocar fondo, se dio cuenta de lo ciego que había estado. —Hizo una pausa y observó con alivio el hondo suspiro de Mallory, incluso le pareció ver que sus ojos brillaban—. Eso le ha servido para buscarme y, por tanto, para buscar pautas que le lleven hacia su recuperación. Creo que, en esencia, Connor está en el buen camino, de verdad. Creo que Erin y tú habéis sido su tabla de salvación. Os encontró en el peor momento de su vida y vosotras dos le habéis salvado, aunque ahora pueda no parecértelo.

Mallory enjugó la lágrima que había escapado de su ojo izquierdo e intentó recomponerse.

—Volverá —añadió Abby con una sonrisa—. Regresará a vuestro lado porque sabe que es lo que más desea en este mundo aunque no haya sabido demostrártelo aún. Dale tiempo, es lo único que necesita. Te aseguro que es un hombre nuevo.

Mallory sintió algo parecido a los celos en ese momento. Le habría gustado que Connor se hubiera abierto a ella en lugar de haberlo hecho con Abby, aunque sabía que, dado el carácter del problema, lo mejor había sido que él se hubiera dirigido a una profesional. Pero aun así sentía cierta envidia de ella.

—Ojala sea así —dijo simplemente. Su cabeza en ese momento era un hervidero de sentimientos contradictorios. Necesitaba tiempo para asimilarlo todo.

Mallory bajó a toda prisa las escaleras de su casa tras oír el timbre. Había dejado a Erin en el colegio y había regresado. Era su día libre, y pensaba sentarse en la parte trasera con un buen libro y una cerveza.

Se quedó petrificada con el pomo en la mano cuando al abrir se encontró de frente con Connor.

—Hola, Mallory —dijo él, y tuvo que tragar saliva para continuar—. ¿Puedo pasar?

Ella respiró con fuerza y de repente toda una cascada de imágenes se proyectó en su mente. Sus manos alrededor de su cintura, su aliento en su cuello. Lo mejor sería mantenerse firme y fría como el hielo. No podía continuar así.

—Es mejor que te marches, Connor —musitó, y las palabras le quemaron los labios al brotar—. Es lo mejor para todos.

Estaba harta. Harta de sufrir como una estúpida, harta de involucrar a Erin en asuntos que no tenían la menor posibilidad de salir bien. Ya era hora de poner punto y final a aquella situación, por mucho que le doliera.

Connor asintió con pesadumbre, y hasta su cuerpo pareció cansado.

—Bien. Solo he venido a despedirme. Me pareció justo que supieras que me marchó —repuso encogiéndose de hombros. Después se dio la vuelta y enfiló el camino hacia la calle.

—¿Justo? —Mallory chasqueó la lengua—. Eres un cabrón egoísta.

Connor se quedó inmóvil sobre la acera, mirando hacia el suelo. Se lo merecía, por Dios que sí, pero jamás pensó oírlo de los labios de Mallory. Ella había sido su ángel de la guarda todo el tiempo, como si su única misión hubiese sido salvarle. Aquella era la pura verdad, se había comportado como un egoísta.

—Lo sabes, ¿verdad? Eres un cerdo que solo piensa en sí mismo, sin pararse a pensar un solo segundo en los demás —escupió ella con el pomo de la puerta aún bien sujeto entre los dedos—. Ahora tienes la desfachatez de venir a decirme que te marchas, como si esperases que lo entendiera.

¿Qué esperabas que hiciera? ¿Echarme en tus brazos como una estúpida? ¿Decirte que te tomes el tiempo que necesites, que te esperaré toda mi vida?

Connor se volvió y la miró. Un mechón rebelde se había escapado de su recogido en la base de la nuca, y los ojos le centelleaban con rabia. En ese momento se asustó. La amaba tanto que le dolía el pecho, parecía que el corazón le iba a explotar. Dio unos pasos y subió de nuevo al pequeño porche, quedando a unos pocos palmos de ella.

—No espero que me creas esta vez, pero me voy y te prometo que voy a regresar. Debo poner en orden mi vida antes de tomar la dirección adecuada.

—¿Acaso crees que me importa lo que puedas decirme? —mintió Mallory, con las mejillas encendidas—. Pues te equivocas. Vete y haz lo que tengas que hacer, yo no voy a estar esperando cuando regreses, si es que llegas a hacerlo.

Connor contrajo la musculatura de la mandíbula y la miró con intensidad. Si se dejaba llevar por su instinto, la arrastraría de nuevo hasta el armario del vestíbulo. En lugar de eso, asintió con lentitud.

—Adiós, Mallory.

—Adiós —dijo ella entre susurros, con el corazón destrozado. Y, cuando ya no podía oírla, le deseó buen viaje.

Connor se despertó y por un instante no supo dónde se encontraba. No reconoció su apartamento de Bar Harbor y eso le hizo darse la vuelta en aquella estrecha cama, que crujió bajo su peso.

El motel le resultó incluso más deprimente que la noche anterior, cuando había decidido interrumpir su viaje para descansar unas horas. Observó las viejas cortinas rosas, a juego con el cobertor, y después desvió la mirada, el sol era intenso. Había dormido más de lo que pensaba.

Max saltó a la cama y le dio los buenos días con un buen lametón en la cara. Antes de que Connor pudiera hacer nada tenía a aquella mole peluda sobre él.

—Buenos días, campeón. ¿Tú también has dormido bien? —le preguntó, a la vez que lo empujaba hacia un lado—. Yo también, amigo, yo también —añadió, sin poder evitar que sus pensamientos volaran de nuevo hacia Mallory—. Aunque me gustaría que ella nos hubiera acompañado. A ti también, ¿verdad?

Max emitió un ladrido como si comprendiera las palabras de su amo y después se fue hacia la puerta.

—Sí, pongámonos en marcha. Aún tenemos un largo camino por delante. Y muchas cosas que arreglar.

Durante el largo viaje Connor tuvo tiempo de sobra para pensar, aunque tal vez eso fuese lo que menos necesitaba. Le había dado tantas vueltas a todo durante los últimos meses que lo único que temía era dar la vuelta y escapar de nuevo, esta vez de Darby otra vez, de su familia. Como había hecho la otra vez, cuando le había pedido a Nicholas unos días libres para intentar emprender aquel viaje. En aquella ocasión no había tenido las agallas de completarlo, y había dado la vuelta a medio camino.

Por eso, cuando la carretera dio paso a las primeras granjas que conocía desde niño, cuando el pintoresco pueblecito le recibió con su tranquilo modo de vida, no pudo evitar sentir la punzada de la nostalgia a la vez que un ferviente deseo de tomar de nuevo la salida con el coche de alquiler. No obstante, no lo hizo, y continuó conduciendo mientras sus ojos se empapaban de aquella estampa familiar. Los diferentes negocios continuaban en el mismo lugar de la calle principal, como si el tiempo se hubiera detenido el día en el que él decidió huir de allí como un fugitivo. La tienda de regalos, la de antigüedades, el taxidermista, el pequeño bar de Holly. Todo continuaba en su lugar. Había varios coches aparcados, y Connor reconoció la camioneta de Jim al instante. Se preguntó cómo le habría ido la vida a su mejor amigo durante todo ese tiempo, y apretó sin querer el volante hasta que sus nudillos se pusieron blancos.

Resopló. Enfrentarse a todo aquello era duro, muy duro. Y todavía no había visto a Megan y a su sobrino. Ni a sus padres.

Max se revolvió en el asiento del copiloto, como si estuviera impaciente por bajarse del coche.

—Ya casi hemos llegado, Max —musitó Connor, sin perder detalle de las personas que circulaban junto a las tiendas en busca de un rostro conocido. No lo halló, de modo que siguió de largo y aparcó más adelante, frente al bar. Permitted que Max husmeara la entrada y se aliviara en unos matorrales, y después lo volvió a dejar en el coche—. No tardaré.

Empujó la puerta del local y al instante la música country que tantas veces había escuchado en ese mismo lugar se coló por sus oídos.

—*Pareces distraído esta noche, hermano* —dijo Joey justo antes de dar un sorbo a su cerveza con media sonrisa burlona en los labios—. *¿Todavía piensas en Susan? Mira que ella me ha repetido hasta la saciedad que fuiste un imbécil al dejarla.*

Connor le miró de reojo y se concentró con el taco de billar entre sus manos, visualizando su próximo movimiento.

—*No me gustan las ataduras, hermanito, al contrario de lo que te sucede a ti* —repuso con sorna. *Las bolas chocaron entre sí justo de la forma en la que Connor esperaba, haciendo que dos de ellas se colaran por la tronera central*—. *No soportaría despertarme cada mañana con la misma mujer. Es mi naturaleza.*

—*Eso es porque aún no has encontrado a la adecuada* —opinó Joey a la vez que le señalaba con su botellín.

Jim rio y no tardó en dar también su opinión.

—*Pues creo que yo tampoco lo he hecho. ¿Qué hay de malo en disfrutar de la vida?* —dijo, mientras se le iban los ojos hacia la mesa de billar que tenían al lado, donde varias chicas jugaban una partida esa noche—. *Tu hermano es un alma libre, disfruta demasiado de su trabajo en los Navy SEALs como para formar una familia y un hogar. No podría vivir sin su fusil. ¿Verdad, Connor? Es un tío duro.*

Este asintió después de golpear las bolas, pero no consiguió dejarlas donde se proponía.

—*Yo también disfruto de la vida, pero con Megan a mi lado* —repuso Joey con una mueca—. *No me separaría de ella por nada. Y después de esta misión no volveré a alejarme más de diez millas de su lado.*

Connor asintió mientras les envolvían las risas de las mujeres que jugaban tan cerca y que de vez en cuando les dirigían miradas de complicidad. Aquella noche pintaba realmente bien.

—¿Connor Sterling?

Connor regresó a la realidad al escuchar su nombre. Dejó que la puerta del bar se cerrara tras él y enfocó la vista hacia la barra.

—Benditos los ojos —insistió la camarera, rodeando la barra para llegar hasta donde él se encontraba para darle un abrazo que casi le dejó sin respiración.

—Hola, Holly. Yo también me alegro de verte —admitió él con una amplia sonrisa en los labios—. *Estás tan guapa como siempre* —añadió al verla enfundada en aquellos vaqueros ajustados, la camisa de cuadros y el sombrero, bajo el que se mostraban como siempre dos gruesas trenzas rubias.

—Tú también tienes buen aspecto, Connor. ¿Cuándo has regresado? —preguntó, con la palma de su mano sobre su antebrazo.

—En estos momentos.

Ella asintió.

—¿Aún no has visto a nadie?

Connor negó con lentitud con la cabeza y miró a su alrededor. Un hombre que apuraba su cerveza en la barra le saludó poniendo los dedos en su sombrero. Él le correspondió con un gesto.

—Veo que el viejo McCormick sigue haciendo su ruta habitual —repuso con una sonrisa triste.

Ella asintió de nuevo y le invitó a seguirla hasta la barra.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. Solo quería saludarte.

Holly cogió el paño y limpió la madera lustrosa con energía. Después suspiró y le miró directamente.

—Me alegro mucho de verte, y tus padres y Megan también lo harán. Y más teniendo en cuenta que has vuelto para Acción de Gracias.

Connor chasqueó la lengua.

—Eso espero. Quiero arreglar algunas cosas —reveló, y ella sonrió como si le entendiera a la perfección. Claro que siempre lo había hecho. Holly había sido como una hermana mayor para todos ellos, y sufrió mucho al perder a Joey. Aquel era un pueblo pequeño en el que todos se conocían, y no pasaba nada sin que Holly se enterara. Sin embargo, cuando Connor decidió huir de todo, ni siquiera se lo dijo. Lo hizo sin más, de la noche a la mañana, y eso le dolió.

—Nunca debiste haberte ido, y lo sabes —le reprendió ella.

—No podía continuar aquí, de aquel modo. Tú también lo sabes.

Ella asintió recordando aquellos dolorosos momentos. Después secó dos vasos mientras le miraba.

—Sí.

—Y dime, Holly. ¿Cómo está Jim?

—Ahora mejor.

Connor la miró sin comprender.

—Durante el último rodeo tuvo una aparatosa caída. Se golpeó la rodilla y ha tenido que someterse a varias operaciones. Por suerte, parece que la recuperación va a ser casi completa. Jim bromea diciendo que ahora la rodilla le avisa cuando va a llover —añadió con un guiño—. Ya sabes cómo es de bromista. Yo le digo que ya no tenéis edad para esas cosas, y así nos pasamos el tiempo. Me gusta hacerle rabiar.

Connor sonrió. La vida había continuado sin él, por supuesto, pero sintió un pellizco en el corazón al darse cuenta de que debería haber estado al lado de Jim cuando seguramente más le había necesitado. Se había marchado sin mirar atrás, con todos sus demonios tras él.

—Siento no haber estado cuando ocurrió todo.

Holly se acercó a él y susurró:

—Te confesaré una cosa, aunque tal vez yo no sea la más indicada para hacerlo: Susan le ha acompañado durante toda su recuperación. Al parecer ahora son algo más que amigos. Ya sabes, Jim la consoló a menudo tras vuestra ruptura, y una cosa lleva a la otra...

—Lo mío con Susan no llegó ni a ruptura. Ella se hizo una idea equivocada de nuestra relación —se quejó Connor, molesto—. Sabes de sobra que mi vida no estaba aquí, sino con mis compañeros de los SEALs.

—Bueno, lo que sea. La cuestión es que están juntos.

—He visto la camioneta de Jim cuando venía para acá —dijo Connor haciendo un gesto con la cabeza.

—Seguramente estará comprando suministros para su granja. Ha comprado dos mil acres a los Monroe, su negocio va a crecer mucho en este año que llega.

Connor cabeceó.

—Y dime, ¿cómo está Evelyn?

—Bien, bien —repuso ella mientras agitaba la mano—. Hablo a menudo con ella, pero no la veo desde hace meses. Se ha establecido en Seattle y no creo que la veamos mucho por aquí.

—Me alegra que tu hija esté bien.

—Sí, trabaja en el North Memorial de Seattle. Le va muy bien. Me siento un poco sola desde que

Ronnie también se fue, pero ya sabes, son cosas de la vida.

Connor suspiró con fuerza.

—Me alegro de verte, Holly. Y gracias por ponerme al día.

—No hay de qué. Pásate en otro momento por aquí y te invitaré a una cerveza.

Él asintió.

—Lo haré.

Llovía cuando abandonó el bar, de modo que Connor corrió hacia el coche. Se subió y saludó a Max, que se deshacía en gemidos.

—Ya he vuelto, amigo. ¿A que no ha sido para tanto? Sí, yo también te he echado de menos —dijo mientras lo acariciaba y se ponía el cinturón—. Vayamos a casa.

El rancho de los Sterling estaba unas pocas millas al sur de Darby, continuando por la carretera 93. Connor condujo pensativo el escaso trayecto, con el corazón acelerado. Se recreó en aquel paisaje que tantas veces había admirado, pero ahora con los ojos de alguien que lo ve por primera vez. Aquel lugar era un verdadero paraíso, la antítesis del bullicio, un lugar en el que descansar y reflexionar desconectando de todo.

Una vez que tomó el camino que conducía hasta la entrada del rancho, todo se volvió más nítido en su cabeza. Recordaba el día en que se había ido, pertrechado únicamente con una mochila y con Max a su lado, sin rumbo ni un atisbo de esperanza para él. Desde entonces había conocido muchos lugares, aunque en ninguno pasó más de dos o tres meses. Primero Dickinson, en Dakota del Norte, donde trabajó en una empresa eléctrica, después Detroit, en el condado de Wayne, donde encontró un empleo temporal en la industria automovilística. Más tarde fue Toronto, y a continuación fue Montreal quien le recibió. Apenas pasó unas cuantas semanas en esos lugares, y no fue capaz de encontrar un trabajo, por lo que se puso de nuevo en marcha para terminar en Bar Harbor.

Mallory.

Su recuerdo volvió con toda la fuerza. Le hacía tanta falta que cuando pensaba en lo lejos que se encontraba de ella le costaba hasta respirar. Recordó sus besos, el olor de su piel, sus ojos tristes, y un escalofrío recorrió su espalda. ¿Querría verle de nuevo cuando al fin regresara?

La vieja casa apareció ante sus ojos y apenas le permitió continuar con sus pensamientos. Todo se detuvo en su interior cuando observó la fachada de madera pintada de azul, las cristaleras del porche y el abuhardillado donde Joey y él compartían dormitorio. La emoción le embargó y detuvo el coche para recobrar la compostura, apoyado sobre el volante. Inspiró y espiró despacio varias veces tal y como Abby le había enseñado para momentos como aquel, y después paró el motor.

Le asaltó el temor de ser rechazado. Y, ¿cómo podría reponerse de eso? No podría. Ya no. Había pasado por demasiadas cosas para añadir esa en concreto. No tuvo tiempo de pensar mucho más, pues vio a su madre a través de las cristaleras con una taza entre las manos. Miraba al coche desconocido que había aparcado frente a su casa sin reconocer aún a su conductor, pues las gotas que se acumulaban en la luna delantera desdibujaban todo lo que había tras ella.

Él, sin embargo, sí la veía a ella. Tan bonita como siempre, con el pelo recogido de manera informal y uno de sus gruesos jerséis de punto.

Max se impacientó, y Connor abrió la puerta del coche y salió tras él sin quitar sus ojos de la cristalera. La expresión de su madre se transformó para dar lugar a la sorpresa más inesperada, y de repente desapareció de la vista. La puerta principal se abrió poco después, y Jane corrió bajo la lluvia hasta arrojarle entre sus brazos.

—Connor... Connor... —musitó mientras se empapaba de su olor, de su tacto. Enterró la cara en su pecho y dejó que las lágrimas corrieran libres por sus mejillas, sin poder creer aún que su

muchacho estuviera en casa después de tanto tiempo sin noticias suyas—. Dios mío, dime que no estoy soñando.

Él la estrechó entre sus brazos, ya ni siquiera era consciente de que la lluvia caía con fuerza sobre los dos. Estaba en casa.

En casa.

—Mi niño, mi Connor —dijo Jane mientras se separaba un poco de su pecho y le miraba a los ojos. Después abarcó sus mejillas con las manos, sobre la espesa barba oscura, y susurró—: Tenía miedo de que no regresaras. Y te he extrañado tanto.

—Y yo a vosotros, mamá —acertó a decir Connor, con un nudo en la garganta.

—Entremos en casa —invitó la madre, a la vez que se limpiaba torpemente las lágrimas con el dorso de la mano. No se separaba de él, como si soltarle significase perderlo de nuevo.

Él asintió.

En casa.

Mallory entró en la cámara frigorífica y abrió su libreta. Apuntó lo que necesitaban para el día siguiente y suspiró cuando sus ojos se posaron sobre el pedido de Nicholas.

Maldita sea, ¿es que no podía apartar a Connor de su mente ni un instante? Extrañaba tanto esos ojos del océano bajo la lluvia que parecía que no iba a poder sobrevivir a su ausencia. Le dolía tanto cuando recordaba sus besos, sus caricias, su ternura, que en ocasiones deseaba poder gritar para dejar salir toda aquella frustración.

Y todo seguía igual. Nada había cambiado desde su partida. Era como si la vida, con su asfixiante rutina, se empeñara en recordarle que no había sucedido nada en los últimos meses. El perfume de Connor había desaparecido del armario donde hacía tan poco la había amado entre los abrigos, y sobre sus labios no se veía indicio alguno de sus apasionados besos. No le quedaba nada. Solo un recuerdo que con el tiempo se esfumaría al igual que todo lo demás. Un recuerdo que solo regresaría de cuando en cuando, quizás cuando la brisa le trajese su voz junto al puerto, su risa cálida.

—Hola, cariño.

El saludo de su madre la devolvió a la realidad. Guardó su libreta en el bolsillo y la siguió hasta la cocina.

—Hola, mamá. ¿Cómo estás? —dijo como una autómata.

—No muy bien. Sigo esperando noticias del abogado de Michael. Quizás me decida a viajar hasta Los Ángeles para quemar mi último cartucho, por supuesto cuando ahorre para un billete de autobús —respondió con su acostumbrado egocentrismo.

—Bien.

—¿Estás bien, Mallory? —preguntó mirándola—. Pareces decaída.

—Estoy bien, mamá. Solamente cansada.

—Es que trabajas mucho. No sé cómo puedes aguantar ese ritmo de trabajo que llevas. Yo no hago ni la mitad de las horas que tú y me cuesta un triunfo levantarme por las mañanas —añadió Sharon con los ojos en blanco. Ningún empleo se adaptaría a ella, estaba segura. Había nacido para vivir sin preocuparse del dinero.

Mallory asintió ausente.

—Me gustaría que hiciéramos un viaje juntas. Ya sabes, para recuperar el tiempo perdido. ¿Qué te parece? Este sería el momento ideal de no ser porque Michael ha cancelado todas mis tarjetas de crédito, ¿no crees? Sería estupendo, tú y yo recorriendo los lugares más lujosos del mundo —divagó, acariciando su nuca como si estuviese tomando el sol en Marsella.

Su hija la miró como si definitivamente hubiera perdido el juicio. Carraspeó mientras estudiaba cómo deshacerse de ella y sus estupideces.

—Tengo mucho trabajo, como bien sabes. Hablaremos más tarde, si te parece.

Sharon asintió, regresando de golpe a la cruda realidad. Se estremeció dentro de la cámara frigorífica y giró sobre sus talones.

—Bien. Pero no tardes en terminar lo que sea que estás haciendo, te vas a resfriar.

La cena de Acción de Gracias estaba dispuesta en el apartamento de Rosie cuando Mallory, Erin y Sharon llegaron.

—Pero bueno, Rosie—le reprendió Mallory con un mohín—, te dije que me esperases para poner la mesa y todo lo demás.

La mesa estaba preciosa, con el mantel blanco de hilo bordado con piñas y los centros de flores. Los bajoplatos, del mismo color que los lazos que adornaban los ramos, refulgían bajo la luz cimbreada de las velas repartidas por la estancia. Un delicioso olor a pastel de canela y naranja flotaba en el aire como un prelude de las delicias que aguardaban el momento de deleitar a los invitados.

Rosie recogió los abrigos de las tres y las invitó a pasar al saloncito.

—Y yo te dije que no te preocuparas por nada. Necesitas descansar, y eso es exactamente lo que harás esta noche, Mallory Mills.

Sharon estuvo de acuerdo. No le gustaba ver a Mallory tan decaída, aunque no se atreviera a demostrárselo. Últimamente sus conversaciones eran cada vez más frías y tirantes, incluso tratándose de ellas.

Erin enseguida acompañó a Rosie a la cocina.

—¿Puedo ayudarte, Rosie? Me gustaría mucho.

—Oh, desde luego —repuso ella con una sonrisa—. Necesito que coloques los postres en estas bandejas de aquí.

La pequeña asintió y se dispuso a lavar sus manos en el fregadero para comenzar la tarea.

—A sus órdenes, jefa.

Rosie rio al verla tan dispuesta. Después escuchó a Mallory ir al baño y la siguió.

—¿Cómo estás?

Mallory la miró a través del espejo, con las manos apoyadas sobre el lavabo. Sus ojeras delataban la falta de sueño.

—No muy bien. Estoy tan harta. Tan cansada.

—Lo comprendo, cariño. Pero déjame que te pida algo. Olvida tus pesares solo por esta noche, ¿de acuerdo? Mañana volveremos a lamentarnos por lo injusta que es la vida, pero hoy disfrutemos de una maravillosa cena en una estupenda compañía. Sería una lástima desperdiciar una noche como esta para dar gracias por lo que tenemos, ¿no es así?

Mallory sonrió levemente y asintió, sintiéndose la mujer más afortunada del mundo en cuanto a lo que a amigos se refería.

—Sí, Rosie. Somos afortunadas, tienes razón. Dejaré a un lado todo lo que me entristece, por Erin, por ti que eres un sol, por mí misma. De acuerdo.

—Bien. Así me gusta. Y ahora sirvámonos una copa para calentar motores —invitó Rosie con voz cantarina.

Se lavó las manos y siguió a Rosie hasta la cocina, donde descorcharon una botella de vino y brindaron. Por ellas, por Erin, por *Mills*. Por que la fortuna las estuviera esperando a la vuelta de la esquina.

Sharon pensaba en Michael, y en el desastre en que se había convertido su vida en los últimos meses. Seguro que en esos momentos estaría celebrando una maravillosa cena en casa rodeado de amigos.

Rosie pensaba en su príncipe azul, que llegaría en su corcel blanco para disfrutar de sus maravillosos platos en *Mills* y para hacerla muy feliz.

Y Erin pensaba en perfeccionar sus trucos de magia para dejar sin palabras a su amiga Rory.

Connor acompañó a su madre al interior de la casa y fue como si una cascada de recuerdos cayera sobre él de golpe. El olor de aquel lugar le transportó directamente hasta su niñez, y se vio invadido por un sentimiento que le abrumó.

—Corre, Joey, sígueme —invitó el pequeño Connor con una sonrisa pícaro a la vez que hacía un gesto con la mano para que su hermanito le siguiera—. Escondámonos aquí. Mamá ha preparado tarta de calabaza para la cena de Acción de Gracias y sé dónde la ha puesto. Comeremos un pedazo.

Joey rio entre dientes agazapado tras la mesita del vestíbulo y aguardó a que Connor saliese disparado hacia la cocina. El teléfono había sonado y su madre estaba hablando con la tía Kat en el salón, dejando sin vigilancia los dulces que había preparado para esa noche.

—Yo quiero tarta de manzana —dijo Joey entre siseos, siguiendo a su hermano.

Connor asintió.

—¡Vamos, no está mirando!

Los dos se escabulleron sigilosamente y entraron en la cocina, donde los aromas de la salsa de arándanos se mezclaban con los de las manzanas olorosas que Jane había utilizado para la tarta.

—Ahí están —señaló Joey con su dedito y una sonrisa de satisfacción en el rostro—. Mamá sigue hablando con la tía Kat. Es nuestro momento. —Y al decirlo mostró con orgullo el hueco del primer diente que se le había caído el día anterior. El hada de los dientes le había dejado bajo la almohada una maravillosa lupa para buscar tesoros.

Connor se subió al taburete y partió un trozo de tarta de manzana para su hermano con uno de los cuchillos que había sobre la encimera. Se lo acercó y después partió un trozo de la tarta de calabaza para él. Salieron de la cocina a toda velocidad y subieron a su dormitorio para dar cuenta del festín.

—¿Qué ha pasado aquí? —escucharon los dos ladronzuelos poco después, cuando su madre colgó el teléfono—. ¿Connor? ¿Joey? ¡Venid a la cocina ahora mismo! ¡Preparaos para dar explicaciones!

Los dos niños rieron a carcajadas mientras las migas de los deliciosos pasteles caían sobre la alfombra. Chocaron las palmas y continuaron riendo hasta que su madre apareció en su dormitorio.

—¿Chicos? ¿Podéis explicarme qué ha pasado en la cocina? —preguntó con las manos en las caderas.

—Todavía no me creo que estés aquí, cariño.

Connor regresó a la realidad y sonrió a su madre.

—Pues aquí estoy.

—Oh, siéntate, por favor. Te traeré algo de comer, estás muy delgado —opinó Jane con una

mueca.

Connor tomó asiento en uno de los taburetes de la cocina y observó a su madre mientras le cortaba un pedazo de tarta de calabaza y le servía una taza de café caliente.

—¿Cómo está papá?

Jane puso el plato frente a él y se sentó a su lado.

—Bien, dadas las circunstancias. El negocio va bien, y eso es lo que le ha mantenido a flote. Se ha dedicado únicamente a trabajar.

—¿Crees que se alegrará de verme aquí?

—¡Pues claro que sí! Te ha echado mucho de menos —repuso ella, tomando las manos de su hijo entre las suyas—. Han sido tiempos difíciles para todos, pero debemos sobreponernos, por Megan, por el pequeño Joey, por nosotros.

Connor asintió con tristeza. Todavía no podía creer que estuviera allí, entre aquellas paredes repletas de recuerdos.

—Y dime, ¿dónde has estado todo este tiempo?

—En muchos lugares —contestó él encogiéndose de hombros. Desvió la mirada hacia la ventana y observó la lluvia caer—. Aunque terminé en el condado de Maine, en un precioso lugar llamado Bar Harbor. Encontré trabajo en un barco langostero.

Se calló. ¿Qué más podía decirle? ¿Que había conocido a una mujer maravillosa y a su hija? ¿Que habían regresado sus ganas de vivir para luego estropearlo todo?

—Me alegra saber que has estado bien.

—Hace unas semanas intenté suicidarme.

Jane le miró con los ojos empañados, sin saber muy bien qué decir. Apretó aún más sus manos y tragó saliva en un intento de mantener la calma. Finalmente no lo consiguió y limpió con rapidez la lágrima que se deslizó por su mejilla.

—No, mamá. No llores. Creo que toqué fondo. Y, sin darme cuenta, creo que tomé la decisión de intentarlo.

—Vivir —musitó ella, con voz temblorosa.

—Sí. Vivir —repitió Connor, como si aquella palabra lo englobase todo—. Conocí a alguien en Bar Harbor, alguien que lo cambió todo. Se llama Mallory y tiene una hija, Erin. Ellas han sido mi tabla de salvación.

—Que Dios las bendiga.

Connor asintió, recordando las heridas de Mallory y lo valiente que había sido siguiendo adelante con su vida y cuidando de su pequeña.

—Es una mujer extraordinaria. Me hizo ver lo estúpido que he sido todo este tiempo, aunque creo que me di cuenta demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde si hay amor, cariño —dijo Jane, y le instó a probar la tarta que tanto le gustaba—. Nunca lo es.

Connor se miró al espejo del baño que había compartido durante años con Joey. Parecía cansado. De hecho lo estaba. El largo viaje y sus interminables reflexiones le estaban pasando factura, quizás lo más sensato fuera echarse una siesta.

—Connor, cariño —dijo su madre tras llamar suavemente a la puerta—. He puesto sábanas limpias en tu cama. En el armario del baño encontrarás toallas por si quieres darte una ducha.

—Gracias, mamá. Me daré una ducha y me acostaré un rato.

—Me parece bien. Tu padre no vendrá hasta más tarde, de modo que descansa, después hablaréis.

—De acuerdo.

Connor se despojó de su ropa y se metió en la ducha, bajo el chorro de agua caliente. Deseó tener allí a Mallory, a su lado, y al instante sintió cómo su entrepierna también lo deseaba. Trató de pensar en algo menos sugerente que una ducha compartida con ella y enseguida salió para secarse. Se puso una vieja camiseta y se acostó en la cama. Apenas rozó la almohada y ya estaba dormido. Demasiadas emociones.

Alguien llamó a la puerta tiempo después. Connor miró hacia la ventana y se percató de que había anochecido. ¿Cuánto había dormido?

—¿Sí? —preguntó, adormilado.

—Connor, cariño, soy mamá. La cena está servida. Todos estamos abajo.

Jane se calló, como si no supiera cómo decirle el resto.

—Voy enseguida —dijo a la vez que salía de la cama y se metía en sus vaqueros a toda prisa. El corazón le bombeaba con fuerza en el pecho.

Estaba aterrado. Iba a ver a su padre y a Megan. A todos. Max se levantó y le siguió hasta el baño, donde se refrescó la cara. Después respiró hondo y salió al pasillo.

Las voces llegaban amortiguadas hasta donde él se encontraba, aunque pudo escuchar con claridad la voz de su padre y a continuación la risa musical de un niño.

¡Dios!

El pequeño Joey. Una punzada en el pecho le hizo recordar que ni siquiera le conocía. Apretó los puños y comenzó a bajar la escalera, intentando que sus piernas no temblaran. Desde luego, estaba acabado si ni siquiera era capaz de controlar su cuerpo a merced de las emociones que lo embargaban.

Les miró desde el hueco de la puerta de dos hojas que separaba el salón del vestíbulo, y la ternura le invadió sin poder remediarlo. Su sobrino reía mientras Sean le hacía botar sobre sus rodillas. No pudo evitar que las lágrimas empañasen sus ojos cuando vio que el niño era el vivo retrato de su padre, a excepción de los hoyuelos que se le marcaban al sonreír, herencia de Megan. Llenó sus pulmones de aire, parpadeó varias veces para recomponerse y les saludó con un escueto hola. Todos se volvieron hacia él, que se sintió completamente fuera de lugar.

—Connor, cariño —dijo como siempre Jane, conciliadora. Le tomó de la mano y le acercó a su nieto, que le miraba con los ojos muy abiertos—, este es tu sobrino, Joey. Joey, este es tu tío Connor.

Megan se levantó del sofá con las manos juntas y le miró sin ambages. Estaba tan bonita como siempre, quizás sus facciones se hubiesen endurecido un poco desde la última vez que la había visto, pero seguía siendo la mujer perfecta que su hermano había escogido para compartir su vida.

—Hola, tío Connor —saludó el pequeño con energía. Después echó los brazos hacia él y preguntó—: ¿Coge?

Connor tragó saliva y cogió al niño en sus brazos. El corazón parecía estar a punto de explotar dentro de su pecho.

Sean se levantó y le estrechó la mano al recién llegado con expresión seria.

—Bienvenido a casa, hijo.

Connor asintió como respuesta, y después le sonrió a Megan.

—Hola, Megan —musitó, con su sobrino bien cerca de él.

—Hola, Connor. Me alegro de verte.

Todos miraron hacia el pequeño Joey, que exclamó:

—¡Me *guta* tu *pero*!

Connor sintió la tristeza atenazándole la garganta, pero la contuvo a duras penas.

—Se llama Max. Pertenece a tu padre, Joey.

Los ojos del niño se abrieron como platos.

—¡Hala! ¿Sí?

Connor asintió con una sonrisa.

—¡Encanta! ¡Hola, Max! Soy Joey.

Su sonrisa y sus carcajadas cuando Connor le aupó sobre sus hombros para que estuviera aún más alto le devolvieron la paz que necesitaba.

Estaba en casa.

—Así que has estado en Bar Harbor —dijo Sean tras apurar el último trago de su copa de vino.

—Así es, papá —respondió Connor, intentando que los recuerdos no le abrumasen—. Trabajo en un barco langostero.

—Una vez vi un reportaje sobre ese lugar en la televisión. Hablaban sobre la pesca de la langosta. Parecía interesante.

Joey dormitaba en los brazos de su madre. Ya era tarde para él, y el sueño le había vencido tras corretear por el salón con sus caballos de plástico.

—Lo es. El trabajo me gusta.

—¿Has pensado en volver a establecerte aquí? —soltó Sean directamente, mirando a los ojos de su hijo. Le había extrañado tanto que apenas había podido creer a Jane cuando le dijo que había regresado.

—Es complicado —repuso Connor solamente.

Con él todo lo era. Por supuesto que regresaría a Bar Harbor para intentar recuperar a Mallory, pero, ¿y después? Si ella no lo aceptaba, ¿se quedaría allí solo para desearla día tras día, noche tras noche? No se creía capaz de soportar tal suplicio. Claro que ni a miles de millas de ella dejaría de quererla con todo su ser.

Sean cabeceó.

—Decidas lo que decidas, sabes que aquí siempre tendrás tu sitio. Me vendría muy bien un poco de ayuda, ya sabes.

Connor asintió. No necesitaba escuchar nada más para devolverle la paz a su maltrecho corazón.

—Jim me llamó esta tarde —intervino Megan, en voz no demasiado alta para no despertar a su hijo—. Al parecer Holly le dijo que estabas en Darby.

—Fui a verla a mi llegada, sí. Supongo que necesitaba una toma de contacto —se excusó Connor. Algo así como un pequeño empujón.

—Lo comprendo. Aunque sabes que eres bienvenido en mi casa, ¿verdad? Lo que pasó...

Connor le hizo un gesto para que se detuviera, con el semblante oscurecido. Megan le entregó el niño a Jane y le invitó a salir fuera. Hacía frío, y ella se arrebujó en su gruesa chaqueta de punto marrón. Él no supo qué hacer o qué decir. Los tiempos en que siempre lo sabía se habían terminado hacía mucho.

—Connor, no podemos continuar así eternamente. Nada de lo que hagamos nos lo devolverá —

afirmó Megan mientras limpiaba una lágrima que amenazaba con escapar de su ojo—. Por el amor de Dios, no fue más que un desgraciado accidente.

Él no dijo nada, apretó los labios y miró la lluvia caer sobre los prados intensamente verdes. El techo del porche los protegía, aunque no del viento frío que revolvía los cabellos claros de su cuñada. Parecía tan frágil, tan desprotegida, que por un momento le recordó a Mallory. Un escalofrío recorrió su espalda y le hizo colocarse más cerca de ella, junto a la barandilla de madera.

—Lo sé. Aunque no sé si alguna vez dejaré de culparme por ello —repuso él con voz ronca.

—No arreglarás nada con ello, y sabes de sobra que Joey querría que fueras feliz. —Giró el rostro hacia él, con los ojos brillantes—. Y yo también.

—Gracias, Megan. No sabes lo importantes que son tus palabras para mí.

—Tu madre me ha dicho que intentaste... —Su voz se quebró y ella tuvo que respirar profundamente para intentar seguir.

—Sí.

—¿Puedo pedirte algo?

Él asintió, recordando las palabras de Mallory cuando se despertó en el hospital.

—Por favor, Connor, no sigas encerrado dentro de tus amargos recuerdos. Vive. Por Joey. Por ti. Por tus padres. Lo que pasó no cambiará nunca, pero lo que sí podemos cambiar es el presente. Lucha por ser feliz, te lo mereces, cuñado —recitó ella con una sonrisa entre lágrimas—. ¿Me prometes que lo intentarás?

—Te lo prometo.

Ella se encerró en aquellos brazos tan familiares y dejó que las lágrimas rodasen por sus mejillas. Joey los estaría viendo desde alguna parte con una sonrisa en los labios, estaba segura.

Connor durmió a pierna suelta esa noche. Se levantó temprano y se fue a echar una mano a su padre con el ganado.

—Buenos días —saludó Sean en cuanto le vio por las caballerizas. Sonrió sin ocultar que se alegraba de verle.

—Buenos días, papá —repuso Connor con un suspiro—. ¿Qué quieres que haga? Necesito movimiento.

—Ven conmigo.

Los dos trabajaron duro y charlaron de ningún tema en particular, mientras la mañana volaba y Connor se preguntaba por qué no habría tenido antes el valor de emprender ese viaje. Cuando regresaron a casa para la hora del almuerzo, Jane salió a recibirles al vestíbulo y los agasajó con un par de cervezas.

—Aunque quizás preferáis una taza de café caliente. Hace un tiempo terrible —les dijo sin perder la sonrisa en ningún momento. Después tendió sus impermeables empapados sobre los ganchos del perchero.

—Cerveza está bien —opinaron los dos al unísono.

—Por cierto, cariño, te ha llamado Jim. Se extrañó de que no fueras a verle ayer, pero yo le dije que habías llegado agotado —informó ella mientras sacaba una hermosa lasaña del horno con los guantes de rayas verdes y amarillas. La depositó sobre la encimera y llevó tres platos a la mesa—. Dijo que iba a ir al bar de Holly esta noche, y que pobre de ti como no aparecieras. Y que harías bien en comprarte un teléfono móvil como las personas normales.

Connor asintió mientras ahogaba una carcajada.

—Tengo muchas ganas de verle.

El chico que sustituía a Connor en el barco era un joven parco en palabras, al que ni siquiera Jack, con su palabrería habitual, conseguía sacar más de un escueto buenos días o un hasta luego. Mallory intentaba mantenerse ocupada cuando llegaban las langostas al restaurante, como si de ese modo olvidase que él se había ido. Como si de ese modo pudiera camuflar sus sentimientos, sus recuerdos. Aunque más le valía hacerlo, desde luego, porque quién sabía si Connor regresaría. Quizás continuara su camino hacia otra parte donde establecerse y comenzar de nuevo, lejos de todo lo que le ataba a Bar Harbor. O tal vez se reencontrara con una vieja novia en Darby y decidiera echar raíces en la tierra que lo había visto nacer.

Suspiró con fuerza. Otra vez estaba pensando en él. Otra vez fantaseando con su llegada. Cerró el ordenador y decidió irse a la cocina para ayudar a Rosie, de ese modo tal vez pudiera despejar su mente atormentada.

—¿Cómo que no puede atenderme? Por el amor de Dios, Alexander, Michael todavía es mi marido —gritaba Sharon con su carísimo teléfono móvil entre las manos temblorosas—. Solo necesito que active una de mis tarjetas, una sola, una nada más. ¿Es pedir tanto? Después de los años que le he dado y... No, Alexander. Ya... Ya sé que estás muy ocupado, pero... De acuerdo. Volveré a llamar en unos días para ver si has podido hacer algo. Gracias de nuevo. Sí. Eso espero. Adiós.

Mallory la miró con lástima. De nuevo había estado lloriqueando a Alexander para que intercediera sobre Michael y así poder recuperar parte de su poder adquisitivo perdido.

—Mamá, ¿otra vez? Pensé que ya no ibas a molestar más a Alexander. Es vergonzoso —le espetó con rabia.

Sharon se limpió las lágrimas que corrían por sus mejillas y se preparó para contraatacar. Rosie se mantuvo inmóvil junto a las cazuelas que hervían alegremente al fuego.

—¡No me digas eso, Mallory! ¡Te lo prohíbo! Estoy pasando la peor racha de mi vida, y ni siquiera mi propia hija me comprende —se lamentó, a la vez que recorría la cocina arriba y abajo como una perturbada. Estrujó el delantal entre sus dedos y miró a Mallory como si fuese su mayor enemigo—. ¿Es que no ves que casi vivo en la miseria? ¿Es que no te das cuenta? Tengo que vestir esta ropa barata, tengo que oler todo el día a comida...

—Ganas exactamente lo mismo que los demás componentes de *Mills*.

—Ellos se conforman con menos, supongo. Yo... yo necesito mucho más para poder vivir decentemente, y...

Rosie le envió una mirada asesina. ¿Acaso ellos no vivían decentemente? Aquella mujer era imposible.

—Pues mira a ver si encuentras una mejor opción para sanear tu economía, aunque dudo mucho de que los empleos para los que estás capacitada te proporcionen la misma asignación semanal que te asignaba Michael —prosiguió Mallory, encolerizada. Comenzaba a estar harta de sus caprichos y quejas—. Aunque tal vez debas buscar a otro marido que pueda regalarte el modo de vida que tú quieres. Seguro que en Bar Harbor encuentras algún hombre que se ajuste a tus necesidades, en resumen, solo necesitas que tenga una buena posición económica, el amor puede quedar en un segundo plano.

Jack entró en la cocina al escuchar los gritos.

—¡No me juzgues, Mallory Mills! ¡No te atrevas a hacerlo!

—¿O qué, mamá? ¿Piensas castigarme en mi habitación?

Sharon la miró asombrada, con los ojos brillantes de furia.

—¡Se acabó! Me voy —exclamó mientras se quitaba el delantal y lo arrojaba a los pies de su hija—. No pienso soportar más tus aires de doña perfecta.

—Estupendo, mamá. Huye —musitó Mallory con un sonoro resoplido. Ella también estaba harta.

Rosie y Jack la miraron con expresión atribulada. Su humor no había sido el mejor durante los últimos días, y esta explosión no era más que el fruto de la desolación que Mallory sentía. Y, aunque Sharon se merecía eso y más, no era propio de su hija hacerle ver las cosas de un modo tan brusco. Pero, en fin, la paciencia tenía un límite, y la de Mallory se había ido agotando durante los últimos meses.

La dueña de *Mills* se dio la vuelta y abandonó también el restaurante a toda velocidad. Bajó hasta el muelle como una autómatas y observó el mar tratando de recuperar la serenidad. Sharon no era más que una egoísta. Le había hecho creer que había cambiado, cuando en realidad no lo había hecho, ni un solo ápice. Pero eso ella ya lo sabía, las personas no cambian. Se abrazó a sí misma y deslizó la mirada sobre las pequeñas crestas de espuma de la bahía, deseando que todo fuera diferente por una vez.

—Harry... —musitó, con las lágrimas rodando tontamente por sus mejillas.

Deseó que todo hubiera sido distinto. Deseó que Harry estuviera allí, a su lado, llevando las riendas de *Mills* con ella, dejándole su hombro para llorar si hiciera falta. Deseó que su vida fuera más fácil. Su marido, su hija y un proyecto en común por el que luchar. ¿Acaso pedía tanto?

Una punzada en el corazón le recordó que las cosas ya no eran así, y hacía tiempo de ello. Su vida dejó de ser fácil en el momento en el que su madre se marchó de casa para perseguir sus sueños y la dejó con un confundido Jonathan, que intentó hacerlo lo mejor que pudo. A él no tenía nada que reprocharle. Y tal vez tampoco debiera reprocharle nada a Sharon, pues ¿lo más importante en esta vida no es intentar ser feliz? Y eso había hecho ella, perseguir sus anhelos a costa de cualquier cosa. Sí. Lo mismo que debía hacer ella. Aferrarse con uñas y dientes a un imposible no le iba a hacer alcanzar la felicidad. Por ello, lo mejor es que dejase ir el recuerdo de Connor, igual que había soltado el recuerdo de su vida con Harry. El lastre solamente servía para impedirte alzar el vuelo, y ella, desde luego, pensaba hacerlo por Erin.

Dirigió sus pasos hacia casa. No se veía con fuerzas para regresar al restaurante y enfrentarse de nuevo a su madre. Lo mejor sería que dejara transcurrir unas horas hasta ponerse de nuevo frente a ella.

—¿Puedo pasar?

Los inesperados golpecitos en la puerta del pequeño despacho de *Mills* pillaron a Mallory totalmente por sorpresa. Levantó los ojos del teclado del ordenador y asintió.

—Vengo a pedirte disculpas —dijo Sharon entre dientes, con las manos juntas sobre el delantal. Cerró la puerta y se sentó frente a su hija con cara de circunstancias.

—Soy yo quien debo pedírtelas —repuso Mallory con expresión sombría—. Estás en tu derecho de luchar por lo que te parece justo, mamá. Creo que no he sido todo lo comprensiva que debía, supongo que debe haber sido duro para ti verte prácticamente sin un centavo, obligada a trabajar cuando jamás has tenido que hacerlo. Creo que no he valorado tu esfuerzo lo suficiente. Has tenido muchas agallas, te has tragado tu orgullo y siento haberte gritado —enunció de carrerilla. Después suspiró y miró hacia su interlocutora con las manos sobre el regazo, dando vueltas al bolígrafo entre sus dedos.

Sharon cabeceó.

—Ha sido duro, sí. Pero tú has estado a mi lado en todo momento, y me has ayudado cuanto has podido. Siento haber sido una molestia, ser una molestia —corrigió—. Ojalá todo pudiera ser distinto.

Mallory estuvo de acuerdo con eso.

—¿Sabes lo que saco de todo esto, mamá? Que estamos las tres juntas. Que después de tantos años echándote de menos, necesítandote en mi vida, al fin estás aquí. Desearía que las circunstancias fuesen otras, pero, en fin, es lo que nos ha tocado. Estoy harta de pasarme el tiempo lloriqueando por lo dura que es la vida y por cómo nos maltrata en ocasiones, creo que ha llegado el momento de mirar hacia delante y continuar tal y como se supone que debemos hacerlo.

Sharon asintió mostrando su acuerdo.

—Creo que tienes razón —dijo, encogiéndose de hombros con media sonrisa en los labios—. Si todo va a ser así a partir de ahora, tal vez debamos amoldarnos de una vez por todas y seguir con la cabeza bien alta.

—Intentémoslo, al menos —repuso Mallory entre risas—. Y ahora —prosiguió a la vez que se ponía de pie y daba la vuelta a la mesa con los brazos abiertos— dame un abrazo.

Sharon se puso de pie y abrazó a su hija, mientras intentaba controlar la emoción que sentía. Quizás ella no estuviera desencaminada y aquella situación les hubiera servido para estrechar unos lazos rotos hacía demasiado tiempo.

La música del bar de Holly recibió a Connor con sus familiares acordes nada más bajar del coche. Enseguida vio la camioneta de Jim aparcada un poco más allá, y no pudo evitar esbozar una sonrisa. Empujó la recia puerta de madera y metió las manos en los bolsillos de los vaqueros, empapándose al instante del agradable ambiente del lugar. La barra estaba abarrotada de personas que refrescaban las gargantas con la cerveza de Holly, y en la pista bailaban algunas parejas. Se oían risas y el murmullo de las conversaciones solapado a la música. Saludó a algunos conocidos y divisó a Jim al fondo del local, jugando al billar.

—¿Puedo jugar?

Jim se enderezó, abandonando la jugada que estaba a punto de hacer. Miró hacia el recién llegado con una amplia sonrisa y se acercó sin dudar.

—Joder, tío, buenas noches. Ya era hora de que te dejaras ver —dijo tras darle un fuerte abrazo y separarse para mirarlo de cerca—. Tienes buen aspecto, pensé que te estabas escondiendo en casa de tus padres porque estabas horrible.

Connor rio con ganas. Jim y sus bromas.

—Gracias. También tú tienes buen aspecto —repuso Connor sin poder dejar de sonreír. Aquel tipo era una de las mejores personas que conocía—. Holly me ha dicho que se te fastidió la rodilla en el último rodeo.

Jim asintió.

—Tuve suerte. Aquella bestia a punto estuvo de pisarme la cabeza, ¿verdad, Susie? —opinó Jim, a la vez que retomaba la jugada, con el taco bien sujeto entre las manos.

—Sí —respondió ella, que acababa de volver del baño y no podía ocultar su sorpresa al verlo allí—. Hola, Connor. Bienvenido a Darby.

Recorrió el escaso trecho que la separaba de él enfundada en su minifalda y sus botas camperas y se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla. Seguía llevando el pelo rojizo y ondulado casi por la cintura, y maquillándose demasiado.

—Me alegra verte por aquí de nuevo —susurró muy cerca de su oído, antes de regresar al lado de su novio.

Connor asintió y saludó a los demás: Mike, John y Pat, que le correspondieron con una palmada en la espalda. También a Dinah y Ally. Todos seguían igual que la última vez que los había visto. Todo seguía igual en realidad. Tuvo la sensación de que solo él había cambiado.

—Y cuéntanos, Connor, ¿dónde has estado? —intervino de nuevo Jim, cuya jugada, extrañamente, había resultado un desastre, por lo que había perdido el turno. Se apoyó en la pared revestida de madera y le miró apoyado en su taco.

Él se encogió de hombros mientras miraba a Mike, que había hecho una jugada magistral.

—En muchos lugares —respondió con desgana—. Mi último destino fue el condado de Maine.

—¿Maine? —repitió Susan con sorna—. ¿Y qué se te ha perdido a ti en Maine, si puede saberse?

—Pues nada, la verdad. Simplemente me dejé llevar y terminé allí. Encontré trabajo en un barco langostero y decidí quedarme un tiempo.

—¿Piensas quedarte en Darby? —continuó la mujer, que no perdía detalle del recién llegado, como si le estuviese escrutando en busca de algo que él desconocía.

—No lo creo.

—¿Vas a volver a ese lugar a pescar langostas? —continuó Susan con demasiada curiosidad para

el gusto del recién llegado.

Jim intervino en ese momento, para suerte de su novia que estaba a punto de recibir una respuesta no muy adecuada por parte de Connor.

—Caballeros, creo que Mike ha ganado limpiamente esta noche. Yo me retiro por hoy. Ven, Connor, te invito a una cerveza.

Susan estuvo a punto de seguirles a la barra, pero un gesto de Jim le hizo desistir de su idea y se quedó con las chicas sin poder evitar hacer un mohín.

—Ven, amigo, sentémonos aquí —invitó Jim mientras le pedía a Holly un par de cervezas—. Disculpa a Susie, ya sabes que tiene la virtud de hablar demasiado.

Connor asintió con una mueca, pero no dijo nada.

—Así que al fin has decidido regresar. Me alegro mucho de verte por aquí, aunque siento que te vayas a marchar de nuevo. Supongo que tomar las riendas del rancho de tus padres no entra en tus planes. ¿Me equivoco?

—Por el momento no, no entra en mis planes —respondió Connor a la vez que daba un trago a la bebida directamente del botellín—. Pero no es así para ti, ¿verdad? Holly me dijo que les habías comprado un buen pedazo de tierra a los Monroe.

Jim asintió satisfecho y entornó sus ojos oscuros.

—Sí. Su hijo Ryan se ha establecido en Seattle, encontró empleo en un importante despacho de arquitectos, y, entre nosotros, no creo que regrese. Nunca le gustó la vida de campo, lo sabes tan bien como yo. Y, bueno, es demasiado terreno para sus padres. Me lo dejaron a buen precio.

—Me alegro —dijo sinceramente Connor.

—Así que has estado viviendo en Maine.

—Con Max.

—Con Max —repitió Jim—. Y vas a volver allí porque has conocido a alguien.

Connor le miró como si hubiera enloquecido.

—¡No! —negó categóricamente, después de que la cerveza fría se deslizara por su garganta. Se sorprendió al recordar lo bien que le conocía aquel tipo, casi igual de bien que su hermano Joey—. Nada de eso.

En ese momento la canción que estaba sonando terminó y comenzó a sonar *Mine would be you*, de Blake Shelton. El corazón de Connor dio un vuelco y él tuvo que cerrar los ojos unos instantes para recuperarse. Los recuerdos cayeron sobre él y le arrancaron un estremecimiento. Dios, cómo la echaba de menos.

—Pues entonces quédate, Connor. Todos te extrañamos por aquí. El negocio de tu padre funciona bien, y estoy seguro de que se alegraría de que le echaras una mano. ¿Cuál es el problema? ¿Megan se ha disgustado al verte?

—No, no es eso —repuso Connor tras hacer un esfuerzo para regresar a la realidad—. Megan ha sido encantadora, como la maravillosa mujer que es.

—¿Entonces?

—Tengo asuntos que resolver allí —reveló Connor, titubeando. Se preguntó qué haría en el caso de que Mallory decidía que no quería saber nada de él. ¿Se quedaría allí igualmente? ¿Soportando verla cada día y ni siquiera poder rozar su piel?

—¿Cómo se llaman tus asuntos? —preguntó Jim con la mano apoyada en la espalda de su amigo. Después acarició con lentitud su mentón cubierto de barba de algunos días y aguardó.

—Mallory.

Los dos miraron hacia el frente, observando el trajín de Holly. La noche estaba animada.

—Pero lo estropeé todo, Jim. Todo. Fui un jodido cobarde. Y ahora quizás no quiera darme otra oportunidad. ¡No la merezco!

—Si estás dispuesto a dejarlo todo por ella, quizás sí la merezcas. Aquí tendrías un futuro prometedor y lo sabes, el rancho de tus padres es un buen negocio. De modo que si prefieres dedicarte a la pesca de langostas en Maine, entonces será por algo. ¿No? —apostilló Jim con una sonrisa—. Digo yo.

Connor se encogió de hombros por toda respuesta.

—Disfrutemos de la noche, entonces. No es momento de pensar, sino de charlar sobre muchas cosas, ¿no crees?

—Quizás tengas razón.

—Creo que le pediré a Susie que se case conmigo.

Connor le miró con la mandíbula desencajada.

—Sí, no me mires así. Ha estado a mi lado todo el tiempo durante mi recuperación, demostrándome cuánto le importo. Y, bueno, creo que la quiero —añadió Jim justo antes de beber un trago de su botellín de cerveza.

—¿Crees?

—Sí. Estoy cómodo con ella en casa. Todo va bien desde que vivimos juntos.

—No sabía que vivíais juntos —repuso Connor, mientras observaba a las parejas que bailaban en la pequeña pista de baile. Holly atendía la barra con una gran sonrisa, como siempre.

—Hace unos cuantos meses. Después del accidente, agradecí enormemente que alguien se ocupara de mí. Apenas si podía cuidar de mí mismo con la pierna inmovilizada. Mi madre se ofreció a quedarse conmigo, pero, ya sabes, no es lo mismo que tener a Susan toda para mí —dijo a la vez que le hacía un guiño a su amigo—. Y, con el tiempo, creo que he empezado a quererla. Sí.

Connor se revolvió en el asiento. Cuando estabas enamorado lo sabías. No había medias tintas en ello. Quizás al principio no te dieras cuenta, pero cuando una mujer te robaba el corazón, estabas seguro de ello.

—¿Crees que la quieres? —repitió con sorna, y fue su interlocutor quien se encogió de hombros esta vez.

—Sí. Estoy bien con ella, no sé cómo explicarlo. Y quiero que las cosas sigan así. Lo pasé mal durante mi convalecencia, hubo momentos difíciles en los que creí que no me recuperaría. Me sentía un completo inútil allí postrado en el sillón. Y ella se encargó de convencerme de que me recuperaría.

—Bien.

—De modo que creo que se lo pediré en Navidad. ¿Qué te parece? Quiero que seas mi padrino, de modo que tendrás que volver para la boda.

Connor bebió y asintió con la mejor de sus sonrisas. De modo que al fin Jim Carter había encontrado a la mujer de su vida. Nunca pensó que aquel día llegaría. Pero cuánto quería a aquel tipo. Por supuesto que estaría para aquella boda. No se la perdería por nada.

—Aquí estaré —dijo mientras chocaba su botellín con el de él.

La neblina flotaba sobre los prados cuando Connor aparcó el coche frente a la casa de Jim. Desde allí podía escuchar los mugidos de los animales que aún continuaban estabulados. Olía a hierba húmeda, a heno y a musgo, todo ello acompañado por la hermosa estampa de la silueta de las cercanas montañas recortadas tras las edificaciones.

Jim le saludó con una taza de café humeante en la mano. Había salido al porche al verlo llegar.

—Buenos días. Pasa, hace frío —invitó con un gesto. Sonrió al ver a Max y le hizo unas caricias justo antes de entrar en la casa.

Susan estaba desayunando cuando ellos entraron. No disimuló su desacuerdo con aquella visita.

—Buenos días, Connor —le dijo secamente al recién llegado. Después se levantó y dejó la taza en el fregadero.

—Buenos días, Susan —respondió él, algo incómodo en su presencia. No sabía qué era, pero había algo en ella que no le gustaba un pelo.

Max se acercó suplicando alguna caricia por parte de la mujer, pero no la obtuvo. Regresó enseguida junto a su dueño con el rabo entre las piernas.

—Adiós, cariño. Volveré en un par de horas —le dijo a Jim, tras darle un beso en los labios.

—Adiós, Susie.

La puerta se cerró con estrépito.

—¿Son imaginaciones mías o Susan está enfadada conmigo? —preguntó Connor cuando ella cerró la puerta con energía dejando a los hombres a solas. Dejó su abrigo sobre la silla y aguardó una respuesta.

Jim se encogió de hombros y le sirvió a su amigo una taza de café.

—No guarda muy buen recuerdo tuyo, si te soy sincero. Creo que no encajó muy bien no haber significado nada en tu vida. Cuando te fuiste a aquella misión se quedó esperando tu regreso, supongo que creía que al regresar volverías con ella —reveló Jim sentado en uno de los taburetes.

—Es absurdo. Ella sabía que yo no buscaba nada serio, se lo dejé bien claro desde el principio. Mi vida estaba con los SEALs. Si no hubiera ocurrido el accidente —repuso Connor bajando el tono de voz— jamás hubiera vuelto para quedarme.

—Lo sé.

—Y ella también lo sabía —gruñó Connor justo antes de probar el café.

—Seguramente. Pero ya sabes cómo es. Le gusta manejar los asuntos a su modo —terminó Jim con una mueca. Dejó su taza en el fregadero y se volvió hacia su amigo—. Vamos, demos un paseo a caballo. Te mostraré mis nuevas tierras.

Connor apuró el café y se puso de nuevo su abrigo. Siguió a Jim hasta las caballerizas y los dos montaron espléndidos ejemplares. Recorrieron un buen trecho en silencio, envueltos en la neblina que llevaba los perfumes de la mañana hasta sus fosas nasales. Joey disfrutaba mucho de aquella clase de escapadas, en las que siempre llevaba consigo su bloc de dibujo para captar la belleza sublime de aquel rincón de Montana.

—No hace el mejor tiempo, pero disfrutaremos igualmente del aire fresco —soltó de repente Jim—. Creo que me moriría si tuviera que trabajar en una oficina de por vida.

—Debo reconocer que a mí me ocurre lo mismo. Creo que por eso disfruto tanto de mi trabajo en Bar Harbor. La sensación de libertad, la brisa en la cara, el silencio de una naturaleza salvaje, son cosas que no tienen precio para mí.

—Me gustaría probarlo. Tendré que hacerte una visita algún día —repuso Jim con media sonrisa—. ¿Quizás en mi luna de miel?

—Estaré encantado de enseñarte toda la región. Te aseguro que merece la pena. Nicholas, el capitán, es un buen hombre, te llevará con nosotros en el barco. Os llevará —rectificó con media sonrisa.

—Y también tendrás que presentármela a ella.

Connor se puso serio de repente, cuando los recuerdos cayeron de nuevo en tromba sobre él.

—Eso sería estupendo.

—¿Qué es lo que le has hecho que tanto te preocupa? No puede ser tan grave, hombre —añadió Jim, dirigiendo a su caballo hacia la colina. Connor le siguió a buen ritmo. Cuando se detuvieron poco después para observar el panorama le respondió con la voz ronca.

—¿Por dónde empiezo? Ah, sí, intenté suicidarme.

Jim se quedó callado. Tan solo la musculatura de su mandíbula reveló su turbación al contraerse. Se mantuvo inmóvil sobre su montura mirando sus tierras, de las que tan orgulloso se sentía. A aquella hora, bajo un sol blanquecino que todavía no tenía suficiente fuerza para apartar la niebla, la hierba parecía un manto plateado. La estampa no era muy diferente de la que Connor lucía en su espalda.

—Joder —dijo por toda respuesta—. Maldita misión y maldita la hora en la que Joey y tú os enrolasteis en la Armada. Maldito el momento en el que descubriste que eras un buen tirador. Ojala tu padre nunca te hubiese regalado aquel rifle *Springfield* para ir de caza con él.

Connor asintió, con los ojos empapados de la belleza sobrecogedora de aquel lugar. Sin duda aquel era un buen sitio donde comenzar de nuevo, donde formar una familia. O lo sería, al menos.

—Esa fue la gota que colmó el vaso, supongo. No estaba en mis planes enamorarme, Jimmy, esa es la verdad. Pero cuando la conocí... Dios, fue como si la coraza que había construido a mi alrededor explotara en mil pedazos —reveló cubriendo los ojos con la palma de su mano. En medio de su oscuridad vio la sonrisa de Mallory que había alumbrado sus días sin que él se hubiera dado cuenta al principio—. Pero me dio tanto miedo que me comporté como un necio.

—¿Miedo tú? ¿El gran Connor Sterling? —bromeó Jim, en un intento de quitarle hierro al asunto. No le gustaba ver así a su amigo, y menos aún saber que había estado tan hundido como para ponerle fin a todo. No, era demasiado duro para él. Perder a Joey había sido un gran mazazo, pero lo de Connor no podría encajarlo, simplemente no podría.

—Sí. El gran Connor Sterling —musitó con tristeza—. Ya lo ves.

—Lo siento mucho.

Connor respiró hondo y paseó la mirada por el abrumador paisaje que los envolvía.

—Y además tiene una hija maravillosa.

Jim volvió el rostro hacia él con los ojos muy abiertos.

—Se llama Erin y tiene cinco años. Creo que la conquisté con los viejos trucos de magia que mi padre nos enseñó —dijo con una sonrisa—. Desborda vida por todos sus poros. Te empuja hacia delante, ¿me entiendes?

—Creo que sí. Aunque, si te soy sincero, no te imagino como padre. Con esa barba oscura de meses pareces más un pirata que un mago...

Connor le dio un puñetazo en el hombro, y Jim se dolió de una forma teatral.

—Tío, creo que estás loco por esa mujer. Lo que no entiendo es qué haces aquí perdiendo el tiempo conmigo. Si yo fuera tú estaría conduciendo como un loco camino de Maine. Lo que te espera allí es demasiado valioso como para dejarlo escapar, ¿no crees?

—Sí —murmuró Connor con media sonrisa—. Lo es.

—Ve, pedazo de necio. Y no olvides traerlas para la boda.

Connor abrió el armario del dormitorio y guardó su escaso equipaje en la maleta. Después sacó uno de sus uniformes de SEAL que su madre había conservado y lo miró con detenimiento. Cerró los ojos y los disparos regresaron de nuevo a su cabeza. El regusto metálico de la sangre pareció volver

también a su boca, el polvo espeso, el dolor y todo lo demás.

Abrió los ojos y respiró con fuerza, concentrándose en sus pulmones al llenarse de aire tal y como Abby Geller le había enseñado. Después exhaló con lentitud y colgó el uniforme en su lugar. Cogió la caja que su madre guardaba en un lugar privilegiado sobre la cómoda y acarició la tapa con tristeza. La abrió y observó la estrella dorada de cinco puntas, la corona de laurel y la pequeña cruz de plata del centro, suspendida por la cinta con franjas azules, blancas y roja. Recordó el día en que le informaron de que le había sido concedida la Estrella de Plata por la valentía demostrada durante su última misión. Tan solo sirvió para recordarle aquellos interminables minutos en que ninguno de los integrantes del equipo había tenido opciones, en que él había perdido a tantos amigos. El destino y sus macabros desatinos.

Alguien tocó a la puerta en ese momento y le devolvió a la realidad.

—¿Puedo pasar?

—Claro, mamá —invitó Connor.

—¿Ya has terminado de preparar tu equipaje? —preguntó, apartando tras la oreja un mechón que había escapado de su sempiterno recogido.

Él asintió y se dispuso a colocar la medalla en su sitio. Un gesto de su madre se lo impidió.

—A veces vengo aquí y miro vuestras cosas. Recuerdo los días en que mi mayor preocupación era que vosotros no quemaseis la casa en una de vuestras travesuras —dijo Jane con una sonrisa mientras paseaba la vista por la estrella dorada. Frunció los ojos y las arrugas que los rodeaban se hicieron más patentes—. Después crecisteis, y haberos visto convertidos en hombres hechos y derechos es lo mejor que me ha pasado.

Connor la miró mientras ella se sentaba en la cama con la medalla entre las manos.

—No me arrepiento de nada de lo que he hecho, Connor, y tampoco quiero que tú lo hagas. Lo que hacemos con nuestras vidas es solo decisión nuestra, y no debemos sentir pesar por las cosas que no salen tal y como nosotros esperábamos. Joey y tú decidisteis tomar un camino peligroso, pero nos hicisteis sentir orgullosos a papá y a mí. Debemos dar gracias por haber podido estar junto a él durante tantos años, cariño, y no darle vueltas a lo que podía haber sido —prosiguió Jane con los ojos empañados—. Somos tremendamente afortunados por tener a su hijo con nosotros, que para mí es como un pedacito de él. Y también por tener a Megan. Joey no podía haber escogido una mujer mejor para el camino de la vida.

—Estoy de acuerdo —musitó Connor con un nudo en la garganta. Las fotografías que todavía colgaban del panel de corcho le arrancaron una triste sonrisa. En unas Megan y Joey ponían muecas a la cámara, en otras era él quien posaba junto a su hermano, a caballo o junto a sus padres en el salón el día de Navidad.

—¿Has encontrado la paz que viniste a buscar?

Connor se dio la vuelta y miró hacia su madre de frente.

—Creo que sí.

—No se puede continuar sin paz en el espíritu —añadió ella sonriendo tras las lágrimas. Se puso de pie frente a su hijo, que parecía un gigante a su lado, y abrió los brazos—. Y ahora ven. Déjame encerrarme en esos brazos que tanto he añorado. Y prométeme que lucharás por lo que realmente merece la pena.

Connor recibió a su madre y la retuvo contra su pecho durante largo rato, dejando que ella le infundiera del aliento que necesitaba para el viaje que estaba a punto de emprender.

Connor recorrió la calle principal de Darby y se desvió para llegar al cementerio. Detuvo el coche frente a la entrada y apoyó las manos sobre el volante mientras observaba las cruces blancas más allá de la valla que delimitaba el lugar. La bandera ondeaba orgullosa en aquel ventoso día de noviembre en el que no había nadie visitando las tumbas. Aquel era el último paso que le quedaba para dejar sus cosas en orden antes de regresar a Bar Harbor. Se había terminado el tiempo de los reproches, el tiempo de dejar pasar los días sin luchar por cambiar las cosas. Joey no iba a regresar, pero él podía hacer mucho. Podía comenzar una vida en común con Mallory, podía ser un padre para Erin. Podía dejar atrás todo el dolor que lo había tenido prisionero en las tinieblas. Debía hacerlo.

Invitó a Max a seguirle y cerró la portezuela con aire distraído. Caminó entre las lápidas con expresión atribulada, sobre la corta hierba que lo cubría todo. Había muchos veteranos reposando allí, haciéndole compañía a su hermano. El viento gélido le revolvió el pelo oscuro y le hizo refugiarse en el cuello de su abrigo acolchado.

Apretó los puños con impotencia mientras leía aquellas letras: Joseph Charles Sterling. 4 de agosto de 1986 - 12 de abril de 2016. Su mente no pudo evitar jugarle la mala pasada de susurrarle que era otro el nombre que debía estar allí: el suyo. Pero enseguida logró abandonar la idea. El destino le había dado la oportunidad de seguir, y eso es lo que iba a hacer.

Por Joey.

Por él mismo.

«Descansa en paz, hermano».

Bar Harbor esperaba engalanada la Navidad. Los comercios de las calles principales lucían hermosos adornos y espectaculares guirnaldas de luces, además de mostrar elaborados escaparates para captar al mayor número posible de clientes.

El taxi llevó a Connor hasta su apartamento, después de recogerlo en la agencia de alquiler de coches. Se sintió extraño al entrar en casa, como si hubiera pasado fuera una eternidad en lugar de un par de semanas. Colocó su ropa en el armario y se preparó una taza de café. Después decidió acercarse al muelle para ver a Nicholas, quería avisarle de que ya estaba allí para retomar su trabajo después de los días libres.

Max se puso loco de contento cuando Connor abrió la puerta para dejarle salir, y no paró de correr y de perseguir rastros durante el paseo. El frío era intenso, pero eso a él no le molestaba en absoluto. Le gustaba sentir el viento en su hocico al correr.

Ya había anochecido cuando Connor llegó al puerto.

—Hola, capitán.

—¿Connor? —repuso este con expresión de alivio y alegría al verlo allí de nuevo. Le miró y pareció esbozar una sonrisa, lo que hizo que las arrugas que rodeaban sus ojillos oscuros se marcaran. Quizás hubiese albergado dudas sobre su regreso—. Me alegra verte. ¿Cómo te ha ido en tu viaje?

Connor cabeceó con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo, mientras Max daba cabriolas e intentaba subir al barco para saludar a Nicholas como Dios manda. Como no lo consiguió, al final se sentó en el borde sin dejar de menear la cola de un modo frenético.

—Mejor de lo que esperaba.

El capitán mesó su espesa barba canosa y asintió con lentitud. Después hizo un gesto hacia el chico que preparaba el aparejo. Parecía tener unos veinte años, y era delgado y de baja estatura. El viento revolvía su pelo castaño y lo mantenía bien embutido en el cuello de su impermeable mientras hacía su trabajo.

—Eso está bien. Te necesito por aquí —gruñó Nicholas.

El chico miró por vez primera hacia el recién llegado y le saludó con un movimiento de cabeza. Connor le correspondió de igual modo.

—Comenzaré mañana, si te parece bien —contestó Connor con una sonrisa. Lo cierto era que tenía ganas de volver al trabajo. Le gustaba estar con Nicholas en el mar durante horas, con la única compañía de las aves solitarias que sobrevolaban el barco.

—De acuerdo —respondió el capitán justo antes de repetir—: Me alegro de verte.

Connor llamó a Max y este le siguió de vuelta a casa. No habían salido del puerto cuando una figura familiar llamó su atención. El corazón del hombre dio un vuelco, y por un instante deseó volar hacia Mallory para encerrarla entre sus brazos y empaparse de su olor. Sujetó al perro y le hizo mantenerse quieto y callado a su lado, mientras él intentaba recuperar el aliento. Observó sus cabellos flotando libres detrás de ella y su expresión triste, y le resultó difícil aguantar las ganas de ir hacia ella y besarla para alejar sus fantasmas tal y como ella había intentado alejar los suyos. La vio suspirar profundamente, acomodar su gruesa bufanda alrededor del cuello y darse la vuelta. Y entonces sus ojos se encontraron.

Mallory sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies. Había extrañado tanto aquellos ojos tristes, aquella sonrisa que la desarmaba. ¿Por qué no corría hacia él para hundirse en su pecho, para

escuchar los latidos de su corazón que serían como un bálsamo para sus heridas? Cuánto deseaba besarle, decirle una y otra vez que le amaba con todo su ser.

Connor la vio apartar un mechón de su cabello que el viento había puesto ante sus ojos para entorpecer su visión, y deseó ser él quien lo apartara para acariciar su mejilla y acercarla a su cuerpo anhelante. Deseó contar con la valentía suficiente para decirle que sin ella nada tenía sentido, y que si había regresado había sido para estar cerca, aunque ella no regresara jamás con él. Tan absorto estaba que Max se escapó de su encierro con facilidad, y enseguida se abalanzó sobre la mujer para saludarla con su efusividad habitual. Connor hizo un esfuerzo sobrehumano para despegar los pies del suelo, entre la nieve, y caminar hasta llegar frente a ella, que ya estaba colmando de caricias al animal.

—Hola, Mallory —musitó con voz grave, aplacando a duras penas todas las fuerzas de su universo que solo deseaban que la abrazara. Max al fin se sentó y dejó que ella continuara acariciando su cabezota.

Ella se incorporó y levantó la mirada del pelaje oscuro de Max hasta encontrarse con aquellos ojos del color del océano durante la tormenta. La electricidad fluyó libremente durante unos pocos segundos, y ella contuvo la respiración.

—Hola, Connor.

¿Por qué sonaba tan bien su nombre cuando era de sus labios de donde brotaba? Dios. ¿Por qué era tan bonita? Su piel suave le llamaba a gritos, instándole a tomar lo que tanto deseaba. Estaban tan cerca uno del otro, tan solo debía mover un poco el brazo y la rozaría.

—Has vuelto —prosiguió ella, tratando de que sus palabras sonaran lo más planas posible. Tenía que demostrarle que no le importaba. No podía caer de nuevo en sus brazos para después perderlo todo de nuevo, no sería capaz de sobreponerse a otro golpe. El viento gélido le arrancó un estremecimiento.

—Sí —respondió él, luchando duramente contra sus instintos. Todo su cuerpo parecía reaccionar ante su presencia, haciéndole temer la pérdida de la poca cordura que le quedaba.

—Bien. —Fue la respuesta de Mallory, que deseaba salir corriendo de allí para no tener que aguantar más las ganas de apretarse contra aquel cuerpo que adoraba. Contra aquel pecho de acero que era el único que podía cobijarla durante el invierno de su existencia—. Nos veremos por aquí, entonces.

—Sí —repitió él, como si su cerebro se hubiera bloqueado y solo sus manos tuviesen el poder de adelantarse hasta rozar mínimamente aquella mejilla aterciopelada. El resto de él era pura piedra, aunque la lava ardiente corriese por su interior con la fuerza de un huracán.

—Adiós.

Él ni siquiera le respondió. Se limitó a mirarla mientras se alejaba, y con ella todo lo que le hacía sentir vivo, todo por lo que merecía la pena luchar.

Mallory, por su parte, apretó el paso cuanto pudo en un intento de obviar los ojos clavados en su espalda, en un intento de regresar a su zona de confort. Y en ese momento recordó las palabras de Harry: Quédate con aquel que se lleve la lluvia cada vez que aparece, que aparte las nubes grises de tu existencia. Con Connor se iba la lluvia y salía un sol inmenso sobre su cabeza.

Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas, y entonces echó a correr hacia su casa.

Jack terminó de preparar las mesas para el almuerzo y dejó su trabajo durante un momento para contestar al teléfono del restaurante.

—Buenos días. Ha llamado a *Mills*. ¿En qué puedo ayudarle? Ajá. Ajá. Un momento, por favor.

Dejó el auricular sobre la barra y se dirigió a la cocina en busca de la jefa, que cocinaba junto a Rosie los platos del día.

—Mallory, cariño, tienes una llamada —informó con aire formal. Las dos mujeres tenían la radio puesta a todo volumen, como siempre.

—¿Quién llama, Jack? ¿Es papá? —preguntó Mallory, con la frente manchada de harina.

—Es Connor Sterling.

Rosie levantó la vista hacia él a la vez que su jefa, y las dos le miraron con los ojos muy abiertos.

—Dile que no estoy —contestó enfurruñada Mallory, retomando su labor con la bandeja de pimientos. Rosie la escrutó sin disimulo, mostrando su preocupación.

—No puedo hacerlo —repuso Jack con los brazos en jarras—. Ya le he dicho que sí estabas.

—Pues le dices que me he marchado al mercado.

Jack puso los ojos en blanco y se dio media vuelta.

—Mujeres —susurró, contrariado. Volvió a coger el teléfono y dijo con voz profesional—: Lo siento, pero la jefa ha ido al mercado. Sí, descuida, yo se lo diré. Adiós, Connor.

Colgó con una cómica mueca en los labios y volvió a la cocina, donde las dos mujeres continuaban trabajando sin intercambiar una sola palabra.

—Connor quería decirte que va a ir hoy a recoger a Erin a la salida del colegio. Para eso había llamado, para pedir tu permiso para hacerlo. Supongo que sabes que él no se ha creído que te habías ido al mercado a estas horas.

—No me importa si lo ha creído o si no —mintió, amasando con energía. La verdad es que había esperado que Connor hubiese llevado al restaurante su pedido de langostas esa mañana, pero todavía había efectuado el reparto el insípido empleado que Nicholas había contratado para sustituirlo. Se había tragado su decepción, y ahora para colmo mentía a Jack. Resopló contrariada y miró hacia el jefe de camareros—. ¿No tienes nada que hacer, Jack?

Él asintió sorprendido.

—Sí, desde luego. Os dejo trabajar tranquilas —dijo muy tieso justo antes de abandonar la cocina como una exhalación.

Rosie se acercó a Mallory.

—¿Sabías que había regresado?

Ella asintió.

—Anoche me lo encontré en el muelle —reveló sin dejar de amasar y sin mirar a su compañera. Tenía los labios apretados en un rictus de desencanto.

—Oh.

Mallory abandonó la masa y se dio la vuelta, apoyando el trasero contra la encimera. Suspiró y miró al techo immaculado.

—Habría dado cualquier cosa por que él me hubiera abrazado, aunque a la vez solo deseaba huir de allí. No sé, pierdo los papeles cada vez que él está cerca. ¡Dios! Estoy hecha un lío —se quejó con amargura.

Rosie colocó su mano sobre su antebrazo.

—Es simple, le quieres. No hay escapatoria para algo así.

—¿Simple? ¡Es complicadísimo! No quiero arriesgarme nunca más. Así no podré perder —repuso Mallory cruzándose de brazos a la vez que se zafaba de la mano de Rosie.

—Ni tampoco ganar.

Mallory la miró con expresión atribulada. En eso tenía razón. Pero era más fácil rehacer su coraza para impedir la entrada de cualquier sentimiento un poco más desbocado de lo normal. Mucho más fácil. Y desde luego ello no implicaba apostar, ni había riesgo de perder.

Connor entró en la consulta de Abby Geller poco después de las once. Se sentó en la sala de espera y aguardó mientras ojeaba el periódico. La doctora no tardó en salir acompañada de su último paciente y le despidió tras darle una nueva cita. Él se levantó y estrechó su mano con energía.

—Connor, buenos días. Pasa, por favor. Me alegró mucho tu llamada de ayer. Apenas hablamos durante tu estancia en Montana —dijo ella, con las gafas de pasta entre los dedos.

—Lo sé. Debí llamar más veces, pero lo creas o no, no lo necesité. Seguí tus instrucciones para los momentos de ansiedad y debo decir que me funcionaron muy bien —respondió él, justo antes de seguirla al interior de la consulta. Tomó asiento y la miró mientras ella hacía lo mismo al otro lado de la mesa. Fuera había comenzado a llover suavemente.

—No pasa nada. Es fantástico oír eso. A veces el mejor tratamiento es el más simple que podamos imaginar —repuso Abby poniéndose las gafas y guardando un historial que tenía sobre su mesa.

—El viaje, en efecto, me ha ayudado a cerrar viejas heridas. Me ha gustado volver a ver a mis padres y a la viuda de mi hermano, como también he disfrutado conociendo a mi sobrino. Hace tiempo que debí haberlo hecho. Fue una estupidez por mi parte huir de ese modo, como un fugitivo.

La psicóloga asintió complacida con la barbilla apoyada sobre el dorso de sus manos.

—Me alegro muchísimo.

—Además me he reencontrado con viejos amigos, de los que jamás te dan la espalda cuando tienes problemas —añadió Connor mientras recordaba a Jim y a Holly.

—¿Los episodios de ansiedad han disminuido?

—Poco a poco, pero sí. Ahora duermo mejor y me levanto más descansado.

Abby abrió su historial y lo consultó con detenimiento. Después le miró directamente de nuevo.

—Eso es estupendo, creo que vamos por el buen camino, Connor.

—Yo también lo creo así. Siento no haber acudido a ti cuando tuve la oportunidad. He perdido un tiempo precioso —se lamentó él. Se revolvió incómodo en el asiento y resopló. Tal vez fuera demasiado tarde y hubiera perdido a Mallory para siempre.

—A veces las cosas tienen que seguir su curso, y nosotros no podemos hacer nada para alterarlo. Lo importante es que has conseguido salir del pozo en el que te encontrabas prisionero.

Connor asintió.

—¿La has visto?

Él asintió de nuevo.

—Anoche. Mallory fue fría como el hielo. Creo que no me va a dar ninguna oportunidad.

—¿Y qué tal si utilizas tus armas?

—¿Armas?

Abby sonrió con picardía y cruzó las manos sobre la mesa.

—Erin. Ella puede ser el puente entre vosotros dos. Sabes que te adora, y su madre también lo sabe. Jamás te apartaría de ella.

Connor enarcó las cejas oscuras y peinó su pelo con los dedos, pensativo.

—Quizás funcione.

Erin salía del colegio junto a su amiga Rory, y las dos parloteaban sin cesar. Apenas fueron conscientes de la presencia de un hombre esperándolas, hasta que Max ladró alegremente al verlas. Una enorme sonrisa se dibujó entonces en su cara.

—¡Max! ¡Connor! ¡Estáis aquí! —exclamó mientras se dejaba querer por el animal mientras le colmaba de caricias—. Os he echado de menos. ¿Cómo ha ido vuestro viaje?

Rory saludó a Connor estrechándole la mano, y Erin le estampó un beso en la mejilla cuando él la levantó en sus brazos. Después le acarició la cara con sus dos manitas, y terminó de derretirle.

—Muy bien, aunque Max y yo también os hemos echado de menos —repuso él, sin poder evitar adorar a la pequeña. Había extrañado tanto sus preguntas, sus cancioncillas y sus explosiones de alegría cuando conseguía hacer uno de los trucos de magia.

—Hasta mañana, Erin. Adiós, Connor —dijo Rory, justo antes de echar a correr hacia su madre, que la esperaba en su coche al otro lado de la calle.

—Adiós, Rory —respondió Connor.

—Adiós, Rory. Hasta mañana —dijo a su vez Erin, sin bajarse de los brazos del hombre—. ¿Sabes qué? El abuelo me regaló un libro de magia antes de marcharse. Trae unos trucos geniales. ¡Tienes que venir a casa para que te lo enseñe!

—Eso me encantaría —reveló Connor, mientras recordaba las palabras de Abby.

—Pues vayamos al restaurante a decírselo a mamá. Mañana es su día libre, así que puedes venir a casa a comer con nosotras —soltó con su desparpajo habitual, sin percatarse de que Brittany Morris y su grupito de chismosas los observaban sin perder detalle.

Connor sí las había visto, como buitres volando sobre la carroña. Levantó una de sus grandes manos y las saludó con la mejor de sus sonrisas, con Erin sobre su otro brazo. Brittany le dedicó entonces una sonrisa artificial, enmarcada por sus labios pintados de rojo encendido, y después se despidió del resto de madres para marcharse en compañía de su insoportable hijita.

—¿Eres amigo de la mamá de Stacy? —preguntó tímidamente Erin, con los labios muy juntos haciendo un puchero.

—¡Desde luego que no! No me gustan las personas aburridas, ¿recuerdas? Las que se tienen que preocupar por las vidas ajenas porque las suyas son un puro aburrimiento. A mí me gustan las personas aventureras, como tú y como tu madre.

Erin le miró con adoración.

—¿Mami es una aventurera? —preguntó, con sus preciosos ojos azules bien abiertos.

Él asintió con convicción.

—Por supuesto que sí. ¿Cómo explicas si no que haya sido capaz de llevar adelante el restaurante a la vez que cuidaba de ti? Es una mujer admirable, ¿no crees?

—Ajá —respondió la pequeña convencida.

—Pues eso. Una mujer maravillosa.

—Estoy hambrienta —dijo Erin entonces—. Vayamos al restaurante a merendar. Y de paso le contaremos nuestros planes a mami.

—De acuerdo.

Rosie se quitó el delantal y se lavó las manos en el enorme fregadero de acero inoxidable. Se secó a conciencia y miró hacia Mallory, que estaba terminando de triturar la salsa.

—Bueno, nos vemos en el servicio de esta noche —le dijo.

—Muy bien —respondió ella, mientras colocaba la salsa en el recipiente para que templase antes

de guardarla—. Espera, ¿te apetece un café?

Rosie asintió y la siguió hacia el restaurante, donde Jack estaba limpiando la barra.

—Jack, ¿serías tan amable de prepararnos dos cafés? —le pidió Mallory, justo antes de tomar asiento en una de las mesas junto a la cristalera. Rosie se sentó con ella.

—Me sentaré con vosotras. Prepararé tres —repuso Jack con una mueca—. Y si tu madre no se hubiera pedido el día libre prepararía tres cafés y un *gin tonic*.

Mallory aguantaba a duras penas la risa cuando Jack añadió:

—Quizás prepare cuatro.

Las dos mujeres se volvieron hacia la puerta, que se acababa de abrir para dar paso a Connor y a Erin. Mallory enmudeció.

—¡Hola, mami! ¡Mira quién ha ido a buscarme al colegio! —exclamó la pequeña mientras iba directa a los brazos de su madre. Le dio un beso y miró hacia Connor con adoración—. ¡Tenía tantas ganas de verle! Y también a Max. Mira qué obediente es, mami, cómo se ha sentado a la puerta como Connor le ha ordenado.

Mallory asintió con el corazón acelerado, esbozando una sonrisa forzada. Connor la estaba mirando y ella no podía mirarle a él, de modo que fingió una conversación con Rosie.

—Hola, Connor. Por cierto, Rosie, ¿qué me estabas diciendo de la receta del arroz con mejillones?

La cocinera curvó sus finos labios porque no entendía a qué había venido aquella pregunta. Iba a abrir la boca cuando Erin dijo:

—Mami, quiero enseñarle a Connor el libro de magia que el abuelo me regaló. He pensado que podría venir mañana a cenar con nosotras.

A Mallory no se le atragantó el café porque Jack acababa de servírselo en ese momento, si no, seguro que se le habría atragantado. Trató de respirar hondo para que la sangre saliera de sus mejillas y volviera a circular con normalidad. ¿Connor en casa? De ninguna de las maneras.

—¿A que es buena idea, mami?

Jack se sentó con su café y miró de reojo hacia Rosie, que no había articulado palabra.

—Es una idea estupenda —soltó de repente el jefe de camareros. Le echó el azúcar a su café y comenzó a darle vueltas con la cucharilla mientras la jefa le dedicaba una mirada asesina—. Mañana es el día de descanso del restaurante, ¿verdad, Rosie?

La cocinera asintió poco convencida. Mallory les mataría por entrometerse de aquel modo, estaba segura. Probó el café, intentando terminar cuanto antes con todo aquello e irse a casa antes de que la jefa se lanzara a su yugular.

—Nos veremos mañana, entonces —respondió finalmente Mallory con cara de pocos amigos. A continuación, se levantó y se fue directa a su pequeño despacho del almacén.

Mallory miró por enésima vez a través del estor de la ventana y respiró hondo. Connor tenía que estar a punto de llegar. Se lamentó de nuevo por no haber pensado en alguna excusa que no la hubiera colocado en ese aprieto. ¿Cómo se suponía que debía comportarse con él tan cerca? No sería capaz de mantener la cabeza fría, estaba segura.

—¡Mami!

Mallory dio un respingo y se volvió con el corazón a mil. A este paso no llegaría a los cuarenta.

—Le he hecho este dibujo a Connor. ¿Crees que le gustará? —dijo Erin, mostrándole una hoja de papel mientras la movía arriba y abajo frente a ella.

—Espera, cariño. No veo bien lo que has dibujado...

El timbre cortó en seco la conversación, y Mallory observó a Erin salir disparada hacia la puerta. Ella se quedó clavada en el suelo, como una estatua.

—¡Hola, Connor! Pasa —invitó Erin—. Te he hecho un regalo.

Pero él ya no tenía ojos para nadie más. Miró hacia Mallory, que llevaba un jersey amplio de punto sobre unos vaqueros negros. Se había dejado el pelo suelto, que caía suavemente sobre sus hombros. Cómo deseaba besarla.

—Gracias, Erin. Es precioso —respondió él al fin. Se quitó el abrigo y la bufanda y aguardó en el vestíbulo.

—Tenías que haber traído a Max —dijo la niña con los brazos en jarras.

—Estaba cansado. Se ha quedado durmiendo a pata suelta en mi cama.

Erin sonrió encantada.

—Hola, Connor —saludó Mallory, sin moverse de donde se encontraba—. Puedes dejar el abrigo en el armario.

El armario. Una cálida pulsación en su vientre se encargó de recordarle lo que aquel hombre le había hecho sentir entre los abrigos aquella noche. Revivió los labios ardientes sobre su cuello, sus manos ásperas sobre sus caderas y la potencia de sus embestidas, y tuvo que marcharse a la cocina con la excusa de que ya estaba a punto el asado.

Connor cerró la puerta del armario tras de sí intentando controlar sus emociones. Casi podía escuchar aún los gemidos de Mallory junto a su oído, las piernas de ella abrazando sus caderas en cada embestida. Se retiró al baño con la excusa de lavarse las manos para el almuerzo, aunque la realidad es que apenas podía disimular su erección.

Por suerte para ambos, Erin los recibió a su vuelta con unas palabras mágicas, y durante la cena se dedicó a contarles alguno de los trucos de su libro de manera que el tiempo fluyó casi sin que se dieran cuenta. Tras los postres, se sentó con Connor en el sofá frente a la chimenea y le enseñó cada capítulo con detenimiento. Mallory se retiró a la cocina para colocar los platos en el lavavajillas y subió a lavarse los dientes para alargar su ausencia.

Mallory apoyó las manos sobre el lavabo y se miró en el espejo. Nada le gustaría más que pedirle a Connor que se quedase con ella. Que él quisiera quedarse. Tenía que decirle que se fuera, no podía soportar tenerle allí, tan cerca y a la vez tan lejos. Aquello era una auténtica tortura. Quizás lo mejor habría sido que no hubiera regresado. La sola idea llenó su corazón de un desasosiego difícil de digerir.

—¿Mallory?

Ella se quedó petrificada. Connor estaba al otro lado de la puerta de su dormitorio. Suspiró y se

dirigió a abrir con el corazón a punto de salirse por la garganta. Allí estaba, tan atractivo que quitaba la respiración. Con aquellos ojos tristes que se habían aparecido incontables veces entre sus sueños. Su mano estaba contra la pared, y Connor estaba inclinado hacia ella, tan cerca que podía respirar su masculino olor.

—¿Sí? —musitó ella con voz temblorosa. No estaba segura de poder resistirse si la besaba en ese momento. No debería haber subido, tendría que haberse quedado en la cocina o en el salón, en terreno neutral. Haber intentado alejarse de él la había puesto en un buen aprieto. Se quedó clavada sin poder quitar sus ojos de los suyos, en el límite de su dormitorio.

—Quería decirte que me marchó. En unas horas debo estar en mi puesto o el capitán me arrancará la piel a tiras —repuso Connor, tratando de restarle importancia a su incursión en terreno prohibido. Observó su respiración agitada bajo aquella fina camiseta de algodón y deseó encerrarla entre sus brazos para besarla una y otra vez, llevarla hasta la cama y colmarla de caricias.

—Bien. Hasta mañana entonces —musitó ella de forma atropellada. No había forma humana de resistirse a aquellas manos, a aquel azul hipnótico que parecía traspasarla.

—Adiós.

Connor se dio la vuelta y bajó las escaleras con rapidez, como si huyera también de sus propios deseos. Se despidió de Erin, se puso su abrigo y salió.

Mallory oyó la puerta principal cuando se cerró. Continuaba petrificada en el mismo lugar. Finalmente cerró la puerta de su dormitorio y se dejó caer sobre ella, preguntándose si algún día podría dejar de amar a Connor con una desesperación que le laceraba el alma.

Rosie canturreaba en la cocina cuando Mallory llegó al día siguiente al restaurante. Dejó a Jack ocupándose de la compra, se puso el delantal y se unió a la cocinera.

—Buenos días, Rosie —saludó, mientras abría el grifo para lavarse las manos.

—Buenos días, Mallory. ¿Cómo fue todo anoche? —repuso Rosie con un titubeo. Sabía que llegaría el momento de depurar responsabilidades. Subió el fuego a la salsa y aguardó sin quitarle ojo a la jefa, que ya se estaba secando cuidadosamente con papel de cocina.

Mallory se encogió de hombros.

—No lo sé. Fue extraño.

¿Extraño? Quizás esperaba que Connor diera el paso y se atreviera a tocarla de nuevo, o tal vez no. ¡Demonios! Ni siquiera ella podía entender lo que le pasaba cuando él estaba cerca.

—¿Extraño? —repitió Rosie, sin comprender su respuesta. Puso los brazos en jarras y la observó con detenimiento.

—Sí. Bueno, la cena fue razonablemente bien, y Erin disfrutó mucho. Eso es lo importante —añadió Mallory con una mueca. Apoyó el trasero sobre la encimera y se quedó pensativa durante unos instantes.

—¿Eso es lo importante? Mallory, por favor, conmigo no hace falta que finjas. Con los demás, tal vez, pero no conmigo.

La jefa se dio la vuelta y miró a través de la ventana de la cocina. Se cruzó de brazos y recordó la escena en la puerta de su dormitorio. ¡Mierda! Hubiera dado lo que fuera por que él se hubiera atrevido a besarla. ¡Oh, Dios! Aquellos labios de nuevo contra los suyos. Y se estremeció al imaginar las manos de Connor sujetando su rostro con firmeza para beber de sus labios. Quizás fuese ella quien debiera poner distancia entre los dos, por ejemplo largándose a casa de su padre a pasar una temporada. Podría hacerlo durante las vacaciones, o tal vez...

—Y bien, Rosie, ¿qué esperabas que ocurriera? —preguntó Mallory dándose la vuelta. Se sentía decepcionada, aunque si lo pensaba de forma racional sabía que aquello había sido lo mejor.

La cocinera dudó antes de responder.

—No lo sé. Pensé que os vendría bien estar un rato juntos. Sé cuánto le quieres, y...

—Le quiero, ¿y qué? No quiero volver a arriesgarme por nadie, por nada. Estoy bien así, con Erin y mi trabajo en el restaurante. Estaba bien antes de que Connor llegara. No necesito complicaciones innecesarias en mi vida —agregó Mallory con el ceño fruncido—. Y ahora, si me disculpas, iré a preparar las mesas con Candy.

Rosie la miró mientras cruzaba la cocina con paso rápido, suspiró y retomó sus quehaceres. No entendía nada.

—Si no te arriesgas, si no luchas por aquello que te hace feliz, jamás conseguirás nada —musitó Rosie con resignación.

Connor divisó a Erin a la salida del colegio y sonrió. Aquel era sin duda el mejor momento de todos sus días, cuando la acompañaba de vuelta al restaurante y ella le contaba todo lo que le había sucedido durante las clases. Eso y el instante en que sus ojos se cruzaban con los de Mallory cuando los dos llegaban a *Mills*. Allí le miraba con tanta añoranza que a duras penas podía contener sus ganas de abrazarla delante de todos, justo antes de besarla como si fuese su último día sobre la Tierra.

Respiró con fuerza y la saludó con la mano, a lo que Erin correspondió con la mejor de sus sonrisas. Corrió hacia Max y lo colmó de caricias antes de arrojarse en sus brazos y besarle sobre la espesa barba.

—¡Hola, Connor! Tenía muchas ganas de verte —le dijo con los bracitos todavía alrededor de su cuello.

—Yo también tenía ganas, Erin —repuso él sin dejar de mirar su cara pecosa—. Y Max también, ¿verdad, amigo?

El perro ladró e hizo cabriolas alrededor de los dos, como si comprendiera las palabras de su amo.

—Rory ha aprendido a hacer un truco genial, y como yo soy su mejor amiga me ha enseñado a hacerlo. ¡Es espectacular! Vayamos rápido al restaurante, te lo enseñaré allí cuando me coma uno de los emparedados de Rosie. ¡Me muero de hambre!

—Vamos, entonces.

Connor la subió sobre sus hombros y se encaminó hacia *Mills* mientras ella le contaba lo que había hecho en clase, que su amigo Anthony se había quedado dormido en la alfombra tras escuchar un cuento o que su amiga Vivian había derramado su zumo sobre el polo blanco, con lo que había quedado hecho un desastre y habían tenido que llamar a su madre para que le llevara ropa de cambio. Todo, sin dejarle a él más opción que la de sonreír. Aquella niña era adorable.

Jack se volvió hacia ellos cuando entraron en el restaurante.

—Hola, Erin y Connor —saludó el jefe de camareros con una gran sonrisa en la cara. Lo dijo bien alto y claro para que Mallory lo oyera desde la parte de atrás.

—¡Hola, Jack! —respondió la niña, dirigiéndose a toda prisa hacia la cocina—. No te vayas, Connor, ¿vale? Le pediré al merienda a Rosie y volveré enseguida.

Él asintió justo antes de que Mallory entrara en escena, tras lo cual la expresión se congeló en su cara.

—Hola, Connor —dijo ella con expresión taciturna. Puso los brazos en jarras y miró a su alrededor—. ¿Dónde está Erin?

—Ha ido a pedirle su merienda a Rosie —repuso Jack antes de perderse en el almacén con la excusa de coger algo. No quería estar en el medio de la tormenta.

Connor la miró desde su posición sin mover un solo músculo.

—Disfruté mucho de la cena de anoche —reveló él, sin poder evitar recrearse en aquellos labios que le enloquecían.

Ella, lejos de amilanarse, dio unos pasos hacia él. Debía demostrarle que no sentía nada cuando estaban cerca, quizás así se alejaría.

—Fue muy agradable, sí —musitó contrariada al comprobar que su corazón comenzaba a latir con fuerza. Desde allí podía oler su perfume, ese que se había quedado impregnado en su piel tras su encuentro en el armario. Una pulsación en su bajo vientre le recordó que todavía estaba viva, aunque se empeñara en negarlo tratando de vivir sin sentir. Apretó los labios tratando de disimular su turbación y tragó saliva.

—Quizá la semana próxima pudiéramos ir a cenar a algún restaurante cerca del puerto. ¿Crees que a Erin le gustaría? —repuso Connor mientras se mesaba los rebeldes cabellos que se enroscaban junto a su nuca.

Mallory titubeó.

—No quiero que se acueste tarde entre semana teniendo colegio, de modo que mejor lo dejamos para otra ocasión —respondió ella con la voz temblorosa. Alisó maquinalmente la tela de su delantal y le sonrió como si no pasara nada.

—De acuerdo. En otra ocasión —añadió Connor mientras encajaba la decepción. Metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros y asintió. Por suerte, Erin salió en ese momento de la cocina cargada con una bandeja de emparedados. Se dirigió a una de las mesas junto a las cristaleras y miró hacia ellos sin pestañear.

—Rosie ha preparado también emparedados para ti, Connor. Ven a sentarte aquí conmigo, después te enseñaré el nuevo truco —dijo mostrando el huequecito del último diente de leche que se le había caído.

—Oye, pequeña, no me habías dicho que se te había caído otro diente —advirtió Connor. Avanzó hasta la mesa y se sentó bajo la atenta mirada de Mallory.

Erin le dio un mordisco al sándwich y asintió mientras masticaba con satisfacción.

—Se me cayó anoche después de que tú te fueras. Mami dijo que era demasiado tarde para llamarte y contártelo.

Mallory miró a su hija con la expresión de reproche pintada en el rostro, pero no dijo nada.

Connor se limitó a asentir. No contenta con intentar alejarse de él, también estaba intentando alejar a Erin. Frunció el ceño y observó a Erin comer en silencio. Ni siquiera volvió la cara cuando escuchó a Mallory abandonar la estancia. Estaba harto de aquella situación.

Ya era tarde cuando Mallory abandonó el restaurante tras terminar el servicio de cenas. Caminó lentamente hacia el puerto arropada por su grueso abrigo y cerró los ojos al sentir el viento gélido en el rostro. Había vuelto a nevar durante la tarde, y el suelo era un manto blanco y esponjoso. En esos momentos, sin embargo, la niebla envolvía Bar Harbor. No le molestó sentir el frío en el rostro, como pequeñas agujas presionando suavemente su piel. Así estaba también su corazón, seco y frío como aquellas minúsculas partículas de hielo que flotaban en el ambiente. Pero era mejor así. No

permitiría que nada volviera a perturbar su paz.

Solo había un pequeño problema, que Connor decidiera quedarse. Aunque sabía bien que aquello no era probable. En cuanto comprendiera que ella no lo quería cerca se marcharía, estaba segura. No había nada allí para él.

Su corazón dio un vuelco al verle allí, apoyado sobre la barandilla, con la mirada perdida en la masa blanquecina de agua bajo la neblina. De repente sus piernas amenazaron con dejar de sostenerla, de modo que se detuvo sin poder quitar sus ojos de él.

Un barco accionó su sirena en ese momento, y el ruido resonó entre la niebla. Mallory vio a Connor enderezarse y agarrar la barandilla entre sus dedos con demasiada fuerza, como si fuese a caerse si algo no lo remediaba a tiempo. Se quedó quieto con la cara hacia el suelo, y ella no pudo evitar acercarse a él. Parecía encontrarse mal de veras.

—¿Connor? —musitó ella con voz temblorosa. Dio un último paso y colocó su mano sobre el antebrazo de él. Se podía percibir su tensión incluso bajo el tejido técnico de su abrigo. Sus músculos parecían tiras de acero bajo la tela.

Él se estremeció y volvió sus ojos hacia ella, mirándola con aprensión. Parecía haber sufrido una de sus terribles visiones.

—¿Te encuentras bien? —añadió Mallory, sin separarse un ápice. Su mano todavía descansaba sobre su antebrazo, y podía sentir la rigidez de su cuerpo.

Él asintió con la frente perlada de sudor bajo el intenso frío. Las imágenes que le habían asaltado debían haber sido horribles. Al fin, asintió de un modo casi imperceptible, y desvió la mirada de nuevo hacia el océano. Movié un poco las manos y ella se desasíó mientras le observaba respirar profundamente.

Connor respiró tal y como Abby le había enseñado, y poco a poco volvió a recuperar la consciencia de cuanto le rodeaba. No obstante, su corazón continuaba bombeando con fuerza, quizás no tanto fruto de la visión, sino porque Mallory estaba cerca. Y no solo eso, le había tocado. Todavía sentía el tacto de aquellos dedos sobre su antebrazo, aunque ella ya los había retirado. Cerró los ojos y trató de alejar todas sus pesadillas hasta el lugar más recóndito de su mente, y entonces la miró.

—Estoy bien —dijo entre susurros, consciente del efecto que el contacto había causado también en ella. Tenía la mirada oscurecida, como invitándole a aquel abismo en el que los dos estaban deseando caer. Lo sabía. Podía sentir su deseo fluyendo a través de su mirada, como si un magnetismo irresistible los arrastrara hacia un punto de no retorno.

Connor la besó y sintió cómo ella se abandonaba a aquel beso, concentrándose en sus labios, en aquella lengua húmeda y caliente que giraba enredándose a la suya y llevándola a la perdición. La estrechó entre sus brazos y sintió su abandono, como si todas las fuerzas que había utilizado para alejarle se hubieran evaporado entre la niebla. Lo sentía, era suya, de un modo tan especial y perfecto que le pareció que su pobre corazón no resistiría mucho más envuelto en aquella maravillosa sensación.

Cuando sus labios se separaron los dos se miraron sin aliento, todavía tan cerca el uno del otro que respiraban el mismo aire.

Mallory fue la primera en reaccionar y se alejó un palmo de Connor. No podía creer que se hubiese dejado llevar de nuevo por sus sentimientos. ¡No debía!

—Esto no debería haber ocurrido, Connor. No ha sido más que un error —dijo con energía, odiándose a sí misma por haber demostrado tan poco autocontrol. Dio unos pasos marcha atrás sin dejar de mirarle y finalmente se volvió para alejarse cuanto antes de allí.

—Mallory —la llamó Connor, en un intento de detenerla—. ¡Mallory!

—¡Aléjate de mí! —Fue más bien un ruego, un desesperado ruego.

No se detuvo. Corrió internándose en la niebla, como si nada le importara en ese momento más que escapar de allí, de él, de todo. Y él no pudo detenerla.

Mallory cerró la puerta del dormitorio de Erin tras darle un beso de buenas noches y se apoyó sobre ella, ya en el pasillo. El beso de Connor regresó con toda su fuerza, y ella cerró los ojos para revivirlo de nuevo. Todo su cuerpo se estremeció ante el vívido recuerdo, y ella ahogó un gemido.

¡Por Dios! ¿Qué había hecho? ¿Qué clase de mensaje le estaba enviando a Connor? Parecía una chiflada que cambiaba de opinión a cada momento. No tenía opción. Debía marcharse con Erin unos días en Navidad a casa de su padre, quizás de ese modo Connor comprendiera que no le quería a su lado, y al regresar se hubiera ido. De no ser así, no estaba segura de poder mantenerse firme en su decisión. ¡Si se había entregado a aquel beso como si le fuera la vida en ello!

Suspiró y decidió irse a su habitación. Debía dormir. Pero unos toques suaves en la puerta de la entrada la sacaron de sus reflexiones. A esa hora solo se le ocurrió pensar en su madre, que había salido a tomar una copa porque la necesitaba de forma imperiosa, palabras textuales.

Pero al abrir la puerta su cara se convirtió en un poema.

—Connor.

Mallory le miró. Tenía el pelo oscuro revuelto y los ojos brillantes, y Max no estaba con él.

—Quiero hablar —espetó él con el corazón acelerado. Estaba harto de esperar sus migajas, no merecía aquello. Se había equivocado, sí, pero eso no le daba vía libre para tratarlo como lo estaba haciendo.

Mallory trató de cerrar la puerta, pero él la detuvo en una acción mucho más rápida.

—Aléjate de mí —escupió ella, tratando de mantenerse impassible tras aquella acción que resultó truncada.

—¿O qué?

Ella abrió los ojos y le miró con estupor.

—¿Piensas entrar en mi casa por la fuerza, Connor? —le preguntó, solo para provocarle. Dio un paso atrás y esbozó una sonrisa forzada—. Así funcionan las cosas para ti, ¿verdad, soldado? Tomas lo que se te antoja. Quién va a detenerte, ¿no es cierto? Eres un tipo duro.

Él apretó los labios, contrariado. Aquello había sido un golpe bajo.

—Jamás te forzaría a hacer nada que no quisieras y lo sabes. Me conoces —se defendió, retirando la mano de la puerta—. Solo quiero que me digas la verdad y me iré.

Mallory le hizo frente lo mejor que pudo, aunque su diferencia de estatura no ayudaba demasiado.

—¿Qué verdad? No tengo absolutamente nada que decirte. Ya te he dicho que me dejes en paz.

—Dime que no me quieres y me iré. Te juro que no volverás a verme —añadió él con la voz entrecortada.

Ella respiraba de forma agitada, como si temiera perder el control de su cuerpo en cualquier momento. El perfume de Connor entraba por sus fosas nasales y parecía una invitación al paraíso.

—No te quiero. Vete.

Pero él, en lugar de darse la vuelta y encajar el golpe, recorrió la escasa distancia que los separaba y la besó. No fue un beso suave, pero había en él cargada tanta añoranza, tanto deseo y tanta desesperación que Mallory a punto estuvo de licuarse entre aquellos brazos.

—Dime que no sientes nada —musitó Connor separándose de ella pero sin liberarla del encierro de sus brazos, observando sus labios enrojecidos, las mejillas irritadas por el contacto con la barba—. ¡Dímelo! —repitió besándola una y otra vez, liberándola de su encierro para emplear sus manos en sujetarla por las mejillas con sus grandes manos.

Ella no se apartó. Pero las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas, petrificando a Connor.

—¡Por el amor de Dios, vete!

—¿De verdad es eso lo que quieres? —añadió Connor, con el corazón laténdole a toda velocidad. Tal vez aquella fuese la última vez que la besara, la última vez que la estrechara entre sus brazos, la última que se envolviera en su perfume embriagador. Le dolía tanto que el ardor le quemaba el pecho.

Ella cubrió sus labios con los dedos, tratando por todos los medios de controlar sus lágrimas.

—Sí, eso es lo que quiero —respondió ella entre susurros—. Porque te juro que si vuelves a besarme no te dejaré marchar de mi casa, de mi vida.

Connor cerró la puerta de un empujón y se abalanzó sobre ella para besarla con toda la pasión que le desbordaba. La estrechó con fuerza entre sus brazos y ella se amoldó a su cuerpo con la perfección de dos piezas contiguas del mismo puzle. Sus mejillas se mojaron con las lágrimas que ya habían dejado de brotar para dar paso a otros sentimientos igual de arrolladores.

—Pídemelo —susurró Connor entre jadeos, haciendo un esfuerzo sobrehumano para dejar de besarla. La miró a los ojos y se abrasó en su fuego.

—Quédate conmigo.

Solo dos palabras. Suficientes para desatar el huracán.

Connor la tomó entre sus brazos, subió con ella las escaleras hasta llegar al dormitorio y se aseguró de cerrar la puerta tras ellos sin dejar de besar sus labios, bajando después hasta la carne trémula del cuello. Continuó con la boca hasta el inicio de su clavícula y la delineó con suavidad. Después la dejó en el suelo y dejó que ella le desabrochara el abrigo y lo empujara hasta que cayó al suelo. La miró, solamente llevaba aquella camiseta larga de pijama, estaba descalza y tenía el pelo deliciosamente revuelto. Se quitó el jersey y dejó que ella le quitara la camiseta y jugueteara con sus dedos bajo el cinturón. Él gimió cuando ella encontró lo que buscaba, y palpó el final de la camisola para quitársela por la cabeza y dejarla en ropa interior. Era tan bonita.

Mallory se sintió poderosa cuando le arrancó un gemido. Desabrochó el cinturón y soltó uno a uno los botones hasta liberarlo de su encierro para acariciarlo con sus labios con tanta suavidad como le fue posible, sintiendo cómo Connor se deshacía bajo su influjo. Se demoró mientras disfrutaba escuchando su respiración entrecortada, y después subió al encuentro de sus labios de nuevo. Le besó mientras él la empujaba hasta que los dos terminaron sobre la cama.

—Me vuelves completamente loco —dijo Connor mientras se deshacía de las braguitas y la miraba con los ojos oscurecidos por el deseo.

Mallory solo acertó a ver la oscura mata de pelo perdiéndose entre sus piernas. Después perdió la noción del tiempo y se dejó llevar por una espiral que la llevó hasta el borde mismo del abismo. Y allí explotó entre jadeos y gemidos, que pronto acalló Connor con su boca, justo antes de entrar en ella para empaparse de su esencia.

«Te quiero», susurró Mallory junto a su oído después de que los dos cayeran desmadejados sobre las sábanas revueltas. Apenas fue audible, pero lo suficiente para que Connor la acunara junto a su pecho desnudo hasta que los dos se quedaron dormidos.

—¡Mami!

Mallory abrió los ojos sobresaltada y por un momento no supo qué hora podía ser. Comprobó el reloj de la mesita y se alarmó al descubrir lo tarde que era. En ese momento la puerta se abrió y Erin entró en el cuarto como una exhalación.

—Mami, despierta. Llegaremos tarde al cole. La abuela ha dicho...

La pequeña se quedó inmóvil al descubrir a Connor junto a su madre en la cama, y abrió los ojos como platos.

—Buenos días, cariño —saludó Mallory, tratando de restarle importancia al asunto.

Connor se despertó en ese momento y le sonrió a Erin.

—Buenos días, maga Erin.

Ella sonrió orgullosa y después miró hacia su madre con expresión interrogante. Después dijo:

—¿Connor estaba cansado y se quedó aquí a dormir anoche?

—Eso es —respondió él, incorporándose un poco hasta sentarse en la cama.

En ese momento Sharon se asomó a la puerta.

—Mallory, ya puedes ir dando gracias de que yo estuviera aquí y preparase a Erin para ir al cole. De lo contrario habríais llegado tarde y...

La mujer enmudeció al observar la escena y se quedó clavada en el pasillo, observando la ropa desperdigada por el suelo del dormitorio de su hija. A continuación esbozó media sonrisa y tomó a Erin de la mano para llevársela abajo.

—Erin, deja a mamá que tiene que vestirse. Te prepararé el almuerzo y yo misma te llevaré hoy al colegio, ¿de acuerdo?

Erin miró hacia su madre y esta asintió con las mejillas encendidas.

—Vale, abuela. Pero antes le daré un beso a mami y otro a Connor.

Y, ni corta ni perezosa, le dio un beso Connor y después rodeó la cama para darle un beso a Mallory. Antes de irse, le susurró:

—Mami, ¿Connor va a quedarse a vivir aquí? Eso sería estupendo.

Mallory miró hacia Connor sin saber qué responder a eso, y por fortuna Sharon se la llevó argumentando que llegarían tarde como no se dieran prisa. Cuando al fin se fue y la puerta se cerró de nuevo, los dos se miraron con expresión cómica.

—Oh, Dios mío. ¿Qué ha sido esta escena? —se lamentó Mallory, enterrando la cara en la almohada—. Debiste poner el pestillo anoche.

Connor la abrazó por debajo de la sábana hasta abarcar sus pechos desnudos con las manos. Atrapó un pezón y lo masajeó hasta que Erin comenzó a gemir.

—Digamos que tenía la cabeza en otras cosas. Y las manos, y los labios. Y...

—Es cierto —reconoció ella entre jadeos—.

Connor bajó con su mano hasta el muslo de ella y lentamente se dirigió hacia la entrepierna. La

acarició y después dos de sus dedos se perdieron en su interior y le hicieron arquearse sobre el colchón.

—Deberías cerrar la puerta para que no... nos... interrumpen... —balbuceó ella entre jadeos.

—Tranquila, no creo que Sharon regrese después de lo que ha visto —opinó Connor mientras terminaba lo que había empezado y ella se retorció entre gemidos—. ¿Tú qué crees?

Mallory restregó su trasero contra el vientre de él y lo sintió tan potente como la noche anterior. Lo guió hasta su interior y dejó que él se meciera junto a su espalda, con su aliento en la nuca, hasta que se desplomó sobre su cuello para decirle una y otra vez cuánto la amaba.

—¿Te apetece café? —dijo Mallory mientras Connor se sentaba ante un delicioso plato de huevos revueltos con bacon—. Rosie me ha dicho que no me preocupara, que ellos se ocupaban de todo. Que ya era hora de que decidiera delegar un poco más en ellos, y que me merecía unos días libres. Solo le ha faltado decirme que no hacía falta que volviera.

Él miró sus preciosas piernas y apenas prestó atención a lo demás.

—Dame un beso —pidió con cara de niño bueno.

—Connor...

—Prefiero zumo, gracias —rezongó él, sirviéndose de la jarra que había sobre la mesa—. Aunque si todas las noches van a ser como esta, tal vez deba empezar a tomarlo.

Mallory enrojeció al escuchar sus palabras, y se apresuró a tomar asiento frente a él en la mesa.

—Y sí, estoy de acuerdo con Rosie. Por un día que tú no supervises todo en el restaurante no va a pasar nada. Tienes un gran equipo en *Mills*. Y te mereces un respiro, como todo el mundo. Incluso Nicholas se ha marchado unos días a casa de su hermana en Portland.

—Pero la compra, los pedidos, el menú...

—Por cierto, estás preciosa por las mañanas —interrumpió Connor justo antes de probar su desayuno.

—Gracias —repuso ella con una sonrisa—. Aunque tal vez debamos hablar de lo que ha ocurrido. ¿No crees?

Connor dejó el tenedor sobre el plato y tomó un sorbo del zumo.

—Lo que ha ocurrido es que dos personas que se quieren al fin se han dado cuenta de que así es como deben estar —soltó tras encogerse de hombros—. ¿No crees? —repitió—. Porque no sé tú, pero yo no quiero volver a despertar una mañana sin que tú no estés a mi lado.

—Yo tampoco. Te quiero, Connor.

Mallory se levantó y se sentó en el regazo de Connor, consciente del efecto que causaría solo vestida con aquella camiseta que le llegaba hasta medio muslo.

—Por lo que veo tampoco me vas a dejar desayunar —opinó él, abrazándola por la estrecha cintura. La besó y ella mordió su labio inferior por toda respuesta.

—Estoy agotada —dijo Mallory tras finalizar el servicio de cenas de esa noche. Se desplomó sobre una silla y resopló.

Jack puso los brazos en jarras e hizo una mueca.

—Te dije que te quedaras en casa hoy. Ni siquiera puedes tomarte un solo día libre, eres una cabezota.

Mallory cabeceó.

—Es cierto.

—Ah, ¿lo reconoces? Pues quizá sea el momento de que lo remedies. ¿Por qué no te marchas a celebrar la navidad a casa de tu padre? Y te olvidas de todo —añadió Jack mientras se sentaba junto a la jefa. Peinó sus rizos pelirrojos con los dedos y la observó con detenimiento. Los demás estaban terminando de limpiar la sala—. Solo unos días. Nosotros nos encargaremos de todo.

—Estoy pensando en hacer lo que dices. Y no solo eso, sino que creo que es el momento de colgar el cartel de cerrado y disfrutar de unos días libres. Hemos trabajado muy duro durante este año —reflexionó Mallory con el ceño fruncido.

—¿No vamos a hacer una cena de Fin de Año? —preguntó Candy, que había escuchado las palabras de la jefa. Se apoyó sobre el palo de la fregona y aguardó.

Mallory se levantó de la silla y les convocó a todos en el comedor. Los empleados se dispusieron a su alrededor, justo cuando la puerta se abrió para dar paso a Connor. Saludó con la mano y esperó junto a la barra.

—Quería agradecer todo vuestro esfuerzo y dedicación. Gracias a vosotros *Mills* es lo que es actualmente, y por ello cerraremos a partir de mañana y volveremos con las pilas cargadas cuando estrenemos el nuevo año.

Un murmullo invadió la estancia, y Russell ahogó una exclamación de alegría. Acababa de tener un bebé y aquella navidad sería inolvidable.

—Sí, chicos. Gracias por tanto —agregó Mallory con una sonrisa bajo la atenta mirada de Connor.

—¿Qué haremos con las reservas? —preguntó Jack.

—Llamaremos a todos los clientes que hayan hecho una reserva para estos días y les informaremos que el restaurante va a permanecer cerrado hasta después de las fiestas navideñas. Como compensación les regalaremos otra comida o cena para el día que ellos elijan.

—Bien —respondió el jefe de camareros mientras asentía pensativo.

—Y ahora, si me disculpáis, me iré a casa —les informó Mallory a la vez que se dirigía hacia Connor y le besaba en los labios. Después se volvió hacia sus empleados y, con la mejor de sus sonrisas, dijo—: Connor y yo estamos juntos.

Rosie se acercó para felicitarles, y después todos la imitaron. Había sido una temporada difícil para ellos, que habían sido testigos de la infelicidad de Mallory.

Connor y Mallory bajaron andando hasta el muelle y a continuación pusieron rumbo a casa. La noche era fría, por lo que Connor la abrazó intentando transmitirle su calor.

—No me puedo creer que al fin estemos juntos, como les has dicho a todos —dijo Connor con media sonrisa.

—Yo tampoco —respondió ella, abrazándose aún más a él.

—Por cierto, ¿adónde piensas llevarme durante tus días libres? Nicholas no volverá hasta finales

de enero.

—Había pensado que podríamos ir a pasar unos días a casa de mi padre y de Cindy. ¿Qué te parece?

—Me parece perfecto.

—Estupendo.

Erin entró como una exhalación en el dormitorio de su madre a la mañana siguiente, pero esta vez no la encontró. Bajó todavía vestida con su pijama, siguiendo el olor de las tortitas.

—¿Mami? —dijo, sin perder detalle de la escena. Connor estaba poniendo la mesa para el desayuno mientras su madre cocinaba los deliciosos dulces—. ¡Buenos días, Connor! ¿Sigues aquí?

Erin se abalanzó sobre Connor, que la recibió con los brazos abiertos. La levantó con energía y dejó que ella le estampara un beso en la mejilla.

—Sigo aquí —repuso él con una sonrisa.

Mallory dejó un plato con tortitas sobre la mesa y miró con el semblante iluminado hacia las dos personas que más quería.

—¿Te gustaría que Connor se quedara con nosotras?

Erin miró hacia su madre a punto de explotar de alegría.

—¿Lo dices de verdad, mami? —preguntó con el semblante iluminado—. ¡Pues claro!

Los tres se abrazaron durante largo rato, hasta que un ligero olor a quemado los envolvió.

—¡Las tortitas! —exclamó Mallory, a la vez que corría hacia la cocina con una mueca. Apartó la sartén del fuego y comprobó con horror el color parduzco del disco—. Creo que tendré que preparar más masa.

Connor y Erin rieron.

—Iré a lavarme las manos. ¡No empecéis sin mí! —pidió la pequeña, que salió corriendo hacia el aseo en cuanto sus pies tocaron el suelo de nuevo.

Connor no perdió la oportunidad de entrar en la cocina para abrazar a Mallory por la espalda.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

—¿Ya está todo? —preguntó Connor, revisando que todo el equipaje estuviera bien colocado en la parte de atrás de la camioneta de Mallory. Después verificó que Erin estuviera sujeta en su sillita, junto a un jadeante Max. El perro había estado correteando por el patio trasero mientras ellos terminaban de hacer las maletas, y solo había acudido cuando estaban a punto de partir. Erin le cantaba una cancioncilla y él parecía escucharla con atención con su gran lengua rosada colgando fuera de su boca.

Mallory le respondió de forma afirmativa desde el vestíbulo, y salió pertrechada con su abrigo y su enorme bolso. Cerró la puerta y se subió al asiento del copiloto.

—Tú conduces —le dijo a Connor, a la vez que le entregaba la llave cuando él se subió.

—De acuerdo, aunque tendrás que guiarme porque nunca he puesto un pie en el estado de Vermont —bromeó él.

—Te gustará Middlebury, estoy segura. Es precioso.

—¡Tengo tantas ganas de volver a ver al abuelo! Y también a Cindy y a Justin —exclamó Erin, alborozada. Abrazó a su muñeca y miró a través de la ventanilla plagada de gotas con expresión

soñadora.

—Yo también —susurró Mallory. De repente su vida se había encauzado de nuevo, tras tantos desvelos. Así es como siempre debería haber sido.

Varias horas después, Erin dormía plácidamente en su sillita sin que Max se separase un ápice de su lado. Apenas fue consciente de que se detuvieron en un área de servicio para repostar, y tuvieron que bajarla en brazos para comer y descansar un rato.

El resto del viaje lo pasaron entre canciones y juegos para que a la niña se le hiciera más llevadero, y pronto entraron en la pequeña población de Middlebury bajo una suave lluvia.

—Es ahí —señaló Mallory, a través del cristal empañado. Ya había anochecido, y las luces de las farolas se reflejaban en las gotas sobre el parabrisas.

Connor detuvo el coche junto a la acera, frente a una casita pintada de color claro. Las luces navideñas alrededor de las ventanas y de los arbustos recortados del jardín delantero creaban una estampa realmente bonita.

—¿Esa es la casa del abuelo? —preguntó Erin con emoción, levantando la carita todo lo que pudo para mirar a través de la ventanilla. Max ladró, como si hubiera entendido la ilusión de la niña. Se movió en el asiento y le pasó la cola por la cara a su compañera de viaje—. ¡Max, ten cuidado! Acabas de peinarme la cara.

Los tres se echaron a reír ante la ocurrencia y bajaron del coche para ocuparse del equipaje. Acababan de bajar las dos maletas y Max hacía cabriolas a su alrededor cuando la puerta de la casa se abrió.

—¡Bienvenidos a Middlebury! —exclamó Jonathan, justo antes de recibir a su nieta entre sus brazos—. ¿Cómo estás, pequeña? Tenía tantas ganas de verte.

—Abuelo... —musitó Erin, sin separarse del acogedor pecho de Jonathan—. Yo sí que tenía ganas de verte. —Y cubrió toda su cara de besos.

Connor y Mallory se acercaron con las maletas justo cuando Cindy se unió a la comitiva de bienvenida.

—¡Hola, Mallory! Hola, Connor. ¿Cómo ha ido el viaje?

Mallory besó a la mujer de su padre bajo el porche delantero y aguardó a que Erin se descolgara de los brazos de Jonathan para acudir a los de Cindy. Besó también a Jonathan y esperó a que Connor también les saludara, mientras Max se volvía loco de contento ante tanta efusividad.

Ya en la casa, se dejaron envolver por el delicioso perfume de la cena, así como por la suave música que salía del salón.

—Es estupendo tenerte otra vez en casa, Mallory —dijo Jonathan tras cerrar la puerta de la entrada. Dejó su abrigo en el perchero y les invitó a hacer lo mismo. Tomó a su hija por los hombros y la miró con devoción—. Me gustaría tenerte más cerca, para variar.

—A mí también me gustaría, papá. Pero prometo haceros visitas más a menudo, ¿qué te parece? Creo que debo delegar un poco más en Rosie, Jack y los demás; tratan *Mills* como si fuera también su casa.

Jonathan asintió.

—Eso me parece perfecto. Será maravilloso teneros a ti y a Connor por aquí más a menudo.

Erin puso los brazos en jarras y miró hacia su abuelo con el ceño fruncido. Cindy sonrió ante lo que se avecinaba, con el abrigo de la pequeña en la mano, sin perder detalle de la graciosa mueca de aquella cara preciosa.

—De modo que será estupendo tener aquí a mamá y a Connor. ¿Y qué pasa conmigo? Jonathan suspiró y se tomó su tiempo en responder para hacerla rabiar.

—Creo que también me gustará tenerte aquí más a menudo, pero tengo que pensarlo.

Cuando Jonathan al fin explotó en risas, tomó a Erin en sus brazos y la llevó con él para enseñarle los peces del acuario del salón. Los demás les oyeron hablar de los peces rojos, de los negros y amarillos y de las plantas ondulantes.

—Venid conmigo a la cocina, os prepararé un café bien caliente —invitó Cindy con una sonrisa—. He cambiado mi turno con Donna para poder recibirlos hoy, de modo que podremos cenar todos juntos.

—Estupendo —repuso Mallory, sin poder dejar de observar cada rincón de la casa. Apenas había cambiado, y al estar allí todos sus recuerdos le invadieron provocándole una sensación agrídulce.

—¿Dónde está Justin? —preguntó Connor cuando se sentaron en los taburetes de la pequeña isla de la cocina. Cindy puso la cafetera al fuego y se tomó su tiempo en contestar.

—Está por ahí con sus amigos, pero me prometió que vendría temprano para la cena. Espero que cumpla su promesa —dijo Cindy, mientras colocaba dos tazas frente a sus invitados. Después apagó el horno, se puso los guantes y sacó un bizcocho.

—¿Cómo está? —Ahora fue Mallory la que se interesó por él.

—Bueno, creo que la temporada que pasamos en Bar Harbor le sirvió para reflexionar acerca de su comportamiento. Ha mejorado sus calificaciones y parece que se toma más en serio las clases, por lo que esperamos que esto no sea temporal.

—Ojalá.

Erin entró en la cocina como una exhalación.

—¡El abuelo tiene unos peces súper raros! ¡Son una pasada! ¿Queréis verlos?

—Claro que sí —dijo Mallory.

—La cena estaba deliciosa, Cindy. Y tus brownies, bueno, no hay quien los supere —reconoció Mallory, a la vez que introducía los platos en el lavavajillas—. Deliciosos.

—Gracias.

—Erin, ¿te apetece ver una película? —invitó Jonathan tras recoger el mantel, acariciando su barriga—. Creo que he comido demasiado.

La niña asintió.

—Pues vamos. ¿Vienes, Connor?

El ex soldado les acompañó, y Mallory aprovechó para subir a ponerse el pijama. Pero antes se pasó por su viejo dormitorio, que ahora ocuparía Erin. Cerró la puerta y observó a su alrededor. Nada había cambiado. Sus viejas fotos continuaban pinchadas en el tablón de corcho sobre su escritorio, sus peluches sobre la cama cuyo cobertor floreado tenía casi veinte años. La misma lámpara, la misma alfombra, los mismos cuadros junto a la ventana. Se sentó sobre la cama y dejó la mirada perdida sobre el papel de la pared. Su mente retrocedió y casi pudo escuchar la voz de pito de su madre llamándola desde el piso de abajo.

—*¡Mallory, baja, por favor! El señor Montgomery debe estar a punto de llegar.*

Mallory se miró en el espejo de la cómoda y revisó su aspecto. Su madre le había obligado a ponerse aquel ridículo vestido de flores y la había peinado con dos trenzas. «Hay que causarle buena impresión a ese hombre. Es alguien importante», había dicho. Le hizo burla a su reflejo sacándole la lengua y después respiró hondo justo antes de bajar las escaleras con los pies enfundados en aquellas incómodas bailarinas rosas. Se quedó a pocos escalones del piso inferior,

con la mano apoyada sobre el balaustre de madera.

Su madre atusaba su cabello teñido de rubio con coquetería en el espejo del vestíbulo, marcando las ondas que le habían hecho esa misma tarde en la peluquería. Se había pintado los labios con carmín rojo y llevaba las uñas a juego. Su falda era muy corta, no dejaba demasiado a la imaginación, pero Sharon parecía perfectamente cómoda en ella y subida en sus zapatos de tacón. Parecía que fuese a una fiesta y no a servir una cena en casa para conocer al nuevo socio de su marido.

—Oh, cariño, deja que te vea —dijo al descubrirla tan cerca. La tomó de la mano y la hizo girar ante sus ojos—. Estás preciosa, Mallory, como una princesa de cuento.

La pequeña arrugó la nariz, pero no respondió. No quería parecer la princesa de un cuento. Su madre siempre le daba demasiada importancia al aspecto, como si no importasen más otras cosas. Ella se sentía mucho mejor enfundada en sus pantalones vaqueros y con sus zapatillas de deporte y una sudadera amplia. No comprendía aquel afán de Sharon en mostrarse como si el pueblo fuese una pasarela de moda. Ni siquiera la madre de su amiga Betsy, dueña de la peluquería, se vestía o peinaba de ese modo.

—Ven conmigo, creo que he oído la furgoneta de tu padre aparcando fuera.

Sharon corrió hacia la puerta y abrió, expectante. Había un coche gris aparcado junto a la acera. Jonathan, en efecto, caminaba junto a un hombre mayor al que le faltaba casi todo el pelo, vestido con un traje gris y lustrosos zapatos. Los dos llegaron en pocos segundos al porche.

—Sharon, querida, este es Frank Montgomery —dijo Jonathan—. Frank, te presento a mi mujer.

Aquel hombre besó a Sharon en la mejilla y no tardó en decirle lo bonita que estaba esa noche, arrancándole una risita nerviosa. Mallory lo observaba todo desde su posición, detrás de su madre. Sharon ni siquiera besó esa noche a su padre en los labios, como acostumbraba a hacer cuando este llegaba del taller cada noche, sino que se volvió e invitó a pasar al comedor a su invitado para agasajarle con una copa de vino.

La niña los miró sin parpadear, confusa ante aquel comportamiento. De repente, era como si ella se hubiera vuelto invisible. Bueno, casi mejor, porque no tenía muchas ganas de conocer a aquel hombre «tan importante». Por desgracia, su padre intervino.

—Y esta es mi hija, Mallory. Pequeña, te presento a Frank Montgomery.

Ella le alargó la mano e intentó esbozar una sonrisa.

—Es un placer, señor —dijo ella con solemnidad, y Jonathan asintió complacido. Le guiñó un ojo con complicidad y acompañó a su mujer y a su invitado al comedor.

Sharon se mostró muy complaciente con aquel hombre durante toda la cena, riendo de forma exagerada cada broma suya, escuchando con atención cada comentario. Los días siguientes a aquel encuentro no hizo más que recordar lo ocurrente que era Frank, lo atento que era Frank, lo elegante que era Frank. Y Mallory arrugaba la nariz cada vez que lo escuchaba. No le había gustado nada. Ni un poquito.

—¿Mallory?

Mallory regresó a la realidad y se encontró a Connor asomado en su puerta.

—¿Estás bien?

Ella asintió.

—Sí. Solo... recordaba cosas —admitió tragando saliva a la vez que se encogía de hombros. Después se puso de pie y fue al encuentro de aquel hombre que le había robado el corazón. Le besó con ternura en los labios y acarició su pelo con suavidad—. Nunca podré agradecer lo suficiente al

destino que te llevara hasta Bar Harbor.

—Ni yo —musitó él, con los ojos brillantes—. Ven aquí.

Connor la estrechó entre sus brazos y dejó que el tiempo fluyera fuera de aquella habitación. Dentro, para ellos, se había detenido.

—¡Arriba, dormilona! —exclamó Mallory mientras zarandeaba a Erin con suavidad—. Vamos hasta el taller del abuelo.

—Mmmm —dijo la pequeña por toda respuesta, y se arrebujó aún más entre las mantas. La mañana era fría y no había mejor lugar para encontrarse que la cama.

—¡Venga! ¿No tienes ganas de ver dónde arregla el abuelo los coches?

Erin asomó la nariz y abrió un poco los ojos. Enseguida obsequió a su madre con una preciosa sonrisa.

—Claro que sí.

—Pues vamos.

—¿Justin está en casa?

—Todavía duerme. Sois los dos igualitos —afirmó Mallory, a la vez que acariciaba la mejilla de Erin con suavidad.

—No es verdad. Yo... estaba cansada del viaje —se defendió la niña. Se incorporó y puso los brazos sobre el cobertor floreado de la cama de su madre.

—Lo sé, cariño. Has dormido catorce horas seguidas.

—Es que tu cama es muy cómoda. Y me gusta tu habitación.

—A mí también —susurró Mallory, intentando que su mente no volara de nuevo entre sus recuerdos.

—Dame un momento. Estaré abajo en menos que canta un gallo —añadió Erin con picardía.

—Está bien.

—¿Cómo está hoy mi pequeña? —saludó Cindy al ver bajar a Erin las escaleras. Mallory la miró desde su posición.

—Muy bien. Como nueva, en realidad —respondió la niña con solemnidad, haciéndola sonreír—. Y tengo muchas ganas de ir a ver al abuelo al taller.

—Primero tienes que comer algo.

Cindy se metió en la cocina y salió con un tazón de leche y cereales de color rosa. Lo colocó todo sobre la mesa y aguardó a que Erin se sentara.

—Espero que te guste. Justin dijo que eran los cereales más cursis que había visto en toda su vida.

Erin se sentó y observó con curiosidad los aritos rosados que flotaban en la leche.

—¡Oh, sí! Cindy, son mis preferidos. Me temo que Justin no entiende de cereales.

Connor, que acababa de llegar de correr, sonrió ante su afirmación.

—No, cariño. Justin no entiende de muchas cosas —dijo entre susurros—, pero ese será nuestro secreto, ¿de acuerdo?

Erin asintió convencida y dio buena cuenta de su desayuno mientras Connor se daba una ducha para acompañarlas hasta el taller.

—¿Es ahí? —preguntó Erin con curiosidad—. Hay muchos coches.

Mallory le apretó la mano y sonrió. Ella había pasado muchas tardes allí, haciendo los deberes o

simplemente acompañando a su padre.

—Ajá. ¿Te gusta?

—Mucho. ¡Vamos!

Erin echó a correr el último trecho y entró en el taller mecánico con el corazón latiendo a toda velocidad. Abrazó al abuelo, que estaba inclinado sobre uno de los coches hasta que él la levantó en sus brazos y le llenó la cara de besos.

—¡Hola, pequeña! ¿Qué tal has dormido? Ya pensaba que no vendrías a verme al taller.

—¿Cómo no iba a venir a verte? Tenía muchas ganas de saber cómo era. Mami me ha hablado mucho de este lugar.

Jonathan la bajó hasta que sus pies tocaron el suelo.

—¿Ah, sí?

Erin asintió mirando todo cuanto le rodeaba.

—Mira, este es Jackson y ese de ahí es Sam. Me ayudan con los coches.

—Hola, chicos. Soy Erin Mills.

Los dos mecánicos saludaron a la pequeña y después continuaron con sus quehaceres.

—¿Quieres un chocolate? La máquina lo hace verdaderamente rico. —Y se acercó al oído de su nieta para decirle en voz baja—: No tanto como Cindy, por supuesto, pero rico, sí.

—No, gracias, abuelo. Acabo de desayunar cereales rosas.

—¿Queréis dar una vuelta por el pueblo? —preguntó Jonathan a Mallory y a Connor—. Puedo llevar a Erin a casa a la hora de comer.

Mallory sonrió a su padre.

—De acuerdo.

Connor y ella pasearon por el pueblo bajo el intenso frío, tomaron una bebida bien caliente en el café donde Cindy trabajaba y regresaron a casa.

—Me gusta esto —reveló Connor, sin soltarle la mano helada a Mallory.

—A mí también. Había olvidado muchas cosas. O al menos las tenía aparcadas en algún lugar recóndito de la memoria.

Connor la miró sin decir nada.

—Una tarde al regresar del colegio encontré a Sharon en casa con el socio de mi padre. Y no estaban tomando el té.

Mallory miró hacia el coche aparcado en la rampa del garaje y enseguida lo reconoció como la berlina de lujo del señor Montgomery. Sin embargo, la camioneta de su padre no estaba allí. ¿Habrían venido juntos en su coche? Ajustó mejor su mochila sobre los hombros y subió lentamente los escalones del porche, con el corazón golpeándole en las sienes. Todavía podía dar media vuelta e ir al taller de su padre. Allí podría hacer los deberes y volver con él a la hora de la cena, como si no hubiera pasado nada.

Pero dio unos pasos más hasta llegar a la puerta. Introdujo su llave en la cerradura, esa que siempre llevaba colgada del cuello, y abrió con lentitud. No se oía ningún ruido. Tal vez su madre hubiera salido de paseo con el señor Montgomery. Últimamente no hacía más que hablarle de él a todas horas, de su elegancia, de su porte, de su saber estar nada acorde a los habitantes de aquel pueblucho, palabras textuales.

Recorrió el vestíbulo, sus pies posándose con cuidado sobre la alfombra desgastada, la

respiración acelerada. Hasta que llegó a la puerta que daba acceso al salón. Sharon gemía bajo el peso de ese hombre, que buscaba con afán bajo la blusa desabrochada mientras la besaba con fuerza. Los zapatos de su madre se le habían caído a un lado del sofá.

Mallory dio media vuelta y se fue, sin importarle el portazo. Corrió sin rumbo fijo con las lágrimas anegándole los ojos, sin comprender por qué su madre se comportaba de aquel modo. No le importaban un comino, ni su padre, ni ella. A Sharon solo le importaba una cosa en este mundo: ella misma.

—Joder —dijo Connor, apretándole a Mallory la mano con más fuerza.

—¿Qué te parece?

—¿Tengo que responder a eso?

Mallory cabeceó y miró a lo lejos, dejando que el aire helado le acariciase la cara. Su madre le había hecho mucho daño en el pasado.

—A los pocos días, mientras yo estaba en el colegio, Sharon tuvo una enorme discusión con mi padre. Le echó en cara que él no había sido capaz de darle lo que ella merecía, que era un fracasado y un inútil. Hizo las maletas y se fue con ese hombre —añadió con un suspiro—. Ni siquiera se despidió de mí. Me dejó una nota en la que me decía que un día lo comprendería. Ya era un poco ilusa por aquel entonces. Nunca lo he entendido y nunca lo haré.

—Joder —repitió Connor—. No pensaba que la sangre fría de Sharon llegaba hasta ese extremo.

—Y más aún. Años después supe que ese hombre se había acostado con mi madre al día siguiente de la cena en la que mi padre nos lo presentó. Sharon fue a verle a su despacho con la excusa de interesarse por la ampliación del taller que supuestamente iba a emprender junto a mi padre y allí mismo se olvidaron del mundo. Bueno, al menos aquel hombre estaba divorciado.

—La vida de tu madre da para una serie de televisión.

—Ella misma podría protagonizarla, es una buena actriz —apostilló Mallory con desgana—. Cuando se mudó con ese hombre a Albany tres años después para una fusión de empresas que estaba a punto de hacer conoció a su hijo, Jamie Montgomery.

—No.

—Sí.

—¿Quieres decir que tu madre dejó a ese hombre por su hijo?

—Aquel hombre ya era mayor para ella, tendría por lo menos sesenta años. Su hijo se presentaba como una mejor opción: treinta y dos años, atractivo, soltero y sobre todo un empresario de éxito —relató Mallory, con expresión de hastío en el rostro.

—Toda una conquistadora —dijo Connor con sorna—. ¿Cómo conoció a Michael?

—Años después se mudaron a Nueva York. La compañía Montgomery había crecido mucho, y Jamie había perdido el interés para Sharon, pese a que vivía entre lujos. Creo que se aburrió de él. Michael fue el abogado que tramitó su divorcio. Fin de la historia.

—Por ahora —especificó Connor.

—Por ahora.

—Sharon es increíble.

Cindy le sirvió a Erin un poco más de puré de patatas y se sentó.

—¿Te ha gustado el taller del abuelo, cielo?

—Mucho. Jackson y Sam son muy simpáticos.

—Sí, son la leche —intervino Justin con la boca llena.

—¡Justin!

—Perdón, mamá.

Jonathan miró hacia su hijo y resopló.

—Justin está molesto con ellos porque le delataron justo antes de una de sus excursiones en uno de los coches que se estaba reparando en el taller, ¿verdad?

Justin le miró con desgana.

—Si tú lo dices.

—Claro que lo digo, porque es la verdad. Sam y Jackson son dos hombres íntegros, que hicieron lo que se esperaba de ellos.

—Son dos traidores.

—¿Qué? —exclamó Jonathan dejando el tenedor sobre su plato con gran estruendo.

—Nada —musitó Justin, tratando de olvidar el tema.

—Por cierto —intervino Cindy, conciliadora—, podrías llevar a Erin a dar un paseo esta tarde. El pueblo está muy bonito con las luces navideñas. Y después podrías llevarla al café y os invitaría a un batido. Mi turno termina a las diez. Podríamos venir juntos a casa.

—Está bien —aceptó Justin de mala gana, mientras los demás se lanzaban miradas de complicidad.

—¿Tienes frío?

Connor había entrado en el dormitorio y había encontrado a Mallory envuelta en una manta mirando a través de la ventana.

—Un poco.

Él la abrazó por detrás y apoyó su cabeza sobre la de ella, observando la negrura a través del cristal. Solo la luz de un par de farolas de la calle se reflejaba sobre las gotas de agua que había sobre el vidrio, arrancándole destellos dorados.

—Te quiero, Connor. Ahora comprendo lo que Harry me dijo. Pero no tengo que encontrar a alguien que se lleve las nubes, que aleje la lluvia de mí, sino encontrar a alguien con quien pueda estar bajo ella. Sí, Connor, la vida siempre va a traernos problemas, es inevitable, pero yo no quiero una persona que los aleje de mí. Quiero la lluvia, pero la lluvia contigo. Toda mi vida.

Mallory se dio la vuelta dejando caer la manta y Connor la besó con tanta ternura que todo su cuerpo se estremeció de dicha. Después la tendió sobre la cama y le hizo el amor despacio, como si buscara aprender su cuerpo de memoria.

Mallory y Connor entraron en el café donde Cindy trabajaba y buscaron a Erin con la mirada. Parecía muy feliz, sentada en uno de los taburetes de la barra junto a Justin mientras le miraba con adoración. Él parecía querer mostrarle algo en la pantalla de su tablet.

—Hola, chicos. Salimos a dar un paseo por el pueblo y decidimos acercarnos para regresar juntos a casa. Son casi las diez —dijo Mallory con una sonrisa, mientras acariciaba el hombro de Justin.

—¡Hola, mami! ¡Hola, Connor! Me estoy tomando un batido delicioso, y Justin me está enseñando la música que le gusta —explicó la pequeña sin dejar de gesticular—. Es una pasada.

—Me alegra oír eso, cariño. Me gusta que Justin y tú os llevéis bien.

Connor se sentó junto a Justin y Mallory al lado de Erin.

—Es una chulada, ¿verdad, Justin? —preguntó Erin con su característica inocencia.

—Mi madre está en la cocina. Saldrá ahora —dijo el chico, hermético como siempre—. Y si vais a quedaros a esperarla, quizás yo vaya tirando.

Justin hizo el amago de levantarse y Connor le sujetó de modo casi imperceptible para los clientes del local.

—Quédate, tío. A tu madre le gustará que regresemos todos juntos —le susurró, y este tomó asiento de nuevo. Asintió de mala gana y miró hacia la parte interior de la barra con el ceño fruncido.

—Mami, tengo que ir al baño.

Erin saltó del taburete e hizo un gracioso gesto a su madre, que enseguida le dio la mano.

—Ahora volvemos, chicos.

Connor aprovechó para apoyar los codos en la barra y pedirle una cerveza a la camarera.

—¿Cómo va todo, Justin? Tu madre nos ha dicho que has sacado mejores notas —le dijo al chico mientras esperaba su bebida.

—Bien, gracias.

El ex soldado agradeció a la camarera con un gesto y tomó un sorbo de la cerveza sin mirar a su interlocutor.

—Mi madre considera una estupidez que yo quiera tocar en el grupo. Os lo ha dicho, ¿no?

—¿Un grupo?

—No te hagas el tonto conmigo, Connor. Sé que mi madre os cuenta todo lo que hago mal, que según ella, es casi todo.

Justin apretó la mandíbula y resopló, como si estuviera muy enfadado con el mundo.

—Bueno, en eso te equivocas. Tu madre nos dijo que tu comportamiento había mejorado mucho. De hecho está contenta por tu mejoría en las notas. Creo que no estás siendo justa con ella ni con Jonathan.

Justin suspiró.

—No creo —repuso poco convencido. Se cruzó de brazos y aguardó dándole vueltas a todo.

—¿De modo que tocas en un grupo?

—Sí. Y antes de que me digas algo, tengo trece años y soy mayorcito para tomar mis propias decisiones.

—Eso es genial. Mi hermano tocaba la guitarra, ¿sabes?

Justin miró a Connor con los ojos muy abiertos. Descruzó los brazos y metió las manos en los bolsillos. Ya no estaba tan a la defensiva.

—¿En serio?

Connor asintió con melancolía.

—Yo también toco la guitarra, Connor. Y me gusta, me gusta de veras. Y me jode que ellos no me apoyen, es lo primero que encuentro que me gusta de veras.

—Esa boca. —Cindy acababa de salir de la cocina y parecía tener un radar para los comentarios de su hijo. Se alejó para recoger un par de mesas y ellos pudieron continuar su charla.

—Justin, hablaré con ellos para explicarles las cosas. No creo que estén en contra de que hagas algo que te gusta, siempre y cuando cumplas con tus obligaciones en el colegio. Ya sabes, sé inteligente. Haz las cosas bien y de ese modo conseguirás tener ese espacio que tanto deseas.

Justin cabeceó.

—Puede que tengas razón —admitió de mala gana. Le gustaba hablar con Connor, parecía comprenderle a la perfección—. ¿Tu hermano toca en algún grupo?

—No, solo lo hacía para sus conocidos. Le gustaba y tocaba, sin más. Estábamos juntos en los Navy SEALs.

—Has dicho tocaba.

—Sí. murió hace casi tres años.

—Lo siento.

—Gracias, Justin. —Connor entrechocó su botellín de cerveza contra su vaso de refresco y miró hacia arriba.

—Por él —adivinó Justin, y Connor asintió.

—Y ahora, vayamos a casa.

Cindy se puso su abrigo y su bufanda justo cuando Mallory regresaba con Erin del baño.

—¿Nos vamos? —preguntó Mallory, sin sospechar siquiera la trascendental conversación que su hermano y Connor acababan de tener.

—La cena estaba deliciosa —dijo Mallory, a la vez que se dejaba caer sobre el sofá al lado de su padre—. Cindy es una gran cocinera.

—Sí que lo es. Soy afortunado, y no me refiero solo a la comida —repuso Jonathan con la mirada en las llamas cambiantes de la chimenea—. Es una mujer excepcional.

Mallory apoyó la cara sobre el hombro de Jonathan.

—Nada más y nada menos que lo que te mereces, papá.

Él sonrió.

—Te mereces compartir tu vida con una mujer como Cindy: inteligente, generosa y buena madre.

—Y buena cocinera —bromeó Jonathan, mientras acariciaba la cara de su hija.

—Y buena cocinera, sí señor.

Las llamas cimbreadas habían acaparado las miradas de los dos.

—¿Sabes, cariño? Me alegré mucho cuando me dijiste que vendrías a visitarnos con Connor. Es un buen hombre, sé que va a cuidar de Erin y de ti como yo mismo lo haría si estuviera cerca.

—Es maravilloso, papá. Nunca pensé que yo... volvería a sentir después de perder a Harry —musitó ella, emocionada—. Pero en fin, es así. Parece que tú tenías razón y las heridas se curan.

—Siempre lo hacen, Mallory. Unas necesitan menos tiempo, otras más, pero todas terminan cerrándose. Aunque a veces quedan cicatrices más pequeñas o más grandes y hay que aprender a vivir con ellas.

—¿Como Sharon te dejó a ti?

Jonathan suspiró largamente y cabeceó.

—Lo de Sharon no es nada comparado con lo que tú has sufrido, cariño —le dijo, mientras cubría las piernas de los dos con la manta que Cindy había tejido el invierno anterior—. Pero sí, podría decirse que sí. Por suerte, siempre encontramos a personas que merecen la pena. Y no puedo guardarle rencor a tu madre, no a estas alturas de la vida. Era una inmadura y una egoísta, pero siempre será la madre de mi hija, la persona que me ha dado uno de mis tesoros más preciados.

—Te quiero, papá.

—Y yo a ti —respondió él, visiblemente emocionado—. Cuando veo en lo que te has convertido pienso que no lo debí hacer nada mal.

—Lo hiciste lo mejor que pudiste, papá. Y te estoy agradecida por ello.

—¡Mami, abuelo, hacedme un sitio que voy!

Erin se abalanzó sobre ellos y aprovecharon para hacerle cosquillas a cuatro manos. Las risas de la pequeña inundaron toda la casa y llenaron sus corazones de calor.

—¿Estás dormida?

Mallory se dio la vuelta y miró a Connor de frente en la penumbra del dormitorio.

—No puedo dormir.

—Yo tampoco.

Los dos se entrelazaron bajo las sábanas.

—Mañana es Nochebuena. No imaginaba que este año celebraría la navidad rodeado de una familia —reflexionó Connor, con Mallory pegada a su piel. Se separó un poco de ella y le sacó el camisón por la cabeza. Su melena quedó desparramada sobre la almohada. Encendió la lamparilla de la mesita y la miró—. Dios, eres tan bonita.

Comenzó por besarla en los labios y después bajó por la carne trémula de su cuello, sembrando su piel de besos. Dedicó tiempo a sus pezones rosados hasta que ella se arqueó pidiéndole más. Con los dedos enterrados en su pelo negro le guió más abajo y se abrió para él, que se enredó en su sabor. Cuando las oleadas de placer la envolvieron él subió hasta sus labios y acalló sus gemidos con sus besos. Entró en ella y en cada embestida se entregó más a ella, hasta vaciarse por completo y entregarle su corazón y su alma. Era completamente suyo.

—Ahora sí que no tengo sueño —bromeó ella, con la cabeza apoyada sobre el pecho de Connor—. Tendré que empezar a contar ovejas.

—Podemos contarlas juntos, porque yo tampoco tengo sueño.

Mallory depositó un beso suave sobre su pectoral y se acomodó de nuevo.

—Me gusta tu tatuaje —reveló Connor, siguiendo su contorno con el dedo sobre su hombro. Además me recuerda aquel viaje juntos al faro.

Mallory sonrió recordándolo.

—A mí también me gusta el tuyo. ¿Cuándo piensas enseñarme ese paisaje que decora tu espalda? —preguntó, y Connor suspiró con fuerza.

—Muy pronto, si tú quieres. Mi mejor amigo se casa en primavera, y me gustaría que me acompañases a la boda.

Mallory se incorporó y le miró a los ojos.

—Me encantaría.

—Estupendo. —Connor la besó y la abrazó, sintiéndose el hombre más afortunado sobre la faz de la Tierra.

—Buenos días, Cindy —saludó Mallory por la mañana. Al parecer, ellas dos eran las únicas que se habían levantado. Bueno, y Jonathan, que se había ido al taller al alba para adelantar trabajo.

—Buenos días, Mallory. ¿Quieres una taza de café?

—Sí, por favor.

La mujer se recogió el pelo oscuro en una coleta y le echó café en una taza. Después se la acercó.

—Quería preguntarte si te gustaría que yo preparase hoy la cena. Eres una cocinera maravillosa y lo sabes, pero me gustaría preparar algunos platos para vosotros. Además, saldrás tarde del café y seguro que llegarás cansada, por lo que podrías dejarme el trabajo a mí —ofreció Mallory con una sonrisa. Ajustó mejor la rebeca amplia que vestía y tomó un sorbo de su café.

Cindy se encogió de hombros.

—Pues claro que puedes preparar hoy la cena. Será un placer disfrutar de algunas de tus creaciones culinarias —repuso ella—. Y ahora ven aquí que quiero darte un abrazo. Sabes que para mí eres como una hija, ¿verdad?

Mallory la abrazó con fuerza.

—Lo sé, Cindy. Mi padre no podía haberse enamorado de nadie mejor. Yo también te quiero.

—¿Molesto? —intervino Connor, un poco avergonzado por haber irrumpido en la estancia en aquel momento. Se dio media vuelta y estaba a punto de marcharse cuando Cindy dijo:

—Por supuesto que no. —Y le invitó a acercarse a ellas con un gesto—. Jonathan y yo no podríamos estar más contentos con lo vuestro. Y ahora que estáis los dos aquí me tenéis que prometer que nos vais a visitar más a menudo. Jonathan sufre porque dice que se pierde muchas cosas de la infancia de Erin.

—¡Ah, no! —se quejó Mallory—. La siguiente visita os toca a vosotros.

—Bueno, haré lo que pueda. Ya sabes lo difícil que es sacar a tu padre de su taller.

Cuando una semana después Connor y Jonathan cargaron el equipaje en el coche, Erin se despidió de Cindy con un abrazo muy largo y muchas lágrimas, sin soltar ni un momento la muñeca que Santa Claus le había dejado el día de navidad. Jonathan recibió otro tanto, y cuando al fin salieron de la calle donde los Norton vivían, Max tuvo que lamer la cara de la niña hasta que por fin dejó de llorar. Incluso Justin parecía triste en la despedida. Pero en pie quedaron las promesas de visitas más frecuentes, en uno y otro lado.

Jack le dio un abrazo a Mallory nada más verla poner un pie en el restaurante y casi le aplasta las costillas.

—¡Jefa, qué alegría verte por aquí de nuevo!

—Por el amor de Dios, Jack, no puedo respirar —se quejó ella, todavía retenida entre aquellos brazos. Cuando el jefe de camareros aflojó la presión, ella se palpó el cuerpo y verificó que todo estaba en su sitio—. Yo también me alegro de verte, Jack. ¡El restaurante está realmente precioso!

Jack se apartó un poco de ella y se cruzó de brazos con orgullo. La nueva decoración le había llevado muchas horas, pero lo había conseguido: *Mills* tenía ahora una imagen renovada, mucho más actual y acogedora.

—¿Te gusta, jefa?

—¡Me encanta!

—Debo decir que no solo ha sido cosa mía, todos hemos colaborado en esto —aclaró Jack, aunque él había llevado a cabo gran parte del trabajo. Había pasado días enteros allí, llevando a cabo aquella sorpresa, y bastantes noches. De todos modos, debía reconocer que Sharon le había ayudado mucho.

—Pues muchas gracias a todos —agradeció con los ojos brillantes—. No creo que pudiera tener un equipo mejor. Una familia mejor —rectificó.

Rosie salió de la cocina y se echó también en los brazos de la jefa.

—Bienvenida, Mallory —le dijo, justo antes de estamparle un beso en la cara.

—Yo también os he echado de menos, chicos —les dijo a todos con una sonrisa—. Y especialmente a mi Rosie —susurró en el oído de la cocinera, y esta se irguió orgullosa y alisó su delantal disimulando—. Tenemos una nueva temporada por delante y tendremos que trabajar duro, pero eso es algo que todos sabemos hacer muy bien. Gracias por haber estado a mi lado durante tiempos difíciles, y ahora a trabajar.

Todos ocuparon sus respectivos quehaceres, menos Rosie, que acompañó a Mallory hasta su pequeño despacho.

—¿Cómo ha ido todo? —le preguntó, a la vez que se sentaba. Mallory lo hizo también en el viejo sillón.

—Muy bien. Estoy viviendo uno de los mejores momentos de mi vida. Lo mío con Connor va fenomenal, su tratamiento con Abby realmente está funcionando y Erin está encantada de que Connor haya decidido quedarse con nosotras. Todo es perfecto. Casi siento miedo de que todo se esfume como en un sueño. Ya sabes, cuando todo va tan bien piensas que en cualquier momento puede pasar algo que lo arruine —reveló con las manos cruzadas sobre uno de los libros de cuentas.

—Te mereces esta paz, Mallory, no pienses tonterías. Todo va a ir bien.

Mallory cabeceó.

—Eso espero. Estoy harta de sustos. Quiero tranquilidad, nada más.

—Y la tendrás.

—¿Sabes? Connor me ha dicho que su mejor amigo se casará en primavera. Quiere que lo acompañe.

Rosie la miró con los ojos brillantes.

—¡Eso es estupendo! Te hará bien tomarte unos días libres, y...

—¡Pero Rosie, si acabo de regresar!

La cocinera se rio entre dientes con su característica afabilidad.

—Lo sé, pero has trabajado tanto durante los últimos años que bien te mereces más vacaciones.

Tú déjalo todo en nuestras manos —dijo con convicción.

Alguien llamó a la puerta cortando la conversación.

—Adelante.

—¿Puedo pasar?

—Hola, mamá —saludó Mallory con corrección. Había reflexionado mucho sobre su relación últimamente y hablado mucho con su padre sobre lo que pasó. La conclusión era que todo tenía que seguir su curso, no servía de nada el resentimiento.

—¿Qué tal por Middlebury? —preguntó la mujer, como si el propio nombre del pueblo se le atragantara en la garganta. Pasó al despacho y se quedó de pie junto a la puerta cerrada, vestida con su traje gris y su abrigo de paño blanco.

Rosie la miró con los labios apretados.

—Muy bien, gracias.

Sharon se quedó esperando algún otro detalle, pero tal cosa no se produjo.

—Por cierto, Rosie me comentó el otro día que has alquilado un apartamento. Así que nos dejas.

—Sí. Es un estudio muy pequeño, pero suficiente para una persona. Está cerca de tu casa, por lo que así podré ir caminando a visitaros más a menudo.

Mallory asintió.

—Eso está bien. Además...

—¿Cómo está tu padre? —le cortó Sharon con su atropellada pregunta. Después mordió su labio inferior, como si hubiese hablado más de la cuenta.

—Muy bien, la verdad. Su vida con Cindy es cuanto necesitaba. Está tranquilo con su familia, el negocio marcha francamente bien y hemos quedado en vernos más a menudo —relató Mallory de forma atropellada. ¿Por qué se interesaba ahora por él? No quería ni pensar que Jonathan se hubiera convertido en una opción ahora que estaba sola. Sacudió la cabeza e intentó alejar esos pensamientos poco tranquilizadores de su mente.

—Oh, me alegro. Jonathan se lo merece —dijo nada más. Después se dio la vuelta y abrió la puerta de nuevo—. Voy a cambiarme para comenzar.

—Vale, mamá.

Cuando la puerta se cerró Rosie miró a Mallory con el interrogante pintado en la cara.

—¿A qué ha venido eso?

Mallory hizo una mueca y cogió un lapicero del portalápices con una imagen de *Mills*. Lo hizo girar entre sus dedos mientras meditaba la respuesta.

—No lo sé. Y espero que no haya significado nada.

Rosie asintió pensativa.

—Yo también lo espero.

—¿Cómo va la fiesta de inauguración de esta noche? —preguntó Mallory, tratando de desviar su atención hacia temas de trabajo.

—Bien. Ayer estuve adelantando trabajo para que esta noche fuese algo más tranquila.

—Cuéntame los detalles del menú.

Mills realmente brillaba aquella noche. Las velas colocadas por doquier, la nueva decoración, de la que Jack se había ocupado durante la ausencia de Mallory, la suave música, todo invitaba al

disfrute de los numerosos clientes que abarrotaban el local.

La jefa iba de una mesa a otra para verificar que todo estuviese saliendo a la perfección, controlaba los platos en la cocina, ayudaba a Russell con la selección de vino para aquella cena especial en forma de buffet. Parecía una abeja trajinando de aquí para allá, por eso cuando la puerta se abrió y entró un hombre elegante, ataviado con abrigo y paraguas, no se percató de su llegada. Este se quedó de pie junto a la puerta y esperó a que alguien lo atendiese, sin dejar de observar a los clientes que escogían comida en la zona en que se había dispuesto el buffet. Cuando Jack le señaló a Mallory que había llegado alguien inesperado y miró hacia la barra, se quedó muda de repente. Caminó hacia él y los dos se fundieron en un abrazo de afecto mutuo.

—¡Michael, qué alegría verte!

Él sonrió y miró hacia Mallory con una gran sonrisa en los labios.

—También lo es para mí. ¿Cómo va todo?

—Bien, gracias. Acabamos de reabrir el restaurante. Hemos tenido cerrado durante las fiestas navideñas.

—Lo sé. Llevo unos días en Bar Harbor. Leí en el cartel de la puerta que hoy haríais la fiesta de inauguración. He venido a ver a Sharon —le explicó antes de que ella preguntara.

—Sharon está en la cocina, ayudando a Rosie con los platos de esta noche.

Connor y Erin llegaron en ese momento y la niña enseguida se fue a saludar al abogado.

—Buenas noches, señor Cooper. Es un placer volver a verlo —dijo con solemnidad, y los tres la miraron con adoración.

—Hola, Erin. También para mí es un placer volver a verte —repuso Michael estrechándole la mano con una sonrisa.

—¿Recuerdas a Connor Sterling, Michael? —repuso Mallory.

—Claro que sí.

—Hola, señor Cooper —dijo Connor a la vez que le estrechaba la mano.

Erin le tiró de la chaqueta al abogado.

—¿Has venido a ver a la abuela?

Él asintió.

—Pues está ahí.

Erin señaló con su dedito hacia la mujer, que estaba ataviada con su uniforme de trabajo de *Mills* y portaba una bandeja de deliciosos pasteles de marisco. Se quedó petrificada al verlos junto a la puerta, y tardó unos segundos en depositar su carga sobre la mesa donde se disponía el buffet. Llevaba el cabello cubierto por un pañuelo negro con el logotipo bordado del restaurante en letras azules, a juego con el resto de su uniforme. Miró hacia su ex marido con los ojos muy abiertos y por un momento pareció que se iba a precipitar directamente contra el suelo. Pero se apoyó sobre la mesa y, tras recuperarse momentáneamente, emprendió la huida hacia la cocina.

—¡Sharon! —exclamó él, y su potente voz resonó por encima de la música. Todos los clientes se volvieron para mirarle—. Espera un momento, debo hablarte.

Pero ella hizo caso omiso de sus palabras y se esfumó en la cocina, donde se sentía protegida entre fogones.

Mallory sonrió a sus clientes y les hizo un gesto restando importancia al asunto. Ellos retomaron sus cenas y las conversaciones continuaron.

—¿Quieres cenar algo?

Michael negó.

—Quiero hablar con ella —respondió categórico.

—Espera un segundo. Trataré de convencerla para que te reciba.

El abogado cabeceó con los labios apretados, poco convencido. Sharon era terca y su hija no lograría nada, estaba seguro. Aun así, aguardó con Connor a que Mallory regresara.

Mallory entró en la cocina como una exhalación.

—Mamá...

Sharon disponía los postres en pequeños cuencos y realizaba una preciosa decoración. Levantó los ojos hacia su hija y le lanzó una mirada furibunda.

—Ni mamá ni nada. ¿Crees que es el momento de hablar? ¿Después de cómo me he humillado ante él? Jamás pensé que volvería el muy... ¡Aaah! —se quejó, contrariada, y golpeó su casaca con las manos—. Me había hecho a la idea de que no volvería a verle.

—Pero...

Rosie intentó concentrarse en su trabajo, aunque era difícil con aquella escena. No comprendía el comportamiento de Sharon, si no había dejado de suspirar por Michael durante todos aquellos meses.

—Ni pero ni nada. Estoy harta de necesitar un hombre en mi vida. Puedo arreglármelas sola.

Mallory abrió la boca con asombro, pero no dijo nada.

—Dile que se vaya por donde ha venido.

—Bien. Si eso es lo que quieres.

La dueña del restaurante regresó al comedor y negó con la cabeza. cuando llegó hasta donde Michael se encontraba solo le dio dos palabras:

—Lo siento.

Él asintió compungido.

—De acuerdo. Lo comprendo. Me hospedo en el International, por si cambia de idea.

Mallory asintió con tristeza, y Connor le dio la mano para infundirle ánimo.

—Tal vez necesite tiempo —le susurró.

—Tal vez.

Sharon se cambió de ropa cuando la fiesta terminó y estaba a punto de irse a casa cuando su hija le pidió que la esperara. Connor hacía rato que se había marchado con Erin para acostarla.

Hacía frío, y Mallory ajustó la bufanda alrededor de su cuello para intentar minimizarlo. Caminaron hasta el muelle en silencio, arrojadas por el sonido ronco del mar.

—Deberías hablar con él.

—No puedo. ¿Qué le diría? —se quejó ella, con amargura en la voz—. Ya ni siquiera sé si quiero volver con él a Los Ángeles.

—No me mientas. No a mí, por favor. Te conozco y sé cuánto le extrañas, cuánto extrañas tu vida allí.

Sharon cabeceó y miró hacia el agua oscura salpicada de reflejos plateados de la luna que se asomaba tímidamente entre los nubarrones.

—Tal vez sí. Pero empezaba a acostumbrarme a valerme por mí misma, y me gusta la sensación.

Mallory la miró con orgullo.

—Eso está bien. También podrás hacer cosas si regresas a Los Ángeles con Michael, no te estoy diciendo que vuelvas a ser un objeto decorativo —le dijo medio en broma, y su madre la fulminó con la mirada—. Sabes que vales mucho, mamá. Nos lo has demostrado a todos y también a ti misma. Has trabajado duro para mantener *Mills* a flote, igual que hemos hecho todos.

—Gracias, cariño —repuso la mujer de mala gana. No le gustaba desnudar sus sentimientos, en

eso poco había cambiado.

—Ve a verle al International. No pierdes nada por darle una última conversación.

Sharon asintió.

—De acuerdo.

La recepcionista del Hotel International miró a Sharon con la mejor de sus sonrisas.

—Buenos días, ¿puedo ayudarla en algo?

—Sí. ¿Podría avisar a uno de sus huéspedes que Sharon Cooper quiere verle?

—Desde luego.

—Su nombre es Michael Cooper —dijo Sharon, con el corazón a punto de salirse del pecho.

Apretó su pequeño bolso de Vuitton y aguardó a que la empleada se comunicase con él.

—Me ha pedido que le diga que lo espere en el restaurante. Él bajará en diez minutos.

—Muchas gracias.

Sharon se dirigió al elegante restaurante del hotel y tomó asiento en una mesa junto a las cristaleras que daban directamente al mar. Observó las nubes negras que tapizaban el cielo aquella mañana y suspiró tratando de recobrar la compostura. Parecía que fuese a encontrarse con un amor de instituto y no con su ex marido. Estaba excitada y emocionada a partes iguales. Y también tenía miedo. No estaba acostumbrada a ello, pero debía reconocer que lo tenía.

Cuando al fin Michael irrumpió en la estancia vestido con pantalón oscuro y americana verde pistacho, con un pañuelo de rayas en lugar de corbata, elegante y atractivo, su corazón dio un vuelco y estuvo tentada de salir huyendo. En cambio, se puso de pie y aguardó a que él llegara hasta su posición. Dejó que la besara en la mejilla y trató de esconder su turbación tras una sonrisa forzada. Su perfume habitual le provocó un cosquilleo.

—Buenos días, Sharon. Ha sido una alegría saber que te encontrabas aquí.

—Buenos días, Michael. Para mí también ha sido una alegría saber que habías vuelto a Bar Harbor —dijo ella, mientras los dos se sentaban. Observó el fino mantel de hilo y el arreglo floral y respiró hondo—. Me gusta tu nuevo look.

—Gracias.

Sharon le observó con detenimiento. Parecía haber envejecido desde la última vez que lo vio junto a su asistente en la cocina de *Mills*, aunque conservaba su atractivo y esa elegancia innata que la había conquistado. Su pelo gris estaba peinado en forma de elaborado tupé a la moda del momento, y se había dejado una barba hipster muy desenfadada.

—Tú también estás muy guapa.

El camarero se acercó y tomó nota de su desayuno sin percatarse de la sonrisa de enamorados de aquellos dos.

—¿Qué has hecho durante este tiempo? —preguntó Michael mientras jugueteaba con uno de los cubiertos de plata que había sobre la mesa.

—Me incorporé a la plantilla de *Mills*, como pudiste comprobar anoche. Trabajo como ayudante de cocina, limpio y hago lo que se necesite en cada momento —repuso Sharon, a la vez que le daba vueltas al anillo de brillantes que Michael le había regalado en su primer aniversario de bodas.

Él movió la cabeza en señal de admiración.

—Me dirás que soy un loco, pero estoy muy orgulloso de ti.

Sharon le miró con el pecho hinchado de gozo.

—Me he demostrado muchas cosas. No creí ser capaz de... bueno, de valerme por mí misma. Y lo he conseguido.

—Es estupendo, Sharon —añadió Michael, sin dejar de mirarla mientras el camarero disponía un pequeño banquete frente a ellos—. De verdad.

Ella no contestó. Se limitó a servirse un poco de fruta fresca recién cortada y a darle vueltas a su té de forma mecánica.

—Mallory está con Connor, ¿lo sabías? —dijo al fin, antes de probar la deliciosa piña.

—Lo vi anoche en *Mills*. Erin parecía estar encantada con él.

—Lo está, te lo aseguro. Y aunque al principio yo misma tuve mis reservas sobre él, creo que es un buen hombre y las va a hacer muy felices. Es pescador.

Él asintió, pensativo.

—Me alegro por Mallory. Se merece ser feliz.

—Desde luego que sí. En ocasiones creo que ella es la madre y yo la hija —reveló Sharon con una sonrisa triste—. Es mucho más madura que yo, siempre lo ha sido. Si de algo ha servido mi estancia aquí ha sido para limar asperezas. Aunque sé que lo que hice no tiene arreglo, pero al menos me he acercado a ella y a mi nieta, que ya es algo.

—Mallory es una mujer muy especial. Pero no podía ser de otro modo tratándose de la hija de una mujer muy especial.

Sharon sonrió azorada.

—Y dime, ¿tienes pensado quedarte muchos días en Bar Harbor? —le preguntó, intentando desviar el tema. Probó su té en aquella maravillosa taza de porcelana y después le miró sin pestañear.

—Eso depende.

—¿De qué? —preguntó ella tras tragar saliva a duras penas.

—De ti.

Sharon sintió que su corazón se aceleraba de nuevo. Y cuando Michael se levantó dejando la servilleta sobre la mesa y se inclinó hasta dejar una de sus rodillas sobre el suelo, creyó desvanecerse de dicha. Él le tomó las manos entre las suyas y la miró con devoción.

—¿Quieres convertirte en mi esposa de nuevo?

Los demás clientes se volvieron hacia ellos sin dar crédito, y se escucharon exclamaciones de admiración. Sharon asintió con los ojos llenos de lágrimas, y cuando Michael se puso de pie lo abrazó y dejó que él la besara hasta sellar su pacto. Volvería a Los Ángeles, a su antigua vida, a él.

—Mamá, me alegro mucho por ti, por los dos —dijo Mallory mientras abrazaba a su madre en el salón de su casa. Michael estaba hablando con un cliente en el porche a través de su teléfono móvil y Connor estaba sentado con Erin en el sofá.

—Gracias, cariño. Gracias por todo. —La miró con los ojos brillantes—. Por abrirme las puertas de tu vida cuando más te necesitaba, por apoyarme y darme un empleo para poder subsistir.

Mallory suspiró con fuerza.

—No hay de qué. Lo he hecho con gusto. He podido disfrutar de mi madre como nunca antes en mi vida.

—Ojala...

—Chsss... —la acalló Mallory, con los dedos sobre sus labios—. No digas nada. Ahora debemos mirar hacia delante nada más.

Sharon asintió y la abrazó de nuevo.

—Os voy a echar mucho de menos. Ven aquí, Erin, necesito que me abras fuerte para poder marcharme.

La pequeña corrió hacia su abuela y se encerró entre sus brazos.

—Yo también te voy a echar de menos, abuela.

—Puedes venir a visitarme a Los Ángeles cuando quieras. Allí viven muchos famosos, ¿sabes?

—¡Genial! Claro que iré a visitarte, abuela.

Michael entró en la casa de nuevo y les miró con una sonrisa en la cara.

—¿Nos vamos? —preguntó, emocionado por la escena. Guardó su teléfono móvil en el bolsito y le dio un beso de despedida a Mallory. Después Connor le estrechó la mano.

Sharon se acercó al ex soldado y le miró con expresión seria.

—Cuida de mis pequeñas —musitó antes de darle un abrazo también a él.

—Por supuesto que las cuidaré.

Mallory tomó de la mano a Erin y Connor las siguió hasta el porche delantero, donde el taxi aguardaba. Se despidieron de ellos agitando la mano y después entraron de nuevo a la casa. Parecía que las aguas comenzaban a regresar a su cauce.

Un par de semanas después Mallory aparcó la camioneta junto al colegio y se bajó para esperar a Erin. Connor se había ido al puerto para ver a Nicholas, que ya había regresado de sus vacaciones. Torció el gesto al divisar a Brittany Morris, y aún más cuando la vio venir caminando hacia ella, embutida en un abrigo largo de paño y subida a un par de botas marrones de tacón alto. Miró de reojo hacia sus viejas botas australianas de lana y sus vaqueros gastados y apretó los labios, contrariada.

—¡Hola, Mallory! —exclamó antes de llegar hasta su posición. Esta respiró hondo e intentó esbozar una sonrisa.

—Hola, Brittany. ¿Cómo estás?

—Oh, bien, bien. Pero dime, ¿cómo estás tú? —preguntó con su voz de pito. Ajustó mejor su bolso sobre su hombro derecho y se quedó parada delante de Mallory como si esperara que le contase algo.

—Muy bien, gracias.

—¿Cómo está Connor?

Mallory trató de adivinar las intenciones de aquella mujer, que, por supuesto, no podían ser buenas.

—Está muy bien, gracias —repuso ella con desgana. ¿Es que la sirena que anunciaba el fin de las clases no iba a sonar nunca?

—Me sorprendió no verle aquí hoy. Últimamente viene casi siempre a recoger a Erin. Hablamos mucho. Es encantador —opinó ella, a la vez que ahuecaba las ondas perfectas de su pelo.

Mallory la miró contrariada. ¿Qué demonios...? Y entonces la sirena que anunciaba el fin de las clases sonó.

—Estupendo —dijo Mallory a duras penas, tragándose su orgullo. Lo que le faltaba, que Connor se hiciese amigo de esa arpía.

—Por cierto, las chicas y yo nos preguntábamos si querías unirse a nuestro club de amas de casa. Ya sabes, es interesante. Nos reunimos una vez por semana para intercambiar recetas de cocina, hablar de los niños y ese tipo de cosas. Este viernes nos reuniremos en casa de Kimberly.

Mallory la miró como si hubiese enloquecido.

—Creo que no, gracias. Me temo que el restaurante se lleva la mayor parte de mi tiempo. Quizás en otro momento —se excusó, harta de aquel parloteo sin sentido.

—Bueno, tú misma —añadió Brittany haciendo una mueca—. Todas nos alegramos de que al fin hayas decidido encauzar tu vida, aunque por desgracia sea con una persona que no contribuirá a que

puedas dejar de trabajar. Pero, en fin, así es la vida, ¿verdad? Uno no decide de quién se enamora.

Mallory la miró mientras sentía cómo le hervía la sangre en las venas.

—Ya. Por suerte para mí, tengo un negocio que me va de maravilla y no dependo de ningún hombre para poder hacer lo que me venga en gana. Y ahora, si me disculpas, tengo prisa —remató ella mientras echaba a andar para recibir a Erin, que venía corriendo hacia ella. Le dio un beso, la cogió de la mano y la llevó a toda prisa a la camioneta, dejando a Brittany Morris con la mandíbula desencajada, sin oportunidad de contraatacar.

Esa noche Mallory llegó pronto a casa tras el servicio de cenas. Erin ya estaba acostada, y Connor estaba leyendo en la cama cuando ella entró en el dormitorio.

—Hola, cariño. ¿Cómo ha ido? —preguntó él con una sonrisa—. ¿Y mi beso?

—Bien.

Mallory hizo caso omiso de la petición de Connor y se fue directa al baño. Cuando salió ya llevaba puesto el camisón. Él había cerrado el libro, lo había dejado sobre la mesita y aguardaba con los brazos cruzados.

—¿Ocurre algo?

Ella le lanzó una mirada furibunda por toda respuesta. Se quitó los pendientes y los dejó sobre la cómoda.

—¿Mallory?

—Así que hablas mucho con Brittany Morris en el colegio —le espetó con ganas. Se volvió hacia él y le miró sin pestañear.

Connor la miró sin entender nada.

—¿Cómo dices?

Ella rodeó la cama y apartó el cobertor y la sábana con fuerza para dejarse caer sobre su lado del colchón.

—Sí, no te hagas el tonto conmigo. Además me dijo que *eras encantador* —se burló, imitando la voz de pito de Brittany. Después hizo una mueca y se tumbó de lado, dándole la espalda.

Connor no pudo reprimir una carcajada. Se apoyó sobre un codo y acarició el hombro de Mallory, y ella se apartó con brusquedad.

—Por el amor de Dios, Mallory, lo que esa mujer te ha dicho no es verdad.

—Sí, seguro —escupió ella con rabia, sin moverse un ápice de su posición—. Bien que te habrás fijado en esas tetas falsas y en ese encanto que derrocha con todo el mundo.

—¿Estás celosa?

Connor se desplomó en la cama entre risas. Después limpió una lágrima que estaba a punto de escapar de su ojo izquierdo y colocó los brazos cruzados bajo la cabeza, mirando al techo.

—No me gusta quedarme pegado al maquillaje cuando le doy un beso a una mujer. ¡Por Dios, Mallory, no me gusta Brittany Morris! Ni tampoco ninguna otra. Me gustas tú.

Ella se dio la vuelta despacio y le miró con la cara apoyada sobre la almohada.

—Me gusta tu sonrisa y el brillo de tu mirada cuando planeas algo para el restaurante. Me gusta tu pelo, tus labios rosados sin rastro de carmín, tu voz cuando le cantas a Erin una canción. Me gusta el lunar que tienes en tu hombro, junto al tatuaje. Y sobre todo me gusta tu fuerza, tu determinación, tu valentía. Eres la mujer más maravillosa que he conocido, Mallory Mills, y te quiero.

Connor acarició la mejilla de Mallory y después la besó.

—Jamás tengas dudas de lo que siento por ti. Voy a estar en la lluvia contigo, ¿recuerdas?

Y entonces dejó que él la amara como siempre hacía, entregándole su alma en cada caricia.

Mallory bajó la ventanilla de la camioneta y aspiró la brisa primaveral de Montana con los ojos entrecerrados. Después miró a Connor, que conducía en silencio a través de aquel verde paisaje. Habían decidido tomarse unos días libres para la boda de Jim y Susan, dejando a Erin con Rosie en Bar Harbor.

—Esto es precioso.

—Sí que lo es.

—Tengo ganas de conocer al pequeño Joey.

—Te gustará —afirmó Connor con una sonrisa—. Es el vivo retrato de mi hermano, ya lo verás. y también te gustará Megan, estoy seguro.

Cuando al fin entraron en Darby, Mallory lo observó todo con atención: las tiendas, los coches aparcados a un lado de la carretera, la gente.

—Aquel es el bar de Holly. Vendremos esta noche o mañana, si quieres —repuso Connor—. Era el punto de encuentro de todos, donde veníamos a tomar una cerveza o a jugar una partida de billar. Holly es como una madre para todos, se quedó hecha polvo cuando Joey murió. Nos conoce desde que éramos unos críos, cuando jugábamos con su hija.

—¿Su hija también es de vuestro grupo?

—Lo era, aunque tiene algunos años menos que nosotros. Evelyn dejó Darby para estudiar Medicina, su gran sueño, y por lo que me contó Holly, trabaja en un hospital en Seattle.

Mallory asintió al ver que el coche seguía su camino y salía de la población.

—El rancho de los Sterling está unas pocas millas al sur, llegaremos enseguida —aclaró él con el corazón acelerado. Estaba emocionado, al fin le presentaría a sus padres a Mallory, la mujer que le había salvado.

La casa de madera azul les recibió con una estampa totalmente diferente a la que Connor había visto en Navidad. Ahora, las macetas de las ventanas estaban llenas de flores y los parterres que había a ambos lados del porche de la entrada estaban a punto de convertirse en una explosión de fucsias y rosados.

—La casa de tus padres es muy bonita. Casi puedo imaginarte correteando por aquí cuando eras un niño —dijo Mallory con una graciosa mueca. Bajó del coche y estiró sus miembros entumecidos.

Connor sacó el equipaje y se dirigió a la entrada seguido por su compañera de viaje. Después hizo sonar el timbre. Una mujer vestida con unos vaqueros desgastados y un blusón de lunares abrió y les mostró su mejor sonrisa. Llevaba el pelo oscuro salpicado de canas recogido en la coronilla.

—¡Connor, bienvenido a casa! Qué ganas tenía de verte —reconoció, a la vez que lo abrazaba con fuerza—. Veo que todavía no te has deshecho de esa barba, ¿eh? Y tú debes de ser Mallory, ¿no es así?

Ella asintió.

—Hola, señora Sterling —saludó mientras le alargaba la mano con timidez.

Jane la encerró entre sus brazos y le estampó después un beso en la mejilla. La miró sujeta por los hombros y le dijo:

—Oh, no, no. Nada de señora Sterling, llámame Jane. Tenía tantas ganas de conocerte que no me puedo creer que estés aquí —añadió la encantadora mujer—. Pero pasad, no os quedéis ahí plantados. He preparado tarta y café.

Dejaron el equipaje en el vestíbulo, se asearon mínimamente y se sentaron en la cocina, junto a la

ventana. Jane les sirvió café y dos pedazos de tarta y tomó asiento con ellos.

—¿Cómo ha ido el viaje? Estaréis cansados.

Connor asintió.

—Ha ido bien. El tiempo es fabuloso.

—Desde luego —opinó Jane tras tomar un sorbo de su taza—. Jim y Susie van a tener un buen día. Estaban asustados, porque hemos tenido unas semanas muy lluviosas.

—Menos mal entonces —dijo Mallory, que estaba degustando la tarta.

—Sí, y más teniendo en cuenta que el banquete se celebrará en el rancho de Jim, al aire libre.

—Os he preparado la cama en tu dormitorio, cariño. Supuse que te gustaría estar allí. He juntado las dos camas... y listo. ¿Te parece bien? —preguntó Jane.

—Sí, mamá, me sentiré más cómodo en mi habitación. Gracias.

—El pastel es delicioso —intervino Mallory.

—Gracias, cielo. Es una antigua receta de familia, si tienes interés puedo apuntártela para que te la lleves. A Connor y a Joey les encantaba cuando eran niños, ¿verdad, cariño?

Connor asintió con una sonrisa.

—Creo que subiremos a darnos una ducha. Después de la cena quiero llevar a Mallory hasta el bar de Holly para saludar a los demás.

—Bien, cariño. Os he dejado toallas limpias en el armario del baño. Si necesitáis algo decídmelo. Estaré aquí abajo.

Los dos subieron al piso de arriba y caminaron hasta el final del pasillo.

—Aquí es —dijo Connor—. Mi habitación. Nuestra habitación.

Mallory asintió comprendiendo sus palabras y entró tras él. La estancia era muy acogedora, con sus paredes pintadas de azul pálido y sus estantes blancos cargados de recuerdos. Las fotografías de los dos hermanos mostraban únicamente felicidad. Una enorme y desgastada alfombra de rayas vestía el suelo junto a las camas, ahora convertidas en una sola.

—Así que este es Joey —musitó Mallory, a la vez que cogía una de las fotografías y la miraba con detenimiento.

Connor se acercó y la miró. En ella los dos posaban montando a caballo junto a uno de los establos.

—Os parecíais mucho.

Él cogió otra imagen en la que posaba todo el grupo en un día de verano.

—Mira, este es Jim. Esta niña de aquí es Evelyn. Estos son Mike, John y Pat, junto a mi hermano y a mí. Y la chica de la trenza es Dinah. Esta chica rubia es Megan.

—¿Y la novia de Jim?

—Susie se mudó a Darby dos o tres años más tarde. No nació aquí como nosotros.

—Entiendo.

Connor la abrazó por detrás.

—Creo que necesito una ducha.

—¿Ah, sí? —le siguió el juego Mallory, mientras él deslizaba las manos alrededor de su cintura.

—¿Te apetece ducharte conmigo?

Ella se dio la vuelta y le besó.

—Es una buena idea.

—Tu padre es un encanto —le dijo Mallory a Connor cuando se subieron en la camioneta

después de la cena para ir al bar de Holly.

Connor la miró con una sonrisa.

—¿De quién crees que lo he heredado? —bromeó.

—Ya —se quejó ella con un mohín fingido—. Estoy pensando que a lo mejor prefieres ir sin mí, ya que eres tan encantador y no te va a faltar compañía.

—Conduce y calla —repuso Connor, poniendo la mano sobre el muslo de la mujer.

—¡Eh! No se puede molestar al conductor, ¿es que no lo sabes?

—Perdón —se disculpó él, con cara de no haber roto nunca un plato—. Es que este conductor es muy sexy.

Había muchos coches aparcados junto al bar de Holly cuando llegaron. Se dieron un beso rápido antes de bajar de la camioneta y entraron en el local, donde la música alta los recibió. Varias parejas bailaban al son de una canción country, otros clientes bebían en la barra o jugaban al billar, como de costumbre.

—Ahí están —dijo Connor con Mallory de la mano, tirando de ella hasta donde se encontraban los billares—. Buenas noches —saludó al grupito, y ellos estudiaron a Mallory con interés.

—Hola, tío —repuso Jim con la mejor de sus sonrisas. Se acercó a Connor con el taco de billar en la mano y le abrazó con fuerza. Después se volvió hacia su acompañante—. Y tú debes de ser Mallory. Yo soy Jim.

Ella asintió.

—Es un placer, Jim.

—Lo mismo digo —añadió él a la vez que le hacía un gesto a Susan para que se acercase—. Y esta es Susie, mi prometida.

La mujer, que ya había repasado de arriba abajo a la recién llegada en cuanto había puesto un pie en el bar de la mano de Connor, hizo un esbozo de sonrisa y le estrechó la mano a Mallory.

—Hola, Susie —dijo Mallory.

—Hola, Mallory. Bienvenida a Darby. Aquí no hay langostas —intentó bromear, y los demás la miraron sin comprender sus palabras. Ella, ajena a todo, se sentó en un taburete cerca de la mesa de billar y cruzó las piernas enfundadas en unos vaqueros ajustados y botas camperas.

Connor intervino para alivio general.

—Estos son Mike y Pat. Aquel de allí es John y las chicas Dinah y Ally. Dinah es la novia de Pat.

Mallory asintió y les saludó con un gesto mientras ellos hacían lo mismo. Ally se acercó a ellos y dijo:

—Hey, enseñémosle a Mallory cómo bailan las chicas de por aquí —pidió mientras tomaba de la mano a la recién llegada y la arrastraba hasta la pista improvisada a un lado. Sonaba *Man, I feel like a woman*, de Shania Twain, y las cuatro mujeres se pusieron a bailar con energía. Incluso la estirada de Susie pareció divertirse de verdad, aunque sin perder detalle de lo que Mallory hacía. Esta miró hacia Connor con complicidad y se dejó llevar por la música.

—¿Juegas? —intervino Jim con un taco para Connor en la mano. Se lo alargó y señaló hacia la mesa con un gesto.

—Claro —respondió Connor, mientras Jim colocaba las bolas—. Siento mucho haberme perdido tu despedida de soltero.

Jim le miró de reojo.

—No pasa nada. Estabas un poco lejos, ¿recuerdas? Además fue algo sencillo, los chicos, unas cervezas y poco más. Lo importante es que estás aquí para la boda.

—No puedo creer que vayas a casarte.

—Tarde o temprano hay que sentar la cabeza, ¿no crees? No hay nada como tener una mujer a tu lado —opinó Jim mientras colocaba su taco sobre la mesa y golpeaba la bola.

Connor cabeceó y desvió la mirada hacia Mallory, que se divertía con las chicas.

—Supongo que tienes razón.

—Está loco por Susie, ¿verdad, Jim? —intervino Mike entre risas justo antes de probar suerte con las bolas.

—No me digas que a ti no se te ha pasado por la cabeza pedirle a Mallory que se case contigo —soltó Jim, observando los tiros de los demás.

Connor cabeceó apoyado contra la pared revestida de madera.

—Lo nuestro es más complicado. Quiero estar más recuperado para cuando llegue ese momento.

Jim no pudo más que asentir.

—Lo comprendo, tío. Pero estás viviendo con ella, por lo que al final es prácticamente lo mismo.

Pat replicó.

—No es lo mismo...

Los demás rieron. Finalmente John empezó la partida, y pronto las chicas se unieron a ellos. Les vieron jugar durante un rato y volvieron a la pista a bailar. Cuando la partida terminó, Jim propuso empezar de nuevo.

—No, yo paso. Voy a bailar con mi chica —dijo Connor, a la vez que iba hasta la pista en busca de Mallory. Acababa de empezar a sonar *Tomorrow*, de Chris Young, y no pudo evitar mirarla con intensidad—. ¿Bailas?

Ella asintió mientras tragaba saliva. La miraba con los ojos brillantes, con tanta adoración que pensó que se derretiría sobre aquellos listones gastados de madera. Enlazó las manos alrededor de su cuello y sintió los latidos apresurados de su corazón cuando sus fuertes manos se apoyaron en su cintura. Lo amaba tanto que en ocasiones le parecía que aquello no podía ser real.

Se abrazaron y todo lo demás desapareció a su alrededor. Solo estaban ellos dos y las notas de aquella canción. Eran solamente dos corazones destrozados que se habían encontrado en medio de la lluvia, destinados a sanar sus heridas mientras se daban cuenta de que la vida todavía tenía sentido para ellos.

—Te quiero —susurró Connor, muy cerca del oído de Mallory.

Ella volvió el rostro, que había permanecido apoyado contra su pecho junto a los latidos acelerados de su corazón, y le besó con todos sus sentimientos desbordando su alma.

Ni siquiera se dieron cuenta de la mirada de Jim sobre ellos, sintiéndose feliz por su amigo. Tampoco pudieron ver la mirada decepcionada de Susie, a la que Connor jamás había mirado de ese modo.

—¿Quieres más café, cielo? —dijo Jane con la cafetera en la mano, y Connor negó con la cabeza—. Anoche no os oí llegar.

—Era tarde, mamá. Nos entretuvimos en el bar, ya sabes: una partida de billar, Mallory bebiendo cerveza, bailando con las chicas como una desequilibrada... ese tipo de cosas —bromeó con la mirada traviesa de un niño pequeño.

Mallory le propinó un puñetazo en el hombro y Connor se dolió de forma teatral.

—Eso está bien. Habéis venido para descansar y disfrutar —repuso Jane, convencida.

—Yo quiero un poco más, Janie, por favor —pidió Sean, que ya había terminado de comerse los huevos revueltos—. ¿Qué vais a hacer hoy?

—Quiero enseñarle el rancho a Mallory, si te parece bien, papá —reveló Connor—. ¿Necesitas que te ayude por la mañana?

—No, tranquilo —repuso Sean con un gesto de la mano—. Andrew me echará una mano. Hace un día estupendo para montar. Disfrutad. —Y, dicho eso, apuró su café y se marchó tras darle un beso a su esposa.

—Gracias, papá.

—Por cierto —intervino Jane, levantándose y dirigiéndose al vestíbulo—, papá y yo le hemos comprado un regalo a Mallory.

Esta giró la cabeza y siguió a Jane con la mirada. Regresó con un magnífico sombrero.

—¡Es precioso, Jane! Muchas gracias.

—No hay de qué, cielo. He pensado que podrías estrenarlo hoy.

Sean se marchó con una sonrisa de satisfacción en los labios. Aquella mujer le gustaba de veras, por fin Connor había vuelto a ser el de siempre gracias a ella.

Los caballos recorrieron la pradera al trote bajo el cielo moteado de nubes esponjosas y blancas. El sol se colaba entre el algodón calentando la mañana y coloreando las mejillas de Mallory, que trataba de montar lo mejor posible.

—Parece como si hubieras montado antes —le dijo Connor, con su animal paralelo al de ella. Observaba el cuerpo femenino amoldarse al movimiento de su montura y no podía evitar sentirse orgulloso de ella. Poco antes le había reconocido que le daba miedo montar porque nunca lo había hecho, y ahora allí estaba, con sus botas camperas, su sombrero nuevo y las manos en las riendas.

—Pues te aseguro que no lo he hecho —repuso ella, sin dejar ni un instante de mirar hacia delante.

—Intenta relajarte, esto no es un coche que, al menor despiste, puede salirse de la carretera. Lo haces muy bien.

Ella cabeceó, no muy convencida, y entonces le miró como para demostrarle y demostrarse que podía hacerlo.

—Creo que podría acostumbrarme a esto —reveló mientras el corazón se le aceleraba al observar al jinete que la acompañaba. Estaba muy atractivo esa mañana, vestido con aquellos vaqueros descoloridos, camisa oscura y sombrero de cowboy. El pelo oscuro se enroscaba de forma rebelde en su cuello.

—Es adictivo. Una vez que lo pruebas ya no puedes dejar de hacerlo. Creo que Joey y yo aprendimos a montar antes de aprender a caminar —repuso él con una sonrisa.

—No es solo cabalgar. Es este paisaje abrumador, tan verde, la naturaleza en estado puro y la compañía. Es la sensación de libertad —le dijo con un guiño.

—En verano no es solo verde, las artemisas amarillas o rojizas, la mostaza silvestre, de un amarillo puro, las rosas amarillas de cinco hojas y los arbustos de antílope hacen un maravilloso contraste de amarillos y ocre. Y te encuentras en medio de un vergel, bajo el cielo azul en el que de vez en cuando te sorprende la majestuosidad de un águila, o te topas con un ciervo entre los álamos.

Ella asintió ensimismada.

—Sígueme —soltó Connor a la vez que espoleaba su caballo y dejaba atrás a una sorprendida Mallory. Esta hizo lo que pudo para que su animal comenzara a galopar detrás de él.

Atravesaron la pradera y subieron la colina cubierta de suave hierba hasta llegar a la cima del montículo desde donde se dominaban todas las tierras de alrededor. Connor se detuvo y su caballo giró sobre sí mismo y piafó con estruendo, satisfecho con la cabalgada. Mallory se detuvo junto a él y abrió la boca cuando al fin se dio la vuelta y miró el panorama.

—Tu tatuaje —dijo al fin, maravillada por la estampa que se mostraba ante ellos como una postal.

Él asintió con los ojos brillantes y tragó saliva para apaciguar aquella sensación de nostalgia que le había invadido. Respiró hondo y miró hacia Mallory.

—Cada vez que vengo aquí es como si Joey me acompañase. Siento su espíritu cerca de mí.

—Jamás se irán de nuestro lado. Joey siempre va a estar contigo mientras siga en tu corazón, igual que Harry siempre va a estar conmigo.

—Sí —musitó Connor mientras bajaba del caballo y la ayudaba a hacer lo mismo para encerrarla entre sus brazos y besarla.

—¿Qué te parece, Jane? —preguntó Mallory al día siguiente, ataviada ya con el vestido que se había comprado para la boda—. ¿Te gusta?

Jane aguardaba a que fuera la hora, sentada en su sillón junto a la ventana, ya vestida también para la ocasión. Se levantó cuando Mallory entró en el salón y no pudo evitar sonreír al verla. Aquel vestido azul y el cabello castaño peinado en suaves ondas resaltaban más si cabía su belleza natural.

—Estás preciosa. Espera a que llegue Connor, se le va a quedar la mandíbula desencajada al verte —dijo con una palmada, arrancándole una sonrisa a Mallory.

—Por cierto, ¿no deberían haber llegado ya? Son las doce y media —opinó Mallory tras consultar su reloj de pulsera.

Jane asintió con los labios apretados.

—Pues sí. Puede que hayan tenido que esperar en la barbería de Kenny, medio Darby va a ir a esa boda.

El ruido de los neumáticos sobre el camino les hizo acercarse a la ventana.

—Ya están ahí. Al fin —soltó Janie.

Los dos hombres entraron en la casa y se asomaron al salón. Janie los miró con orgullo.

—Oh, Dios mío, creo que tengo a los dos hombres más guapos de Darby —opinó Jane entre risas—. Connor, ya era hora de que te quitaras esa barba y te cortaras el pelo. Estás mucho más guapo así.

Janie los besó y se llevó a Sean arriba para que se vistiera. Connor se acercó a Mallory y la besó.

—Estás preciosa.

Ella acarició sus mejillas suaves y delineó con los dedos la línea de la mandíbula. Asintió y volvió a besarle.

—Me encanta —susurró.

—Me alegro. ¿Me acompañas arriba? Voy a vestirme.

Mallory le acompañó al dormitorio y se sentó en la cama mientras él se despojaba de sus ropas hasta quedarse en calzoncillos. Observó su cuerpo definido y cruzó las piernas mirándole sin perder detalle.

—Como sigas paseándote así delante de mí creo que no te dejaré llegar a tiempo para la boda —bromeó, poniéndose de pie y acercándose a él.

Él sonrió y se puso los pantalones del traje. Abrochó la camisa y ajustó el cinturón.

—Vas a tener que esperar para catar este caramelito —dijo Connor con sorna—, hasta después de la boda.

Ella hizo un mohín y le vio abrir la cajita que había sobre la cómoda. Sacó los gemelos y se los puso, dejando a la vista la estrella. Le miró con el interrogante pintado en el rostro.

—Es la Estrella de Plata.

Mallory acarició la cinta azul, roja y blanca y tragó saliva.

—Me la otorgaron después de aquella misión, por la valentía demostrada contra el enemigo —dijo con voz ronca.

Ella cerró la caja y la dejó de nuevo en su lugar. Besó a Connor lentamente, hasta que lo sintió regresar a aquella habitación, y le miró a los ojos.

—Vamos, Jim nos espera.

Megan y el pequeño Joey les saludaron con la mano al llegar al rancho de Jim y ellos se dirigieron hasta su posición. La mujer llevaba un vestido amarillo pálido y el pelo rubio en un

recogido bajo. El niño llevaba un traje blanco con pajarita y todo.

—Hola, Connor. Me alegro de verte —le dijo su cuñada, justo antes de darle un beso en la mejilla.

—Megan, esta es Mallory.

Ella le estrechó la mano.

—Hola, Mallory. Bienvenida a Darby.

—Hola, Megan. Es un placer. Y tú debes de ser Joey, ¿no es así? —preguntó Mallory, inclinándose junto al niño.

—Soy Joey —dijo con una de sus maravillosas sonrisas, y le estrechó la mano con seriedad.

—Encantada de conocerte, Joey.

Él sonrió.

—Quiero ver al novio —repuso Connor, a la vez que buscaba a Jim con la mirada. Los invitados comenzaban a tomar asiento en los bancos dispuestos en la parte trasera de la casa, junto a la enorme carpa que habían dispuesto los del catering. Todo estaba decorado en tonos rosas y amarillos, y había flores por doquier. La orquesta ensayaba ya algunas de sus canciones. Al fin lo halló hablando con los Monroe—. Voy a saludar a Jim. ¿Me acompañas?

Megan intervino.

—Voy con Dinah, Ally y las demás. ¿Quieres venir conmigo, Mallory?

Ella asintió, y se fue con Megan y con el niño. Connor se reuniría con ellas en cuanto hablase con Jim.

—¿Cómo van esos nervios, amigo? —dijo Connor, y le abrazó con fuerza cuando los Monroe le dejaron libre.

—Bien, bien. Me pongo más nervioso cuando espero que abran la puerta en el rodeo, con la bestia que me ha tocado entre las piernas —bromeó él, a la vez que luchaba contra el nudo de la corbata.

—Sí, seguro.

—No, en serio, gracias por estar aquí, por acompañarme hoy. Significa mucho para mí. Y más viendo que te has deshecho de esa barba de pirata.

—No podía faltar —le dijo Connor con un guiño.

—Tu chica es una preciosidad —opinó Jim al verla tomando asiento con Megan y el niño—. Además de todo lo demás, por supuesto. Entiendo que te hayas enamorado. Incluso Susie alabó tu buen gusto, cosa que me dejó totalmente fuera de juego. Ya sabes, estoy acostumbrado a que te odie.

Connor se cruzó de brazos.

—Eso es ciertamente preocupante. Y que sepas que he estado pensando en lo que me dijiste.

—¿Qué te dije? No le hagas mucho caso si fue después de más de cuatro cervezas, ya sabes que se me va la cabeza —bromeó Jim, mientras observaba a la orquesta tocando algunos acordes de la canción que habían escogido para la llegada de la novia.

—Lo de pedirle a Mallory que se case conmigo.

—¡Ah, eso! Claro, tío. Si se ve a millas de distancia que estáis locos el uno por el otro —opinó Jim tras darle una palmada a su amigo en la espalda—. Además sería la excusa perfecta para conocer Maine.

Connor sonrió.

—Te mantendré informado.

Connor se dirigió hacia la zona donde estaban dispuestos los bancos y se sentó junto a Mallory y su cuñada, y no perdió detalle de las caras del novio durante toda la ceremonia.

—Mamá, *teno* pis —dijo el pequeño Joey tras los la canción con que los novios inauguraron el baile. Megan se lo llevó con ella y Connor y Mallory se quedaron solos en la mesa. Dinah y Pat estaban bailando bajo las guirnaldas de flores, y Ally bailaba con un primo lejano de la novia.

—¿Quieres bailar? —pidió Connor, alargándole la mano a Mallory.

—Claro que sí.

Los dos bailaron varias piezas disfrutando de la tibieza de la tarde bajo el sol primaveral.

—Me duelen los pies, creo que me sentaré un poco —dijo Mallory, cuando una de las canciones terminó—. ¿Me puedes traer algo de beber?

—Siéntate, te traeré algo —repuso Connor.

Connor atravesó la carpa saludando a los invitados con un gesto. Llegó hasta la mesa donde estaban dispuestas las bebidas y sirvió un cóctel para Mallory. Le puso una pajita y cuando se giró estuvo a punto de chocarse con la novia.

—¡Susie, qué susto! Casi te derramo la bebida por el vestido —exclamó él.

Ella le miró sin sonreír, con el chico que había estado bailando con Ally colgado de su brazo. Tenía mal aspecto, despeinado, con los faldones de la camisa por fuera de los pantalones y los ojos vidriosos.

—Creo que mi primo ha bebido demasiado. ¿Podrías ayudarme a meterlo dentro de la casa? —preguntó ella, con una mano sujetando su vestido blanco y la otra sujetando a duras penas a aquel hombre.

Connor buscó con la mirada a Jim, a Mike o a alguno de los chicos del grupo, pero no divisó a ninguno. Inclino la cabeza y aceptó.

—Vamos —gruñó mientras agarraba a aquel despojo humano por el brazo libre y casi lo llevaba en volandas.

Susan abrió la puerta trasera de la casa y Connor lo llevó a duras penas escaleras arriba. Lo dejó sobre la cama de uno de los dormitorios y se volvió para regresar a la fiesta. La novia estaba en el medio de la puerta, apoyada sobre el marco.

—He pensado que tal vez podrías darme un beso de despedida, ya sabes, porque ahora ya no vamos a poder vernos al haberme convertido en una mujer casada y eso —soltó a bocajarro, de forma atropellada. El pelo había comenzado a salirse del recogido y algunos mechones caían a ambos lados de su cara. Ella los puso tras la oreja, aguardando una respuesta—. ¿Qué me dices, Connor? ¿O acaso tu chica te ha vuelto medio marica? Tú nunca decías que no a un buen polvo. Ya sabes, sin complicaciones, solo sexo, lo que a ti te gusta.

—Vamos, Susan, has bebido demasiado. Volvamos abajo.

Connor trató de pasar, pero ella se lo impidió con la mano en su pecho, sobre la corbata azul. Después la dejó caer hasta quedar sobre la hebilla plateada del cinturón.

—Volvamos a la fiesta de tu boda —dijo él, recalcando cada sílaba. Así que eso es lo que quería, hacerle caer en su trampa.

Entonces ella se puso de puntillas y le besó con fuerza, abrazándose a su cuello. Connor la apartó con energía y a punto estuvo de hacerla caer al suelo. Susan le miró con los ojos brillantes de furia y los puños apretados.

—Se lo contaré a esa mujercita y así sabrá con quién se ha liado —le amenazó—. Le diré que me has besado y ella te dejará por cerdo.

—Adelante, ve y díselo. Y así Jim sabrá con qué clase de mujer acaba de casarse —espetó él,

harto de sus juegos.

Susan enmudeció, con la respiración acelerada, plantada ante él pero a una distancia prudencial.

—¿Qué ocurre?

Los dos se volvieron hacia Jim, que estaba subiendo las escaleras. Llegó hasta el último escalón y les miró con la mano sobre la barandilla.

—Sí, Susan, dile qué ocurre —la animó Connor, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho.

Ella trastabilló al darse la vuelta para mirar hacia su recién estrenado marido. Pareció buscar en su mente las palabras adecuadas y finalmente dijo:

—Ross ha bebido demasiado. Lo hemos acostado en la cama para que duerma un rato.

La mandíbula de Jim pareció relajarse y entonces tomó la mano de su mujer.

—Volvamos con los invitados.

Connor se quedó parado en lo alto de la escalera, sin comprender aún el comportamiento de Susan. Después de un rato regresó a la fiesta y le llevó a Mallory su bebida. Ella reía sin preocupación mientras bailaba con su padre. Él sacó a su madre a la pista y se hizo a la idea de que no había sucedido nada.

Estaban a pocas millas de Bar Harbor, cansados tras un viaje tan largo. Mallory revisaba sus correos en el teléfono móvil mientras Connor conducía la camioneta.

—Quería comentarte una cosa, Mallory.

Ella volvió el rostro y le miró con curiosidad.

«O tal vez un par de cosas», pensó él, e hizo una mueca sin darse cuenta.

—Nicholas va a retirarse. Su hermana le ha ofrecido irse a Portland con ella. Se siente sola desde que su marido murió hace unos meses, y sus hijos hacen su vida lejos de casa.

Mallory apretó los labios, pensativa.

—¿Te quedas sin trabajo?

Él cabeceó.

—Eso es lo que quería contarte. Nicholas me ha ofrecido su barco, dice que está cansado y que yo sería la persona ideal para continuar la actividad. Le dije que lo pensaría —reveló él, mientras observaba su reacción—. ¿Qué te parece?

—Tendrías que pensar primero si te quieres quedar en Bar Harbor, ¿no crees?

—¿Por qué crees eso?

—Es una decisión importante, Maine está lejos de Montana, y...

Connor le hizo un gesto a Mallory para que se callara.

—Me quedaré en Bar Harbor, porque allí está lo que más quiero de este mundo: Erin y tú. No tengo ninguna duda al respecto.

Mallory suspiró.

—No quiero alejarte de tu familia, tus padres tienen un rancho del que podrías hacerte cargo, y...

—Erin y tú sois mi familia.

Ella sonrió con el corazón rebosante de felicidad al oír eso.

—De acuerdo. Pues entonces me parece bien. ¿Por qué no? Así te echaría la bronca a ti cada vez que se retrasasen las entregas —bromeó Mallory.

—Es mucho dinero.

—Bueno, yo tengo algo ahorrado.

—Yo también dispongo de algunos ahorros.

—Pues ya está.

Connor la miró con una amplia sonrisa.

—Contigo todo es mucho más fácil.

—Eso intento —repuso ella mientras guardaba el teléfono en su bolso. Apoyó el codo sobre la ventanilla y miró el panorama—. La vida ya es bastante complicada.

—Sí —gruñó él, al recordar que debía contarle también lo otro—. Tengo que decirte algo más.

Ella volvió de nuevo la cara hacia él.

—Susan me besó el día de la boda.

El rostro de Mallory se convirtió en un poema.

—¿Qué?

—Sé lo que puedes estar pensando, pero te equivocas.

—¿Ah, sí? ¿Y qué estoy pensando, a ver? —preguntó ella con los ojos brillantes de furia, de decepción. Apoyó las manos sobre su regazo y miró por la ventanilla de nuevo. Aquello era increíble. El día de su boda.

—Supongo que había bebido un poco más de la cuenta y se le fue la cabeza, no lo sé. El caso es que me pidió que la ayudara a meter dentro a su primo para que durmiera la borrachera y aprovechó el momento de intimidad para besarme.

Mallory resopló indignada.

—No significó nada, te lo juro.

—¿Tuviste algo con ella en el pasado? Vi cómo te miraba en el bar de Holly, como si le debieras una explicación —añadió ella de mala gana.

Ahora fue Connor el que desvió la mirada y la dejó fija en la carretera que se abría ante ellos.

—Es difícil de explicar.

—¿Difícil de explicar? ¡Por Dios, Connor, que no tenemos quince años!

—Estuvimos juntos tres o cuatro veces. Después me marché a aquella misión y... Bueno, al parecer ella esperaba que volviera con ella cuando regresara, al menos eso dice Jim. No sé por qué pensaba eso si nuestra relación fue algo pasajero, ella también lo sabía. Lo pasamos bien y punto final, no hubo promesas de ningún tipo si es lo que crees. Por aquel entonces yo no buscaba nada serio.

Mallory no dijo nada.

—Eres la primera mujer que me hace perder la cabeza, Mallory Mills —dijo él con una sonrisa mientras detenía el coche en un área de descanso. Tomó la barbilla de la mujer y giró su rostro hacia él—. Te quiero, y no hay nada que pueda cambiar eso. Y también quiero a Erin. Quiero cuidar de vosotras hasta el último de mis días.

La besó y ella se entregó a aquel beso como si le fuera la vida en ello, convencida de que aquello era real. Muy real.

—Y ahora volvamos a casa. Me muero de ganas de ver a mi maga Erin —bromeó él. Mallory asintió y regresaron a la carretera. Ella también tenía muchas ganas de verla—. Y la próxima vez iremos los tres juntos a Darby. Mis padres me han hecho prometer que regresaríamos pronto, pero con ella.

—¿Hola? Katie, Erin, ya estamos en casa —dijo Mallory tras dejar parte del equipaje en el vestíbulo. Connor dejó la otra maleta y cerró la puerta. Dejó las llaves de la camioneta y se quitó la chaqueta.

Erin bajó las escaleras a toda prisa y se echó en los brazos de su madre.

—¡Mami, qué ganas tenía de verte! ¡Hola, Connor! —exclamó la niña, alborozada, abrazándoles a los dos a la vez—. ¡Hala! ¿Y esto?

Connor le acababa de poner en la cabeza el sombrero de cowboy que le había comprado en Darby. Estaba guapísima. Katie les observó desde la escalera con una sonrisa.

—Connor lo escogió para ti —explicó Mallory, que dejó en el suelo a su hija y la observó con adoración.

—Para que no te moleste el sol cuando vayamos a montar a caballo —aclaró él.

A la niña se le abrió la boca con admiración.

—¿Me vas a llevar a montar a caballo?

—Claro que sí, pequeña —repuso Connor, a la vez que la cogía en sus brazos—. Mis padres me han pedido que volvamos muy pronto al rancho, pero contigo.

—¡Eso es genial! ¡Me encantan los caballos!

—¿Qué te parece si vamos después de tu cumpleaños? Estarás de vacaciones.

—¡Me parece estupendo!

Unas semanas después, Nicholas y Connor regresaban a puerto con las capturas del día. Había sido una buena jornada.

—Capitán, quería hablar contigo de algo —le dijo Connor una vez el barco estuvo amarrado en el muelle.

Nicholas se volvió hacia él con los labios apretados.

—Tú dirás, chico.

Connor se cruzó de brazos mientras escuchaba a las gaviotas que los sobrevolaban en círculos.

—He estado pensando en tu oferta. Lo he hablado con Mallory y a ella le ha parecido buena idea. Quiero comprarte el barco.

Nicholas esbozó una de las pocas sonrisas que Connor le había visto y le estrechó la mano con fuerza.

—Me alegra oír eso. No me gustaba la idea de que este viejo cascarón terminara en manos desconocidas. Sé que todavía tiene mucho que ofrecer, y tú serás capaz de sacárselo. Muy capaz.

—Gracias, capitán.

Nicholas asintió pensativo.

—Pues me temo que muy pronto te dejaré al mando, Sterling. Estos huesos necesitan descansar.

—El viernes celebraremos la fiesta de cumpleaños de Erin, y Mallory me ha pedido que te invite.

El capitán torció el gesto, no era amigo de fiestas ni de nada que implicara relacionarse con los demás.

—Está bien, me pasaré por allí a última hora.

—Bien.

Mallory salió de la cámara frigorífica y entró en la cocina, donde Rosie cocinaba mientras cantaba alegremente. Jack entró también en ese momento.

—Jefa, ¿cómo va todo? —preguntó el jefe de camareros con su energía habitual. Rosie les miró.

—Mejor que nunca.

—Me alegro mucho por ti, por Erin y también por el supermodelo —dijo entre risas—. Os lo merecéis.

Rosie asintió.

—Ya era hora de verte con esa sonrisa tuya tan bonita.

—Gracias, chicos. Aunque sin vosotros nada habría sido posible. Habéis sido mi más firme apoyo todo este tiempo.

—¡Ay, jefa, ven y abrázame! —pidió Jack de forma teatral. Y ella no se hizo de rogar y le abrazó con fuerza.

—Te quiero, Jack Woods.

Rosie se unió al abrazo, convirtiéndolo en colectivo.

—Y a ti también, mi querida Rosie.

—Hum, Rosie, qué bien hueles. Dan ganas de comerte.

Las dos rieron la broma de Jack y se separaron para regresar a sus respectivos quehaceres.

—Y hablando de comer a alguien —añadió Jack con los ojos en blanco—. Cómo me gustaría que el señor Cooper tuviera que regresar para hacer alguna gestión en Bar Harbor.

Las dos mujeres lo miraron sin comprender sus palabras.

—Sí, chicas, así su atractivo asistente vendría con él.

Mallory hizo una mueca y después estalló en carcajadas.

—Ya te gustaría —le dijo entre risas.

—Estuvimos juntos la otra vez, ya sabéis, cuando el señor Cooper vino para pedirle de nuevo matrimonio a la señora Cooper. —Eso sonaba realmente extraño, pero sí—. ¡Uf, qué hombre! Es pura puritita pasión —añadió con el dorso de la mano sobre la frente—. Estuve quince días con agujetas en todo el cuerpo.

Mallory abrió la boca con asombro y Rosie se inclinó con la espumadera en la mano hasta estallar en risas. Cuando terminó, sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—¡Por Dios, Jack, eres incorregible! —dijo la cocinera sin poder dejar de reír. Limpió sus lágrimas con un trozo de papel de cocina, incapaz de seguir con su guiso.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Mallory, que aún no lo había asimilado. Continuaba apoyada sobre la encimera con las manos sobre el frío acero. Cuando le vio asentir con esa mirada pícara no pudo evitar echarse a reír ella también.

—Así que no sé, ¿por qué no os casáis Connor y tú o algo así para que los Cooper tengan que venir sí o sí a Bar Harbor?

—Sigue en tu nube azul, Jack —le dijo Mallory justo antes de ponerse el delantal para picar la verdura que la esperaba en una caja.

Rosie todavía tardó un poco más en recuperarse de su ataque de risa.

La fiesta de cumpleaños de Erin había reunido en el restaurante a todo el personal de *Mills*, a las compañeras de clase de la pequeña y a sus madres. Todos charlaban animadamente mientras degustaban los deliciosos canapés que Mallory y Rosie habían preparado esa misma mañana. Las niñas se divertían con la animadora infantil que habían contratado para la ocasión, entre canciones y globos de colores.

—Erin está feliz —dijo Mallory apoyada sobre el hombro de Connor, mientras observaba el juego de las niñas.

—Como debe ser. No todos los días se cumplen seis años —recalcó Connor a la vez que enarcaba una ceja—. Ya es mayor, como me dijo esta mañana mientras desayunábamos.

—Lo es. El tiempo va demasiado deprisa —repuso ella, antes de depositar un beso sobre los labios de aquel hombre.

Él asintió siguiendo con la mirada a Rosie, que salió de la cocina portando la enorme tarta. Jack se encargó de poner la música, y todos entonaron el cumpleaños feliz. Erin corrió hacia Rosie y miró la tarta con los ojos muy abiertos. Estaba preciosa con su vestido de lunares amarillos y el pelo peinado en una gruesa trenza rubia.

—¡Hala! —exclamó al ver sobre la tarta los muñequitos de su serie preferida. Su madre y Rosie los habían modelado con fondant, y habían realizado un trabajo espectacular.

Cuando la canción terminó, Mallory acarició el pelo de Erin y le dijo:

—Pide un deseo y sopla las velas, cariño.

—Ahora mismo. —Pero antes tiró de la camiseta de su madre para que esta se agachara y poder hablarle al oído—. El deseo que pedí el año pasado se ha cumplido —susurró mirando hacia Connor, y Mallory sintió un estremecimiento. Las lágrimas pugnaron por salir a sus ojos mientras la pequeña soplaba las velas y todos aplaudían.

Mallory abrazó a Connor mientras Rosie comenzaba a repartir la tarta y Erin abría entusiasmada los regalos.

—Erin es un solete —le dijo a Connor, tratando de dominar la emoción que sentía en ese momento.

Él solamente asintió, obnubilado por aquella niña que le había robado el corazón nada más conocerla.

La puerta se abrió y Nicholas Grant entró en *Mills* con un paquete envuelto en papel de regalo bajo el brazo. Les saludó con un gesto y se acercó a ellos.

—Hola, capitán —saludó Connor, estrechándole la mano—. Me alegra que hayas decidido venir.

—Veo que he llegado justo a tiempo —dijo, entregándole el regalo a Mallory para que ella se lo diera a la niña.

—Así es. ¿Quieres tomar algo?

—Un refresco estará bien, gracias —repuso el pescador, sin poder dejar de observar los saltitos y los gritos de las niñas cada vez que descubrían un regalo.

Connor le sirvió una naranjada y se la acercó.

—Gracias. Ya he hablado con mi hermana. Me marcharé en un par de semanas, es tiempo más que suficiente para que arreglemos todos los papeles de la venta. Después el barco será todo tuyo —reveló justo antes de tomar un sorbo de su bebida.

—Bien.

—Gracias por tu regalo, capitán —intervino Mallory con una gran sonrisa—. No era necesario que te molestaras.

La puerta de *Mills* volvió a abrirse y entró un hombre de la edad de Connor, seguido por una mujer y un niño de tres o cuatro años. Tenía el pelo castaño muy corto y vestía pantalones cortos y una camisa de cuadros. Miraba hacia los lados como si se hubiera perdido y buscara una cara conocida.

Rosie abrió la boca y miró hacia Mallory con los ojos a punto de salirse de las órbitas. Señaló hacia la puerta y la dueña del restaurante se volvió, haciendo que Connor y Nicholas hicieran lo mismo.

El capitán palideció y la bebida se resbaló de sus manos cayendo al suelo con gran estruendo, por lo que todos miraron hacia allí. Por suerte, Jack se armó enseguida con escoba y recogedor mientras hacía un gesto conciliador, por lo que los invitados continuaron con sus conversaciones.

—¿Paul? —musitó Nicholas, con los ojos llenos de lágrimas.

Mallory se quedó sin palabras. Observó a Connor, que se dirigió hacia el recién llegado y le estrechó la mano como si le conociera. Después hizo lo mismo con la mujer y el niño y les invitó a seguirle con un gesto.

—¿Papá? —dijo el recién llegado, que parecía nervioso. Miró a su alrededor y respiró con fuerza.

—Paul, hijo... —añadió Nicholas sin poder dar crédito. Se echó hacia delante y lo abrazó con fuerza mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas y se perdían en su barba canosa. Los dos se mantuvieron en esa posición durante unos instantes.

Connor intervino cuando Nicholas pareció calmarse.

—Paul, esta es Mallory Mills, la mujer de Harry Mills.

—¿La mujer de Harry? —repitió el hombre con una sonrisa a la vez que le ofrecía su mano temblorosa.

—En realidad soy su viuda. Harry murió hace cinco años.

—Lo siento muchísimo —repuso él con el ceño fruncido. Harry y él habían sido buenos amigos durante toda su infancia y tenía muchos recuerdos buenos a su lado.

—Gracias —musitó Mallory, emocionada por el reencuentro.

—Papá, esta es Molly, mi mujer. Y este es Brian, mi hijo —reveló Paul, todavía emocionado.

—Mi nieto... —repuso el viejo con una sonrisa soñadora—. Ojala tu madre estuviera aquí para verlo.

Todos asintieron.

—¿Podemos ir a casa? —preguntó Paul—. Debemos hablar.

Nicholas asintió, todavía aturdido por aquella maravillosa sorpresa.

—A casa... Claro que sí. A casa...

Los Grant se marcharon del restaurante dejando allí retazos de la emoción compartida. Mallory se volvió hacia Connor con el interrogante pintado en la cara.

—Aprecio mucho a ese viejo cascarrabias. Cuando me contaste que lo único que anhelaba era encontrar a su hijo no pude evitar contactar con alguien. Ya sabes, ya no estoy en el ejército pero conservo algunos contactos —explicó él, a la vez que abrazaba a Mallory.

—Ha sido un regalo maravilloso.

—Es lo que pretendía.

—Te quiero, Connor Sterling —susurró ella, envolviéndose de aquel perfume que adoraba.

Connor salió al porche trasero y le acercó una cerveza fría a Mallory, que leía despreocupada sentada sobre el balancín. Después encendió la vieja radio y se sentó a su lado. La mujer cerró el libro y le miró con adoración.

—Gracias.

Los dos miraron hacia Erin, que jugaba con su amiga Rory a la sombra del arce del jardín. Hacía calor y Max estaba tumbado a la sombra, sobre el primer escalón del porche.

En la radio empezó a sonar *God gave me you*, de Blake Shelton. Connor sonrió y cantó bajito la letra.

*God gave me you for the ups and downs
God gave me you for the days of doubt
For when I think I've lost my way
There are no words here left to say, it's true
God gave me you.*

Connor pensó en el anillo que tenía en el bolsillo del pantalón y se le ocurrió que el mejor momento para dárselo sería cuando la canción terminase.

Mallory se incorporó para besarle y después apoyó la cabeza sobre su hombro. Ya no le importaba si encontraban problemas por el camino, tenía su refugio para protegerse bajo la lluvia.

Agradecimientos

A ti, lector, por escoger esta historia. Espero que hayas disfrutado de la mano de Mallory y Connor, tanto como yo he disfrutado creándolos.

Un abrazo,
Raquel.

Acerca del autor

Raquel Arias.

Nací en León un día de primavera de 1980 y soy licenciada en Veterinaria por la Universidad de León. Trabajo en un laboratorio farmacéutico en mi ciudad natal, donde vivo con mi marido y mis dos hijos, y soy una apasionada de la lectura y la escritura desde que puedo recordar. Mi imaginación siempre está trabajando a plena potencia, y disfruto mucho de las historias que me hagan soñar.

En 2015 quedé finalista en el III Premio Digital HQÑ de Harlequin Ibérica (Harper Collins) con “Tres deseos para Isolda”. En 2016 publiqué “Mientras me recuerdes” con la misma editorial, y quedé semifinalista en el I Premio Romantic con “La isla de las promesas”. En 2018 publiqué “La primavera en una caja de música”, de nuevo de la mano de Harper Collins Ibérica.